
HEATHER BOYD
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR
NOVIAS ESCANDALOSAS
EL AMOR Y OTROS DESASTRES

EL AMOR Y OTROS DESASTRES

NOVIAS ESCANDALOSAS
LIBRO 3

HEATHER BOYD

HEATHER-BOYD.COM

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22

Acerca del Autor

Derechos de autor © 2025 by Heather Boyd
Edición en español

Reservados todos los derechos. Este libro o cualquier parte del mismo no puede reproducirse ni utilizarse de ninguna manera sin el permiso expreso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal únicamente. Este libro electrónico no puede revenderse ni regalarse a otras personas. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró para su uso exclusivo, devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo de este autor.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan en broma. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, eventos o lugares es pura coincidencia.

CAPÍTULO UNO

—Jasper —dijo lentamente el duque de Ravenswood—. Londres tendrá que esperar hasta la próxima temporada. Necesito que te quedes aquí durante el verano.

—¿Qué? ¿Por qué? —Jasper Sweet, el tercer hijo del difunto duque de Ravenswood y hermano del actual duque, no podía estar más sorprendido por esta inesperada orden.

—Alguien debe vigilar las cosas. Desafortunadamente, Nash y yo estamos comprometidos con esta fiesta en casa a la que prometí asistir —murmuró Ravenswood, con expresión sombría, y luego se encogió de hombros—. Y Stratford ya se ha comprometido a visitar Aston. Te necesitaré aquí durante todo el verano.

—Oh —dijo Jasper, completamente sorprendido por la repentina petición del duque.

Durante años, Jasper se había ausentado felizmente de la finca y se había deleitado con los placeres de Londres, buscando placer y satisfacción, a menudo en los peores lugares. Principalmente para irritar a su difunto y apenas extrañado progenitor. Londres se había convertido en su hogar. Un lugar donde hombres como él se reunían para estar a gusto. Jasper no era realmente necesario en la finca Ravenswood. Al menos, nunca lo había sido hasta el anuncio de esta noche.

Jasper había tenido muchos planes para este verano. Planes para el dinero que debería haber heredado pero que había regalado a su hermano. Había hecho los ajustes necesarios sin rencor ni arrepentimiento. Sin embargo, ahora parecía que sus ajustes aún no eran suficientes. Suspiró profundamente, imaginando un interminable verano de aburrimiento por delante.

Sí, los placeres de Londres podían y aparentemente debían esperar. Ravenswood nunca se dejaba desatendido por la familia.

Sin embargo, Jasper acababa de regresar a la finca después de vaciar Villa Freemont de sus pertenencias antes de la venta del lugar. Había planeado no desempacar y dirigirse inmediatamente a Londres.

—¿Qué voy a hacer conmigo mismo aquí?

—He elaborado una lista de los asuntos más urgentes que requieren supervisión —dijo Nash, acercándose para entregársela—. Hay otros asuntos con los que no te agobiaré. Pueden esperar hasta nuestro regreso. Estoy seguro de que los encontrarás todos tediosos.

Nash tenía tan poca idea de lo que Jasper encontraba tedioso. Su falta de fe era tan evidente como siempre lo había sido la de su padre. El padre había excluido a Jasper de las discusiones serias o lo había enviado lejos cada vez que había un problema en la finca por resolver. Sin embargo, él era tan capaz como sus hermanos.

A Jasper siempre se le había dicho que, como tercer hijo, nunca sería importante. Durante un

tiempo en su juventud, había cumplido con esa predicción. Sin embargo, tenía demasiada inteligencia como para no hacer algún esfuerzo por mejorarse. Había pasado años visitando las fincas de amigos, bebiendo durante días y noches. Sin embargo, eso no significaba que no hubiera tenido un ojo puesto en el futuro también. Había estudiado las actividades de otras familias y cada granja bajo su administración, comparando las diferencias y los éxitos.

Sin embargo, hasta ahora, había fingido indiferencia ante todo esto ante su familia. Pero probablemente estaba tan versado en la gestión de tierras como el duque y Nash. Un hecho del que su difunto padre nunca pudo creerlo capaz, de ahí su desinterés en proporcionar a su tercer hijo algo más que una educación básica. Jasper tuvo que dirigir su propio aprendizaje desde los doce años, cuando sus hermanos mayores se habían marchado a Cambridge y su padre había declarado innecesarios los tutores.

Con su padre ahora desaparecido, ¿tenía algún sentido fingir que no sabía distinguir un campo en barbecho de uno rebosante de cosecha lista para la recolección? Hizo una mueca.

Nash se volvió inmediatamente hacia el duque. —Quizás debería quedarme yo.

—No —dijo el duque—. Te necesito allí a mi lado, distrayendo a todos de lo que realmente estoy haciendo allí.

El nuevo duque de Ravenswood iba de camino a reclamar una novia y no cualquier mujer serviría. Lady Stephanie Kent ya había sido elegida para el honor. Tenía la edad adecuada, conexiones impecables y, lo más importante de todo... tenía montones de dinero para aportar a la unión. Sin embargo, eso no la convertía en una mujer particularmente agradable. Jasper estaba extremadamente contento de que la pareja no le hubiera pedido que los acompañara.

Jasper exhaló mientras Nash finalmente cedía a la decisión del duque. —Muy bien. Me quedaré.

—Bien —Ravenswood le sonrió—. Piensa en ello como un merecido descanso en preparación para la próxima temporada. Tu regreso a la ciudad, con dinero en los bolsillos entonces, seguramente será mucho más satisfactorio que andar contando cada centavo e intentando ocultar ese hecho.

Jasper asintió en acuerdo. No tenía dinero porque lo había prestado todo para salvar Ravenswood, al igual que todos ellos. —Más vale que así sea.

Jasper había tenido planes para ese dinero, y para la herencia que había esperado durante mucho tiempo también. Su padre había desangrado la finca. El lema familiar de los hermanos Sweet recién adoptado era *hundirse o nadar juntos*, pero parecía que iban a tomar caminos separados durante el verano.

El duque hizo una mueca. —Me quedaría encantado contigo si pudiera.

Nash lo miró con severidad. —Eso es porque sigues luchando contra tu destino. Tu futura novia sabe que vas a venir.

—Todavía no es mi prometida —dijo el duque en voz baja.

—Debe serlo al final de la visita —le recordó Nash con cierta crueldad.

Ravenswood apartó la mirada; su expresión era preocupada. Claramente, Ravenswood había esperado que aún pudiera haber una alternativa a casarse con Lady Stephanie Kent. Jasper detestaba a la mujer, pero ella tenía el dinero para salvar a Ravenswood de una deuda abrumadora y la humillación de que la sociedad se enterara de su precaria situación. Su padre probablemente había planeado todo el tiempo que su hijo recalcitrante se sometiera y se casara con la mujer que siempre había favorecido. Ravenswood no había cumplido los deseos de su padre al principio, de casarse con la mujer que había elegido como la próxima duquesa, pero era inevitable que en la muerte, obtuviera su deseo.

El nuevo duque aún no se había reconciliado con ello.

Ravenswood enderezó los hombros. —Deberíamos reunirnos con los demás.

—Bien podríamos hacerlo —estuvo de acuerdo Jasper. Desafortunadamente, los otros a los que se refería se reducían a dos parientes y una aburrida institutriz que seguía apareciendo en la mesa del comedor. Ciertamente, una compañía pobre para un soltero exigente como él.

Salieron juntos de la sala de fumar, paseando por los pasillos en penumbra de Ravenswood con intención pausada. Donde una vez podrían haberse movido tan silenciosamente como fuera posible, ahora caminaban con audacia por los pasillos de Ravenswood con paneles de madera tallada. Amos de este dominio por fin.

Jasper se deleitaba enormemente en poseer, de cierta manera, una pequeña porción de la finca que su hermano había heredado. Había entregado toda su fortuna a su hermano mayor en forma de préstamo para salvar la finca. Todo estaba perfectamente legal y algún día ese dinero volvería a él con intereses. Mientras tanto, le habían dicho que se sintiera como en casa, y ciertamente tenía la intención de hacerlo.

El duque los condujo al salón, abriendo las puertas de par en par y sorprendiendo a los ocupantes. Las damas —Lady Win Sweet y la señora Amity Crawford— ya no estaban solas. Stratford Sweet, su hermano menor y recién casado, estaba recostado sobre el hombro de su esposa, aunque a Win no parecía importarle. Roman Crawford, esposo de su prima Amity, actuaba con un poco más de dignidad. Simplemente sostenía la mano de su esposa.

—Pensé que habían salido —les dijo Jasper.

—Acabamos de regresar —aseguró Crawford—. Trajimos ese medio barril de ron que el tío Henry tenía escondido debajo de su vieja cama más rápido de lo esperado. Le ofreceré un reemplazo cuando lo veamos. Dejó algunas otras cosas de valor que no puedo conservar en buena conciencia y planeo devolverlas.

Crawford era un buen hombre y siempre honesto. Pero Jasper se alegraba de que Crawford y su esposa pronto abandonaran su recién adquirida propiedad y el distrito para visitar a su familia. De todos modos, no sería muy buena compañía durante el verano, ya que tenía una esposa a quien entretener estos días.

Miró alrededor de la habitación y luego suspiró aliviado. La institutriz que Nash había contratado, que últimamente aparecía en todas las cenas familiares, debía haberse escabullido a la cama. Probablemente era lo mejor. La señora Sophie Radcliffe carecía de buen humor. Nunca había conocido a una mujer que lo irritara tanto. La expresión desaprobatoria de Radcliffe cada vez que se encontraban hablaba por sí sola sobre sus verdaderos sentimientos hacia su presencia. Con ella fuera del salón, Jasper al menos podría pasar la noche bebiendo ron en paz. Al fin y al cabo, esta sería su última velada en familia por un buen tiempo. El duque y Nash se irían a buscar una rica duquesa, y Stratford y su novia también se marchaban. Para el almuerzo de mañana, estaría completamente solo.

¿Qué demonios iba a hacer para entretenerse aquí durante tantos meses?

Jasper tomó una copa de ron, se la bebió de un trago, la rellenó y retrocedió directamente hacia su sillón favorito para sorber el resto y pensar.

Oyó un chillido de protesta femenino cuando se dejó caer a ciegas en el sillón y aterrizó donde nunca debería querer estar: en el regazo de la institutriz.

—¡Maldita sea! —maldijo Jasper mientras se levantaba de un salto y se giraba para enfrentar a Radcliffe—. ¿Qué demonios hace sentada en mi sillón?

—Yo estaba aquí primero —la institutriz se abanicó vigorosamente—. Ocupándome de mis asuntos hasta que usted vino a aplastarme.

La señora Sophie Radcliffe, una mujer sencilla con un vestido aún más sencillo, que pasaba su tiempo dando órdenes a los hijos de otras personas, siempre le hablaba de una manera que sugería que estaba por debajo de su dignidad. Era espinosa, desagradable y tan recatada como se pudiera imaginar. Rasgos que instantáneamente repelían a Jasper y, sin embargo, lo desafiaban a provocarla. Estaba sentada en su sillón favorito, con los dedos delgados sosteniendo un chal descolorido apretado alrededor de sus hombros, algunos mechones de su cabello cayendo de un moño poco elegante como de costumbre, y simplemente miraba fijamente a Jasper... obviamente esperando que recordara sus modales y se disculpara.

Sin embargo, alrededor de Sophie Radcliffe, no tenía el más mínimo impulso de ser caballeroso. Ella sacaba a relucir cada instinto en él para hacer lo peor y alejarla del Palacio Ravenswood. La última institutriz había sido mucho mayor, pero su presencia nunca le había molestado en lo más mínimo. Solo esta parecía meterse bajo su piel.

—Nunca aplastaría a una *dama*.

—¿Pero sí a una institutriz?

Recordó su ron y tomó un sorbo antes de responder.

—Nunca le he dado mucha importancia a las institutrices. Ni de una forma ni de otra.

Sus ojos se entrecerraron.

—Estoy segura de que tiene muchos otros intereses más importantes. Es evidente que estaban en su mente esta noche en lugar de fijarse por dónde iba.

—¿Hay algún problema? —preguntó Nash, de repente al lado de Jasper y frunciendo el ceño mientras miraba a cada uno de ellos.

—No —Jasper no se molestó en explicarle la conversación a su hermano. Nash se había vuelto demasiado defensivo con la mujer que había contratado últimamente para su gusto. Había sido enteramente idea de Nash sacar a la institutriz de la habitación de los niños tan a menudo últimamente. Nadie más pensaba en ella.

La señora Radcliffe le ofreció a Nash una cálida sonrisa.

—Todo está perfecto, gracias. Solo le estaba contando a Lord Jasper sobre los muchos logros de sus hijos. Son tan inteligentes. Unos pequeños caballeros perfectos. Excelentes modales. Deben haberlo heredado de su padre.

Sonrió y siguió parloteando un poco más, y Jasper dejó de prestar atención a sus palabras para observar a su hermano absorber cada pizca de elogio que ella pronunciaba sobre su descendencia, incluida la esperanza que repetía a menudo de que Nash visitara el cuarto de los niños para darles las buenas noches.

—Tal vez. Discúlpenme —murmuró Nash, pero probablemente no cumpliría con su deseo, por supuesto. Nash se mantenía bien alejado del tercer piso y de sus hijos.

Nash se alejó, volviendo a la conversación del duque y al ron, y la sonrisa de la señora Radcliffe desapareció de su rostro inmediatamente. Volvió sus ojos más fríos hacia él.

—Todavía estoy esperando una disculpa.

—Todo el mundo sabe que ese es mi asiento —protestó Jasper.

Los ojos de la institutriz se agrandaron, y examinó el sillón en el que estaba sentada con un interés exagerado.

—No veo su nombre grabado en él. Debería conseguir una pequeña placa fijada al respaldo, tal vez. Algo de sustancia para declarar su propiedad superior. Los niños son afortunados de tener ya sus nombres en sus puertas. Debería pedirle lo mismo a su hermano.

Jasper frunció el ceño ante la sugerencia de que estaba siendo infantil con respecto al sillón, pero todo el mundo debería saber a estas alturas que siempre se sentaba allí después de la cena.

Radcliffe no estaba por encima de recordarle sutilmente que no era el duque, tampoco. Se decía que algunas institutrices nunca expresaban sus opiniones, y mucho menos intentaban decir algo provocativo. Confiaba en que Nash hubiera contratado a la única mujer con una riqueza de opiniones que solo se preocupaba por compartir con Jasper.

De hecho, con todos los demás, Sophie Radcliffe era perfectamente cortés. Ni siquiera la charla interminable de Stratford parecía ponerle los nervios de punta.

Estaba componiendo una respuesta adecuada para asegurarse de tener la última palabra esta noche cuando una mano se posó en su hombro. *Stratford, por supuesto*. Stratford sabía que la última institutriz le ponía los nervios de punta y últimamente se había interesado en mantenerlos separados, o al menos civilizados. Jasper frunció el ceño a su hermano por la interrupción.

Stratford simplemente le sonrió.

—Sabes, te estás volviendo tan ciego como yo. Casi nunca veo lo que tengo justo delante. Pregúntale a mi esposa.

—Ella estaba detrás de mí —gruñó Jasper—. No tengo ojos en la nuca.

—Pobre señora Radcliffe —dijo Stratford solícitamente a la institutriz—. Asaltada por el trasero de mi hermano tan temprano en la noche. Debe estar tan traumatizada por la experiencia. Le traeré una copa de jerez para animarla.

Jasper agarró el brazo de su hermano antes de que pudiera salir corriendo. —¿Alguna vez te he dicho que hablas demasiado?

—Frecuentemente —respondió Stratford, sonriendo tontamente—. Es mi cualidad más entrañable.

Jasper soltó el brazo de su hermano con una risa cariñosa. Le resultaba imposible mantener un mal humor cerca de su hermano menor, y probablemente Stratford también lo sabía.

La institutriz se aclaró la garganta. —No tema, Lord Stratford. Me recuperaré rápidamente una vez que su hermano encuentre sus modales extraviados —prometió, lanzándole una mirada que decía *acaba de una vez*—. Quizás si tiene un momento para ordenar sus pensamientos, podría componer uno mientras usted me trae esa bebida que me prometió.

Jasper frunció el ceño a la institutriz. ¿Quién era ella para ordenar a su hermano, un lord, que se marchara?

Pero Radcliffe lo ignoró y volvió a apretar los labios de la manera en que siempre parecía hacerlo. Era una lástima que ni siquiera Stratford le pareciera divertido, porque su aspecto mejoraba enormemente cada vez que sonreía. Jasper la había visto reír una vez con los hijos de su hermano. La transformación había sido una auténtica sorpresa. Se había visto encantadora y casi seductora durante un minuto entero. Sin embargo, la risa despreocupada estaba reservada solo para sus jóvenes pupilos.

Stratford murmuró algo ininteligible y se fue a buscarle la bebida.

Jasper inclinó la cabeza hacia la institutriz. —Perdone mi descuido esta noche, señora Radcliffe. Quizás estaría más cómoda cerca del calor de la chimenea. Tal vez podría traerle una manta para sus rodillas también.

Sophie era unos meses mayor que él. Un hecho que disfrutaba mencionar en sus pequeñas escaramuzas de vez en cuando.

Ella ignoró su sugerencia y juntó las manos recatadamente en su regazo. —Habiendo escapado del calor, no tengo deseo de volver a él. Le aseguro que mis huesos *viejos* están perfectamente cómodos aquí y no debería preocuparse por calentarlos. Después de todo, solo soy una institutriz. Realmente debería estar con los niños en cada momento de mi empleo.

—En eso estamos de acuerdo.

—Sí, siempre ha sido claro lo que piensa de las institutrices, y de mí en particular —murmuró, y luego ahogó una risa mientras giraba la cara—. Estoy segura de que encontrará mejor compañía al otro lado de la habitación.

Él también lo pensaba, pero Jasper se quedó mirando a la mujer hasta que ella lentamente volvió a mirarlo. Los restos de su diversión se desvanecieron lentamente de sus ojos, y volvió a apretar los labios con fuerza.

Odiaba que la maldita mujer pudiera leerle la mente. No era la primera vez que se encontraba en una batalla de voluntades sobre quién apartaría la mirada primero. Radcliffe siempre estaba bastante decidida a durar más que él. Era una confirmación más de que la mujer era un problema cuando Jasper fue el primero en parpadear.

Pero ella había estado de acuerdo con todo lo que Jasper había estado pensando y diciendo durante meses. Una institutriz debería estar con sus pupilos y no participar del esplendor del salón con la familia de su empleador. Era Nash quien insistía en que Radcliffe debía cenar con ellos y ni siquiera el duque podía persuadirlo de lo contrario.

Cuando no se le ocurrió nada ingenioso o mordaz que decir a continuación, se resignó a no haber tenido la última palabra. Jasper giró sobre sus talones y volvió con sus hermanos. Se aseguró de no mirar directamente a la institutriz. No quería pasar la última noche que estarían todos juntos recordando que la institutriz se había metido bajo su piel de nuevo.

Jasper se dirigió al duque. —¿Alguna noticia sobre el paradero de nuestro primo?

—¿Supongo que te refieres al primo George?

—En efecto.

—No se le ha visto desde que lo echamos de la casa de Londres —dijo Amity—. Pero de su esposa, he oído mucho que me preocupa. Melody se ha marchado al continente.

Jasper sonrió. Tampoco sentía ningún aprecio por Melody Sweet, la terrible esposa del primo George. —¡Buen viaje!

—Se dice que está viajando con su anciano padre, pero de George, no se sabe si los acompañó —dijo Amity, con aspecto preocupado—. Tuvieron una terrible pelea la noche que recuperamos la posesión de la casa de Londres, y temo que se haya producido una separación permanente.

—Te lo digo de nuevo, no fue culpa nuestra. Las mentiras sobre su situación y la propiedad de tu propiedad fueron obra de tu hermano —murmuró Crawford mientras palmeaba la mano de su esposa—. Debería haber sido honesto con su esposa sobre lo desesperadamente que sus finanzas dependían de la caridad de otros. Es decir, de ti y del difunto duque. —Crawford miró entre ellos—. George no está en los lugares habituales que frecuentaría en Londres; de eso estoy seguro. Mis asociados, muchos de sus antiguos amigos, no lo han visto por ninguna parte. Sus deudas también siguen sin saldarse.

—Volverá, más mezquino que nunca, sin duda —advirtió Nash, haciendo una mueca ante la perspectiva—. George no permitirá que nadie se sienta aliviado de su compañía para siempre.

—Nuestro primo es una pestilencia recurrente —aportó Stratford alegremente, uniéndose a la conversación. Stratford se rio y se volvió hacia su esposa—. ¿Deberíamos tomar una copa, querida?

—Pensé que nunca lo sugerirías —respondió Win dulcemente y se llevó a su marido.

—¿Jasper?

Jasper negó con la cabeza. —Tengo suficiente.

Stratford siguió a Win todo el camino hasta el barril de ron, donde sirvió dos copas y le entregó una a su esposa con gran flourish. Win se la bebió de un largo trago y luego miró a su

marido, con los ojos brillantes de desafío. Stratford intentó seguir su ejemplo, pero era bien sabido que no le gustaba mucho el ron. Finalmente logró tragarlo, pero después tosió y su cara se puso roja lentamente.

Win simplemente se rio suavemente, se sirvió otra copa y demostró por segunda vez que estaba más acostumbrada al ardor del ron en su garganta de lo que su marido lo estaría jamás.

Jasper no entendía el atractivo de la mujer con la que se había casado su hermano. Win Sweet era inusual. Sentido del humor completamente seco. Aburrida, excepto en raras ocasiones como esta noche, cuando la sorprendía mirando a su hermano de cierta manera, desafiándolo a seguirle el ritmo.

Win era extraña en otros aspectos también. No era particularmente femenina, en su opinión. No se deslizaba, sino que caminaba con decisión por la finca. Hasta donde él sabía, Win no bordaba, no pintaba acuarelas, ni siquiera tocaba un instrumento musical. Parecía que no poseía ninguna de las habilidades femeninas habituales que se decía que los caballeros favorecían al elegir esposa. Win también mostraba un descuido desinteresado por la moda que las mujeres de sociedad parecían creer importante y solo parecía interesarse por la conversación de Stratford. Lo cual era una suerte, ¡porque su marido hablaba mucho!

Win se empujaba con Stratford como si fueran un par de viejos amigos saliendo a divertirse en una taberna, dirigiéndose hacia un diván que pudieran compartir. Siempre estaban bromeando juntos, susurrando, y de repente Jasper sintió la sospecha de que lo habían dejado fuera de algún gran secreto. Descartó la idea como una tonta fantasía suya, como siempre hacía. Stratford nunca había sido capaz de guardar un secreto en toda su vida, así que obviamente no había nada importante que compartir.

Todo estaba cambiando en la familia, sin embargo. Su hermano menor se había casado, principalmente para reducir una deuda de larga data. Amity, su prima favorita, también estaba casada ahora. Nash ya estaba casado, aunque infelizmente, y eso dejaba a Jasper y al duque como los únicos hombres solteros en la habitación, pero incluso Ravenswood debía casarse este año.

Jasper se removió en su silla, incómodo con la idea de que pronto sería el único soltero que quedara. Haría que las futuras cenas fueran incómodas y probablemente aburridas mientras las parejas casadas coqueteaban a su alrededor. Tendría que encontrar otras formas de entretenerse en esas noches, aparte de discutir con la institutriz.

Dejó que sus ojos vagaran por las riquezas del salón de la finca Ravenswood, luchando contra la amargura habitual al saber que nada de lo que veía aquí sería realmente suyo. Ni siquiera su silla favorita.

Jasper inevitablemente dirigió su mirada hacia allí y descubrió que la institutriz se había escabullido de la habitación sin que nadie lo notara. Se sintió sorprendentemente decepcionado por eso. A Jasper le habría gustado tener la oportunidad de decir la última palabra antes de que ella se fuera mañana. Ella y los niños viajarían con el duque y Nash para conocer a la futura duquesa. No tendría que hablar con la señora Radcliff más allá de desearle un buen viaje mañana por la mañana.

Sin embargo, ¿qué iba a hacer durante el próximo verano?

¿Soportar su propia compañía durante meses y volverse loco de aburrimiento? No tenía amistades cercanas en el distrito. La mayoría eran mayores, casados o decididamente mala compañía.

Pero estaría cómodo durante el verano y cuanto más lo pensaba, más deseaba tener el lugar para él solo por primera vez. Unos meses de supuesta tranquilidad era justo lo que necesitaba

antes de que comenzara la próxima temporada. La finca apenas requeriría mucho de su tiempo, y lo que quedara podría disfrutarlo a fondo.

Tal vez algún amigo podría visitarlo.

Tal vez podría invitar a uno o varios.

Sonrió lentamente mientras una idea se afianzaba. Podría organizar una de sus pequeñas fiestas aquí.

El duque no le había prohibido expresamente a Jasper tener compañía durante el verano, ¿verdad? Jasper tenía responsabilidades que no serían demasiado exigentes con su tiempo. Miró a sus hermanos. Nash siempre había desaprobado sus amistades y sus diversiones más alocadas, pero el duque no era un santo. Era muy consciente de que Jasper complementaba sus ingresos con el juego. Jasper podría organizar una fiesta, con apuestas y ganar algo de dinero para él y la finca. Podría ser una ganancia inesperada para todos ellos.

Sin embargo, si Jasper les dijera a sus hermanos lo que pretendía hacer, sus hermanos mayores querrían discutir el asunto hasta el amanecer. Afortunadamente, nunca había confesado cada uno de sus pensamientos a sus hermanos mayores, ni a Stratford, quien no podía guardar un secreto ni para salvar su vida. Jasper metió las manos bajo sus brazos para ocultar su emoción por organizar una fiesta aquí. Era una idea brillante. Quizás la mejor de toda su vida.

CAPÍTULO DOS

—Así que aquí es donde te escapaste —susurró la señora Amity Crawford mientras se deslizaba en la guardería de Ravenswood y cerraba la puerta tras ella—. No pude evitar escuchar tu intercambio con mi primo. Por favor, no hagas caso a Lord Jasper. Su ladrido es mucho peor que su mordida.

—No me fui por su causa. Era hora de revisar a los niños —prometió Sophie mientras levantaba suavemente las mantas sobre los hombros de Thomas Sweet y pasaba una mano tranquilizadora por su espalda cuando se agitó en sueños. El hijo mayor de Lord Nash se había vuelto muy querido para ella durante su tiempo como institutriz, al igual que el hermano menor y más exuberante, Liam.

—Pobres corderos sin madre, casi olvidados —susurró la señora Crawford, siguiendo a Sophie por la habitación—. Has hecho maravillas con ellos. ¿Crees que siquiera recuerdan a su madre?

—Intento mantener viva su memoria lo mejor que puedo —prometió Sophie—. Pero es difícil cuando Lord Nash apenas habla de ella.

—Deberías hablar con Jasper. Él y Laura eran amigos de la infancia.

Eso la sorprendió. —¿Lord Jasper tenía una amiga?

La señora Crawford se rio suavemente y luego negó con la cabeza. —Tal vez hubiera sido más que amistad si la naturaleza hubiera seguido su curso. Pero entonces se arregló un matrimonio con Nash entre sus padres y ellos —Jasper y Laura— se convirtieron en cuñados. Y ahora nos quedamos con las consecuencias de un mal matrimonio.

—Un matrimonio infeliz requiere de dos, según me han dicho —dijo Sophie.

—No. Es culpa de Nash porque aceptó casarse solo por dinero, y se lo dijo a Laura. Estoy segura de que estarás de acuerdo en que eso no es lo que una dama quiere vivir todos sus días.

—Estoy segura de que no lo es —dijo Sophie, volviéndose hacia el pequeño Liam y deseando que la otra mujer regresara al salón con su familia. Sophie era huérfana y una sirvienta aquí. Una mujer sin pasado y solo con el futuro que ella misma creara. No tenía una verdadera comprensión de los desafíos que enfrentaban las mujeres del *ton* en el matrimonio, por lo que era difícil fingir simpatía por aquellas mujeres forzadas a tales uniones. En privado, pensaba que eran afortunadas de tener alguna oportunidad de casarse y tener un lugar al que llamar hogar para siempre. De tener una familia que se preocupara lo suficiente como para considerar su seguridad.

Sophie nunca se casaría. Se había resignado a la soltería hace mucho tiempo. Había tenido la oportunidad de un futuro mejor arrebatada de sus manos por un canalla que había fingido preocuparse por ella y le había roto el corazón. Había aprendido de la manera difícil que los

caballeros mentían rutinariamente sobre sus intenciones para salirse con la suya con mujeres desprotegidas como ella.

La señora Crawford se acercó. —Pregúntale a Jasper tus dudas sobre Laura.

Ella se estremeció, sintiéndose incómoda. —No puedo.

—¿Por qué no?

Forzó una sonrisa y se encogió de hombros. —Lord Jasper tiene una baja opinión de los sirvientes que se creen merecedores de su conversación.

La señora Crawford negó con la cabeza. —Estoy segura de que no pretende ser tan desagradable.

—Oh, sí que lo pretende —respondió Sophie con una suave risa—. De eso estoy bastante segura. Es más fácil hablar con Lord Nash que con él.

—Eso sí que suena grave. —La señora Crawford suspiró y se sentó, obligando a Sophie a hacer lo mismo—. Tal vez sea la maldición de ser el tercer hijo lo que aún tiñe su lengua.

Sophie se acomodó en un taburete de madera, arreglando los pliegues de su viejo vestido de muselina azul alrededor de sus piernas innecesariamente. —¿Qué tiene que ver ser el tercer hijo con que sea grosero conmigo a cada paso?

—El repuesto del repuesto. Un eterno pensamiento secundario. Lo tuvo peor que incluso Stratford al crecer. —La señora Crawford alzó una ceja como si fuera toda la explicación necesaria. Cuando Sophie negó con la cabeza, la señora Crawford continuó—. Jasper ha pasado toda su vida sabiendo que ha sido dejado de lado. No deseado hasta que se vuelve necesario, como en cenas como la de esta noche. Un hombre para completar los números, al igual que tú a menudo lo eres también. No puedo contar el número de veces que ha hecho un nuevo amigo, solo para que ellos pongan su mirada en unirse al círculo de conocidos de Ravenswood y Nash en su lugar.

—Oh, eso es terrible —protestó Sophie—. Qué personas tan horribles deben ser para usar a alguien tan descuidadamente.

—Sí. Es aún peor cuando lo hacen las mujeres. Cada una ansiosa por llamar la atención de un hermano mayor. Esperando convertirse en la próxima duquesa o amante. La próxima temporada, el duque volverá a la ciudad y será un momento difícil para todos, especialmente para Jasper. La gente lo pisoteará para llegar al lado del duque o de Nash.

Tenía que admitir que se alegraba de saber que la forma en que Lord Jasper le hablaba podría no tener nada que ver con ella en absoluto. —¿Por qué Nash?

—Todo el mundo sabe que Nash y el duque son extremadamente cercanos, y tú también eres importante para Nash, como institutriz de sus hijos. Al duque y a Nash siempre les gustan las mismas personas, y tú ocupas un lugar especial en la jerarquía familiar por derecho propio. Quizás mayor que Jasper.

Sophie se echó hacia atrás, sorprendida por esa sugerencia. —No soy como esas mujeres. Solo quiero hablar sobre los niños, y por ellos, con Lord Nash. Convencer a su padre para que se involucre más en su crianza. Están tan solos aquí.

La señora Crawford sonrió tristemente. —Yo me sentía así antes de casarme.

—Incluso sin familia, podemos tocar las vidas de otros y sentirnos contentos —dijo, mirando sus faldas descoloridas—. Aunque sea solo por un tiempo, podemos elegir ser felices con nuestra suerte en la vida.

La señora Crawford se inclinó hacia adelante. —Mi querida señora Radcliffe. No puedo imaginar la soledad que debe enfrentar una huérfana cada día. Yo tenía un hermano horrible y una familia numerosa que quería el control completo de mi vida. Aunque no me trataran con la

amabilidad y comprensión que esperaba, siempre estaban ahí.

Sophie asintió. —Uno no puede extrañar lo que nunca tuvo.

La señora Crawford tomó impulsivamente la mano de Sophie y la apretó. —Bueno, ahora estás con nosotros, y eres una compañera encantadora de verdad. No dejes que Jasper te convenza de lo contrario. Además, mi primo Nash parece decidido a incluirte y eso es todo lo que importa.

—Ha sido tan amable —dijo, sonrojándose al recordar las incómodas noches que había pasado últimamente en la mesa del duque. Estaba completamente fuera de su elemento alrededor del duque, y de su empleador también, a menos que estuviera hablando sobre sus hijos. Encontraba más fácil tratar con Lord Stratford, pero Lord Jasper era imposible. Estaba decidido a no agradarle y a hacerla parecer difícil frente a todos. Sophie preferiría ser ignorada por completo.

—Por favor, no cometas el error de pensar demasiado bien de mi primo Nash —advirtió repentinamente la señora Crawford.

Sophie miró a la señora Crawford sin comprender.

—No es para alguien como usted —la mujer se estremeció—. No me gustaría que confundiera su amabilidad con algo más profundo.

Cualquier sentimiento de camaradería con la señora Crawford se desvaneció, solo para ser reemplazado por el horror ante la idea de una relación impropia con su empleador.

—Ciertamente nunca olvidaré mi lugar, señora.

—No es que no piense bien de usted, entiéndame. Todo lo contrario —prometió la señora Crawford—. Solo quería asegurarme de que comprende la situación.

Sophie entrelazó las manos con fuerza sobre su regazo, horrorizada por la conversación.

—Está casado. En efecto, lo está. Nunca me ha dado ninguna señal de... Jamás le he alentado a pensar...

—Me alegro. Odiaría que traicionara sus votos, incluso si su atracción por otra persona se volviera urgente.

Sophie se puso de pie, inquieta por cualquier discusión sobre atracción. En su experiencia, esos sentimientos no eran de fiar.

—Yo también, especialmente por el bien de los niños.

La señora Crawford también se levantó.

—No pretendía alterarla, querida. Es solo que... veo cómo están juntos y me pregunto si algo está gestándose bajo la superficie.

—No de mi parte. Como le dije a Lord Jasper más temprano esta noche, solo soy una institutriz.

La señora Crawford negó con la cabeza ante eso.

—Eso no es todo lo que usted es, pero no hablaremos más del tema ya que la ha alterado. Quizás cuando regrese de mi viaje, usted y yo podríamos discutir el tema de su futuro.

—¿Mi futuro?

—No puede permanecer como institutriz aquí para siempre.

—Sé que no puedo —Sophie alzó la barbilla. Su tiempo aquí estaba definido por los requisitos de Lord Nash y las edades de los niños—. Los niños pronto no me necesitarán. Son tan atentos a sus lecciones —dijo, para dirigir la conversación hacia un tema cercano a su corazón.

La señora Crawford asintió, y el tema de Lord Nash quedó olvidado entre ellas.

—¿Cómo logra que atiendan tan bien a sus estudios? Me avergüenza decir que yo fui una estudiante indiferente.

Ella sonrió.

—Son niños agradables, y elogio sus esfuerzos diariamente.

—Eso es algo que estoy segura de que su abuelo, el difunto duque, nunca habría aprobado. Él creía en la obediencia o la vara. Los elogios eran inexistentes —dijo la señora Crawford, y luego se estremeció como para librarse de un recuerdo desagradable—. Deberíamos regresar a la sala ahora.

—Debería quedarme con los niños —decidió Sophie. Lo último que quería era estar cerca de Lord Nash después de su conversación con la señora Crawford. Tenía mucho en qué pensar. Su plan de acercar más a Lord Nash y a los niños había tomado un giro inesperado e indeseado.

—El duque nos espera a ambas —le informó la señora Crawford de una manera que sugería que no podía haber discusión.

Resignada a pasar unas horas más en compañía de sus superiores, Sophie siguió obedientemente a la mujer de vuelta a la sala. Pero una vez que la señora Crawford llegó a la habitación, se separó para correr hacia las puertas abiertas de la terraza y miró hacia afuera.

La señora Crawford rio, le hizo señas a Sophie para que se uniera a ella, y luego desapareció en la oscuridad más allá. Sophie la siguió con más calma, mirando hacia la izquierda. Lord Jasper había vuelto a tomar posesión de su silla favorita mientras ella estaba ausente. Tenía papeles en la mano, pero no levantó la vista para reconocer su regreso a la habitación.

Sophie se dirigió hacia la puerta abierta y miró hacia afuera.

—Ahí está —dijo Lord Nash a su derecha, haciéndola saltar casi fuera de su piel—. Temía tener que enviar a un sirviente a buscarla. No hay problema con los niños, supongo.

—Ninguno en absoluto —Sophie salió, sonriendo, pero añadió un poco más de distancia entre ella y su empleador de lo habitual—. ¿Qué está pasando?

—Bolos sobre césped. Mi hermano insiste en un juego.

El duque y sus hermanos habían estado jugando todos los días de esta semana. Los niños y ella habían observado desde las ventanas del cuarto de los niños entre lecciones, pero no habían sido invitados a unirse ni una sola vez.

—Pero es de noche.

—Ahí radica el desafío de hacer un tiro decente —dijo Lord Jasper arrastrando las palabras, mientras aparecía repentinamente a su otro lado. Hizo un gesto hacia el césped—. La estábamos esperando.

—Sí, la estábamos esperando —anunció Lord Nash, ofreciendo su brazo.

Sophie no podía tomar el brazo de Lord Nash.

—Disfrutaría observando.

—No, no. Usted jugará —decidió Lord Nash.

Lord Jasper también estuvo de acuerdo con él, lo cual la sorprendió.

—Yo seré el compañero de la señora Radcliffe. Usted haga pareja con Ravenswood, como de costumbre.

—Su compañero es Stratford —dijo Nash, con el brazo aún extendido hacia ella.

—No. Ya no. Stratford ha elegido una nueva compañera —replicó Lord Jasper secamente, acercándose más a su lado—. Solo su esposa le sirve ahora, ya sabe.

Sophie hizo una mueca. ¿Eso había herido los sentimientos de Lord Jasper?

Miró a través del césped, forzando la vista para ver las formas que se movían en la escasa luz de algunas linternas. Lord Stratford y su esposa parecían estar luchando por la posesión de las pequeñas bolas redondas con las que iban a jugar. Eran una pareja competitiva. Sabía lo suficiente sobre la alta sociedad para darse cuenta de que Lady Win Sweet era más que un poco

tosca en los bordes.

A Sophie le caía bien Lady Win. Era interesante. Las criadas murmuraban sobre su costumbre de usar secretamente un par de pantalones de hombre bajo sus galas. También hacía inmensamente feliz a Lord Stratford, incluso cuando ella triunfaba en sus muchas competencias intrascendentes. Lo mantenía a raya e incluso puntual para la cena. Todos pensaban que era un milagro.

Nash la miró a los ojos.

—Quizás la dama debería ser quien elija a su compañero.

Con la advertencia de la señora Crawford sobre el interés de Lord Nash aún resonando en sus oídos, fue una decisión sencilla elegir a Lord Jasper como su compañero en el juego. No alentaría a un hombre casado, y Lord Jasper, un libertino, ya había demostrado no tener interés en ella. Por una vez, Lord Jasper era una elección más segura.

—No podría negarle al duque su compañero preferido —le dijo a Lord Nash.

—Como desee —respondió él, pero su tono sugería que no estaba decepcionado con su decisión. Sin embargo, tenía que aceptarla. Era demasiado caballero para no hacerlo.

Sophie cuadró los hombros.

—¿Podría alguien explicarme las reglas?

Lord Nash intentó explicar, pero lo hizo de una manera que la confundió completamente al final. Finalmente, dejó de hablar y Sophie solo pudo asentir. Pero seguía sin saber qué se suponía que debía hacer.

Eventualmente, llamaron a Lord Nash, y él hizo una reverencia y se marchó, apresurándose hacia el duque, quien estaba dirigiendo a los sirvientes para que colocaran más antorchas alrededor de la cancha.

Miró a Lord Jasper con expresión de disculpa. —Debo advertirle que nunca he jugado antes.

—Algo me dice que lo hará admirablemente a pesar de las desconcertantes instrucciones de mi hermano —dijo Lord Jasper con tono arrastrado—. Todo en lo que tiene que pensar es en la pequeña bola del final. Imagínela como alguien que conoce. En su caso, le sugiero que sea alguien a quien verdaderamente desprecie.

Una persona vino inmediatamente a su mente. —Muy bien. Pero ¿por qué alguien a quien desprecio?

—Las mujeres son criaturas emocionales —explicó Lord Jasper, inclinándose un poco más cerca—. Las emociones guían sus acciones en todo.

Eso era injusto. Sin embargo, armada ahora con un poco de su historia, casi podía perdonar su baja opinión de algunas mujeres. Moderó su respuesta para que fuera menos cáustica de lo que podría haber sido. —¿Cómo sabe que eso es cierto para mí?

Él le lanzó una mirada y continuó como si la respuesta fuera evidente. —Ahora. Quiere que su bola se acerque a esa pequeña. Piense en ello como una batalla. Debe detenerse lo suficientemente cerca como para que, si fuera su enemigo, pudiera apuñalarlo. Cerca significa que ganamos.

No pudo evitarlo. Se rio. —Esa es una manera inusual de explicar un juego de habilidad.

—Y de astucia —advirtió él—. Juegue para ganar, señora Radcliffe. Si se atreve.

Sophie tragó saliva. Ganar no era su punto fuerte, pero Jasper era claramente competitivo. Haría lo mejor posible para no ser una completa decepción para él.

Lo siguió y fue donde le indicaron que esperara su turno. Estudió cuidadosamente las técnicas de los otros jugadores mientras probaba el peso de la bola en su mano. Lord Jasper era un excelente jugador. Su bola llegó a descansar a menos de tres pulgadas de la bola más

pequeña. Mucho más cerca de lo que cualquiera de sus hermanos había logrado hasta ahora. Vio cómo ocultaba su euforia y orgullo por ese logro, sin embargo.

El repuesto del repuesto. Sus logros desestimados como sin importancia. Sophie aplaudió por él, pero él la miró con el ceño fruncido.

Cuando llegó su turno, Sophie volvió a probar el peso de la bola en su mano. Tenía un peso reconfortante, y fácilmente imaginó a la persona que despreciaba al final del tramo verde del césped, como Lord Jasper le había sugerido que hiciera. Se acercó al lugar designado, pero Lord Jasper estuvo a su lado en un instante, tomando su mano que sostenía la bola de una manera diferente.

—Gírela así —le dijo, girando la bola en su palma con dedos cuidadosos hasta que estuvo correctamente alineada a su gusto—. Recuerde doblar las rodillas mientras da un paso adelante y piense pensamientos vengativos. No debería ser difícil para alguien como usted.

Con ese comentario resonando en sus oídos, cualquier simpatía por su situación como tercer hijo disminuyó notablemente. Ella no le había hecho nada a Lord Jasper además de expresar su opinión cuando él la menospreciaba. No tenía otra razón para pensar mal de ella, a menos que él también sospechara que estaba interesada en capturar los afectos de su hermano mayor. Lord Nash había estado decidido a tenerla como su compañera, pero también lo había estado Lord Jasper.

Sophie se acercó al lugar designado, frustrada por todos los hombres una vez más. No debería estar jugando juegos con su empleador y su familia como si fuera una de ellos.

Sophie había cometido ese error antes.

Apuntó e imaginó al hombre que había mentido sobre amarla parado sobre la pequeña bola. El hombre que había tomado su inocencia y luego la había desechado como basura. Mentido y engañado para meterse bajo sus faldas con promesas de un feliz para siempre.

Desafortunadamente, Sophie había subestimado la profundidad de su rabia restante hacia ese hombre cuando lanzó la bola de su mano. La bola pasó velozmente junto a la más pequeña y rápidamente desapareció en la oscuridad entre gritos de risa de los otros jugadores. Cuando Lord Jasper maldijo rotundamente, Sophie se levantó las faldas para salir corriendo hacia la oscuridad tras la bola, con el rostro ardiendo de vergüenza y deseando desaparecer también para siempre en la oscuridad.

CAPÍTULO TRES

—¿Podrías subir de una vez a ese maldito carruaje y marcharte? —exigió Jasper a su hermano menor, Stratford, empujándolo hacia la puerta abierta del coche. Stratford tenía a su dama esperando dentro, y Win parecía estar impacientándose también con los titubeos y el parloteo de su marido.

—Podríamos quedarnos —ofreció Stratford, volviéndose una vez más.

—Por el amor de Dios, ¿y hacer qué? ¿Arar los campos tú mismo? Si queremos tener un mejor año que viene, no será porque todos se queden aquí mirando cómo trabajan los demás. Ve a visitar a Aston, píntale un retrato —demandó Jasper con una risa, y luego bajó la voz—. No podemos permitirnos el gasto de tenerte en casa durante el verano.

Eso no era estrictamente cierto, pero era una sugerencia útil para lanzar.

—No comemos tanto —refunfuñó Win lo suficientemente alto como para que Jasper la oyera.

—Pero tu marido come por seis —informó Jasper a su cuñada con un encogimiento de hombros—. Yo me quedo para asegurarme de que se hacen las cosas correctamente y nuestro hermano está libre para hacer su propuesta. Vosotros id y disfrutad de una luna de miel como es debido. Disfrutad el uno del otro y, por el amor de Dios, no os enemistéis con vuestro anfitrión, Aston. No podemos permitirnos que invente alguna razón para reclamar la deuda restante.

—Intentaré no hacerlo —prometió Stratford solemnemente, a lo que Win se rio. Pero entonces una sonrisa radiante inundó su rostro—. Intenta no echarme de menos.

Jasper puso los ojos en blanco.

—No puedo echarte de menos si no te vas.

De repente, Stratford atrajo a Jasper en un fuerte abrazo.

—Pórtate bien, hermano.

—Ja —resopló, apartando a su hermano—. Ese no es mi lema.

—Lo sé —dijo Stratford, sonriendo—. Es nunca dejes que te pillen disfrutando demasiado.

—Exactamente. —Divertirse no había sido precisamente alentado por su familia. Desde una edad temprana, había aprendido a disfrutar de cualquier placer en la vida en silencio. Pero las cosas eran diferentes, su padre muerto, su hermano ahora el duque. Jasper se había despertado esta mañana sabiendo que podía vivir un poco más ruidosamente—. Fuera de aquí —instó, empujando a Stratford dentro del carruaje. Ya se había despedido prolongadamente de todos los demás que importaban—. Que tengáis un viaje agradable, los dos.

Stratford finalmente se sentó junto a su paciente novia. Jasper los despidió con la mano y luego se volvió hacia las escaleras tan pronto como el carruaje se puso en marcha.

—Pensé que nunca se irían —se quejó a sus hermanos mayores, que sabiamente habían optado por permanecer en lo alto de las escaleras.

—A Stratford siempre le ha gustado hacernos a todos estar de pie para despedirlo —señaló Nash con amargura.

—Le hace sentirse querido —dijo el Duque de Ravenswood—. Ahora es nuestro turno de despedirte, Jasper.

Jasper apenas se contuvo de gritar de alegría. Tenía tanto que lograr hoy.

—El carruaje debería estar aquí en cualquier momento —prometió, esperando que su júbilo estuviera bien oculto.

El duque se ajustó los guantes.

—Lamento esto.

—Lo entiendo y sé qué hacer —respondió Jasper—. Despedir a tantos sirvientes como quieran ir a visitar a sus parientes y asegurarme de que se realicen tantos puntos de la lista de Nash como sea posible antes de vuestro regreso.

Ravenswood asintió.

—Envía noticias si hay problemas serios.

Jasper no esperaba que pudiera haberlos, pero asintió.

—Los carruajes para los sirvientes que se van estarán aquí poco después de que parta el vuestro. Seymour me dice que todos están bastante emocionados por tener unas vacaciones inesperadas.

—Bien —dijo el duque, pero parecía afligido mientras miraba alrededor. Su reticencia a irse era palpable.

Jasper le palmeó el hombro cuando el carruaje de viaje ducal apareció a la vista.

—Prometo devolverte la propiedad sin un rasguño al final del verano.

—¿Alguna vez hubo razón para sospechar que Ravenswood no estaría seguro en tus manos? —preguntó el duque, pareciendo serio por un momento—. Sé que siempre haces lo correcto.

Jasper se estremeció interiormente y dirigió su mirada a Nash, quien había hecho un sonido de desacuerdo.

—Lástima que alguien más no comparta esa opinión.

El duque golpeó el hombro de Nash.

—Está en su naturaleza preocuparse por cómo llenarás tus días.

Jasper se puso las manos en las caderas.

—No soy un niño.

—Bueno, todos sabemos lo que preferirías estar haciendo durante el verano —dijo Nash con una mirada desaprobadora en su dirección—. Ravenswood estará tranquilo para alguien que prefiere el bullicio y las fiestas salvajes de Londres.

—Una fiesta salvaje es justo lo que tú necesitas también. Podría hacerte más feliz.

—No haría eso —respondió Nash, su expresión tornándose sombría.

En ese momento, Jasper se dio cuenta de que había una ausencia en las escaleras.

—Me pregunto qué está reteniendo a los niños.

—Se quedan aquí —le informó el duque, ajustándose los puños.

La mandíbula de Jasper se abrió de golpe por la conmoción y la incredulidad. Los hijos de Nash no podían quedarse. Ciertamente no la institutriz con ellos, también.

—Pensé que habías dicho que ella iba con vosotros. Que todos iban con vosotros de vacaciones.

—No es la ocasión adecuada para imponer tantos a nuestros anfitriones, y Nash está de

acuerdo conmigo —dijo el duque, pareciendo sospechosamente complacido consigo mismo por eso.

—Todavía hay tiempo para que se unan a vosotros —instó Jasper—. Podría enviarlos a ellos y su equipaje después si lo deseas.

El duque negó con la cabeza firmemente.

—No, se quedan aquí para el verano. Es menos disruptivo para su horario.

Nash y sus reglas y horario para los niños estaban fijados en piedra, pero incluso él no parecía complacido con la decisión del duque en este momento.

Qué inusual de su parte.

Pero claramente, el asunto había sido discutido mientras Jasper no había estado presente. Y Jasper no llegaría a ningún lado discutiendo con el duque que los niños deberían ir con su padre. Quejarse podría llamar la atención no deseada sobre el hecho de que él también quería que se fueran.

Se encogió de hombros ante el problema mientras el carruaje se detenía frente a ellos.

—Bueno, entonces está decidido.

Nash se detuvo frente a él.

—En lo que respecta a los niños, se debe confiar enteramente en Radcliffe, ¿entiendes? —advirtió—. No deberías tener necesidad de molestarla en absoluto. Si la ves, transmítele mi satisfacción con su empleo y mi continua confianza —ofreció Nash como comentario de despedida antes de entrar en el carruaje.

El duque dio la espalda al carruaje.

—Hablando de la institutriz, asegúrate de que se recupere el cuenco que arrojó a la oscuridad anoche, y... —El duque inclinó la cabeza, acercándose más—. Si la esposa de Nash regresa mientras estamos fuera, envía noticias de inmediato —susurró.

Jasper jadeó suavemente.

—¿Es probable que eso suceda?

—¿Quién sabe qué hará Laura? Pero espero que volvamos a verla. Asegúrate de que sepa que es bienvenida —insistió Ravenswood—. No podemos permitirnos otro escándalo en la familia este año.

—Es el mismo escándalo de siempre —le recordó Jasper al duque. La esposa de Nash había abandonado el matrimonio hace años y los chismes sobre su deserción se negaban a desaparecer.

El duque frunció los labios, mirando brevemente la fachada de Ravenswood. —Me refiero al nuevo escándalo que se cierne sobre nosotros.

Jasper frunció el ceño. —¿Qué escándalo?

—Lo viste anoche. Supongo que lo has sospechado desde hace tiempo.

—¿Vi qué?

El duque miró hacia el carruaje. —Nash está demasiado interesado en la institutriz para mi gusto. Odiaría tener que despedir a Radcliffe, pero lo haré si es necesario.

Luego se fue, subiendo al carruaje y dejando a Jasper aturdido en los escalones de la entrada del Palacio Ravenswood.

Jasper no había visto nada impropio entre su hermano y la institutriz la noche anterior. Solo el habitual Nash intentando imponer su autoridad en otro asunto más. Anoche, cuando Nash casi se negó a ceder ante la reclamación de Jasper de tener a la institutriz como su pareja en el juego, no le dio mayor importancia. Pero ahora, ¿habría revelado la noche anterior un indicio de posesividad por parte de su hermano?

Nash siempre había sido compañero del duque. Jasper y Stratford jugaban en el mismo

equipo. Así había sido desde que eran niños. Pero Stratford ahora tenía esposa, y como últimamente prefería la compañía de Win a la de Jasper, este había asumido que asumiría el papel de árbitro con más frecuencia. Pero con la institutriz allí, sin compromiso, había visto una manera de volver a ser parte del juego.

Mantuvo la mirada fija en el carruaje que se alejaba. En las cenas últimamente, el duque lo había obligado a acompañar a la institutriz casi cada vez, y le había parecido simplemente injusto. ¿Lo habría hecho el duque a propósito? ¿Y qué hay de la decisión de Ravenswood de dejar atrás a los niños? ¿Podría haber sido puramente para mantener separados a Nash y la institutriz? ¿Para evitar que se formara una alianza escandalosa en el peor momento posible?

Ahora realmente hizo una mueca. Sophie Radcliffe era una institutriz adecuada para un par de niños, pero nada más en ella debería haber atraído el interés de Nash.

Jasper permaneció en el camino de entrada, observando cómo el carruaje desaparecía lentamente. ¿Estaba Ravenswood dejando atrás a la institutriz con la esperanza de que, a su regreso, cualquier enamoramiento que Nash pudiera tener se hubiera olvidado por completo? Extinguido por una prolongada separación de algunos meses. Pero el duque también dejaba atrás la esperanza del regreso de su primera cuñada. Eran más complicaciones de las que Jasper había contado para los meses de verano, pero supuso que lidiaría con todas y cada una de ellas.

Empezando por la institutriz y cualquier *sentimiento* que pudiera haber desarrollado por Nash.

El aislamiento de Ravenswood este verano le mostraría cuán verdaderamente innecesaria era su compañía en realidad. Sonrió lentamente mientras imaginaba su aburrimiento y potencial frustración por haber sido dejada atrás.

Qué lástima. Ahora sabría cómo se había sentido siempre Jasper.

Empezó a subir las escaleras. Había mucho que hacer y poca necesidad de delicadeza. Ravenswood estaba a punto de convertirse en un infierno temporal de juego para una docena de libertinos y sinvergüenzas vetados de los lugares habituales en Londres. Había pasado la noche haciendo planes y considerando a quién invitar. Solo podían ser amigos con bolsillos profundos, reputaciones cuestionables y una creciente apreciación por las cosas más finas de la vida. Cosas que su nuevo dinero no podía comprarles a menos que se casaran con alguien de la *alta sociedad*. Un caballero necesitaba conexiones impecables o alguien que respondiera por ellos si querían avanzar en la sociedad.

Jasper tenía la intención de hacer eso por ellos la próxima temporada. Pero mientras tanto, podía darles una muestra de lo que faltaba en sus vidas, por un precio. Era el hermano menor de un duque y estaba bien versado en experiencias e información que nunca habían soñado que existían.

Sus amigos podían esperar apuestas de alto riesgo y algunas pérdidas en una fiesta que Jasper organizaría aquí en Ravenswood. Y esas pérdidas se sumarían y volverían a llenar los bolsillos vacíos de Jasper cada día de la fiesta. El evento sería solo por invitación, para aquellos que pagarían una tarifa por caminar por estos sagrados pasillos durante una semana o dos y fingir que pertenecían aquí. Se convertirían en la envidia de la sociedad. Sus amigos adinerados estaban obligados a aceptar una invitación tan única para unirse a él en diversión y juegos escandalosos.

Paseó por el vestíbulo de entrada, esquivando a los sirvientes parlanchines que se alineaban esperando los carruajes que los llevarían a sus vacaciones. Los que se quedaban estaban ayudando a reunir a todos, para que ningún rezagado se quedara accidentalmente atrás.

El mayordomo lo llevó aparte, con el rostro nublado de preocupación. —Los hijos de Lord Nash no se fueron con él.

Jasper había hablado con el mayordomo sobre sus intenciones a primera hora de la mañana. Había acordado que no debían molestar al duque con los detalles. —Sí, me acabo de enterar de eso. No cambia mis planes.

—¿Qué hay de la señora Radcliffe?

Sí, una institutriz que podría fantasear con que su hermano mayor la llevara en sus brazos a su cama. Hizo una mueca ante esa imagen. La institutriz era ciertamente un asunto espinoso. Ella desaprobaría la fiesta que él había planeado, pero también necesitaba ser disuadida de cualquier interés que pudiera tener en Nash. Jasper era el hombre indicado para hacerle ver cuán inadecuada era para permanecer en su sociedad. Nash, también, necesitaría una distracción similar, pero ese era un problema que el duque debía resolver mientras estuvieran fuera. Si Nash se sentía solo, el duque dirigiría a alguna viuda igualmente solitaria o esposa aburrida a su cama y lo absolvería de cualquier culpa después. Cualquier cosa para evitar un escándalo que involucrara a una institutriz.

Hasta ahora, Jasper había creído realmente que su hermano era incapaz de infidelidad. Pero con una institutriz siempre bajo su nariz, animándolo a visitar el cuarto de los niños por la noche, solo era cuestión de tiempo antes de que Nash pudiera resistir su lujuria mal dirigida.

—Me ocuparé de la institutriz más tarde —prometió Jasper. Aunque el mayordomo parecía preocupado, Jasper le ofreció una sonrisa tranquilizadora mientras la cocinera se acercaba apresuradamente a ellos con un sombrero ridículamente feo.

A Jasper le caía bien la señora Derry, y ella le tenía aprecio. —¿Está seguro de que no quiere que me quede?

Aunque echaría de menos su cocina, prefería que no se quedara. —Derry, ¿cree que el duque volverá a ofrecer este privilegio? Una vez que se case, estas decisiones estarán fuera de sus manos, y quién sabe qué hará la nueva duquesa con todos ustedes.

Ella frunció el ceño.

—Las duquesas han reemplazado a todo el personal de la casa por capricho —advirtió, observando cómo la cocinera y otros que estaban cerca palidecían—. Mi madre lo hizo varias veces en su vida. Sí, en efecto. Todos bailaremos a un ritmo diferente cuando la próxima duquesa se instale en Ravenswood. Incluso yo. Mejor que aprovechemos al máximo.

Jasper ciertamente lo haría. Sospechaba que estaría en otra parte gran parte del tiempo cuando la nueva duquesa se instalara en el Palacio Ravenswood. La única razón para permanecer cerca de un hermano mayor casado era el dinero que había invertido en el futuro de la propiedad y la familia. Una vez que se lo devolvieran, se escabulliría de vuelta a Londres, donde pertenecía.

Miró a su alrededor con impaciencia. Era imperativo alejar hoy a todos los sirvientes respetables. Solo entonces podría comenzar los preparativos para la fiesta. Había que hacer muchos cambios —remociones— antes de que el palacio estuviera listo para sus invitados. Los objetos preciosos debían guardarse bajo llave; las habitaciones privadas, como las cámaras del duque y el estudio, debían cubrirse y cerrarse según lo planeado.

Una vez que eso se pusiera en marcha, decidiría qué hacer con la institutriz. Lo que le recordó que había un cuenco que debía encontrarse en algún lugar del vasto jardín y devolverse al juego también. Se preguntó en quién estaría pensando ella. Había podido ver su expresión cuando soltó el cuenco, y quedó impresionado a regañadientes.

Por esa única mirada en su rostro, Jasper concluyó que había alguien en el mundo a quien Sophie Radcliffe odiaba. No debería tener nada que ver con él. Jasper solo la había fustigado con una docena de insultos sutiles y no tan sutiles durante los últimos meses. Sentía curiosidad por saber quién en su pasado le había hecho tanto daño.

¿Podría usarse esa información para hacer que renunciara a su empleo antes de que Nash regresara? ¿O al menos, para enturbiar el interés de Nash en ella más adelante? Solo el tiempo lo diría.

CAPÍTULO CUATRO

Un par de manitas cubrieron los ojos de Sophie y un niño pequeño rió en su oído.

—¿Adivina quién soy?

Sophie fingió sorprenderse por su alumno más joven, Liam, que se había acercado sigilosamente, pero lo había oído caminando de puntillas por el suelo de madera, como hacía cada mañana desde hacía meses.

—¿Es el mayordomo?

—No —protestó el niño de cuatro años.

Ella colocó sus manos sobre las pequeñas del niño que descansaban en su rostro y las mantuvo allí.

—¿Es el limpiador de botas?

—¡No! Soy yo, tonta —dijo el niño, liberando sus manos de las de ella y dejándose caer en su regazo. El niño hacía eso todas las mañanas también.

Sophie lo abrazó.

—¡Oh, es Liam! Nunca lo habría adivinado.

—¡Te engañé otra vez!

—Ciertamente lo hiciste. Buenos días, jovencito. ¿Cómo estás hoy?

—Estoy muy bien, gracias —prometió, pasando de juguetón a solemne en un instante y recordándole a su padre. Había estado callado, inusualmente callado, cuando ella llegó a la finca para ser su institutriz. Nunca quería que su carácter juguetón desapareciera.

Sophie le hizo cosquillas bajo los brazos, lo que lo hizo reír y retorcerse para bajarse de su regazo, y ella lo puso de pie con una sonrisa cariñosa.

—¿Dónde estará tu hermano Thomas?

—Está observando a papá.

—Oh, ¿es así? —dijo Sophie, y sonrió. Thomas Sweet, de siete años, era un joven independiente e inquisitivo. A menudo se levantaba temprano, generalmente pedía permiso antes de salir a explorar el gran Palacio de Ravenswood, pero solo se aventuraba hasta los límites de su dominio, principalmente en busca de un vistazo de su siempre ocupado papá—. Bueno, ¿por qué no vemos si podemos encontrarlo? Ya casi es hora de su desayuno y las lecciones comienzan poco después.

Lord Nash era como la mayoría de los padres que había conocido. Afirmaba que quería lo mejor para sus hijos, pero se mantenía distante de ellos. Lord Nash se reunía con ellos solo una vez a la semana, a menos que ella pudiera organizar otros encuentros entre ellos. Por supuesto, ahora que sabía lo que la señora Crawford temía que estuviera sucediendo entre ellos, Sophie no

debería alentar a su empleador en absoluto.

Tomó la mano de Liam en la suya y fueron juntos en busca de Thomas. Liam permaneció en silencio mientras la guiaba hacia el frente del Palacio de Ravenswood, hasta las ventanas que daban al camino de entrada.

Thomas tenía la nariz pegada al cristal de la ventana, mirando hacia el camino de grava de abajo y los jardines más allá.

—El tío Stratford se ha ido con su nueva esposa —les dijo Thomas sin volverse—. Pero el carruaje del tío está ahora en su lugar.

Sophie se unió a él y miró hacia afuera. El reluciente carruaje de viaje del duque y un equipo de seis hermosos caballos negros con lacayos uniformados esperaban para algún tipo de viaje. Se apartó de las ventanas, confundida. No había oído nada sobre que Ravenswood planeara visitar a alguien anoche. Todos debían dejar la finca para una fiesta en una casa al final de la semana. Aún no se lo había dicho a los niños. Había planeado sorprenderlos con la noticia la noche anterior.

Liam tiró de su manga.

—¿Estás triste porque papá también se va, Radcliffe?

—Estoy segura de que no es nada de eso —prometió—. Estoy segura de que simplemente está despidiendo al duque o haciendo una visita temprana a una de las propiedades vecinas.

Pero su corazón se hundió un poco mientras observaba que la actividad abajo continuaba y se cargaban muchos baúles. El duque debía irse, pero ¿también Lord Nash?

Apretó los labios con fuerza, esperando que no fuera el caso. Los niños siempre se desanimaban un poco cuando los dejaban atrás.

Atrajo a los niños contra su costado mientras su padre y el duque estaban abajo en las escaleras, conversando. Sophie se mantuvo fuera de la vista, pero los niños no dudaron en mirar hacia abajo a sus mayores. Parecía haber cierta prisa en esta salida temprana por la mañana, pero solo el duque miró hacia la fachada del palacio cuando Lord Nash desapareció dentro del vehículo que esperaba, y luego el duque lo siguió, con su abrigo arremolinándose alrededor de sus piernas.

Lord Jasper permaneció en los escalones para despedirlos. Los niños se apoyaron un poco más fuerte contra ella cuando el carruaje partió e inició su lento giro antes de acelerar.

—¿A dónde va papá?

—Lo siento, pero no lo sé —dijo, acariciando suavemente sus cabellos. Sophie permaneció en la ventana, observando el vehículo alejarse sin ellos con un corazón conflictivo. Esperaba que el viaje de Lord Nash fuera de corta duración, pero la cantidad de baúles cargados en la parte superior sugería que el par estaría ausente por algún tiempo. Eso era confuso pero un alivio de cierta manera. Si él se iba, ella no tendría que enfrentar las sospechas de la señora Crawford.

Sophie sacudió la cabeza. Lord Nash debería haberles dicho a los niños que se iba, pero ¿qué podía hacer una institutriz al respecto? Nada. Sophie no podía obligarlo a mostrar su amor por sus hijos. Lo había intentado tantas veces aumentar su interés sin éxito.

Abrazó a los niños sin eficacia, sabiendo que el afecto de una institutriz no era lo que realmente necesitaban. Una institutriz no era familia. Era el amor de su padre, tíos, tía y primos, y lo más importante de todo, su madre ausente, lo que necesitaban más.

Los niños se alejaron de la ventana por su propia voluntad, pero Sophie podía ver su decepción clara como el día mientras los seguía. Deseaba que su padre todavía estuviera aquí para vislumbrar el daño que podía infligir tan descuidadamente a sus dulces hijos. No era su lugar reprender a un empleador por sus faltas, pero no era la primera vez que deseaba poder

hacer entrar algo de sentido común en la cabeza de Lord Nash.

Siguió a los niños de vuelta al cuarto de los niños, un poco triste de que fueran directamente a sus escritorios sin que se les dijera que lo hicieran. Liam tomó su pizarra y tiza, Thomas tomó su pluma y papeles y se inclinó sobre sus lecciones. Su caligrafía estaba progresando muy bien para sus respectivas edades, pero había más en la vida que el estudio y el estricto horario de Lord Nash para ellos. Había diversión, amistad y amor familiar. Sophie suspiró profundamente de nuevo. Ella sabía poco del amor familiar, siendo huérfana, pero lo había visto en otros, lo había vislumbrado anoche con la familia del duque, y sabía lo que faltaba en la vida de los niños... y en la suya también.

Eso, por supuesto, no cambiaba nada.

Sophie se sentó junto a la ventana mientras los niños trabajaban en silencio, continuando una lección que habían comenzado el día anterior. Solo se detuvieron cuando llegó un lacayo, aunque no el habitual, llevando su desayuno en una gran bandeja de plata.

—Pan para tostar y gachas, mis señores —anunció el hombre a los niños.

—¿Hay alguna nota o carta para mí?

—No, señora Radcliffe.

Los niños se abalanzaron sobre la comida, y Sophie se preocupó mientras les ayudaba con el desayuno. Había esperado que Lord Nash le hubiera dejado un mensaje, y también anhelaba una carta de sus amigos en Londres. Habían pasado muchos meses desde que había tenido noticias de ellos y comenzaba a preocuparse de que la hubieran olvidado.

Levantó la mirada cuando otra sirvienta irrumpió en la habitación de los niños. No era la doncella habitual, Jess, sino una recién llegada de una finca lejana. —¿Sí?

La mujer hizo una torpe reverencia. —El señor Seymour me envió para ayudarla —anunció la mujer, presentándose como Kate—. Voy a sustituir a Jess.

Sophie frunció el ceño. —¿Dónde está Jess?

—Ya se ha ido, señora Radcliffe.

Sophie se puso de pie de un salto. —¿Ido a dónde?

—De vacaciones, como los demás —explicó mientras avivaba el fuego.

Sophie parpadeó. —¿Vacaciones? ¿Qué vacaciones?

—Me temo que no sé mucho al respecto —la mujer se encogió de hombros y se limpió los dedos cubiertos de hollín con un trapo sucio—. Su Excelencia ha dado permiso a muchas de las mujeres, y a algunos de los lacayos, para visitar a sus familias durante el verano. Todos están muy emocionados por partir.

Sophie se acercó a Kate. —¿Pero usted no se fue con ellos?

—No, señora. Soy huérfana y no tenía a nadie que visitar. Aunque me gusta estar aquí. ¿Nadie le informó sobre esto?

Sophie frunció los labios. —No. No lo hicieron.

—Qué extraño.

—Sí, lo es —Sophie cuadró los hombros y dio instrucciones sobre lo que la doncella debía atender en lugar de Jess. Parecía bastante eficiente y pronto terminó con todas las tareas que Sophie quería completadas.

—Si no necesita nada más, señora, debo volver abajo para ayudar en la cocina ahora.

—Sí, por supuesto. Buen trabajo y gracias.

—Es un placer, señora. Volveré por la tarde para la cena, o vendrá alguien más.

Sophie acompañó a la doncella hasta la puerta. Le dolía que esta doncella supiera más sobre los acontecimientos en este lugar que ella. Sophie también esperaba que fuera del tipo que le

gustara chismorrear. —Los niños vieron salir el carruaje del duque antes. ¿Lord Nash dijo cuándo regresaría o dejó algún mensaje para sus hijos?

—No he oído nada sobre ningún mensaje, pero Su Excelencia tenía prisa, y dicen que estará fuera durante semanas y semanas.

Parpadeó sorprendida al escuchar eso. ¿Cómo podían estar ausentes durante semanas y semanas cuando Sophie y los niños debían hacer un viaje con ellos más tarde *esta* semana? —¿Sabe adónde han ido?

—No creo haber oído eso, señora. El mayordomo probablemente lo sepa. Podría preguntarle por usted. Al menos Lord Jasper se quedó. Es un diablo apuesto, ¿verdad?

Diablo, en efecto. Una doncella tan bonita como Kate no debería pensar tan bien de ningún libertino. —Yo haré mis propias preguntas, gracias. Vuelva a las cocinas ahora.

—Sí, señora.

Sophie se mordió el labio. Así que Lord Jasper se quedaba, ¿pero por cuánto tiempo? Con suerte, no demasiado. Sería una época horrible si lo hiciera. No es que él fuera a venir nunca a la habitación de los niños o tuviera alguna razón para hacerlo. Lamentaba profundamente que aún estuviera aquí. Podría haberse divertido más, haber vuelto a ser ella misma, si él estuviera en cualquier otro lugar.

Cuando los sirvientes se habían ido de nuevo y la comida estaba terminada, Sophie puso a los niños a trabajar en sus matemáticas y se sentó junto a la ventana con un profundo suspiro. Pero no había nada que ver fuera de su ventana excepto interminables jardines verdes. Ni carruajes ni gente paseando. Incluso en el orfanato había algo que ver fuera de su sucia ventana. Sophie echaba terriblemente de menos Londres y a sus amigos. Extrañaba muchísimo la emoción y el ruido.

Después de una hora de soledad contemplando los terrenos vacíos alrededor del palacio, Sophie miró alrededor para encontrar al mayordomo de pie en la puerta, observándola. Se puso de pie de un salto. —¿Señor Seymour?

—Señora Radcliffe —el mayordomo permaneció en la puerta—. Confío en que todo esté en orden aquí.

Ella se apresuró a encontrarse con el empleado de mayor rango en el Palacio Ravenswood. —Sí, señor. Los niños han estado trabajando diligentemente en sus lecciones esta mañana.

—Muy bien —se dio la vuelta.

—Señor —le llamó, apresurándose a salir por la puerta tras él antes de que pudiera desaparecer escaleras abajo hacia su puesto habitual—. ¿Podríamos hablar un momento en privado?

Pareció molesto, pero inclinó la cabeza. —Muy bien, pero estoy bastante ocupado hoy.

—Por supuesto —dijo ella, aunque ¿cuán ocupado podía estar con la mayoría de la familia fuera? Se humedeció los labios antes de hablar en voz baja—. Lord Nash dejó la finca.

—Sí. Él y el duque viajan a una fiesta de verano.

Sophie se quedó boquiabierta. —Pero los niños debían ir con su padre también, ¿no me dijeron que sería a finales de semana?

—Los planes del duque cambiaron inesperadamente y se han ido antes.

—Oh —susurró Sophie—. ¿Viajaremos nosotros solos más tarde?

—No. Los niños deben permanecer en Ravenswood durante el verano, y con usted.

Cerró los ojos brevemente, conteniendo una maldición que nunca debería dejar que el mayordomo descubriera que conocía. Había estado deseando un cambio de escenario. —Si me permite preguntar también, ¿por qué no se me informó sobre las vacaciones que todos los demás

parecen conocer?

Seymour resopló. —Al personal de Ravenswood se le dio la opción de quedarse o irse.

—Pero yo también soy una sirvienta —protestó—. Me habría gustado tener la oportunidad de volver a Londres y visitar a mis amigos también. Ellos son mi familia.

Seymour hizo una mueca. —Había asumido que Lord Nash le había mencionado el asunto.

Ella negó con la cabeza. —Lord Nash no me dijo nada, señor. Ni siquiera que no debía preparar a los niños para asistir a una fiesta con él cuando tuvo amplia oportunidad anoche.

El hombre apretó los labios momentáneamente y luego le ofreció una sonrisa comprensiva. —El personal de la casa se ha reducido en dos tercios durante los meses de verano y ahora consiste principalmente en hombres. Quedan muy pocas empleadas femeninas. Pero le aseguro que las necesidades de los niños no serán descuidadas.

—Esa no era realmente mi preocupación —soltó—. Simplemente me pareció extraño que los sirvientes que normalmente venían a ayudarles se hubieran ido sin aviso. No hubo vacaciones para el personal el verano pasado.

—Por supuesto que no. El difunto Duque de Ravenswood entretenía espléndidamente el verano pasado.

—Ya veo, ¿pero el nuevo duque no hará lo mismo?

La expresión del mayordomo se agrió. —Obviamente no, ya que no regresará durante meses.

¿Meses? —Ya veo. Bueno, gracias por informarme —dijo ella—. Supongo que la mayor parte del palacio estará cerrada entonces. ¿La galería larga seguirá disponible para que jueguen los niños? ¿Y la biblioteca también?

—Esa sería una decisión que le corresponde a Lord Jasper, pero creo que es probable que encuentre menos espacios del palacio disponibles para usted y los niños ahora —le advirtió—. Lord Jasper está a cargo. Por favor, permanezca arriba con los niños hasta que se le indique lo contrario.

Ella hizo una mueca interior al escuchar que Lord Jasper se quedaría, y a cargo, hasta que Lord Nash regresara. No se llevaban bien. —Pero por las noches, cuando el duque no recibía invitados, tenía permiso para visitar la biblioteca y examinar los estantes en busca de nuevo material de lectura para los niños y para mí. Debo poder continuar con su rutina habitual. Lord Nash esperaría eso de mí, aunque no lo hubiera especificado antes de irse. Los juegos al aire libre de los niños también están guardados en la galería larga. Usan esa sala en los días lluviosos. ¿Quizás habría que recordárselo a Lord Jasper?

El mayordomo tiró de su chaleco, claramente molesto por su petición. —Lord Jasper está extremadamente ocupado, pero mencionaré sus inquietudes y le enviaré un mensaje con su decisión final. Permanezca arriba hasta que se le indique lo contrario.

La primera vez que el mayordomo había prometido transmitir una preocupación suya a Lord Nash, había tardado un mes en obtener una respuesta. Aunque lo último que quería hacer era apelar a un libertino como Lord Jasper, Sophie podría no tener otra opción que buscarlo ella misma. Era por los niños. Haría cualquier cosa para asegurar su felicidad. —¿Quizás podría hablar yo misma con Lord Jasper?

La sonrisa del mayordomo fue tensa en respuesta. —Hablaré con él en su nombre, no se preocupe.

Se alejó apresuradamente, dejando a Sophie sin ilusiones de que sus problemas serían atendidos pronto por el hombre. De hecho, el mayordomo había actuado de manera extraña hoy.

Miró hacia el pasillo y se preguntó por qué se había marchado con tanta prisa. Actuaba como si estuvieran a punto de organizar una gran fiesta, lo cual era poco probable ya que el duque

estaría ausente durante meses.

Sophie se puso las manos en las caderas y caminó un poco más por el pasillo hasta la parte superior de la escalera y miró hacia abajo. No podía ver nada ni a nadie moviéndose allí abajo. Qué extraño que el personal de la casa se hubiera reducido tan drásticamente para el verano también. Nunca había oído que se hiciera algo así antes. En una casa de este tamaño, seguramente había tanto que hacer estuviera la familia en residencia o no.

Y con el personal de la casa reducido tan drásticamente en número ahora, el mayordomo podría estar tan ocupado que podría olvidar la importancia de sus preguntas. Podría esperar semanas para obtener una respuesta de él, y eso nunca funcionaría. Los niños no podrían soportar estar encerrados tanto tiempo solo en el ala de la guardería. Ella apenas podía soportarlo.

Si no recibía noticias sobre el asunto en unos días, quizás tendría que seguir adelante sin el permiso de Lord Jasper en absoluto. Una circunstancia que solo consideraría como último recurso.

CAPÍTULO CINCO

Una semana después

Jasper puso los pies sobre el escritorio.

—¿Estamos listos para mis invitados?

—Sí, creo que sí. El ala este ha sido despejada y los sirvientes restantes que no están involucrados con el evento se han retirado a otras ubicaciones de la propiedad.

—Bien. Bien. —Jasper miró por las ventanas que daban al jardín trasero y sonrió—. Ahora, quiero un par de lacayos esperando con bebidas en el vestíbulo de entrada a partir de las cuatro de la tarde de hoy. Deben servir refrigerios a mis invitados tan pronto como lleguen. No hay que esperar para mostrarles sus habitaciones primero a menos que lo pidan específicamente. Después de eso, indíqueles que se dirijan a la galería larga, donde deben hacerse invisibles hasta que llegue el siguiente carruaje.

—Sí, mi lord.

Jasper observó al mayordomo. Seymour se veía un poco acalorado hoy. Había sido una semana agotadora para todos, preparando y guardando las reliquias más valiosas. Seymour siempre había estado en medio de todo, pero ya estaba entrado en años. La tensión de sus frenéticos preparativos de los últimos días finalmente se notaba en él.

Sin duda, el tipo de invitados que se esperaban para su fiesta no le agradaría tampoco. Ahora era el hombre del duque, y probablemente debería haber sido enviado a visitar a su familia, junto con todos los demás. Y, sin embargo, el palacio apenas funcionaba sin sus manos firmes en las riendas, manteniendo a los otros sirvientes en línea.

—Seymour, si no se siente a la altura de la tarea, por favor delegue en uno de los hombres más jóvenes durante las festividades.

Seymour lo miró impasible por un momento.

—¿Imagina que esta es la primera fiesta escandalosa que se celebra en Ravenswood?

—Solo digo...

—Bueno, con todo respeto, mi lord, quizás no debería continuar expresando ese pensamiento. Su madre organizaba entretenimientos fastuosos y traía amigos escandalosos aquí muchas veces mientras usted aún estaba seguramente acurrucado en su cuna. No hay nada que no haya visto. Incluida la duquesa desnuda, mi lord. Una vista bastante agradable, debo añadir.

Jasper se rio mientras las mejillas del mayordomo se enrojecían, pero dejó pasar el comentario. Su madre había sido una belleza, y Seymour había estado al servicio aquí durante mucho tiempo. No le sorprendía saber que el hombre también había admirado su figura. Sin embargo, a Jasper le costaba imaginar a su madre comportándose mal o retozando desnuda en

algún lugar. Nunca había conocido realmente a su madre como una mujer de mundo. La difunta Duquesa de Ravenswood no tenía tiempo para sus hijos, pero amaba profundamente a sus amigos, y estos siempre se visitaban en sus casas. Quizás había un lado de su madre que debería permanecer en secreto para él, pero obviamente no era posible para el mayordomo mayor.

—Me retracto.

Seymour asintió, luciendo complacido.

—Todo en Ravenswood será atendido como de costumbre, se lo aseguro.

Él asintió.

—Gracias. Escuche, sobre mantener a mi hermano en la ignorancia acerca de mi pequeña reunión...

—¿Qué reunión? —preguntó Seymour, con los ojos brillantes—. Será solo otro verano tranquilo en el campo. Nada que informar a él. Así como no había nada que informar a su padre, el difunto duque, sobre las actividades de la duquesa.

Jasper sonrió, contento de que Seymour fuera el jefe de la casa. Se ganaría unas monedas extra de Jasper cuando esta fiesta terminara. Honestamente, había esperado algunas dificultades con el hombre mayor. Sin embargo, dado que el mayordomo estaba completamente informado de la precaria situación financiera de la propiedad por el propio duque, y las intenciones de Jasper eran usar el dinero para la mejora de la propiedad, fácilmente acordó que la discreción era necesaria. Al menos por ahora. Pero la fiesta no podía involucrar al nuevo Duque de Ravenswood, ya que estaba decidido a causar una buena impresión para conseguirse una esposa adinerada.

Se levantó y puso las manos en sus caderas mientras miraba alrededor.

—¿Ya están aquí las damas?

—Sí, mi lord. Están instaladas en el salón contiguo a la galería larga —informó Seymour—. Bebiendo vino y comiendo estofado hasta que se las llame.

—Bien. Recuerde, las quiero receptivas a los avances de mis invitados, pero no tan influenciadas por un exceso de alcohol que olviden su papel aquí.

—Creo que las mujeres serán capaces de todo lo que usted desea —aconsejó Seymour—. Pero la bebida ha reducido su asombro por sus alrededores.

—¿Asombro?

—No están acostumbradas a las riquezas que las rodean —le recordó Seymour con una sonrisa tensa.

—Ah —dijo Jasper, y luego descartó el asunto. No le importaba que las prostitutas que había contratado nunca hubieran estado en el Palacio Ravenswood antes, ni en ningún lugar tan grandioso. Solo tenían que hacer aquello por lo que se les pagaba. Ser agradables y atentas con sus amigos. Distraer a los jugadores en el momento adecuado, esperaba, para que se apresuraran a terminar el juego en favor de otros deportes y jugaran descuidadamente—. Eso será todo por ahora, Seymour.

El viejo mayordomo se marchó, y Jasper volvió a sentarse en su silla, aunque apenas podía acomodarse. Estaba impaciente por que llegaran los invitados y comenzara la diversión. Para empezar a reconstruir sus fondos, también.

La asignación de Jasper nunca había sido suficiente para cubrir todas sus necesidades, y para compensar la diferencia, siempre había recurrido a otras medidas para mantenerse. Tenía que ganar dinero de alguna manera, y ¿por qué no aprovecharse de los demás? No tenía talentos creativos como Stratford. Tampoco podía atender a los enfermos de la alta sociedad como lo hacía Nash, y que le pagaran por su discreción. Y, por supuesto, no era el primogénito como el

nuevo Duque de Ravenswood.

Su padre le había negado una comisión en el ejército, probablemente por rencor, porque se había atrevido a pedirla, y estaba destinado para siempre a ser considerado un tercer hijo inútil. El repuesto del repuesto. Un hombre sin perspectivas en absoluto.

Sin embargo, una cosa en la que era bueno era en hacer nuevos amigos. Haría una fortuna como propietario de un infierno de juego cuando pudiera ahorrar lo suficiente para comenzar tal empresa en Londres por sí mismo.

Su padre nunca lo habría permitido, y ahora su hermano mayor ni siquiera tenía los fondos para considerar respaldarlo, si hubiera estado inclinado a hacerlo. Hasta que la propiedad volviera a estar en pie, Jasper se las arreglaría.

Se sentó en su nuevo escritorio, pasando las manos por la suave superficie de caoba. Ya que actualmente poseía una pequeña parte de Ravenswood, había tomado esta cámara para el verano. Desde aquí, podía manejar las pocas preocupaciones de la propiedad que le quedaban y contemplar sus futuros esfuerzos para ganar dinero sin ser espiado.

La risa de un niño interrumpió su ensueño, y se giró para ver a su sobrino mayor correr frente a su puerta abierta. El sobrino menor lo siguió, y luego la institutriz un momento después, erguida y obviamente apurada por alcanzar a sus pupilos.

Jasper salió volando de su silla y entró al pasillo, llamándola.

—¿Qué demonios cree que está haciendo?

La pequeña mujer continuó su camino como si no lo hubiera escuchado.

Enfurecido por su desobediencia, siguió a la institutriz.

—¡Señora Radcliffe!

La señora Sophie Radcliffe finalmente se detuvo, pero instó a los niños a continuar hacia la galería larga sin ella. Ellos miraron hacia atrás, ligeramente desconcertados, pero luego ella cerró la puerta y se volvió para enfrentarlo.

—¿Sí, milord?

—¿Qué cree que está haciendo aquí abajo? Di instrucciones estrictas de que todo el personal debe permanecer en otras partes del palacio.

—Usted dio instrucciones a los sirvientes del palacio. Eso es cierto. Sin embargo, como señaló el mayordomo, yo no estoy empleada por el duque de Ravenswood, sino por su hermano —dijo con un altivo movimiento de cabeza—. Hago lo que él dice, y a esta hora, los niños deben jugar en la galería larga durante una hora y media. Está en su horario.

—El horario ha sido suspendido —gruñó Jasper.

Ella pareció indignada por eso.

—¿Puedo preguntar por qué?

—No, no puede —respondió él en voz alta. Era bastante agradable negar sus deseos tan sonoramente y no importarle quién lo oyera. Podía ver que eso la molestaba sin fin, lo que lo hacía infinitamente feliz.

Ella se acercó un poco, bajando la barbilla.

—He pedido hablar con usted repetidamente sobre las restricciones que nos impuso. La única respuesta que recibí fue que mi solicitud fuera ignorada sumariamente.

—La nueva regla se aplica a todos —dijo, puntuando la declaración señalándola con el dedo. La mano de ella voló entre ellos y su dedo se clavó en su palma—. Usted y los niños deben estar arriba en todo momento.

Los dedos de ella se cerraron sobre su dígito y lo empujó hacia atrás.

—Entonces debería haberlo dicho desde el principio, en lugar de no responder a mis

preguntas anteriores o ni siquiera rebajarse a hablar conmigo —insistió—. Los niños necesitan *ejercicio*. Correr y jugar. No soportaré que estén encerrados en la guardería hasta que Lord Nash regrese. Cuando sea que eso ocurra.

—Nunca dije que debían estar encerrados, aunque no es una mala idea, especialmente por la noche —reflexionó.

Jasper había ignorado a Radcliffe para demostrar lo poco importante que era en el gran esquema de las cosas. Sus interminables demandas a través del oído del mayordomo habían sido como las de una mosca atrapada bajo un cristal. Pero hoy, con la punta de su dedo aún atrapada en su agarre, sus susurros se habían convertido en un rugido que no podía ignorar. Era la mujer más frustrante que jamás había conocido, y tenía que hacer algo al respecto.

Sin embargo, hoy no era el día para lidiar con ella, ni para que los niños estuvieran vagando por el palacio.

—Hay acres enteros de terreno alrededor del palacio. Llévelos afuera si es necesario.

Los ojos de ella se agrandaron.

—¿Quiere que jueguen cerca del camino de entrada y vean llegar a sus invitados secretos? ¿Los invitados de los que no se me ha informado directamente por alguna razón oscura que solo usted y el mayordomo conocen? Los niños podrían creer que su padre ha regresado, y también podrían correr más allá de mi capacidad para llamarlos de vuelta. Les encantan los caballos y los carruajes finos.

Jasper entrecerró los ojos mirándola. Escuchó claramente su amenaza. Dios mío, esta mujer ponía a prueba su paciencia. ¿Estaba tratando de que la despidieran?

Se animó ligeramente. La impertinencia, la desobediencia abierta, podría ser razón suficiente para deshacerse de ella antes de que Nash siquiera regresara. Podría haberlo considerado, también, si fuera cualquier otro día.

Pero sus invitados se esperaban en las próximas horas, y ella tenía que irse a algún lugar, a cualquier otro lugar, *con* los niños. Alguien tenía que cuidarlos y no había mejor opción que Radcliffe en este momento. Se dio cuenta entonces también de que tendría que comprometerse para mantenerla feliz y callada.

—Los jardines en la parte trasera del palacio, lejos del camino de entrada, más allá de los muros del huerto, son donde puede llevar a los niños. Por favor, use la entrada de la cocina y las escaleras de servicio durante los próximos días también. No es que deba explicarme ante usted. Mis invitados estarán aquí al menos una semana, quizás más. No requerirán su compañía ni su conversación en la mesa del comedor tampoco.

—Bien —murmuró ella, casi demasiado suavemente para oír.

Pero él oyó su alivio, y enderezó la espalda ante el insulto implícito de que ella se consideraba demasiado buena para sentarse a cenar con él y sus amigos.

—Mis amigos entrarán por el frente, usarán la mayoría de los pisos inferiores y las habitaciones de invitados en el ala este, y probablemente pasearán por los jardines con setos del lado este y el laberinto, si alguna vez desean estirar las piernas. A los niños se les prohíbe absolutamente hablar con ellos o ser vistos por ellos. ¿Está entendido?

Su dedo fue finalmente liberado.

—Sí, milord. Gracias por la explicación y la concesión para los niños, tal como es —dijo ella, con su voz goteando sarcasmo ahora mientras le hacía una reverencia—. Me esforzaré por mantener a los niños bien alejados de sus invitados especiales en los próximos días.

—Y de la galería larga también —añadió Jasper, molestándose por su tono superior y cortante mientras se frotaba el dedo contra el pulgar. Radcliffe claramente no aprobaba que nadie

se divirtiera ni un poco, pero claro, ella era solo una institutriz y carecía de imaginación para tales diversiones. La miró con desdén, notando que el color realzado de sus mejillas por la discusión la hacía casi bonita. La ausencia de palidez le sentaba mejor. Pasar algún tiempo al aire libre podría hacerle mucho bien a su amarga disposición—. Quiero que se vayan en este instante.

—Los niños aún necesitan corretear hoy. Su padre siempre desaprobaba su ruido, pero esperaba que usted, de entre todas las personas, les permitiera moverse libremente por el palacio, ahora que él se ha ido.

—¿Yo, de entre todas las personas?

Sus labios se apretaron, y luego asintió.

—Sé que no era un hombre amable ni indulgente cuando se le interrumpía.

Jasper se puso rígido, disgustado de que la institutriz le recordara lo que había ocurrido en su pasado.

—¿Quién le dijo tal cosa?

Ella se balanceó hacia atrás sobre sus talones, mirando hacia abajo momentáneamente.

—Mientras discutíamos las actividades de los niños, Lord Nash ha dicho lo suficiente para sugerir que tuvo una infancia infeliz. Supuse que ese era el caso para usted también.

Bueno, Jasper no podía discutir la verdad de eso, pero no quería la lástima de la institutriz. Nash había sido tratado tan duramente como todos ellos, y si se había quejado con la institutriz, que así fuera.

—Padre solo se preocupaba por sí mismo y por lo que quería.

—Sí, lo había supuesto. Eso explica por qué es difícil para Lord Nash corresponder a los intentos de sus hijos por conocerlo mejor.

Jasper no quería hablar de su hermano con la institutriz. Incluso la esposa de Nash lo había dejado, y a los niños también, porque no podía soportar la soledad de estar casada con él. Nash nunca podría cambiar lo suficiente, suavizarse lo suficiente, para complacer a su esposa mientras su padre vivía, o después. Ciertamente no lo haría por esta institutriz.

—Lleve a los niños de vuelta arriba.

Su expresión se volvió dulce.

—Después de que hayan correteado, para que estén lo suficientemente cansados como para dormir a pesar de cualquier cosa que ocurra esta noche.

La galería larga formaba parte de sus planes para la noche. El espacio debía estar impecable. Pasó junto a ella y entró en la galería larga, que había sufrido un cambio profundo desde la partida de su hermano. La habitación ahora se parecía más a un boudoir que a un espacio para dar un paseo o para juegos infantiles.

Sus sobrinos estaban al fondo, holgazaneando en los chaise longues, lanzándose finos cojines de seda y comiendo dulces destinados a otros de los cuencos de servicio. —Thomas Sweet, Liam Sweet —bramó—. ¡Dejen de hacer eso ahora mismo!

Los chicos se giraron con los ojos como platos, se pusieron de pie de un salto y colocaron las manos detrás de la espalda, rígidos de miedo.

Jasper, recordándose a sí mismo a esa edad, hizo una mueca al verlos así.

—Por el amor de Dios, suenas tan duro como tu padre cuando gritas así —le regañó Radcliffe mientras pasaba a su lado, apresurándose hacia el extremo lejano de la habitación, donde los niños parecían congelados en su sitio.

Los observó juntos por un momento, Sophie asegurándoles que no estaban realmente en problemas, y luego la siguió más despacio, decidido a no asustar aún más a los niños. Su padre siempre le había ladrado a Jasper de esa manera, pero él no había tenido a alguien como Sophie

para tomarle de la mano o besarle la cabeza. No había querido tratar a sus sobrinos con tanta dureza.

—No soy como él. *No lo soy*.

Radcliffe claramente escuchó su promesa, pero no respondió mientras miraba a los niños, que le estaban mostrando algo y lucían expresiones preocupadas idénticas. Tomó los artículos de sus manos y luego los besó en la coronilla. —Thomas, lleva a tu hermano a la cocina ahora y pide a un sirviente leche y pastelillos mientras me esperan. Iré en breve.

Jasper exhaló un suspiro de alivio al verlos partir. Realmente no quería a esos niños en las salas públicas ese día, ni esa noche tampoco.

Radcliffe se giró para enfrentarlo, extendiendo sus manos. —Los niños tenían esto. Supongo que sabe de dónde provienen y puede devolverlos a donde pertenecen.

Jasper bajó la mirada y maldijo cuando Sophie le empujó dos dildos de mármol.

—Dios mío —exclamó, tomándolos de inmediato.

Radcliffe echó un vistazo a la habitación. —Ahora entiendo por qué no nos quería aquí. Es una sala destinada a la perversión y los libertinos —murmuró—. No me extraña que me oculte secretos. No puedo imaginar que a Lord Nash le agrade saber lo que está tramando.

Jasper consideró brevemente negarlo todo, pero ¿cuál era el punto? —No, no le agradará, pero lo que hago con mis amigos no es asunto suyo... ni suyo.

—Ya veo. ¿Y el duque también está en la oscuridad?

—Sí —admitió, preguntándose cuántos problemas le causaría ahora.

Ella asintió lentamente, sus ojos recorriendo la habitación. —Y la mayoría de los miembros del personal que quedan saben lo que ocurrirá esta semana.

—Sí.

Su barbilla bajó. —¿Pero nunca pensó que debía informarme?

—No se suponía que usted estuviera aquí para esto. Nash debía llevarla a usted y a los niños con él, pero se marchó sin ustedes.

—Sí, sin decir una palabra —dijo ella—. Lo vi marcharse, y esa fue la primera noticia que tuve de que las vacaciones de verano de los niños se habían cancelado.

Jasper cruzó los brazos sobre el pecho. —Supongo que espera que me disculpe en su nombre.

—Ni se moleste —respondió ella, levantando la barbilla—. Los niños nunca supieron del viaje. Planeaba sorprenderlos la noche anterior con la noticia. Sin embargo, Lord Nash debería disculparse con sus hijos a su regreso por no haberse despedido.

Jasper se maravilló de su optimismo, completamente fuera de lugar, de que Nash alguna vez se hubiera disculpado con alguien. —Mi hermano nunca lo hará.

—Su hermano debería incluir a sus hijos en su vida. —Sonrió tensamente y luego sacudió la cabeza—. ¿Por cuánto tiempo debemos mantenernos fuera de la vista de sus amigos?

—Una semana o dos.

Ella asintió y desvió la mirada. —¿Una semana o dos y luego todo podrá volver a la normalidad?

—Sí. —Bajó la mirada hacia sus manos, descubriendo con sorpresa que había estado de pie hablando con la institutriz con dildos en su posesión. Los guardó de vuelta donde habían estado —. No sabía que tales cosas ya estaban fuera.

—Si lo hubiera sabido, ciertamente espero que me hubiera advertido en lugar de golpearse el pecho sobre mantenerme en mi prisión —replicó ella.

—No me golpeé el pecho —siseó él—. Ravenswood tampoco es una prisión.

—Estoy segura de que lo hizo, y se ha convertido en una para mí y los niños —contraatacó

ella.

—Es por su propia seguridad, señora. Mis amigos son un poco rudos.

—Bueno, supongo que debo perdonarlo entonces por ser tan bestia, ya que fue por nuestra protección —susurró ella.

Él la agarró del brazo. —Ahora escúcheme bien, señora. No toleraré su lengua impertinente como lo ha hecho Nash.

Ella lo miró, sus ojos llenos de ira. —Su hermano ni siquiera me escucha. Pero usted siempre lo hace. ¿Por qué le importa lo que digo o pienso sobre todo esto, de todos modos?

—Señora, lo único que me importa es mi propio placer —prometió él.

—Estoy segura de que su apetito por el placer es vasto —murmuró ella, batiendo las pestañas y con un rubor formándose en sus mejillas. De cualquier otra mujer, él habría imaginado que sus acciones estaban destinadas a seducirlo, pero esta era la institutriz. Una mujer recatada y apropiada. Una mujer que no debería estar tocando.

Soltó su brazo con una maldición. —Me disculpo. Sobre los niños...

—Son demasiado jóvenes para entender la naturaleza de lo que estaban sosteniendo, no tema —prometió ella, con un movimiento de cabeza—. Pero si preguntan, sé qué decir.

—¿Acaso *usted* entiende para qué eran esas cosas?

—Por supuesto que sí. Eran instrumentos de placer. No veo ningún dispositivo de flagelación, pero estoy segura de que están por aquí en alguna parte también. —Levantó la mirada hacia él y sonrió con suficiencia—. ¿Está sorprendido de que sepa de tales cosas?

—Enormemente. Esperaba...

—¿Disgusto, indignación, o que me desmayara? ¿O incluso que gritara, tal vez, como podría hacerlo alguna señorita de sociedad protegida e ignorante?

Sí, había esperado... algo más por ese estilo. Se acercó más a la institutriz, mirándola directamente a la cara posiblemente por primera vez en todo el tiempo que se conocían.

Sophie Radcliffe estaba divertida con él, cuando normalmente todo lo que notaba era el desafío y la desconfianza en sus ojos. —No está escandalizada en absoluto, ¿verdad?

—Debería estarlo, ¿no? —rió ella—. Y sin embargo, no lo estoy. Un libertino como usted debe tener siempre los numerosos y variados accesorios para el placer en una fiesta como esta seguramente será.

Jasper estaba completamente confundido ahora. —Eso ha sido innecesario.

—Pero, ¿cuál de las afirmaciones es incorrecta? ¿Que usted es un libertino, o que usted y sus amigos necesitan toda la ayuda posible para satisfacer a sus amantes?

Él parpadeó. —La última.

Ella se alejó, levantando cojines para descubrir un consolador tras otro. Se detuvo y miró a lo largo de la habitación todos los muebles y cojines esparcidos. —Qué faltos de imaginación deben estar sus amigos para necesitar tantos implementos dispersos por ahí. Supongo que habrá cortesanas.

Él hizo una mueca y giró a Sophie para poder ver su rostro. Ella parecía imperturbable por su conversación mientras él luchaba por seguir el ritmo. —Los hombres disfrutan de la variedad.

Ella parecía despreocupada de que él la sujetara y no intentó alejarse. De hecho, mientras sus ojos recorrían desde su pecho hasta su rostro y de vuelta otra vez con descaro, tan lentamente, él lo sintió como una caricia por todo su cuerpo.

Su respiración se entrecortó. ¿Era anticipación lo que veía en sus ojos?

Sus labios se curvaron repentinamente en una sonrisa, y él quedó mudo de expectación. Deslizó su mano lentamente hasta su hombro mientras su pulso se aceleraba. —De hecho, los

hombres disfrutan de muchas cosas prohibidas.

Ella levantó el mentón desafiante. —Sí, puedo creer eso con demasiada facilidad.

Jasper sintió ese comentario como una bofetada, pero se mantuvo firme. Él tendría la última palabra hoy. Era un soltero, un libertino, y estaba orgulloso de ello.

Sin embargo, se había perdido muchos detalles sobre la institutriz. Había mucho más en Sophie Radcliffe de lo que se veía a simple vista. Y después de muchos meses sin conocerla, fue un shock darse cuenta de que no era tan mojigata como había imaginado. —Ahora que ve por qué no quería que usted o los niños estuvieran en esta parte de la casa, debería ir a reunirse con ellos.

—No tengo ningún deseo de quedarme.

Y sin embargo, no se iba. —¿Qué quiere que le diga, señora Radcliffe? Soy lo que soy.

—Podría ser lo que quisiera. Tiene un potencial ilimitado.

Eso era algo que nunca había escuchado decir sobre sí mismo antes. —No me provoque.

Ella sostuvo su mirada con un rastro de amargura. —No hago nada más allá de extenderle la cortesía de una conversación. Eso es más de lo que usted ha hecho jamás por mí.

Él no se disculparía. Simplemente no se llevaban bien. —Bueno, ¿qué está esperando, Radcliffe? ¡Váyase!

—Me *iría* si pudiera soltar mi brazo, por favor —dijo ella, mirando su mano de manera significativa.

Él se sorprendió de tenerla agarrada de nuevo.

Y los dedos de Jasper no parecían querer cooperar y soltarla al principio. La acercaron hacia él muy lentamente hasta que esa boca inteligente quedó a meros centímetros de la suya. Podía ver el destello de desafío en sus ojos nuevamente, y el rápido subir y bajar de sus pechos bajo su recatado vestido almidonado confirmaba que no era indiferente a su proximidad.

La mirada de Jasper bajó a sus labios, y estos se entreabrieron ligeramente. Podría hacerla cambiar de opinión tan completamente que olvidaría cualquier enamoramiento que pudiera haber imaginado tener por Nash. También podría demostrarle que no necesitaba nada más que a sí mismo para complacer a una mujer en su cama. Pero entonces nunca se libraría de ella.

La soltó, y Sophie Radcliffe se balanceó hacia atrás, con una expresión ligeramente aturdida ahora. Su mirada bajó lentamente por su cuerpo y se detuvo en su entrepierna.

Su respiración se entrecortó.

Jasper se negó a sentirse avergonzado de que su miembro tuviera mente propia. Nunca había seducido a una institutriz y no tenía intención de empezar ahora con ella. Sin importar la provocación. —Váyase, Radcliffe.

Ella le hizo una reverencia. —Disfrute su velada con sus amigos, milord... ¿y que encuentre a alguien dispuesto a encargarse de ese *pequeño* asunto por usted?

Se alejó con la barbilla en alto y los hombros erguidos.

Jasper la observó marcharse, cautivado por el vaivén de sus caderas y considerando un final vastamente diferente para su pequeña escaramuza de hoy... al menos hasta que la oyó reír.

Entrecerró los ojos. ¡La descarada *pícara*! Sophie Radcliffe no era en absoluto quien pretendía ser. Nash debía no tener idea del carácter de la mujer que había empleado.

CAPÍTULO SEIS

Un sonido sacó a Sophie de un sueño ligero. Como se había convertido en su costumbre durante la fiesta de Lord Jasper, dormía en la habitación de los niños con ellos. Sophie levantó la cabeza para observarlos en sus camas al otro lado de la oscura habitación, pero estaba segura de que seguían profundamente dormidos.

Se volvió para mirar alrededor de la habitación, notando la posición de la luz de la luna sobre el suelo de madera. Solo había pasado la mitad de la noche y volvió a cerrar los ojos. Había sido solo un sueño.

Sophie estaba quedándose dormida de nuevo cuando otra risa resonó, esta vez claramente no provenía de los niños, y eran más de una voz.

Gimió y se sentó, apartando las mantas. Nadie debería estar deambulando por los pasillos del piso superior o riendo fuera de la habitación de los niños a estas horas de la noche. Se puso de pie, agarró su bata para ponérsela mientras se acercaba a la puerta y pegó el oído a la madera. Definitivamente había pasos de alguien ahí fuera.

Frunció los labios. Ninguno de los sirvientes tenía motivos para estar moviéndose cerca de la habitación de los niños a esta hora, a menos que hubiera un problema que no pudiera esperar hasta la mañana.

Sophie abrió la puerta silenciosamente y la entreabrió para ver qué estaba pasando.

La luz bailaba por las paredes del pasillo, donde debería haber estado completamente oscuro. Miró por encima de su hombro, pero afortunadamente la luz aún no había molestado a los niños. Pero podría hacerlo pronto si más gente venía por aquí. Molesta por la perturbación, se ajustó la bata con más fuerza, renunciando a las zapatillas debido al ruido que podrían hacer en el suelo desnudo del exterior. Salió completamente al pasillo y cerró la puerta tras ella. —¿Quién anda ahí? Muéstrese.

Nadie respondió excepto por un estallido de risa estridente, pero ahora más lejos. Se escucharon las risas de un hombre y una mujer, junto con lo que parecían gemidos.

Hizo una mueca y aseguró silenciosamente la habitación de los niños con la llave y se dirigió a regañadientes hacia el sonido, descalza.

La luz se alejaba, pero la siguió en silencio para descubrir quién podría ser. Una mujer chilló, y una voz masculina grave ofreció perversidades y hacer uso de una de las habitaciones de invitados cercanas.

Sophie negó con la cabeza. ¿Se les permitía a los invitados de Lord Jasper deambular por el palacio sin restricciones? ¿Llevando velas y haciendo maldades en todas las habitaciones? Por el amor de Dios, el lugar podría incendiarse por descuido a este ritmo. ¿Dónde diablos estaba Lord

Jasper para imponer algunas reglas a sus amigos?

Sophie se dirigió con valentía hacia la luz. Ravenswood se había vuelto lo suficientemente querido para ella como para que odiara verlo en llamas.

En las escaleras, se encontró con una pareja haciéndose el amor, aparentemente tan borrachos y perdidos en la impropiedad que no les importaba quién viera lo que estaban haciendo. Un candelabro encendido colgaba peligrosamente de la mano del hombre, y estaban inclinados lo suficiente sobre la barandilla por encima del vestíbulo de entrada como para caerse. Sophie notó que sus calzones se le habían bajado hasta las rodillas, aunque parecía no importarle quién pudiera ofenderse por la vista.

Sophie se apresuró hacia ellos, apagó la vela y los arrastró de vuelta a la seguridad.

—¡Eh, tú! —gritó el hombre, protestando por su brusco trato y el fin de su acto amoroso, o tal vez por la oscuridad en la que los había sumido a todos.

El hombre volvió los ojos entrecerrados hacia Sophie. —¿De dónde has salido?

Ella ignoró la pregunta para hacer la suya propia. —¿Dónde está el resto?

—Abajo —La amante del hombre se acercó más—. Oye, ¿acabas de salir de la cama de alguien?

—Por supuesto que no —protestó ella.

La mujer le dio un codazo. —Qué suerte tienes. Yo he tenido que forcejear con él. Me vendría bien un par de manos extra.

—Excelente fiesta —dijo el hombre, arrastrando cada palabra—. Pensamos en echar un vistazo. ¿Quieres venir a la cama? Ya estás vestida para ello, por lo que veo.

—No, gracias —Agarró firmemente al tipo y lo arrastró en la dirección que quería ir. *Abajo* —. Necesito hablar con Lord Jasper.

—Excelente tipo. Sabe cómo organizar una buena fiesta.

—¿Ah, sí?

—Sí, pero no es su hermano, por supuesto —confió el hombre—. Me decepcionó saber que Ravenswood estaba ausente. El duque es un hombre de negocios notable. Astuto de una manera que pocos en su familia lo son.

Sophie apretó los dientes al encontrarse con alguien que cantaba las alabanzas del duque, cuando debería estar agradeciendo a Lord Jasper por su invitación. —Súbase los calzones, señor, e iremos a buscar a su anfitrión.

Afortunadamente, el hombre cumplió con su petición. El hombre puso su brazo alrededor de sus hombros y juntos, ella y la otra mujer, lo maniobró escaleras abajo hasta el primer rellano. Entonces él se detuvo y acercó a Sophie. Su piel se erizó. —Podríamos ir todos a la cama juntos, los cuatro, y hacer una noche de ello.

La otra mujer intentó separarlos. —Pensé que habías dicho que yo te gustaba más, señor.

—Y así es, así es —prometió el hombre borracho, pero le lanzó a Sophie una sonrisa lasciva —. Pero cuantos más, mejor, ¿eh?

La mujer sonrió afectadamente, mirando a Sophie por encima de la nariz en la luz algo más brillante de la escalera. —Como desees —Pero luego le susurró a Sophie—: Ya me ha pagado. Puedes sacar lo que te debe de sus bolsillos cuando se quede dormido después.

Sophie estaba horrorizada ante la sugerencia de desvalijar a un hombre mientras dormía. ¿Qué tipo de fiesta estaba organizando Lord Jasper? ¿Había contratado a mujeres de vida alegre que además eran ladronas?

Sophie tenía la intención de llevar a esta pareja abajo y entregársela a Lord Jasper lo antes posible. Pero no antes de decirle a Lord Jasper lo que pensaba y advertirle sobre este hombre.

Una cosa era organizar una fiesta escandalosa, y otra muy distinta permitir que sus amigos deambularan por donde quisieran o fueran robados incluso por personas que lo usaban para llamar la atención del duque.

Sophie logró bajar a la pareja por las escaleras de una pieza y luego los instó hacia la galería larga, donde las puertas francesas estaban abiertas hacia los jardines y se podían escuchar voces claramente. Lord Jasper debería estar entre ellos. Más allá de la puerta, en el césped, había una docena de figuras sombrías, todas colgadas unas de otras y riendo por algún chiste picante o algo así.

Deseando evitar llamar la atención de tantos, se desenredó de la pareja y los envió solos por su camino. Sophie bordeó la reunión, manteniéndose en las sombras o escondiéndose detrás de plantas y estatuas en busca de cierto libertino con quien quería hablar. Pero Lord Jasper no parecía estar entre los juerguistas por lo que ella podía ver y miró de nuevo hacia el palacio. ¿Estaría siendo entretenido en algún rincón oscuro de Ravenswood por una dama escandalosa?

Hizo una mueca ante la idea de interrumpir a Jasper en pleno encuentro amoroso, y luego se apresuró a volver adentro antes de que sus amigos la vieran. Pero Sophie chocó de frente con el mayordomo en el pasillo, Seymour balbuceó. —No debería estar vestida así —dijo, con expresión desaprobadora mientras la miraba de arriba abajo.

Sophie enderezó la espalda, ignorando su incomodidad. —No estoy aquí abajo por elección, señor. Dígame dónde está Lord Jasper.

—No estoy completamente seguro en este momento —confesó el mayordomo, mirando alrededor como si Lord Jasper pudiera encontrarse detrás de una columna o una palmera en maceta cercana—. Quizás en la galería larga.

—No lo he visto allí hace un momento cuando estuve, ni en el jardín. —Los ojos del mayordomo se desorbitaron ante su declaración—. Debo hablar con él lo antes posible. ¿Dónde lo vio por última vez y cuándo?

—En su estudio, esa pequeña habitación de la que se ha apropiado, pero eso fue hace más de una hora, señora.

Sophie apretó los dientes. No tenía idea de a qué pequeña habitación se refería el mayordomo, pero no tenía tiempo ni paciencia para perseguir a Lord Jasper por toda la casa a esta hora. Debería volver arriba y asegurarse de que ningún otro invitado estuviera deambulando por donde no debía. —Muy bien. Quiero que se coloque un sirviente en el segundo piso cerca de la escalera principal para evitar que más invitados suban al tercer piso. Una pareja que acabo de encontrar haciendo el amor podría haberse caído por la balaustrada hasta su muerte si yo no hubiera estado allí para detenerlos. Y cuando vea a Lord Jasper, si es que lo ve antes del amanecer, ¿podría informarle que necesito hablar con él inmediatamente?

El mayordomo negó con la cabeza. —Tendrá que esperar hasta mañana.

Ella puso las manos en las caderas. —¿Podría traer a los niños abajo y todos podríamos buscarlo juntos?

—No. Esa no es una buena idea —dijo el mayordomo, palideciendo—. Colocaré a un lacayo en las escaleras y hablaré con Lord Jasper en su nombre tan pronto como lo vea, pero solo si promete mantener a los niños a salvo arriba y lejos de todo esto.

Como Sophie no tenía ninguna intención de despertar a sus pupilos ni de traerlos a este antro de iniquidad, fue una promesa fácil de hacer. —De acuerdo, pero que no quede duda, no olvidaré el asunto antes de que llegue el amanecer. Hablaré con Lord Jasper esta noche, le guste o no.

Otro par de puertas se abrieron de golpe y los invitados del jardín entraron en tropel con una abrumadora explosión de risas estridentes. Con ellos, notó a varias jóvenes. Jóvenes que había

visto merodeando por el pueblo más cercano en sus poco frecuentes excursiones de compras. Mujeres que, por una moneda, se relacionarían con cualquier caballero necesitado de alivio.

Parpadeó. Lord Jasper había traído prostitutas baratas a Ravenswood, una de las mejores casas de toda Inglaterra. ¿No tenía sentido común?

Había asumido que tenía experiencia en organizar eventos de refinamiento lascivo, dada la forma en que había hablado sobre los consoladores y otras cosas. Descubrir que ofrecía a sus invitados solo diversiones básicas no mejores que las que una madama del muelle podría ofrecer a un pobre marinero era extremadamente decepcionante. Había pensado que tenía cierta finura y discreción, pero claramente carecía de la experiencia que Sophie había adquirido antes de convertirse en institutriz.

Su amiga Madame Clover nunca lo aprobaría. Había mejores formas de manejar las necesidades de los hombres amorosos. Más sirvientes, más distracciones y definitivamente una mejor clase de compañía que estas. Mujeres que no pensarían en tomar el dinero con sus propias manos delicadas. Para eso estaba la madama. Para arreglar las cosas adecuadamente para que no pudiera haber falta de pago justo y ciertamente ningún robo posible.

Lord Jasper necesitaba ayuda.

Sophie podía proporcionar esa ayuda también.

No es que él lo supiera o debiera saberlo nunca. Ofrecer su ayuda sin duda cambiaría la forma en que pensaba de ella y no para mejor.

CAPÍTULO SIETE

Jasper hizo una mueca cuando vio a un par de solteros lanzarse sobre un canapé del salón donde yacía una prostituta local, apenas cubierta por un vestido raído. Cerró las puertas para no ver sus travesuras y dio media vuelta para ir a cualquier otro lugar. Jasper no era ningún voyeur. Simplemente había proporcionado el servicio de presentación a mujeres aventureras que necesitaban placeres similares. Pero esta noche estaba resultando más difícil mantener a sus invitados a raya que la última vez que había hecho de anfitrión.

Se volvió hacia Seymour, que llevaba pegado a su lado los últimos diez minutos.

—¿Qué más?

—El señor Fisher ha pedido una fusta —dijo Seymour.

Jasper parpadeó.

—¿Para qué?

—Parece que disfruta particularmente flexionándolas, pero ha roto la suya y también un reemplazo. La joven que lo está entreteniendo indicó que le gusta hacer alarde de su fuerza, por así decirlo.

Jasper puso los ojos en blanco.

—No me puedo permitir regalar más fustas. La fiesta es para que yo gane dinero, no para incurrir en gastos por reemplazos.

—Sí, milord —convino el mayordomo—. Pero ¿puede permitirse que Fisher se marche temprano de la fiesta si no se satisfacen sus necesidades?

—No. Está perdiendo demasiado bien y a menudo como para dejar que se vaya enfadado. —Jasper rechinó los dientes—. Ya sé, envía a un jardinero a los sauces para que corte y pele una docena de ramas de un tamaño similar a las fustas y se las entregue. Es lo mejor que puedo hacer.

—Muy bien.

Jasper estaba incurriendo en una variedad de gastos que no esperaba al organizar esta pequeña reunión en Ravenswood. Una mesa no había resistido la tarea de soportar un vigoroso revolcón, un juego de copas de vino fino se había caído al suelo y hecho añicos, y otros pequeños daños similares habían ocurrido por todo el palacio.

Lo habían llamado a los establos durante solo una hora y había regresado a un desastre del que podía prescindir. Los sirvientes se habían disculpado, pero no era culpa suya. Sus invitados se estaban volviendo casi demasiado salvajes para razonar con ellos.

—Aguad el vino y los licores —susurró.

—Considérelo hecho —respondió Seymour y luego se aclaró la garganta—. Hay otro asunto

que requiere su atención.

—¿Sí?

—La institutriz.

Jasper gimió. Sophie Radcliffe no debería tener más tratos con él. Debería mantenerse alejada de su camino si sabía lo que le convenía, y él también planeaba mantenerse bien alejado del suyo por un tiempo.

—La institutriz debería estar cuidando a los hijos de mi hermano.

—Sí, milord, y se lo recordé.

Frunció el ceño.

—¿Cuándo?

La expresión de Seymour se agrió.

—Cuando la encontré abajo antes esta noche. Insiste mucho en hablar con usted antes del amanecer.

—Empiezo a pensar que *muy insistente* es su segundo nombre —se quejó—. ¿Qué hace vagando por los pasillos?

—Algunos invitados subieron y el ruido la molestó. —Seymour sonrió ligeramente y luego se encogió de hombros—. Es Regina.

—¿Qué?

—La institutriz. Su segundo nombre es Regina. Sophie Regina Radcliffe.

—Pues Sophie Regina Radcliffe es un dolor en mi trasero.

—Eso está quedando claro, milord —respondió Seymour, asintiendo—. Dijo que estaba dispuesta a buscarlo ella misma abajo, con los niños a cuestas, si usted no accedía a su petición.

Jasper se atragantó.

—¡Mis invitados no quieren ver a una institutriz y dos mocosos mirando mientras se divierten!

—Creo que ella lo sabía cuando hizo la oferta —murmuró Seymour.

Jasper volvió a rechinar los dientes.

—Muy bien. Infórmele que llegaré al cuarto de los niños en breve.

Seymour asintió y se fue de nuevo.

Jasper regresó por donde había venido, contento de que la velada casi hubiera terminado. Primero fue a sus aposentos, se deslizó bajo la cama y depositó los fondos que había reunido esa noche, ganancias de los juegos de azar, en un escondite secreto.

Salió de nuevo y suspiró aliviado, pero deseó que la cantidad hubiera sido mayor. Jasper calculó que necesitaría organizar al menos seis eventos similares más el próximo año para tener el éxito que deseaba. Pero el lento ritmo de sus esfuerzos era frustrante, por no mencionar el dolor del costo de reparar cualquier rotura. La pregunta recurrente sobre si su hermano mayor se uniría a ellos para la fiesta también había amargado especialmente su estado de ánimo en compañía de su amigo.

Se alisó el cabello y se preparó para la inminente confrontación con la institutriz antes de subir pesadamente las escaleras. Encontró a la mujer esperando en el oscuro pasillo con su bata y camisón, los brazos cruzados bajo el pecho, los pies descalzos. Jasper ralentizó sus pasos mientras se acercaba, atónito. Nunca había encontrado particularmente provocativa la ropa de dormir de las mujeres, pero esta noche se vio obligado a cambiar de opinión.

Con el cabello suelto, cayendo sobre sus hombros, y los dedos de los pies asomando bajo sus prendas, Sophie Regina Radcliffe se había convertido en una sirena.

Tosió en su puño, desconcertado por ese descubrimiento.

—Radcliffe. Debería estar en la cama —dijo, pero salió como un gruñido de exigencia mientras se la imaginaba en la *suya*.

Ella puso las manos en las caderas, frunciendo el ceño.

—¿En qué estaba pensando?

—Le ruego me disculpe.

—Esas chicas de abajo son del pueblo local.

—¿Y?

—¿No cree que le dirán a todo el mundo que Ravenswood se ha convertido en un burdel?

—No es un burdel y tampoco sería la primera vez que ocurre un escándalo aquí. Mi padre...

—Su padre ya no está, y es su reputación la que debería preocuparle. Contrató a mujeres jóvenes para proporcionar sexo ilimitado a sus amigos borrachos. En Londres, o en cualquier parte, esto se consideraría una casa de placer, pero parece que no tiene la más remota idea de cómo proceder.

Jasper frunció el ceño.

—Las mujeres eran convenientes.

—Hay otras mujeres más adecuadas para la fiesta que esto podría haber sido —se quejó ella.

Él se burló.

—¿Qué sabría una institutriz sobre las comodidades que los hombres esperan en una fiesta en casa?

Ella negó con la cabeza.

—La decisión sensata habría sido invitar a una madame de Londres para que proporcionara una mejor clase de compañía.

Jasper arrastró los pies porque eso era lo que él habría preferido hacer, si el dinero lo permitiera.

—Una madame de Londres requeriría un pago por adelantado y tiempo para prepararse. Tiempo del que no disponía.

Hizo una mueca. —Por suerte, si esto llega a oídos de su hermano mayor, puede explicar fácilmente un evento aislado, pero si planea hacer de esto una ocurrencia regular, y sospecho que tiene eso en mente, no puede traer a esas mujeres de vuelta a Ravenswood. No tienen protección, nadie que vele por su bienestar. Una podría haber muerto esta noche, junto con un borracho idiota que decidió que la escalera era el lugar perfecto para hacer el amor. Él no debería estar aquí.

Jasper se erizó. —¿Quién es usted para darme lecciones sobre la compañía que frecuento?

—No lo estoy haciendo. Yo... —Se mordió el labio—. El tipo dijo que solo vino para discutir un asunto de negocios con Ravenswood.

Jasper apenas logró contener una maldición ante la revelación. —¿Quién era ese hombre?

—No sé su nombre —susurró Sophie—. Chaqueta azul, alfiler de corbata plateado. Alto.

—Northcote —Jasper rechinó los dientes, exasperado por la duplicidad de sus amigos. Había ocultado muy bien sus motivos para asistir a la fiesta de Jasper. Northcote era ambicioso. Se frotó la mandíbula—. Sería una pluma en su sombrero, un impulso a sus aspiraciones políticas, ser conocido por frecuentar al Duque de Ravenswood.

Pero gracias a Sophie, Northcote no recibiría más invitaciones de Jasper ni una segunda oportunidad. Nadie lo usaba dos veces.

La mano de Sophie se movió hacia él, pero la dejó caer. —Lamento ser portadora de malas noticias, milord. Solo pensé que debería saber lo que él dijo.

Jasper estudió a Sophie de nuevo. Ella había querido consolarlo. Debería agradecerle por la

advertencia sobre Northcote y lo hizo. —¿Era eso todo de lo que quería hablarme?

—No, milord. Sobre la embriaguez.

—Sí, sí. Lo sé —Descartó el asunto con un gesto—. Seymour aguará el vino para el resto de la fiesta. También me aseguraré de que no vuelva a ocurrir el percance en los pisos superiores.

—Aguar el vino no será suficiente.

Había notado que algunos de los hombres estaban disfrutando demasiado libremente de la bodega *y* de las mujeres antes de que lo llamaran a los establos. Si quería continuar con su empresa en el futuro, tendría que hacer cambios... y quizás también algunos nuevos amigos. Sin embargo, la última persona de quien habría esperado que señalara eso era una supuestamente recatada institutriz.

—Supongo que cree que debería enviarlos a todos a casa.

—Entonces se equivoca, milord. Creo que necesita mi ayuda.

No pudo evitarlo. Se rio. La señora Radcliffe no podía tener conocimiento de cómo mantener el orden en una escandalosa fiesta. Todo lo que podía hacer era mirar severamente a un hombre. —Creo que puedo manejar la fiesta sin su interferencia.

—No pretendo interferir sino ayudarlo y asegurarme de que esas mujeres permanezcan a salvo.

—¿Cómo dice?

—Tengo una conocida en Londres que podría estar interesada en sus futuras diversiones —dijo, y luego ladeó la cabeza, observando su reacción.

—¿Quién?

—Puedo escribirle mañana y concertar una reunión —prometió Sophie, humedeciéndose los labios—. Madame Clover entiende el oficio íntimamente y es la discreción en persona.

Jasper se quedó boquiabierto. —¿Cómo diablos conoce a Madame Clover? Ella dirige la casa de placer más escandalosa de todo Londres.

Su mirada bajó ligeramente. —Nadie comienza su vida como institutriz, milord. No es importante cómo la conocí, solo que puedo ayudarlo.

Él retrocedió, desconcertado y en shock. La Casa de Placer Jardines Violeta de Madame Clover era el coto de los caballeros más ricos y era cara. Jasper nunca había tenido el placer, pero había oído historias de lo que ocurría allí.

Y Sophie Radcliffe afirmaba conocer a la madame lo suficientemente bien como para concertar una presentación.

Nunca la había conocido por mentir. Una mujer respetable nunca habría mencionado tal conexión a menos que se viera obligada. ¿Por qué Sophie le contaría esto ahora? ¿Qué quería de él?

Decidió seguirle el juego, averiguar si podría estar bromeando sobre la conexión y ver qué tenía que decir. Eso no significaba que le creería. Él formaría su propia opinión, como siempre. —¿Qué cree que le falta a mi fiesta que Madame Clover podría ofrecer?

—Control.

Su mirada se desvió para mirar por encima de su hombro, y luego Sophie se movió a su alrededor, escudriñando el pasillo en penumbras como si buscara a alguien.

Jasper la hizo volverse para mirarlo. —Continúe.

Ella negó con la cabeza, y luego miró intencionadamente su mano donde descansaba sobre su brazo.

Jasper dejó que sus dedos acariciaran su piel en lugar de soltarla. Su respiración se entrecortó y sus pestañas aletearon. Jasper se inclinó, intrigado por su reacción. —Dígame, ¿alguna vez

hubo un señor Radcliffe?

—No —Ella frunció el ceño—. Señora es un título honorífico que todas las institutrices asumen en su empleo.

Así que no había habido marido en su pasado. Encontró su mirada y se dio cuenta de que anhelaba besarla. Fue toda una sorpresa descubrir que ella podía afectarlo dos veces. Normalmente nunca se sentía atraído por mujeres recatadas. Y sin embargo, esta afirmaba conocer a una madame. —Dígame, ¿es usted inocente?

Ella tardó mucho en responder a esa pregunta, pero cuando lo hizo, con un leve movimiento negativo de cabeza, el aliento de Jasper salió precipitadamente de sus pulmones. El alivio y la anticipación lo recorrieron. Durante todo el tiempo que se conocían, había tratado a Sophie de cierta manera. La había considerado aburrida, tímida y sin interés. Prohibida. Recatada. Una defensora de las conveniencias. La había evitado para ahorrarse la dificultad de hablar con una mujer de supuesta alta moral. —Vaya. Eso cambia las cosas considerablemente.

Ella alzó la barbilla. —No soy una ramera.

A pesar de sus palabras, él sonrió. No recatada, pero tampoco completamente caída. Eso hizo que le gustara más. ¿Podría ser esa la razón por la que la pinchaba tan a menudo? ¿Por qué sus respuestas ingeniosas lo atormentaban? Este sentimiento que se agitaba entre ellos era lujuria y frustración por su parte. Ella era más un espíritu afín que su opuesto. De alguna manera lo había percibido desde la primera vez que se conocieron.

Bajó la cabeza para susurrar: —Si la hubiera besado ayer, ¿qué habría hecho?

—No lo hizo —Su dedo índice aterrizó en su pecho, flexionándose ligeramente contra la lana de su chaleco. Jasper capturó su dedo de la misma manera que ella lo había sostenido ayer, y ella no lo apartó, tal como él no había podido hacerlo. Sus ojos se elevaron hacia los suyos—. A usted no le agrado.

La sangre que bombeaba por sus venas en ese momento, fuerte y urgente, afirmaba lo contrario. Esta era una mujer que deseaba. —Al parecer, ese ya no parece ser el caso —sonrió mientras le tocaba el cabello donde caía hacia adelante y luego lo echaba hacia atrás sobre su hombro. Tocar a Sophie parecía un lujo que nunca supo que deseaba—. Sin embargo, no depende de mí si nos besamos o no. Estoy seguro de que preferirías que mi hermano —

De repente, sus labios estaban sobre los suyos, y un gemido escapó de su garganta mientras lo acercaba bruscamente.

Por fin.

Los brazos de Sophie se enroscaron con fuerza alrededor de su cuello, y sus labios se separaron para admitir su lengua inquisitiva. Era cálida y encantadora, y la sorpresa de Jasper se desvaneció rápidamente mientras se perdía en el sabor y la sensación de su esbelto cuerpo presionado contra el suyo. Con casi nada entre sus manos y su piel, aprendió ansiosamente las delicias de sus curvas.

Se apartó, jadeando, y luego la besó de nuevo, envolviéndola fuertemente en sus brazos, presionándola contra la pared. Podría perderse en sus besos... y descubrió que siempre había querido una excusa para hacerla callar con su boca.

Pero antes de que pudiera decidir qué más podría suceder entre ellos, ella lo empujó hacia atrás con un fuerte empujón y apartó la cara. —¡Espera!

Jasper miró a Radcliffe y solo escuchó el torrente de deseo corriendo por sus venas, poniendo su mundo de cabeza. —Es natural sentirse inquieta por un buen beso —susurró.

—Oh, sé exactamente lo que me hace sentir un beso perverso —su cabeza giró hacia la puerta de la guardería, luego se volvió para mirar de nuevo por el pasillo—. ¿Es eso llanto?

Radcliffe huyó por el pasillo, dejándolo de pie frente a la guardería, solo y excitado.

Jasper la siguió furioso, agitando el puño. —¡No te alejes cuando por fin nos estamos besando! Te gustó, lo sé.

—No dije que no me gustara —soltó Radcliffe y luego bajó las escaleras unos pasos más. Se detuvo; con la cabeza inclinada hacia un lado—. Estoy segura de que escuché...

—Mujer, ¿cómo esperas que escuche o siquiera piense en algo que no sea tenerte en mis brazos de nuevo después de ese beso? —se quejó.

Pero sus pasos lejos de sus brazos continuaron, al menos hasta que se apresuró hacia el ala familiar, donde se encontraba su propia habitación. Se animó. Bueno, parecía que ella estaba ansiosa por más que solo besos.

La persiguió, sonriendo, pero Sophie se detenía cada pocos pasos y ponía su oído en cada puerta. Cuando se detuvo en su puerta, finalmente se volvió para mirarlo. Había confusión en su expresión cuando encontró su mirada. Sus hombros se hundieron. —Deberías ocuparte de eso.

Él negó con la cabeza. —¿Ocuparme de qué? ¿Del hecho de que eres una coqueta imposible?

—¿No escuchas el llanto?

—¿Llanto? ¿Qué llanto? —Se dirigió furioso hacia ella y luego se detuvo en seco, su mirada moviéndose más allá de ella hacia su puerta—. No debería haber llanto proveniente de mis aposentos.

—Y sin embargo, lo hay —dijo ella. Y entonces, sin siquiera pedir permiso, abrió las puertas de su dormitorio y se deslizó dentro.

Entonces escuchó el lamento, claro como el día. Un sonido sumamente infeliz provenía de sus habitaciones cuando no debería haberse escuchado nada. Jasper persiguió a la institutriz y luego se quedó helado al ver una pequeña figura agitándose en su enorme cama. —¿Qué demonios es esto?

La institutriz lo miró. —¿Dónde está la madre? ¿Abajo en tu fiesta?

—Ningún amigo mío debería haber traído a su hijo a mi fiesta.

—Por un momento, pensé que eras diferente.

Jasper se puso las manos en las caderas. —¿Qué se supone que significa eso?

—Los libertinos nunca quieren recordatorios de sus escándalos una vez que su diversión ha terminado, ¿verdad? Debería haberlo recordado.

—Ese no es mi hijo —declaró, señalando la bola de miseria en su cama.

Sophie suspiró. —Deberías atesorar algo tan precioso.

—¿Yo? ¿Cómo es esto mi responsabilidad?

—Está en tu cama, así que claramente debe ser tuya.

—Lo único claro para mí es que mi cama está ocupada por una mocosa gritona que interrumpió un beso excepcionalmente bueno entre nosotros. Eso no la hace mía. Ni siquiera tengo una amante en este momento. No la he tenido en un tiempo —el llanto se intensificó, y Jasper se puso los dedos en los oídos. Sophie se acercó a la cama para mirar al pequeño ser que se negaba a ser consolado por su mera llegada—. Radcliffe, ¿harás algo con el ruido?

Sophie hizo una mueca. —¿Qué te hace pensar que sé lo que necesita?

—Eres institutriz, ¿no? Cuídala como lo haces con el otro par. Nunca lloran cuando estás cerca.

Sophie se apartó del niño, retorciendo los dedos en su cintura. —A tus sobrinos se les dijo que me agradaran.

—Bueno, puedo hacer eso por ti también. Niña, esta es Sophie. Haz lo que ella diga —exigió —. Ya está, es fácil. Puedes levantarla y todo estará bien.

—¿Y cómo debería hacer eso? —preguntó Sophie, con los ojos muy abiertos.

—¡Oh, por el amor de Dios! Aquí, déjame mostrarte cómo se hace —En ocasiones, Jasper había tenido que levantar a sus dos sobrinos cuando eran pequeños, incluso más pequeños de lo que parecía ser esta niña. Eran débiles y retorcidos, especialmente cuando lloraban. Se aseguró de tener un agarre firme antes de levantar a la niña en el aire. La niña se volvió hacia su pecho por sí sola, y Jasper la sostuvo contra él, aliviado de que el ruido se redujera a meros hipos.

—Parece que conoce a su papá —dijo Sophie, alejándose de él.

Él frunció el ceño a la mujer. La institutriz lo había engañado para que sostuviera a la niña, y estaba a punto de abandonarlo. No podía permitir eso. Tenían un beso que discutir.

—Los niños perciben la competencia, no la propiedad —insistió Jasper, siguiendo a Sophie —. Hazlos rebotar un poco y arrullarán y gorjearán después. ¿Ves? Es un problema simple de resolver.

—Yo no haría eso si fuera tú —advirtió Sophie.

—Tonterías. Solía hacer esto con mis sobrinos todo el tiempo —acercó a la niña a su pecho —. Está perfectamente bien.

La niña eructó, y Jasper sintió un repentino salpicón de calidez golpear su pecho. Apartó a la niña de él y la miró fijamente. La niña había dejado de llorar, pero un poco de baba colgaba de su labio inferior de manera repugnante. Miró hacia abajo su camisa y maldijo rotundamente al verla sucia. La niña había vomitado sobre su corbata y la camisa debajo, también. El exceso rodaba hacia abajo hacia su chaleco favorito incluso mientras observaba.

Jasper empujó a la niña hacia Sophie a ciegas, desesperado por quitarse las prendas sucias y el olor. Afortunadamente, Sophie agarró a la bebé mientras él huía a su vestidor para cambiarse.

Cuando emergió minutos después, refrescado, la niña había sido colocada de nuevo en el centro de su cama.

—¿Qué está haciendo? No la deje ahí.

Sophie volvió su mirada hacia él.

—¿Qué espera que haga?

—No lo sé —dijo él, poniendo las manos en sus caderas—. Llévesela.

—Lo siento, mi lord, pero estoy encargada de cuidar a dos niños, no a tres. Esta niña es obviamente su responsabilidad.

—¿Por qué sigue diciendo que es mi hija?

—Porque lo es —la institutriz le tendió un trozo de papel—. Esto estaba metido en el chal en el que estaba envuelta. Isabelle está dirigida a usted —dijo Sophie, mirando hacia la cama con una sonrisa triste en su rostro ahora.

Jasper agarró el papel. En el frente llevaba su nombre, en el interior decía *cuida de nuestra Isabelle*.

—No está firmado —protestó inmediatamente, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—Eso apenas importa —susurró Sophie.

—No puede quedarse conmigo —se quejó Jasper—. Ninguna de mis amantes ha concebido que yo sepa.

—Ahora lo sabe —dijo Sophie, tocando la ropa de la niña y frunciendo el ceño—. Esta es una prenda cara. La niña viene de una familia adinerada.

Jasper se acercó a la niña para verla mejor. Isabelle tenía el cabello castaño liso y estaba vestida de pies a cabeza con prendas de muselina blanca densamente bordadas. Pero fueron sus pies los que llamaron su atención. Llevaba zapatillas de seda bordadas con el escudo de la familia.

—Esto es un error —Jasper cogió la mano de Sophie mientras su estómago daba un vuelco —. ¿Cómo llegó siquiera aquí?

—Muchas de las puertas estaban abiertas para sus invitados esta noche cuando yo estaba abajo.

—Sí, escuché que estuvo deambulando por los pasillos antes, vestida así. ¿Qué quería de mí? ¿Mostrarme esto?

—Ahora no quiero nada —Sophie se dio la vuelta, dirigiéndose a la puerta.

Jasper corrió tras ella.

—¡No puede dejarla conmigo!

—No tengo razón para quedarme —advirtió ella—. Esta niña no es mi responsabilidad.

—Piense en la niña —advirtió Jasper, mirando por la habitación en pánico—. ¿Dónde debo ponerla a dormir? ¿En el armario con mis botas?

Eso hizo que la institutriz se detuviera, pero luego sonrió.

—Quizás debería llevarla con usted a todas partes esta noche, mientras se acostumbra a la idea de que ahora es un padre responsable. Estoy segura de que sus invitados lo entenderán.

Jasper palideció ante la idea de que alguien abajo lo viera con una bebé. Querrían saber de dónde había salido. Jasper no tenía la más mínima idea. Su última amante era demasiado reciente para tener una hija de esta edad. La anterior, una amante de más larga duración, no había quedado embarazada de él. Ahora estaba casada, y había tenido todas las oportunidades de contarle sobre un embarazo mucho antes de ese evento.

Así que esta no podía ser su hija... pero podría traerle desgracia a él y a la familia. Tenía que esconder a Isabelle hasta que supiera la verdad sobre su parentesco.

—No puedo llevarla abajo conmigo. Me convertiré en el hazmerreír.

—Debería haber pensado en eso antes de juguetear con... bueno, con quien sea que haya jugueteado y que ahora no puede recordar. Siempre hay consecuencias para nuestras acciones, mi lord.

—Por última vez, esta niña *no* es mía. Asumiría mis responsabilidades si las tuviera.

—Eso dice —murmuró Sophie, y con eso salió de la habitación, cerrando la puerta de un golpe detrás de ella.

Jasper parpadeó cuando la niña empezó a llorar de nuevo.

—Maldita sea. Debería creerme —miró a la pequeña mientras continuaba gimoteando—. ¿Por qué Sophie no me cree?

Los lloros de la niña aumentaron, su cara se arrugó preparándose para un estallido aún más fuerte. Jasper se apresuró a levantar a la niña, girando su cara lejos de su pecho en caso de que vomitara por segunda vez, e intentó pensar qué hacer.

La meció suavemente mientras caminaba por la habitación, hasta que eventualmente pasó cerca de un espejo alto y vio que Isabelle había cerrado los ojos, quedándose dormida rápidamente en sus brazos mientras él entraba en pánico.

—Maldición —murmuró. Fue a dejarla de nuevo, pero ella se agitó inmediatamente, emitió un pequeño graznido y refunfuñó. Jasper quería dejarla allí, pero cuanto más tiempo no estaba en sus brazos, más inquieta se volvía. Antes de que pudiera estallar otro ataque de llanto fuerte, la recogió de nuevo, y ella se calmó una vez más. Volvió al espejo a tiempo para verla dormirse en sus brazos por segunda vez.

—Que el diablo se la lleve —murmuró suavemente, mirando a la molesta bebé. Tenía que volver abajo para supervisar los acontecimientos antes de que alguna otra calamidad le ocurriera al palacio. No podía descuidar sus deberes como anfitrión. Lo que necesitaba era otro par de

manos, unas dispuestas, y más experimentadas que las suyas, además.

Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. Echó un vistazo al pasillo, pero Sophie se había ido hace tiempo.

—¿Cómo se supone que voy a hacer algo contigo... y sin Sophie para ayudarme?

CAPÍTULO OCHO

La niña estaba en silencio de nuevo, como había sucedido intermitentemente desde que Sophie la vio por primera vez, pataleando y gritando en el centro de la enorme cama de Lord Jasper Sweet.

Le había costado toda su fuerza dejar a la niña en las manos inexpertas de Lord Jasper. Dejarlo después de un beso que nunca debió haber ocurrido se sintió aún peor.

Aún podía sentir las manos de Jasper en su cuerpo, su lengua provocando la suya y el calor devastador de su cuerpo presionado contra ella en toda su longitud. Aunque nunca debió haber permitido que un momento así arrasara con su buen juicio, había descubierto una verdad sobre sí misma. No era inmune al beso de un libertino, después de todo.

No desde que el último libertino, un hombre que le había roto el corazón, la había besado, había experimentado tal emoción. Gracias al cielo por la interrupción de la niña. La llegada de la pequeña había puesto de nuevo en su mente su posición en la casa.

La niña era la hija de Lord Jasper, aunque él negaba la responsabilidad con vehemencia. No había duda en su mente de que Isabelle y Lord Jasper eran familia. Isabelle había sido nombrada como la difunta madre del hombre, Isabelle Sweet, Duquesa de Ravenswood, y había un fuerte parecido familiar entre ellos. Él debería cuidar de ella al menos por una noche.

Isabelle tenía una familia; un padre y una madre en algún lugar. Había preguntado discretamente esa mañana, pero nadie más había visto a una extraña y una niña vagando por el palacio. Isabelle tenía suerte de tener a Jasper, aunque fuera a regañadientes.

Ver a la niña abandonada en la cama de Jasper le había traído dolorosos recuerdos de su tiempo en el orfanato y una soledad que creía enterrada hacía mucho. Sophie había sido dejada en una caja de madera en la puerta del hospicio a una edad similar, envuelta en harapos, no en túnicas de muselina muy bordadas, y sin una nota que la acompañara. Sophie ni siquiera sabía el nombre que su propia madre podría haberle dado alguna vez. Había sido nombrada por la mujer que dirigía el orfanato y luego entregada al cuidado indiferente de una sirvienta. El doloroso recordatorio del abandono de Sophie casi le había robado el habla frente a Lord Jasper. Casi, pero no del todo.

Isabelle era afortunada de estar aquí. Se podría hacer que Lord Jasper tomara provisiones para ella por sus hermanos. Lord Nash y el duque lo asegurarían, sin duda.

Miró hacia la puerta de la guardería, curiosa por el prolongado silencio de Isabelle ahora. Tal vez la madre había regresado, o Lord Jasper finalmente estaba entendiendo a su hija. Había necesitado todo su poder de persuasión para evitar que Thomas y Liam corrieran por el pasillo para ver a la bebé por sí mismos una vez que reconocieron el sonido por lo que era. Los niños tenían un excelente oído, mucho mejor que el de sus tíos, y sentían una curiosidad dolorosa por

la intrusa en medio de ellos.

Sophie calculó que la niña tenía alrededor de un año por su apariencia. Podría habérselo dicho a Lord Jasper anoche, pero estaba demasiado avergonzada al descubrir que Jasper podía hacerle perder la cabeza. La insinuación a medias de Lord Jasper de que ella prefería a Lord Nash la había tomado por sorpresa y la había hecho hacer algo temerario para demostrar que no era cierto. No se sentía atraída por Lord Nash en absoluto, y no le gustaba la sensación que pensar en Lord Jasper despertaba en ella hoy. Preferiría evitar a Lord Jasper, pero probablemente debería verificar el bienestar de la niña. Aunque fuera solo por un momento, para apaciguar su propia conciencia. Asegurarse de que la niña estuviera siendo alimentada y mantenida limpia.

Sophie miró a sus pupilos. Los niños estaban lo suficientemente ocupados como para que no la echaran de menos si se escabullía sola por unos minutos. De todos modos, debería dejarlos atrás cuando hiciera su viaje a la habitación de Lord Jasper nuevamente. A Lord Nash no le gustaría que sus hijos se dieran cuenta de la maldad de su tío a una edad tan temprana.

Sophie se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va? —preguntó Thomas, poniéndose de pie para enfrentarla.

—Volveré enseguida —les prometió, esperando que eso fuera suficiente para aplacarlos.

—Queremos ver a la bebé —anunció Thomas, apresurándose hacia ella con Liam siguiéndolo.

Había esperado que pudieran haber olvidado a la niña con el silencio prolongado, pero claramente también tenían excelentes memorias. —Solo voy a buscar otro chal a mi habitación —mintió.

Sin embargo, Thomas claramente no le creyó. Frunció el ceño. —Seremos silenciosos.

Sophie suspiró suavemente. —Thomas, ella es terriblemente joven y podría estar dormida.

—Sé cómo caminar de puntillas —prometió Liam—. Thomas me enseñó.

Thomas entonces sacó pecho y se dirigió a ella con un tono tan severo que Sophie se sorprendió. A veces Thomas se parecía demasiado a su padre. —Radcliffe, veremos a la niña. Ahora.

—Creo que...

—No se le paga para pensar —continuó Thomas, imitando al viejo duque cuando reprendía a otros sirvientes—. Sino para obedecer.

Sophie se sintió herida por eso. Se humedeció los labios, dolida por la realización de que, por mucho que se preocupara por Thomas, probablemente él la veía como nada más que otra sirvienta a la que dar órdenes. Y su hermano menor probablemente seguiría sus pasos pronto.

—Como desee —respondió—. Pero es posible que Lord Jasper no los quiera allí.

Thomas ignoró su advertencia y se dirigió a la puerta. Liam le tomó la mano y la arrastró fuera de la habitación con ellos. Thomas tomó la delantera hacia la habitación de su tío, marchando por el pasillo y bajando la escalera principal. Liam, sin embargo, caminaba de puntillas a su lado pero seguía mirándola.

En la puerta, Thomas se detuvo y se volvió hacia ella, con una expresión de incertidumbre en su rostro por fin. —¿Debería anunciarme?

—Sería educado —murmuró, esperando que su repentino arrebato de arrogancia fuera solo pasajero.

Él rascó la puerta y luego corrió detrás de Sophie, poniéndola al frente de su pequeño grupo.

La niña adentro estaba hipando, preparándose para otro lamento cuando la puerta se abrió de golpe.

Lord Jasper parecía un desastre. Sophie recorrió con la mirada sus ojos inyectados en sangre

y su mandíbula sin afeitar. Dado el estado arrugado de su ropa y la falta de chaqueta, era obvio que no había dormido ni un guiño desde la última vez que lo había visto.

Él atrapó la mirada de Sophie. —Ayuda.

Un lamento tan lastimero de un hombre adulto hizo que la resolución de Sophie se desmoronara, y se aventuró adentro con cautela, con los niños siguiéndola. —¿Supongo que su madre no regresó?

—Obviamente no, y aún no sé quién podría ser, pero voy a tener unas palabras con ella cuando descubra su identidad —refunfuñó, siguiéndola de cerca.

Antes de que Isabelle pudiera lanzarse a otro ataque de llanto, Sophie levantó a la niña para mirarla a los ojos. —Vamos, vamos, Isabelle. ¿Qué ha hecho tu pobre papá para merecer tanto llanto? —La tomó en sus brazos, pasando su mano desde el hombro hasta la parte trasera, y entonces detectó un olor inconfundible en la niña—. Ah, ya veo.

Jasper estuvo a su lado en un instante. —¿Qué ve?

—Cálmese, mi lord, pero alguien necesita un cambio a algo limpio y seco.

Lord Jasper se giró en círculos, mirando alrededor de la habitación, pareciendo frenético. —¿Qué hago?

Sophie depositó a Isabelle en la cama y miró a sus pupilos. Le disgustaba involucrarlos en los problemas de Lord Jasper, pero los suministros estaban fácilmente al alcance si uno sabía dónde buscar. Los niños lo sabían. La pregunta, sin embargo, era si Thomas sería de ayuda o no. —Hay algo de ropa para un bebé en el armario de la habitación de los niños. Creo que eran de Liam.

—Ya no quiero esas cosas —dijo Liam, subiéndose a la cama cerca de la cabeza de la niña —. Soy demasiado grande.

—En efecto lo eres, querido. Quizás alguien podría traérmelas —dijo, sin mirar a nadie en particular.

—Yo iré —dijo Thomas mientras se detenía un momento junto a la cama. Miró a Sophie, arrugando la nariz—. Huele mal.

—Ciertamente huele, pero en un momento estará limpia y podrás ser presentado apropiadamente. *Si* tu tío lo aprueba.

Thomas salió corriendo, y Liam acercó su rostro al de Isabelle, cuya mano se estampó en su mejilla. Liam se rio e Isabelle gorjeó, encantada de ver un rostro amigable tan cerca.

Sophie sonrió a la pareja. —Los niños nunca dudan en satisfacer su curiosidad, ¿verdad? Tal vez, mientras esperamos a Thomas, podría abrir las ventanas para que entre aire fresco, mi lord.

Jasper se apresuró hacia las ventanas y las abrió de par en par, provocando que una corriente fresca arremolinara sus faldas. Sophie se quitó el chal de los hombros, lo dejó a un lado en la cama y se arremangó. —Necesitaré un cuenco de agua, jabón y un paño.

Lord Jasper se apresuró a cumplir sus órdenes, silencioso y aparentemente contento de que ella tomara las decisiones por una vez.

Había traído la palangana, incluyendo el soporte en el que normalmente descansaba, cuando Thomas regresó con los brazos rebosantes. El niño había traído todo. —¡Esto es todo lo que pude cargar!

—Gracias. Quizás podríamos tener un poco de privacidad ahora —solicitó, y Jasper amablemente corrió las cortinas de la cama en un lado y llevó a sus sobrinos al otro extremo de la habitación con él.

Sophie miró a la niña y sonrió ante su expresión infeliz. —Creo que estarás contenta de que nos ocupemos de esto, ¿verdad?

—¿Qué fue eso? —llamó Lord Jasper.

—No le hablaba a usted, mi lord —respondió Sophie, y luego limpió a la niña. Una tarea de un momento para alguien bien acostumbrada a la labor. En el orfanato, había atendido a su cuota de niños indefensos. Dado el retraso en cambiarla, Sophie decidió vestirla completamente con ropa fresca también. Nada tan elegante como con lo que había llegado, pero apropiado para el día —. Me sorprende que no haya nada para que te pongas. ¿Tu mamá tenía tanta prisa que se olvidó?

La niña no dijo nada a esa pregunta, por supuesto, pero movía las piernas felizmente. Una niña tan bonita. Tenía los ojos de Lord Jasper. Sophie pasó un momento contemplando la identidad de la madre, pero luego se encogió de hombros ante el problema. No era asunto suyo. La niña estaba limpia, sana y más feliz ahora.

Sophie emergió de detrás de las cortinas con la ropa sucia hecha un ovillo en una mano e Isabelle equilibrada en su cadera. Le pidió a Lord Jasper que limpiara la ropa. Él parecía tan desconcertado que tuvo que explicarle lo que quería decir. —Deberían ir a la lavandera. Supongo que ella se quedó atrás.

—Creo que sí —Sacudió la cabeza—. Supongo que no puedo mantener esto en secreto de los sirvientes.

—No. ¿Sus invitados han notado su distracción?

—Aún no, creo. Gracias a Dios —Se mordió el labio inferior.

—Tendrá que hacer algo con ellos —murmuró, pensando que sería conveniente finalizar la fiesta. Un hijo bastardo sería ampliamente comentado.

—Tenía razón, no pensé lo suficiente en organizar la fiesta aquí con tan pocos sirvientes restantes.

Ella asintió y le ofreció la niña más feliz. —Aquí tiene.

—Ah... —dijo Jasper, haciendo una mueca y rápidamente poniendo sus manos detrás de su espalda.

Sophie le hizo tomar a la niña presionando a Isabelle contra su pecho. No iba a quedarse con su descendencia tan fácilmente. Isabelle era su responsabilidad.

Dio un paso atrás para permitir que los niños rodearan a su tío y conocieran a la bebé. —Sean gentiles con ella —les advirtió, preocupada por su entusiasmo por las cosquillas. Los chicos podían ser un poco bruscos entre ellos a veces.

Isabelle parecía bastante encantada con más rostros a su alrededor, y cuando Jasper colocó a la niña dentro de una cuna improvisada —un cajón sacado de un mueble de la habitación— los niños comenzaron a hablarle.

Lord Jasper retrocedió lentamente hacia Sophie. —Gracias.

Sophie arrugó la nariz. —Me gustaría decir que fue un placer, pero estoy segura de que entiende que no lo fue.

—Lo entiendo. De nuevo, gracias desde el fondo de mi corazón —dijo, y Sophie se burló.

—Sí, tengo uno —le aseguró, haciendo una mueca—. Le haré saber que si no hubiera estado tan sorprendido, y supiera quién podría ser su madre, habría aceptado la culpa como merecida.

—Al menos eso es algo a su favor —concedió—. Muchos supuestos caballeros no lo hacen.

—Ahora, mientras la tengo aquí conmigo y ella está tranquila, quería volver a nuestra discusión de anoche. Sospecho que tenía más que decir sobre el tema de mis fiestas y quiero escucharlo ahora.

Sophie no se sentía capaz de ofrecer su consejo ya. Por un momento tonto, había olvidado su lugar en el gran esquema de las cosas. Él no querría su consejo sobre cómo dirigir una casa de placer apropiada. Él solo estaba jugando con el oficio. —Ya no es importante.

—No, debe de haberlo sido. De lo contrario, no me habría convocado como a un niño recalcitrante bajo su cuidado —dijo él, lanzándole una sonrisa juguetona que hizo que su piel se ruborizara.

—Debería llevar a los niños de vuelta a sus lecciones —le dijo ella, en cambio. Ansiosa por alejarse. Había sido una fantasía ociosa, nacida de un momento de insensatez, y no había nada más que decir. Era mejor mantenerse al margen de sus asuntos. Él tenía cosas más importantes de las que preocuparse ahora.

Cuando Isabelle comenzó a inquietarse, el nuevo padre se apresuró a recogerla, y la niña se calmó inmediatamente.

Sophie reunió a los niños y se dispuso a salir, pero Lord Jasper la siguió hasta el pasillo. —Camine despacio y dígame cuándo los hijos de mi hermano estén fuera del alcance de su voz. Su preocupación por el bienestar de las prostitutas fue inesperada... y verdaderamente amable, por cierto.

Ella frunció los labios y, tras un momento de debate, le habló sobre el fallo que veía en su plan. —Creo que sé de qué va esta semana.

—¿Ah, sí?

—Todos los sirvientes del palacio saben que el dinero se ha vuelto escaso.

Jasper frunció los labios y asintió. —Continúe.

—Está buscando una forma fácil de reponer sus fondos. Pero para ganar el dinero que debe necesitar, debe entender lo que impulsa a hombres como usted a gastar. Hombres como usted quieren lujo en todo y esperan chasquear los dedos y que se les entregue inmediatamente.

—Apenas me conoce.

—He conocido a hombres *como* usted. Libertinos con medios y poco cuidado por lo que toman de los demás —Ella se encogió de hombros, dejando de lado su resentimiento hacia esa actitud para centrarse en asuntos prácticos—. Cuando se trata de dirigir un negocio rentable, todo y todos en él son una mercancía con una vida útil corta, a menos que se gestione bien.

—¿Qué significa eso?

—Las mujeres que contrató ya estaban exhaustas, y era solo la primera noche. En una casa de placer, una madame con experiencia habría enviado a cada una de las damas a descansar y refrescarse varias veces durante la noche. Nunca esperaría que entretuvieran a todos esos hombres, toda la noche.

—Bueno, por supuesto que no —dijo Lord Jasper, deteniéndose de repente en el pasillo—. Eso es obvio, ahora que lo pienso mejor. Pero ¿cómo sabe tanto sobre el funcionamiento de una casa de placer?

Sophie sostuvo su mirada y optó por no responder inmediatamente. —Debe pensar en una escala diferente. Organizar una fiesta en una casa grande y opulenta puede haber sido una decisión simple para usted, pero un escenario tan vasto es problemático. Es demasiado fácil perder el control de los acontecimientos. La pareja en las escaleras haciendo el amor anoche, por ejemplo.

—Seymour los mencionó —confirmó Jasper.

—¿El caballero estaba borracho y sostenía una vela encendida?

Jasper retrocedió. —¡No!

—Podría perderlo todo por descuidos como ese. Podrían haber caído por las escaleras o por la barandilla y morir o resultar gravemente heridos. Cada invitado necesita ser controlado.

—Lo intenté, pero me llamaron a los establos —se quejó Jasper—. Estos tipos están acostumbrados a salirse con la suya.

—Un hombre no es suficiente para controlar a la docena que tiene aquí, si se les permite deambular. No puede estar en todas partes a la vez, por eso necesita el tipo de ayuda adecuada.

Jasper se humedeció los labios. —Muy bien. Digamos que estoy de acuerdo con su crítica de que organizar una fiesta aquí no fue mi idea más brillante. ¿Cómo lo arreglo ahora?

—Necesita una madame. Una mujer fuerte para vigilar todos los procedimientos amorosos, proteger a sus damas del maltrato y recaudar los fondos para compartir de cada encuentro. Eso lo deja a usted y a su segundo (un sirviente dedicado sería lo mejor) libres para mezclarse y fomentar el juego. Asegúrese de que nadie se aleje. Al final de la noche, el beneficio combinado debería ser mucho mayor que el de anoche.

—Seymour ya está agotado ayudándome. ¿Y qué le hace pensar que puedo simplemente chasquear los dedos y aparecerá una madame?

Sophie se dio la vuelta. —Es solo una idea que tuve. Una tonta.

Jasper la hizo volver. —Puede contarme el resto ahora, o la perseguiré hasta que lo haga.

Sophie contuvo la respiración. Era demasiado tarde para no contarle todo. Lo más probable es que rechazara su idea de plano. —Invitó a una docena de caballeros adinerados, ¿sin crédito extendido? Habrían llegado aquí con una cantidad limitada de fondos de sobra en sus bolsillos. Pero la próxima vez, atraídos por la promesa de compañeras más experimentadas de Londres, cambiarían de manos muchos más fondos. Los caballeros adinerados pagarán por buen sexo. El mal sexo pueden conseguirlo gratis en cualquier parte.

—Esa es una observación increíblemente cínica, pero desafortunadamente me suena cierta —asintió él. Sus labios rozaron la cabeza de la niña, como si en una sola noche se hubiera encariñado con la pequeña mientras reflexionaba sobre sus palabras—. Muy bien. Estoy de acuerdo con todo lo que dice. La próxima fiesta debe estar mejor organizada. Ahora, si tan solo pudiera indicarme dónde encontrar una madame para ayudar con *esta* fiesta en casa, le pagaría una pequeña fortuna.

—No tiene una fortuna para regalar —le recordó Sophie—. Mientras tanto, esas mujeres necesitan a alguien que las cuide. Solo me tiene a *mí*. Sé qué hacer. Podría actuar como su madame por el resto de la semana, si lo desea.

Sophie observó la expresión cambiada en el rostro de Lord Jasper y supo que había dicho lo único que él nunca esperó que sugiriera. Se rio un poco nerviosa mientras su silencio continuaba. Podría haber tenido la última palabra de nuevo. Podría acostumbrarse a eso también. Pero había cambiado irrevocablemente la forma en que Lord Jasper la veía hoy, y quizás para siempre. Esperaba que eso no los pusiera más en desacuerdo.

CAPÍTULO NUEVE

—No puedes hablar en serio —jadeó Jasper después de que el shock inicial de su sugerencia se disipara lo suficiente para entender lo que se le estaba ofreciendo. Mantuvo la mirada de Sophie, vio su diversión y frunció el ceño hasta que las mejillas de ella se tornaron de un rojo ardiente y tuvo que bajar la vista.

Sophie estudió las puntas de sus dedos.

—Solo sería fingir. Pero por supuesto que no me considerarías. ¿Por qué confiarías en que sé algo sobre algo?

—No lo dije de esa manera —protestó él—. Estoy seguro de que eres capaz de muchas cosas, es solo que... no es nada apropiado.

Sophie se rio.

—¿Qué te hace pensar que soy apropiada?

—Oh, lo eres —insistió él—. Y me preocupo por ti y por que tu buena reputación continúe. No quería que te involucraras con mi fiesta por una buena razón. Si Nash se entera...

—Me despediría. Lo sé. Si un sirviente se lo dice, perderé su buena opinión para siempre, y quizás eso sea lo mejor. —Sus labios se fruncieron y lo miró con un brillo calculador en los ojos —. Supongo que a los otros sirvientes se les ha prometido una generosa compensación para que callen sobre tu fiesta.

—Sí, se les pagará bien —admitió y luego frunció el ceño cuando ella sonrió. Sophie quería algo de él. Igual que todas las otras mujeres que había conocido—. El mayordomo les compensará justamente.

—Eso espero —dijo ella—. Entonces solo tienes que convencer al mayordomo de que es necesario que yo desempeñe un papel, y él convencerá a los demás de que guarden silencio. Mira, desafortunadamente no hay otra mujer con el conocimiento que yo poseo por aquí, así que ¿qué tienes que perder?

Él negó con la cabeza.

—Conocimientos puedes tener, pero tienes que cuidar de los niños.

—Y tú ahora tienes una hija también —le recordó ella.

—Tu seguridad es importante.

Sophie se rio, pero fue una risa triste. Amarga.

—Sé cómo protegerme de los canallas.

Jasper frunció los labios.

—Dime cómo adquiriste estos conocimientos que posees.

—Me hice amiga de una madame en Londres, y a través de esa amistad me familiaricé con el

funcionamiento interno de una casa de placer muy rentable. Mi amiga me ha enseñado bien y sé cómo manejar un entretenimiento para obtener el mejor resultado posible. Los juegos de azar te harán ganar algo de dinero, pero se necesita un esfuerzo concertado para ganar mucho, y eso solo es posible con una madame experimentada y cortesanas presentes que sepan cómo atraer y provocar. Podría presentártelas.

Jasper ajustó a la niña en sus brazos y se acercó a Sophie.

—Si fuera a seguir tu sugerencia para el próximo evento, debo saber más sobre esa conocida tuya antes de dejar que alguien ofrezca sus servicios dentro de Ravenswood.

—Nunca dentro de Ravenswood —le advirtió ella, luego señaló las ventanas—. Si no hay un lugar mejor disponible, un evento al aire libre en los terrenos sería una mejor opción, si el clima lo permite. Menos molestias y desgaste en las opulentas habitaciones y muebles del palacio. Creo que el tipo de hombres con los que te relacionas estarían satisfechos con una ubicación más rústica cerca de esta exquisita casa familiar.

Él puso su mano libre en la cadera.

—No puedo hacer eso. Mis invitados requieren ciertos lujos.

—No estoy sugiriendo privaciones totales. —Se frotó las manos, como si se estuviera entusiasmando con el tema—. La galería larga y los áticos del palacio están llenos de todo lo que necesitamos para crear una atmósfera de exceso exótico, un bazar, si quieres. Cojines de brocado y otras telas lujosas se encuentran fácilmente. Alfombras viejas que ya no se necesitan. Imagina un bosquecillo apartado salpicado de linternas colgando de los árboles, champán y hermosas mujeres que bailan, se balancean y cantan, acompañadas por músicos invisibles. Violín o fiddle, puedes decidir cuál con la madame.

—¿Cómo demonios pudiste imaginar tal escenario?

Sophie suspiró.

—Porque lo he visto hacer. Ayudé a vestir una escena justo como la que describí. Esa vez, por supuesto, fue un evento interior, un escenario temporal para una celebración de cumpleaños, pero los mismos principios se aplican para tus propósitos. En el entorno adecuado, con la variedad adecuada de compañeras, superarás tus propias expectativas. Créeme, los hombres pagarán generosamente por que la emoción continúe toda la noche.

—Describes una orgía. —Jasper no había imaginado que su sorpresa pudiera aumentar, y apretó a Isabelle protectoramente contra su pecho—. ¿Quién eres y qué has hecho con esa mujer recatada y desaprobadora que mi hermano nos impuso?

Sophie se encogió de hombros, pero una sonrisa tiraba de sus labios.

—Las primeras impresiones no siempre son precisas, milord. Todos guardamos algo de nosotros mismos en las conversaciones y usted nunca ha buscado mis opiniones antes. Tengo una visión mercenaria de las transacciones que ocurren entre hombres y mujeres durante la intimidad, gracias a mi experiencia del mundo. No soy una debutante atolondrada que cree en el amor o las buenas intenciones. Algo por algo es justo. Todos ganan de esta manera.

Jasper estaba desconcertado al descubrir que Sophie era una mujer que realmente podía entender. Incluso compartían opiniones similares. Sí, se podía ganar tanto dinero vendiendo sexo como apostando. Todo el mundo lo sabía, pero pocos hablaban de ello tan francamente. Sophie se estaba abriendo a él, compartiendo sus pensamientos con alguien con quien se sentía cómoda por fin. Dependía de él hacer uso de sus sugerencias o no. Pero estaba claro que ella esperaba que considerara algunas antes de su próxima fiesta.

El problema de su evento actual, sin embargo, aún requería cierta discusión. Sí, necesitaba ayuda. Pero ¿qué le costaría al final? ¿Y qué hay de la reputación de Sophie? Si Nash alguna vez

se enteraba de su participación, Nash no la querría entonces. Sería despedida sin duda, sin referencias. Sophie ya estaba en malos términos con el duque. Simplemente aún no se daba cuenta.

Tragó saliva. La solución a su problema podría poner en peligro su futuro empleo, y eso sería toda su culpa y su responsabilidad arreglarlo.

—Debería irme —susurró ella, y se volvió hacia la habitación de los niños, quizás ansiosa por olvidar sus problemas y sus besos. Jasper ciertamente no permitiría lo último por mucho tiempo. Reflexionó sobre el problema fundamental —cómo controlar una habitación llena de libertinos— y llegó a una realización rápida y sorprendente. Necesitaba a Sophie.

Jasper *podía* hacer esto solo, pero no *quería* hacerlo.

—Si sigo tu consejo, necesitaré tu ayuda y te pagaré bien por ello —Lord Jasper llamó suavemente—. Con Isabelle también. Algo por algo. Todos ganan. ¿Qué dices? ¿Socios?

Sophie lo miró y pareció confundida por su sugerencia.

—¿Socios?

—No podría ofrecerte menos dado que arriesgas tu posición para ayudarme —dijo él. Ella debería sentirse escandalosamente halagada por su oferta. Él era malvado, un libertino, pero no insensible o egoísta.

A Jasper rara vez le importaban las opiniones de los demás o su propia reputación. Pero de repente le importaba la de Sophie. Si ella perdía su puesto por ayudarlo, no la enviaría con las manos vacías. Tendría dinero de su propio bolsillo para mantenerse y una carta de recomendación suya, si es que eso le ayudaba en algo. Ahora era padre. Podría decir que ella había sido la institutriz de su hija y escribirle una brillante referencia de carácter.

Bajó la mirada hacia la niña y sonrió. —Si mi hermano llegara a despedirte, no olvides que Isabelle aún necesita una institutriz.

Sophie volvió a su lado. —No estoy segura de poder trabajar para usted.

—Podría prometerte una situación mucho más placentera conmigo si alguna vez lo desearas. Podrías organizar las cosas según tus propias reglas en lugar de las de mi hermano. Eso debe ser una tarea ardua. Sabes más sobre la crianza de un niño de lo que yo jamás podría, y seguramente me remitiría a tu opinión. Y cuando termines con la niña, siempre me tendrás a mí para pasar las noches.

Sus cejas se arquearon. —Qué libertino.

—Siempre un libertino —respondió él—. Pero tengo otras cualidades excelentes.

—¿Como cuáles? —preguntó Sophie mientras le hacía cosquillas en la mejilla a Isabelle.

—Lealtad —prometió con sinceridad—. Trataría muy bien a mi pareja, mi institutriz.

Ella tragó saliva y desvió la mirada, aparentemente nada acostumbrada al coqueteo o a la idea de un futuro con él.

—Podemos discutir esto con más detalle más tarde si quieres —dijo él.

—Después de la fiesta —susurró ella.

—Sí —prometió. El asunto de besarse podía esperar. De todos modos, Sophie no se iría a ninguna parte hasta que terminara la fiesta—. ¿Qué necesitas de mí? Supongo que pretendes comenzar de inmediato.

Sophie se humedeció los labios y luego encontró su mirada. —Necesito hablar con las damas que contrataste. Luego tienes que hablar con Seymour y los lacayos sobre por qué estoy allí. Necesitan entender que deben seguir las órdenes de la madame y no cuestionarme frente a los invitados.

—Puedo hacer eso —prometió. La miró de arriba abajo. La vestimenta de Sophie era

totalmente adecuada para la guardería, pero no para una escandalosa fiesta. No se parecía a ninguna madame que hubiera conocido. ¿Alguno de sus invitados creería que lo era?—. ¿Qué vas a ponerte para mi fiesta?

Su sonrisa estalló en su rostro. —Algo totalmente apropiado para presidir la perversión, te lo prometo. Aunque necesitaré un antifaz.

Él asintió, preguntándose si sería posible encontrar uno. La única ropa de mujer que había visto por ahí pertenecía a las que la llevaban puesta. —Puedo prestarte mi propio antifaz. Dudo que mi cuñada haya dejado muchas prendas cuando se fue.

—¿Lady Win?

—No, Lady Laura Sweet.

—Oh —dijo ella, haciendo una mueca—. No debería ponerme algo suyo. El tuyo tendrá que ser suficiente.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Muy bien, entonces. —Se detuvo un momento más—. ¿Estás segura de esto, Sophie?

—Me necesitas —afirmó—. Aquí, dame a Isabelle por hoy. Necesitas afeitarte y tienes responsabilidades con los invitados y la propiedad. Pídele a Seymour que me envíe a la doncella Kate a las tres en punto y puedo comenzar mis preparativos para la noche que se avecina.

Él asintió, ardiendo de curiosidad sobre lo que implicarían esos preparativos, pero le entregó a Isabelle con gusto, sabiendo que sería tratada tan bien que quizás nunca quisiera que él la recuperara. Pero *sí* recuperaría a la niña. Isabelle era su responsabilidad por ahora.

Jasper se inclinó hacia Sophie y le dio un suave beso en la mejilla. —Gracias.

Sophie lo miró un poco tímidamente desde debajo de sus pestañas. —Solo recuerda volver por la niña.

Él volvería por ambas.

Se despidió con la mano y se fue, primero al mayordomo para transmitir la petición de Sophie.

—Enviaré a alguien a la guardería a la hora señalada —prometió Seymour, pero no parecía feliz de involucrar a Sophie en la velada que se avecinaba. Ciertamente tampoco fingiendo ser una madame—. El Sr. Threadwell lo estaba buscando antes, mi lord. Sabiendo dónde podría estar, le sugerí que estaba en los establos.

—Bien. Sophie se ha llevado a la niña por hoy, así que estoy libre para retomar mis responsabilidades como anfitrión. Será mejor que vaya a ver qué quiere primero —decidió Jasper y se dirigió al exterior.

Los jardines estaban desiertos, pero el patio de los establos estaba lleno de mozos ejercitando a los animales.

—Buenos días, Threadwell —saludó mientras se unía a su amigo que admiraba los caballos del duque.

—Sweet —respondió Gulliver Threadwell, con los ojos fijos en el ganado en sus establos—. Este es un caballo castrado de aspecto excelente que tienes aquí. Uno de los mejores de tu padre.

—De mi hermano ahora —corrigió Jasper.

—Sí, por supuesto. Sabes, perdí bastantes libras apostando contra esta bestia la primavera pasada.

—Deberías haberlo sabido mejor —le reprendió Jasper, echando una mirada de paso al caballo. No estaba tan interesado en las carreras o en los caballos como su amigo. Threadwell estaba obsesionado.

Threadwell sonrió. —No quería que tu padre y tu primo George tuvieran razón sobre sus posibilidades de ganar en ese momento. Tu padre siempre era un imbécil insufrible cuando su caballo ganaba.

Jasper se apoyó en las barandillas. —Así era.

—Debe ser agradable —reflexionó Threadwell.

—¿Agradable?

—Estar aquí sin él. Ninguno de nosotros lo tuvo fácil con nuestra familia. —Threadwell se dio la vuelta, estudiando el palacio con los ojos entrecerrados—. Si yo hubiera heredado todo esto, habría quemado el palacio hasta los cimientos. Habría borrado de la faz de la Tierra la gloria suprema de mi terrible padre y habría empezado de nuevo.

Jasper miró a su amigo, sorprendido. —Afortunadamente para todos los interesados, ni tú ni yo heredaremos jamás las propiedades de nuestras familias.

—Sí, es una gran lástima —coincidió Threadwell, volviéndose para estudiar de nuevo el caballo de carreras y luego golpeó con el puño la barandilla—. Quiero este caballo.

—Te ruego me disculpes —dijo Jasper.

—El caballo. Quiero hacerlo correr, y he oído que tu hermano no tiene planes para la pista.

Eso no era de conocimiento común. Solo los miembros de la familia deberían haberlo sabido hasta ahora. —¿Dónde oíste eso?

—Tu primo George, por supuesto —se quejó Threadwell—. Estaba contaminando la propiedad de mi familia la última vez que estuve en casa. Sin su esposa. ¿Sabes que lo dejó?

Jasper se encogió de hombros. —Había oído algo al respecto, pero no sabía adónde se había escabullido.

Threadwell frunció los labios. —Pon una buena palabra por mí con Ravenswood. No soy mi hermano. Dile que pagaré el doble por la bestia —murmuró—. Quiero ver las caras de mi hermano y de George cuando se enteren de que el animal es mío.

—¿Por qué le importaría a tu hermano que seas dueño del caballo del duque?

—Mi hermano había estado usando a George para susurrarle al oído al duque durante años —advirtió Threadwell—. Y George no tiene reparos en difundir malas noticias sobre tu hermano para causarle problemas. Mantenlo a distancia.

—Siempre lo hacemos. —Jasper hizo una mueca—. Me encantaría transmitir tu interés a mi hermano si alguna vez se supiera que estuviste aquí. Mi fiesta no le agradaría.

—Dile que me detuve una hora, de camino de regreso de donde mi amante pasaba su confinamiento. —Threadwell sonrió—. Por cierto, me ha dado un hijo.

Jasper tomó aire. —No sabía que estaba embarazada.

—Es nuestro tercero. Pero sabes que es lo más extraño. Después de unos días con este nuevo, juro que aún puedo oírlo llorar a todas horas, incluso desde esta distancia.

Jasper tragó saliva. Los llantos de Isabelle llegaban más lejos de lo que jamás había imaginado. Al menos Threadwell pensaba que era solo un recuerdo. Quizás sería mejor que la niña durmiera en la guardería con los otros dos a partir de ahora. Pero eso significaba que la institutriz siempre cuidaría de Isabelle, y Sophie podría no estar de acuerdo con eso. Sin embargo, para eso estaba la guardería: para los niños y quienes los cuidaban. Supuso que eso lo incluía a él ahora también. ¿Le importaría a Sophie si pasaba las noches en esa parte de la casa con ella?

Probablemente no. Se rio y miró a Threadwell de nuevo. —¿Tienes tres hijos?

—Sí —dijo con un encogimiento de hombros despreocupado—. Ilegítimos, pero les tengo cariño.

—¿Por qué nunca te casaste con ella? —Jasper había conocido a la amante de Threadwell y le agradaba. Era elegante, ingeniosa y poco exigente.

—Aún podría heredar —sugirió Threadwell con una sonrisa tensa—. Necesitaré una novia rica entonces para desenredar el daño que mi hermano ha hecho.

—Solo si tu hermano muere —señaló Jasper.

—Sí, y creo que mis posibilidades de que eso suceda mejoran cada año. —Threadwell se irguió—. Es imprudente, bebe en exceso. Su esposa no comparte su lecho, así que nunca tendrá un hijo o heredero con ella.

—Todavía hay otro hermano antes que tú en la sucesión, no lo olvides —dijo Jasper.

—Ese idiota torpe nos arruinaría por completo en un mes —se quejó Threadwell—. Nunca podría permitir que heredara. Hay formas de asegurarse de que nunca lo haga.

Jasper retrocedió, sobresaltado. —Te sugiero que no digas eso en voz alta a nadie más que a mí.

—Estoy seguro de que has pensado lo mismo sobre tus hermanos. —Threadwell sacó una petaca de su bolsillo y bebió—. Te han tratado tan mal como los míos me han tratado a mí.

—Mi padre fue mucho peor —dijo Jasper, rechazando la petaca cuando se la ofreció—. No hay nada que mis hermanos tengan que yo pueda desear tanto como para cometer un asesinato para conseguirlo.

Threadwell sonrió y tomó otro largo trago. —Entonces eres un hombre mejor que yo, amigo mío.

Jasper inventó una excusa para alejarse de Threadwell antes de escuchar algo más que pudiera incriminarlo más adelante.

Jasper miró hacia Ravenswood. No deseaba esta propiedad de la manera que Threadwell había sugerido que podría. Jasper quería... algo más de lo que tenía ahora, aunque, desafortunadamente, aún no sabía qué podría ser ese *más*.

Pero cuando revelara la existencia de la niña a sus hermanos, las cosas tendrían que cambiar. Puede que el duque no quisiera que él o Isabelle se quedaran en Ravenswood, y ella no podía mantenerse en secreto para siempre. Quería que estuviera bien provista también.

Isabelle era otra razón por la que necesitaba dinero. Necesitaría suficiente para su dote, para que pudiera hacer un buen matrimonio algún día cuando fuera lo suficientemente mayor. Necesitaría educación y amor y... bueno, mucho más de lo que jamás había imaginado pensar. Tendría que preguntarle a Sophie qué podría ser todo eso.

Más tarde.

Cuando pudiera encontrarlos a solas de nuevo.

CAPÍTULO DIEZ

Sophie se inclinó hacia la criada. —¿Tiene usted alguna pregunta?

La criada Kate negó con la cabeza. —No, señora Radcliffe.

—Excelente.

Sophie salió de la habitación infantil y se apresuró hacia su propia alcoba. En las últimas horas, había realizado varias breves excursiones por los pisos superiores y el ático de Ravenswood y había descubierto una notable colección de objetos dispares. Tenía un tocado de plumas que creía que era de cisnes. No había encontrado una máscara de mujer, pero sí había hallado un trozo de encaje negro de luto que podía colocar sobre su rostro para usar como velo, lo cual le quedaba mejor que la máscara de Lord Jasper.

Sophie ya tenía todo lo que necesitaba. La semana pasada, mientras estaba confinada en el piso superior, Sophie había tropezado con un hermoso vestido que había sido olvidado por una invitada anterior. Un vestido rojo, tan transparente que casi resultaba indecente, colgaba olvidado de una percha dentro de una habitación de invitados sin usar. Era poco probable que alguien volviera a recogerlo pronto.

El vestido era suave al tacto, con los lazos de seda acariciando su piel. La última vez que Sophie había llevado un vestido de esta calidad excepcional fue en el Baile de Máscaras de la Casa de Placer de los Jardines Violeta. Madame Clover había insistido en que se vistiera como una dama del establecimiento para mezclarse, si es que no podía evitar ser vista por los invitados.

Esta era, sin duda, una ocasión en la que se necesitaba un vestido así, pero no había nadie más que ella con las cualificaciones necesarias para vigilar a esas pobres mujeres contratadas. Sophie no podía aparecer abajo con su ropa de institutriz o su ropa de dormir otra vez.

Entró en su habitación y cerró la puerta con llave. Estaba emocionada y no podía evitar sonreír. Tomó el vestido del gancho detrás de su puerta, donde lo había colgado horas antes, y se dirigió a su pequeño espejo. Sostuvo el vestido frente a ella y admiró el color contra su piel y lo poco que podía ver de sí misma. Con el pelo bien arreglado, podría parecer que pertenecía allí. Con un poco de cooperación e instrucción, Sophie también podría ayudar a esas pobres mujeres a manejar mejor a sus pretendientes.

No había necesidad de que lidiaran solas con un hombre amoroso que quisiera sus favores con demasiada frecuencia. Tampoco deberían andar deambulando por ahí donde cualquier cosa podría pasarles en la oscuridad. Caer por la balaustrada de la escalera o incendiarse por descuido podría evitarse bajo su atenta mirada.

Sophie arrojó el vestido sobre su estrecha cama y luego se desnudó hasta quedar en ropa interior sencilla y sensata. Desafortunadamente, tendría que prescindir de la mayoría de ella para

llevar esto a cabo. Sophie se vistió de nuevo, consciente de que las festividades estaban a punto de comenzar. Los caballeros estaban cenando en ese momento. No se requería que las damas se unieran a ellos. Tampoco habían cenado juntos la noche anterior. Debían esperar su llegada y su pequeña charla. Sophie esperaba que todo saliera bien, dado que no tenían razón para seguir sus sugerencias, que eran solo para su protección.

Una vez abotonado el vestido, se soltó el pelo de las horquillas que lo habían sujetado todo el día. Cepilló los largos mechones, los retorció y los dejó caer sobre un hombro.

Luego se dirigió al espejo. Siempre había guardado cosméticos, un regalo de su tiempo con Madame Clover. Aunque las cremas y los polvos ya estaban viejos, fue cuestión de un momento hacerlos utilizables de nuevo. Se dio toques en la cara con un polvo y luego se quitó la mayor parte. Se aplicó colorete en las mejillas con moderación y se puso kohl oscuro alrededor de los ojos, así como un poco más en las cejas. Y luego se apartó para considerar su aspecto cambiado.

Todavía parecía ella misma.

Sophie tomó el trozo de encaje negro y lo cosió a una diadema. Usó alfileres y un peine para sujetar el encaje sobre su rostro. Finalmente satisfecha, asintió a su reflejo en el espejo.

Sophie se había convertido en alguien que hacía girar las cabezas, era escuchada y tal vez ganara un poco más de aprobación de Lord Jasper. Él pensaba que ella desaprobaba que alguien se divirtiera, y ese no era el caso en absoluto. Desde que se convirtió en institutriz, había trabajado duro para presentar una imagen respetable. Disfrutaba mucho cuidando niños y había deseado mantener su puesto con Lord Nash. Pero también era una mujer con un entendimiento del mundo escandaloso.

Lord Jasper estaba a punto de llevarse la segunda sorpresa de su vida en lo que a ella respectaba.

La primera había sido, por supuesto, el momento en que de alguna manera lo había excitado. Eso también la había sorprendido a ella, pero no lo suficiente como para terminar el encuentro antes de haber ganado una pequeña victoria sobre él. Casi había intentado mantenerla allí con él, sospechaba. Sophie no lo habría permitido. Ahora sabía cómo defenderse de la persistencia de los avances no deseados de los libertinos, si fuera necesario.

Podría ser institutriz, pero toda mujer quería pruebas de que, sin importar su edad, aún podían hacer girar la cabeza de un hombre, aunque nunca pensaran que querrían hacerlo de nuevo. Sophie quería tener la oportunidad de cambiar la baja opinión que Lord Jasper tenía de ella. No era solo una institutriz sosa. Sophie podía ser tan cautivadora como cualquier otra dama que él pudiera conocer.

Simplemente nunca haría nada con esos pensamientos o sentimientos no deseados. Siempre la metían en problemas.

Sophie recogió un elegante bolso de cuentas que también había encontrado, de un tamaño perfecto para llevar dinero, y salió apresuradamente de su habitación.

En lo alto de las escaleras, se detuvo para mirar hacia abajo, con el estómago apretado por la tensión. Pero estaba comprometida, y Jasper la esperaba. La necesitaba de una manera que nadie más lo había hecho en mucho tiempo. No podía decepcionarlo ahora ni abandonar a esas chicas.

Empezó a bajar. Apenas ninguno de los invitados podría haberla visto antes de esta noche. Tendría que tener cuidado con eso en el futuro también. Le estaban pagando para fingir ser una madame, aunque no se había especificado ninguna cantidad. Lord Jasper no necesitaba pagarle por esto, pero obviamente calmaba su conciencia ofrecer una compensación. Si la despedían por esto, tal vez él se sentiría mal al respecto más tarde. Ella también tenía que pensar en su futuro. El suyo no era ser institutriz para siempre.

Con demasiada frecuencia pensaba en volver a Londres, a sus amigos escandalosos y a un estilo de vida menos restringido. Echaba de menos su antigua vida, la que había adoptado después de su ruina. Conocer a Madame Clover le había abierto los ojos a una gran cantidad de posibilidades y nuevas experiencias emocionantes. Mudarse al campo, incluso a una gran finca como esta, había sido enormemente decepcionante. No era en absoluto la vida idílica que Lord Nash le había descrito.

También estaba la preocupación de que Lord Nash hubiera desarrollado sentimientos por ella que ella no compartía ni podría compartir nunca.

El dinero extra que Jasper ofrecía podría ser muy útil en sus manos si alguna vez se quedaba sin este puesto. Y siempre estaba Isabelle. A Sophie no le importaría ayudar a Jasper a cuidar de la niña por un tiempo, aunque no se lo haría saber todavía. Estaba demasiado acostumbrado a salirse con la suya. Isabelle era una dulzura, después de todo. Apenas daba más problemas que sus actuales pupilos.

Considerándolo todo, ¿qué daño podría hacer ayudar a este libertino en particular? Al menos Lord Jasper era honesto sobre su naturaleza, sus intereses, mientras que otro no había sido tan franco. No pretendía ser algo diferente a lo que era, a diferencia de algunos que podría nombrar.

Simplemente tendría que ignorar esa vocecita en su cabeza que sugería que era demasiado apuesto y besable.

Sophie bajó las escaleras sin cruzarse con nadie y se alejó del comedor donde podía oír las voces de los invitados de Lord Jasper. Ellos no eran su preocupación todavía.

Las damas habían sido confinadas en la sala de estar cercana, y ella entró sin llamar. Seis bocas dejaron de hablar inmediatamente, y seis pares de ojos la miraron de arriba abajo con profunda sospecha.

Solo una mujer se levantó y se acercó. La mujer de la escalera de anoche. La que había ayudado a bajar a su caballero de forma segura. Se acercó a Sophie, descarada como el latón, claramente la líder de su pequeño grupo. —¿Es usted la madame?

—Sí.

La mujer se rio. —Le dijimos que no necesitamos una madame que se quede con nuestro dinero mientras hacemos todo el trabajo duro, ¿verdad, señoras?

Sophie le guiñó un ojo. —No estoy aquí por su dinero. Estoy aquí por *ustedes*. Para protegerlas.

La mujer frunció el ceño, volviendo a su asiento, y las otras damas parecían igual de confundidas. Notó que una de ellas lucía una mejilla morada y fue a examinar la lesión. —Uno de los invitados le hizo eso anoche.

La mujer se apartó. —No es nada.

—No es nada. —Sophie capturó suavemente el rostro de la mujer otra vez para ver si también estaba magullada del otro lado. Se sintió aliviada al ver que su otra mejilla estaba libre de cualquier lesión—. Un poco de cosmético ocultará esa marca, pero recuerda: lo que permites es lo que continuará. —Se dirigió a la sala—. ¿Alguno de los hombres les dio problemas anoche?

—Por supuesto que sí —le informó la primera mujer.

Sophie fijó su mirada en ella. —¿Puedo saber su nombre?

—Es Giselle —le dijo a Sophie con aire de suficiencia.

—¿Es ese su verdadero nombre?

—Claro que lo es —alardeó.

—Nunca uses tu verdadero nombre con ninguno de tus compañeros de baile —advirtió Sophie—. Siempre cámbialo.

—No es un baile lo que estamos haciendo con ellos —murmuró otra, y risas procaces siguieron a sus palabras.

—No me refiero solo al acto del amor, sino al comienzo del encuentro y también a las consecuencias. —Señaló la puerta e hizo una mueca—. Estos hombres son ricos, poderosos, pero quieren algo de ustedes. Eso significa que tienen poder sobre ellos.

Giselle entrecerró los ojos. —¿Cuál es su nombre?

—Regina, de la Casa de Placer Jardines Violeta.

Giselle se puso de pie de repente. —Oiga, he oído hablar de ese lugar en Londres. De clase. Pero ¿qué está haciendo aquí con nosotras?

—Madame Clover tiene amigos en todas partes. Me envió a conocerlas. Si quieren ganar más dinero con estos supuestos caballeros, les sugiero que escuchen lo que tengo que decir y mantengan la mente abierta. Pueden hacerlo mejor si trabajamos juntas. —Señaló a la mujer herida—. No quiero ver más moretones de *nada* en los rostros de nadie mañana por la mañana.

—¿Qué quiere que hagamos?

Sophie sonrió. —Reúnanse y se los explicaré.

Durante la siguiente media hora, les explicó cómo funcionaban las cosas en la casa de placer de Madame Clover. Cómo las damas se movían constantemente de un hombre a otro, limitando las oportunidades de ser manoseadas. Cómo eso llevaba a los hombres a competir por sus favores. Cómo también aumentaba su precio.

Giselle captó rápidamente, y las demás siguieron ansiosamente su ejemplo.

—Ahora, en cuanto a la manera de su presentación esta noche.

Las manos de Giselle volaron a su rostro. —¿Qué tiene de malo cómo nos vemos?

—No me refiero a su apariencia, aunque se preferiría menos colorete en todas sus mejillas. —Contó nuevamente el número de damas en la sala y miró el reloj. Era casi hora de unirse a los caballeros—. No hay necesidad de que salgan todas juntas como cerdos al matadero. Un par de ustedes se quedará atrás.

—Entonces las otras se llevarán todo el dinero —se quejó una mujer mayor.

—El dinero viene a mí para repartirlo entre todas ustedes aquí al final de la noche —prometió.

—Sabía que iba tras nuestro dinero —advirtió Giselle.

—Un reparto equitativo. —Sophie levantó su muñeca—. Todo va aquí. Tendrán las manos ocupadas con los caballeros. No queremos que ellos les roben el dinero cuando estén distraídas, ¿verdad?

Hubo un acuerdo entusiasta ante eso.

—Ese gordo me hizo eso anoche —se quejó amargamente una chica—. Me robó un penique y no me lo devolvió a menos que lo besara de nuevo.

—Otra razón para hacer uso de mí —dijo Sophie sacudiendo la cabeza—. Y eso me lleva a otro punto: nadie toma un penique de ningún hombre que no se haya ganado. Todo pasa por mí para ser compartido —advirtió—. Entonces, tenemos a un hombre que usó sus puños, otro que escatima por servicios prestados. ¿Hay otros caballeros problemáticos que las demás deban conocer?

Nadie ofreció nada más, y Sophie asintió.

—Si se encuentran en una situación desagradable y necesitan ayuda, háganme una señal a mí o entre ustedes.

—¿Cómo vamos a hacer eso? ¿Gritar que me está pellizcando el trasero demasiado fuerte?

Sophie se rio junto con todas ellas. —Nada tan obvio. Simplemente hagan esto. —Estiró un

brazo hacia arriba, luego bajó la mano lentamente hasta la nuca.

—Caramba, eso apenas es una señal de angustia —dijo Giselle, y luego imitó su movimiento —. Les dará hambre por nuestras tetas.

Sophie volvió a reír. —Una distracción para él y una señal para cualquiera de nosotras para venir a rescatarte. Las damas de Madame Clover lo usan todo el tiempo. Distraer, retirarse y volver a provocar.

Giselle ahora asentía con entusiasmo. —Así lo haremos. ¿Qué dicen, señoras? ¿Lo intentamos a su manera esta noche?

Por fin hubo un coro de acuerdo en toda la sala.

Sophie suspiró aliviada. —Ahora una última cosa, no más de tres hombres cada una esta noche.

—¿Solo tres?

—O menos. Los caballeros tuvieron una generosa muestra de ustedes anoche. Esta noche, pagarán caro por sus placeres —juró Sophie—. Les prometo que si me dejan hablar sobre sus tarifas, los ingresos combinados se repartirán equitativamente entre todas ustedes por la mañana, y podrán irse menos agotadas que anoche.

—¿Y si no quieren pagar más? —preguntó Giselle, mordiéndose el labio otra vez.

—Envíemelos a mí, y si realmente los quiere, el caballero tendrá que convencerme para que acepte un pago menor. Créame, no me dejo persuadir fácilmente por un hombre que llora pobreza.

—¡Cielos, Madam Regina! —exclamó Giselle—. Tiene usted un corazón duro y eso es necesario en nuestro oficio. Me encantaría ir a Londres y ser una prostituta en la casa de placer de Madam Clover si usted también estuviera allí.

Sophie asintió. Giselle ciertamente tenía la ambición y la mentalidad para tener un futuro con Madam Clover si quería hacer algo más de sí misma.

—Por favor, decidan entre ustedes quién se quedará atrás al principio. Cambiaremos a todas cada hora.

—¿Usted también va a entretener a los caballeros? —preguntó una joven, acercándose a su lado—. Apuesto a que Lord Jasper tiene sus ojos puestos en usted.

—Probablemente ya se lo ha llevado a la cama —se quejó la mujer mayor—. Son unos demonios, esos caballeros Sweet.

Las mujeres se rieron y la miraron esperando una respuesta. Sophie respiró hondo y, en lugar de contestar a esa pregunta, memorizó los nombres para asociarlos con sus caras.

—Circularé por la sala y las vigilaré toda la noche.

Se oyó un golpe en la puerta.

—¿Le apetece unirse a nosotros?

Jasper.

—Ya voy, mi lord —respondió y se volvió hacia la sala de nuevo—. Señoras, es la hora. ¿Nos unimos a los caballeros?

—Yo digo que los hagamos esperar unos minutos más —decidió Giselle—. Aumentará su anticipación y me gusta tener la ventaja por una vez.

Las damas estuvieron de acuerdo con ella en eso y se arreglaron antes de formar parejas. A la señal de Giselle, salieron por la puerta delante de ella.

Las damas que se quedaron atrás se movieron para rodear a Sophie antes de que pudiera partir.

—¿Qué haremos nosotras, señora?

—Descansen los pies y duerman si pueden —les dijo—. Va a ser otra noche larga para todas ustedes.

Sophie se dirigió a la puerta y la cerró guiñándoles un ojo a las otras damas, lo que las hizo reír.

Jasper estaba esperando.

—¿Sophie?

—Madam Regina esta noche —le advirtió.

—¿Tu segundo nombre?

Le sorprendió que lo supiera, pero asintió.

—¿Me veo lo suficientemente diferente para mi nuevo papel?

Él tragó saliva.

—Te ves lo suficientemente bien como para desnudarte y nunca antes había pensado eso de ti.

—Me lo tomaré como un cumplido —murmuró ella, complacida con su reacción. Había estado vistiendo el papel de institutriz durante tanto tiempo que era un alivio vestirse así de nuevo.

—Definitivamente deberías hacerlo —dijo él, tirando de su corbatín para aflojarlo—. Threadwell, vete. Ella no es para ti.

Sophie se giró y se encontró frente a una pared de pecho masculino y levantó la mirada lentamente hacia los ojos conocedores de un libertino.

—Pero estoy aquí para quitarte de las manos a esta criatura encantadora —dijo Threadwell, extendiéndole la mano—. No te importa, ¿verdad?

—Me importa —advirtió Jasper, con un tono bajo y profundo. Posesivo. Sophie se estremeció. Miró la mano de Threadwell y luego a Jasper—. ¿Nos presentarías?

—Sophie, permíteme presentarte al Sr. Threadwell. Un viejo amigo. Muy viejo, de hecho.

El hombre ignoró la burla de Jasper sobre su avanzada edad, aunque no parecía mucho mayor que Jasper, y besó el dorso de su mano cuando ella se la ofreció.

—Mi querida, ¿puedo ofrecerle una copa del mejor jerez de Ravenswood?

—En otra ocasión, quizás —murmuró ella—. Es imperativo que continúe hablando con Lord Jasper ahora mismo. Estoy segura de que lo entiende.

—Hasta más tarde, entonces —dijo Threadwell, besando su mano de nuevo y dejando que sus dedos se deslizaran lentamente por su palma antes de retirarse hacia donde las otras damas estaban haciendo los honores.

Ella miró a Jasper y se rio.

—¿Tienes algún amigo que *no* sea un libertino?

—Probablemente no —advirtió en voz baja, bajando la mirada brevemente hacia sus pechos —. Tal vez esta fue una mala idea.

Sophie enlazó su brazo con el de él.

—Tonterías. Estoy alerta a todos los trucos que usa un libertino para encantar a una dama y llevarla a su cama. Son obvios, después de todo.

—¿Qué trucos?

—Las yemas de los dedos haciendo cosquillas en mi palma —dijo ella, pero Jasper parecía desconcertado—. Oh, ¿no usas ese? Déjame mostrártelo.

Alcanzó su mano como lo había hecho Threadwell y deslizó lentamente sus dedos por su palma.

La columna de Jasper se enderezó y se volvió para mirar con furia la forma que se alejaba de

Threadwell.

—¡Que el diablo lo lleve! Estaba intentando seducirte justo delante de mis ojos y él ya tiene una amante.

—Es un libertino. La seducción es todo en lo que ustedes piensan.

—Cierto, pero mañana, tú y yo vamos a discutir qué otros *trucos* han usado los libertinos contigo —advirtió Jasper, convirtiéndose por un momento en su protector y potencial defensor.

—¿Por qué?

—Para no intentarlos yo mismo contigo —dijo con una suave risa—. No caerás en ninguno de ellos, así que bien puedo no molestarme.

Sophie se rio, ya atrapada en la emoción de la noche.

—Me gustas más ahora, ¿sabes?

—Y tú también me gustas, y el vestido también —dijo él, bajando los ojos hacia sus pechos de nuevo—. No me gustaría nada más que quitártelo con los dientes ahora mismo, pero tenemos invitados que entretener.

—En efecto, los tenemos —murmuró Sophie, luchando contra un sonrojo mientras Jasper la conducía más adentro del salón con una mano firmemente colocada en la parte baja de su espalda. Miró alrededor de la habitación, notando los cambios—. La silla ha desaparecido.

—¿Qué silla?

—La silla por la que discutimos la última vez que estuvimos juntos en esta habitación. Tu silla favorita.

—Se dañó anoche —dijo él con amargura.

Ella suspiró.

—Extrañaré esa silla.

—Cuando la reparen, puedes sentarte en *mi* regazo en lugar de yo en el tuyo —ofreció, y luego comenzó el largo proceso de presentarla como la madama a todos.

Se separaron poco después y durante las siguientes horas, Sophie recaudó los pagos, acompañó a las parejas hacia y desde las habitaciones para hacer el amor, y se aseguró de que las mujeres, si no satisfechas, estuvieran bien después.

El invitado más corpulento regateó acaloradamente por el privilegio de acostarse con la prostituta más joven, pero era evidente que ella no estaba a favor de la unión. Sabiendo que él sería más problema del que podía manejar sola, Sophie se estiró y se frotó la parte posterior del cuello.

El hombre miraba fijamente los pechos de Sophie mientras Giselle se acercaba suavemente a su otro lado y le besaba la mejilla. Sophie envió a la joven a descansar con un discreto movimiento de mano sin que el individuo se diera cuenta de que lo había hecho. Giselle se estiró mientras él también le miraba los pechos, y Sophie pudo escabullirse de la pareja, sabiendo que pronto sería reemplazada por otra dama. El tipo estaba en manos expertas. Giselle sabía cómo llevar bien su negocio.

Sophie se dirigió a la mesa de juego para ver cómo le iba a Lord Jasper. Parecía haber ganado más veces que perdido. De hecho, su partida parecía estar cerca de concluir.

Se inclinó audazmente sobre su hombro y tomó una moneda del centro de la mesa para admirarla, a pesar de las protestas de algunos. Luego, con la misma despreocupación, dejó que se deslizara de sus dedos de vuelta a su lugar en la superficie de la mesa.

Sin embargo, al inclinarse sobre la mesa de esa manera, había ofrecido a los oponentes de Jasper una vista de sus pechos también. Esos hombres ahora seguían sus movimientos alrededor de la mesa, y ella dejó que sus dedos se arrastraran sobre sus hombros mientras daba la vuelta.

Madam Clover solía hacer eso a menudo cuando se necesitaba una distracción durante acaloradas partidas de azar. Era una forma de calmar los ánimos. Se detuvo detrás de Jasper, apoyando brevemente su mano en su hombro, y luego se alejó, contoneando sus caderas más de lo que normalmente haría al dejar la mesa atrás.

Era como estar de vuelta en Londres, y sin embargo, nunca había sido lo suficientemente valiente para hacer todo lo que había hecho esta noche en la casa de placer. Pero lo había hecho por Jasper. Un libertino que le hacía olvidar al anterior. No entendía cómo eso podía ser bueno para su corazón. Por ahora, tenía un papel que desempeñar para hacer que su velada fuera el éxito que debía ser.

Alguien le agarró la mano, y cuando miró, era Jasper a su lado de nuevo. De repente, él frunció el ceño.

—Vuelve a inclinarte sobre mi hombro así y provocarás un motín.

—¿Pero ganaste?

Él asintió.

—Sí, pero habría preferido tener la vista que los demás disfrutaron. Nunca he visto a mis amigos tan instantáneamente embelesados. ¿Qué llevas puesto debajo?

Ella lo miró y batió sus pestañas.

—Nada en absoluto, mi lord.

Su brazo rodeó su cintura inmediatamente, y la sujetó con fuerza contra su costado.

—No deberías haberme dicho eso, señora. No puedo dejarte deambular sola ahora. Nos quedaremos juntos esta noche, socia, hasta el amanecer.

Ella no pudo escapar de la oleada de placer que la invadió ante su promesa. A ella también le gustaría pasar la velada sin hacer otra cosa más que estar con él.

CAPÍTULO ONCE

Jasper contemplaba la belleza de la finca del Palacio Ravenswood, sintiendo una sensación de orgullo. Su padre podría haber acumulado deudas por todas partes, pero nunca había escatimado en la finca ni en el ganado. Por supuesto, aún podía ver fácilmente docenas de mejoras que podrían hacerse. Se hizo una nota mental para anotarlas más tarde, algo que había estado planeando hacer durante días, pero claro, la fiesta y la llegada del niño habían puesto su vida en completo caos, y Sophie también, de cierta manera.

El niño era más problemático, por supuesto. Por más que lo intentaba, aún no podía imaginarse a una dama de su íntima relación ocultándole un evento tan importante. Deberían habérselo dicho, insinuado un matrimonio entre ellos o, al menos, haberle pedido apoyo financiero.

En lo último, no habría escatimado. No era insensible. Asumía sus errores y le gustaban lo suficiente los hijos de su hermano como para querer algunos propios. Pero el matrimonio habría sido un asunto completamente diferente.

Jasper tenía muchos defectos como hombre; era el tercer hermano y, como Sophie se había apresurado a señalar, un orgulloso libertino. No era el primer soltero en quien pensaba una dama respetable para casarse.

Acarició el cuello de su caballo mientras este pisoteaba impaciente por continuar con el recorrido de la propiedad. Jasper también estaba impaciente. Pero estaba preocupado por el cariz que habían tomado sus pensamientos desde la noche anterior como para querer algo de tiempo a solas. La posesividad que sentía cuando estaba cerca de Sophie era inesperada y perturbadora. Quería más. Siempre lo había querido, pero el *qué* se le había escapado... hasta ahora.

Hizo girar a su caballo y comenzó el regreso hacia el distante palacio, hacia un niño que podría ser suyo y la institutriz con quien ahora parecía ansiar más conversación. La institutriz se había reinventado en el espacio de un día y ya no había vuelta atrás. Le gustaba mucho Sophie, mucho más de lo que jamás habría esperado.

No sabía qué hacer con Sophie.

Era como él en tantas formas, pero mejor ocultando su experiencia desencantada del mundo.

Un destello de movimiento entre los árboles llamó su atención. Hizo girar a su caballo y llevó la mano hacia la pistola que llevaba atada a la pierna por si fuera necesaria. No debería haber nadie merodeando por los árboles. Los cazadores furtivos no eran inauditos en la finca, y se encargaría de cualquier intruso si fuera necesario. Tan lejos del camino principal, de los jardines del palacio, indicaba que podría estar en marcha una incursión sigilosa.

Para su sorpresa, un jinete con una capa negra como la tinta emergió de entre los árboles,

seguido por un hombre a caballo. Jasper entrecerró los ojos hacia la pareja, reconociendo que la primera era una mujer montando a mujeriegas. Sin embargo, no había nada furtivo en su aproximación, y Jasper espoleó su caballo al galope para alcanzarlos.

—Esta es propiedad privada.

La mujer alzó la barbilla, revelándole todo su rostro.

—Soy muy consciente de ello, Jasper. ¿Piensas dispararme por allanamiento?

—Por supuesto que no —se apresuró a prometer, sabiendo perfectamente lo estúpido que debía parecer por no haberla reconocido de inmediato—. ¿Hermana?

Lady Laura Sweet inclinó la cabeza.

—Mi señor.

Jasper acercó su caballo al de ella y extendió la mano, esperando tocar sus dedos para confirmar que Laura había vuelto al fin. Sin embargo, ella no se molestó en levantar la mano de las riendas, y él dejó caer la suya después de un momento.

—Apenas puedo creer lo que ven mis ojos, pero eres tú.

—Te agradecería que me dijeras dónde está mi esposo.

Jasper frunció el ceño ante la pregunta y el tono gélido de su voz.

—Es bueno verte de nuevo, y con tan buen aspecto.

—No gracias a tu familia —dijo con amargura—. Dime dónde está.

Jasper y Laura se habían llevado razonablemente bien antes de su partida del seno familiar. Claramente, ya no le tenía aprecio. Él había hecho lo poco que pudo para protegerla, pero por supuesto, su padre había despreciado la presencia de Laura al final y quiso enviarla lejos casi tan pronto como nació el segundo hijo de Nash. Ella se había quedado solo el tiempo suficiente para amamantar al pequeño Liam durante sus primeros meses de vida y luego se había escabullido una mañana temprano, sin dejar rastro.

—Está fuera con Algernon. ¿Sabes que padre murió?

—Por supuesto —dijo, señalando su ropa oscura. Pero sus ojos aún recorrían el claro—. ¿Cuándo regresará Nash?

—Oh, cualquier día de estos —mintió, y el agarre de Laura en las riendas se tensó ligeramente. Definitivamente había algo furtivo en la visita de Laura a la finca que a Jasper no le gustaba. Lo sentía en la forma en que se sentaba en su silla de montar. Lista para emprender el vuelo—. Entonces, ¿has vuelto a casa?

—No.

—Tu esposo te echa de menos.

—Nash tiene mi dinero, mis hijos, y eso es todo lo que siempre ha querido de mí —Una sonrisa amarga curvó las comisuras de su boca—. Ha encontrado otros consuelos, de todos modos.

Jasper retrocedió sorprendido. ¿Cómo podía saber ella lo que Nash estaba haciendo? ¿Había espiado a su marido?

—Te han engañado —aseguró Jasper—. Te ha sido fiel.

—No, no lo ha sido.

Jasper parpadeó.

—¿Por qué pensarías eso?

—Créeme, lo sé todo sobre su aventura secreta en Londres.

Nash y Laura se habían casado jóvenes y, hasta hace poco, Jasper nunca había dudado de la fidelidad de Nash hacia Laura. El coqueteo con Sophie, si es que era cierto, sería olvidado ahora que Laura había vuelto.

—Entonces enfréntalo por el asunto. No dejes que se salga con la suya.

Ella lo miró de reojo.

—Pensé que estarías de su lado en esto.

Jasper negó con la cabeza.

—El comportamiento de mi hermano siempre me ha desconcertado en el mejor de los casos. Pero cuando se trata de ti, no puedo comprender cómo te dejó escapar de entre sus dedos.

—Yo no me *escapé* a ninguna parte, Jasper. Huí —Ajustó su agarre en las riendas—. Deseo ver a mis hijos.

—Por supuesto, no te impediré el paso al palacio.

—Quiero que me los traigas aquí.

—No puedo hacer eso, pero por favor, entra —Y entonces recordó que tenía invitados que verían a Laura y cotillearían sobre su regreso. Tendría que arriesgarse—. Toma el té con nosotros cómodamente. Ravenswood sigue siendo tu hogar.

—Nunca lo fue. Tráelos aquí y sin la institutriz —exigió Laura.

Jasper se quedó boquiabierto.

—Ella nunca lo aceptará. Sophie está dedicada a esos niños, y rara vez están fuera de su vista por mucho tiempo.

—La niñera que dejé atrás también estaba dedicada a ellos —espetó Laura—. Delphine era más que capaz de cuidar a los niños en mi ausencia. Pero tan pronto como me aparté del camino, su padre descartó a una mujer leal y Nash la reemplazó con su vulgar amante.

Jasper se sorprendió por su acusación contra Sophie. —Delphine ya no podía subir las escaleras ni seguirles el ritmo. Se le dio una generosa pensión para que fuera a vivir con su hermana. Sophie es un reemplazo competente.

—¿Cuán ingenuo cree que soy? ¿Piensa que no sé que Nash conoció a la actual institutriz en un burdel?

El caballo de Jasper percibió su inquietud al escuchar esa información sobre el pasado de Sophie y se inquietó bajo él. Calmó rápidamente al caballo, pero estaba desconcertado por su cuñada. Sus acusaciones sobre Nash conociendo a Sophie en un burdel, pero ¿cómo podía saberlo cuando él acababa de enterarse? —Sophie Radcliffe está muy lejos de ser una mujer ligera.

—Así que, ¿todavía te oculta secretos? —murmuró Laura—. Pobre Jasper. Siempre el último en enterarse de lo que ocurre en la familia. El hermano olvidado. Nunca te cuentan nada importante hasta el último momento. Esperaba que las cosas hubieran cambiado para ti con el fallecimiento de tu padre.

Jasper exhaló un suspiro exasperado. Laura había sido su amiga y vecina antes de su matrimonio con Nash. Le había confiado cosas que preferiría que ella hubiera olvidado. Haber nacido tercero significaba que se había sentido menospreciado de niño. Algernon y Nash siempre habían sido cercanos y se les había dado lo mejor de todo. Nash le había quitado a Laura, de cierta manera, aunque no hubieran tenido ningún tipo de relación romántica. Habían sido amigos una vez, pero parecía que esos días eran ahora un recuerdo lejano. —No me dejaré arrastrar a una discusión contigo, Laura. Deja esta tontería y ven a conocer a Sophie tú misma. Verás que lo único que le importa es el bienestar de los niños.

—¿Estás enamorado de ella?

—¿Estás loca?

—¡Oh, lo estás! —Laura se rió en su cara—. Con razón la defiendes tan bien.

—No escucharé tus calumnias tampoco. Ven al palacio y verás que tus temores sobre Sophie

son infundados.

—En algunos aspectos, eres muy parecido a tu hermano. Exigiendo que todas las mujeres olviden sus principios para mantener tu favor. —Laura sonrió tensamente y se inclinó hacia adelante en su silla—. Sé lo más persuasivo posible con la institutriz. Las mujeres han estado cayendo rendidas ante ti y tus hermanos desde que alcanzaron la mayoría de edad. Una mujer no debería presentar ninguna dificultad si, como dices, no es criatura de Nash. Tráeme a mis hijos aquí en una hora.

Laura hizo girar su caballo y se alejó galopando por donde había venido hacia el bosque, en dirección opuesta a la finca familiar. El otro hombre le hizo un gesto con la cabeza y la siguió más lentamente. Jasper intentó seguirlos, pero los perdió de vista casi inmediatamente cuando entró en los árboles. Evidentemente, ellos sabían a dónde iban, mientras que él no.

Maldijo y dio la vuelta, dirigiéndose de regreso al campo abierto para pensar. Quería reunir a Laura con sus hijos, pero estaba preocupado. El mayor rara vez mencionaba a su madre. El más pequeño quizás ni siquiera la recordara. Y también había algo siniestro en el deseo de Laura de que les llevara a los niños al borde del bosque. ¿Por qué no venir al palacio? Nash ni siquiera estaba allí. Nadie le impediría irse si ese era el deseo de su corazón.

Repasó su encuentro en su mente durante el camino de vuelta a los establos y para cuando había entregado su caballo al mozo de cuadra, había decidido no contarle a Sophie sobre el encuentro con Laura todavía, ni ceder a la petición de su cuñada. La razón principal eran sus acusaciones contra Sophie. Sophie podría encontrarlo perturbador.

Nash podría haber conocido a Sophie a través de una madame londinense, pero no podía imaginar a Sophie entreteniendo a innumerables extraños en su cama. Después de anoche, la idea era ridícula. Sophie podría no ser la mujer que había parecido al principio, pero se había mantenido distante de los acontecimientos y ni por un momento había mostrado interés en ninguno de los caballeros que la habían rodeado. Solo se había sonrojado por él y eso le había encantado.

No. Sophie era una dama apropiada. Nash nunca habría empleado a una prostituta como institutriz de sus hijos, de todos modos.

Jasper se apresuró a entrar en el palacio e inmediatamente fue a buscar a los niños y a Sophie, encontrándolos sentados juntos en la guardería. Isabelle estaba en el centro de todos ellos, en el suelo, pateando sus pequeñas piernas en el aire y balbuceando sobre alguna tontería que solo los niños podían entender.

Sophie levantó la mirada y le sonrió tan cálidamente que casi tropezó con sus propios pies. —Cuidado. ¿Cómo va la finca hoy, Lord Jasper?

—Nada fuera de lo esperado —prometió, sonrojándose por su torpeza mientras se acomodaba en el alféizar de la ventana abierta al otro lado de la habitación. Se aferró al alféizar y le sonrió. Ella se había cambiado desde anoche al sensato uniforme de institutriz que siempre había preferido. Sin embargo, aún podía recordar cómo se veía anoche y los placeres que había encontrado en sus confesiones susurradas. Sacudió la cabeza, sintiéndose tonto y casi embelesado por este otro lado de ella. El lado más amigable—. Ovejas pastando en los campos, pájaros alzando el vuelo desde los pastos altos. La finca va muy bien, me complace decir.

Los niños dejaron a Isabelle y procedieron a acribillarlo con preguntas durante tanto tiempo que naturalmente llevó a una oferta de llevarlos con él a un paseo para ver los campos distantes. —Ambos podrían caber en mi caballo juntos, pero depende de su institutriz decidir si pueden disfrutar de tal privilegio.

—Podemos ir —informó Thomas a su tío.

Jasper sabía que no debía asumir que Sophie no tenía algunas preocupaciones, y sin embargo, ella permaneció en silencio. Pero sus dedos estaban ocupados, retorciendo los extremos de su chal en pliegues ordenados.

Algo había cambiado últimamente en la guardería, además de la distracción de Isabelle.

Jasper captó la mirada de Thomas y vio un destello de rebeldía en sus ojos. Thomas iba a ser un problema pronto para la institutriz, a menos que alguien con más autoridad que un sirviente lo detuviera. Thomas era aún demasiado joven para empezar a imponer su posición sobre el personal del palacio, especialmente Sophie, quien actualmente actuaba como madre para él.

Y Laura estaba ahí fuera. Su regreso, si alguna vez ocurría, podría crear más dificultades para Sophie también. No podía permitir que su sobrino se volviera demasiado prepotente todavía. —La decisión es de la señora Radcliffe.

—¡Pero ella es solo una sirvienta! —argumentó Thomas acaloradamente—. Si usted dice que podemos ir, iremos. Mi padre...

—Tu padre se encargó de mencionar que Radcliffe está a cargo de ambos antes de dejar la propiedad, y no iré en contra de sus deseos, jovencito. Harías bien en recordar que le respondes a ella tanto como a él —advirtió Jasper.

Thomas bajó la mirada, con la mandíbula apretada, mientras se enfurruñaba por el hecho de que aún lo tratarían como a un niño. Jasper había sido más gentil con el muchacho de lo que nadie había sido con él en una situación similar. La primera vez que había intentado imponer su autoridad sobre un sirviente, se había ganado una fuerte bofetada en la cara por su impertinencia.

Jasper dirigió su mirada hacia Sophie y notó su incomodidad, y su corazón se conmovió por ella. Había poco que pudiera hacer para calmar sus sentimientos y ofrecerle seguridad mientras los niños estuvieran entre ellos.

Ella tenía valor para él y para la familia. Se aseguraba de que estos niños estuvieran mejor cuidados de lo que sus padres ausentes jamás lo habían hecho. —Lo cortés sería pedir permiso a Radcliffe para ir. Podría haber hecho otros planes para mañana.

Liam corrió hacia ella y le pidió, le suplicó, ir con Jasper. Thomas lo siguió de mala gana y pidió permiso a regañadientes también. —No tengo otra preocupación más que pedirle que no los lleve bajo la lluvia para que se empapen, milord.

Él sonrió. —Esa es mi esperanza también.

—Por favor, Radcliffe. ¡Por favor! Déjenos ir —suplicó Liam—. Me aseguraré de que mi hermano y el tío Jasper se comporten lo mejor posible.

—¿Ah, sí? —Su suave risa iluminó la habitación, y hasta Thomas se unió, eventualmente. La idea de que Jasper necesitara un cuidador parecía divertirlos a todos.

—Podrías venir con nosotros —ofreció. Jasper contuvo la respiración durante los segundos que le tomó a Sophie declinar unirse a ellos.

—Isabelle y yo estaremos contentas leyendo juntas mientras ustedes están fuera.

—Suena muy agradable.

Bajó la mirada hacia Isabelle, que estaba acostada en la alfombra frente a Radcliffe y aún movía alegremente las piernas. Parecía muy divertida y trataba de alcanzar cualquier juguete que Sophie sostuviera sobre su cabeza. Se encontró sonriendo ante la calidez de la escena. Sophie realmente era buena con los niños. Incluso con los suyos. Ahora había un resplandor en su rostro cuando les sonreía que siempre había estado ausente alrededor de otros en la familia, y especialmente de él hasta hace poco.

Nunca la había visto enojada con los niños, solo decepcionada por el comportamiento de Thomas hace un momento. La propia madre de Jasper apenas le había dedicado una mirada o

incluso una palmadita en la cabeza. Por supuesto, sus recuerdos de sí mismo a esta edad eran casi inexistentes. Por lo que podía recordar, Mamá había estado interesada en todo menos en sus hijos. Cualquier afecto que había recibido había sido de sirvientes como Sophie y una ocasional palmadita en la cabeza de su hermano mayor, Algernon.

Era la costumbre de la aristocracia, por supuesto. Los niños se veían y no se escuchaban hasta que los atrapaban haciendo algo malo. Los padres vivían sus propias vidas, separados de sus hijos. Las clases bajas vivían una vida diferente, lo sabía, por observación a lo largo de los años. Sin embargo, Sophie abrazaba a los hijos de su hermano como si fueran suyos, y eso lo hizo preguntarse sobre ella. —¿De dónde eres, Sophie?

Ella lo miró, claramente sorprendida por la pregunta. —De Londres.

—No lo decía exactamente de esa manera —dijo arrastrando las palabras—. ¿Tus padres y familia? Deben extrañarte mucho.

Ella frunció el ceño y no levantó la mirada. —Estoy segura de que no podrían.

Ahora era su turno de fruncir el ceño. —¿Por qué no te extrañarían?

—Crecí en un orfanato, milord —dijo ella—. No tengo recuerdos de ninguna familia.

Sophie se levantó, y él se apresuró a ayudarla a ponerse de pie, tomándola por el codo y acercándola cuando estuvo de pie. Sostenerla parecía lo más natural del mundo. Bajó la mirada hacia su rostro, pero ella no le devolvió la mirada y retiró su mano.

¿Estaba avergonzada de admitir que era huérfana? Tenía que admitir que no podía imaginar cómo habría sido su vida en un orfanato, pero suponía que no había sido cálida ni amorosa.

—Lo siento por eso. Supongo que ahí es donde obtuviste tu gran afecto por los hijos de otras personas —bromeó.

Ella se encogió de hombros. —Se esperaba en el orfanato que ayudara a los pequeños —dijo, inclinándose para recoger a Isabelle. Acomodó a la niña en su cadera—. Estoy contenta por ahora —prometió, y luego se dio la vuelta—. A sus camas, niños.

Ah, la siesta de la tarde. Todos los días en el horario de Nash, los niños debían ser enviados a sus camas, cansados o no. Sin embargo, en el otro extremo de la habitación había una cuna que apenas acababa de notar. Sophie acostó a Isabelle en su cama y le dio un pequeño meneo. Observó cómo la niña se acomodaba para dormir y los niños se acostaban sin una palabra de queja.

Jasper se acomodó más cómodamente en el suelo, apoyándose contra la pared debajo de la ventana y permitiendo que la brisa le revolviera el cabello mientras observaba a la institutriz atender a todos. No había pasado mucho tiempo en el cuarto de los niños en los últimos años, pero siempre había sido un lugar donde se había sentido seguro cuando era niño.

Sophie se enderezó y se dio la vuelta. Se sorprendió al verlo todavía allí, pero pasó junto a él para arropar a sus sobrinos en sus camas, alisarles el cabello hacia atrás y besarles la frente.

Él sonrió cuando ella se detuvo para mirarlo y le sonrió ampliamente. —Eres una mujer muy dulce, Sophie Radcliffe. Exactamente el tipo de mujer que debería cuidar de mis sobrinos, y de Isabelle también.

Jasper luego inclinó la cabeza hacia arriba y frunció los labios, bromeando con Sophie de que él también estaba listo para su beso de buenas noches.

Pero ella negó con la cabeza y se sentó frente a él en una silla. —Puedes dejar a Isabelle conmigo unas horas más si quieres.

Él estiró las piernas. —No tengo nada urgente que requiera mi atención esta tarde.

Ella se movió incómoda. —Aun así, hay lugares más cómodos donde podrías estar.

—Estoy contento aquí contigo —le dijo honestamente, divertido de que ella estuviera

tratando de deshacerse de él—. Además, me preguntaba si podríamos hablar de nuevo sobre tu espléndida idea.

Ella miró significativamente a los niños. Probablemente eran demasiado jóvenes para entender si hablaban de un tema escandaloso en un susurro.

Él se deslizó por la habitación hasta que pudo sentarse apoyado contra el sillón de Sophie. —¿Cuánto tiempo necesitaríamos para poner en marcha tu idea si involucráramos a Madam Clover?

—Unos días al menos. Cuatro como máximo.

—Solo quedan unos días hasta que mis invitados se marchen —hizo una mueca y se preguntó si Algernon y Nash estarían ausentes el tiempo suficiente como para organizar una segunda fiesta en Ravenswood. Estaba muy entusiasmado—. ¿Y esa madame tuya? ¿De verdad crees que estaría interesada?

—Sin duda, sí. Siempre está buscando nuevas oportunidades para ganar dinero con hombres adinerados.

—Cuéntame cómo la conociste.

Sophie se frotó las palmas en la falda.

—Estaba muy enferma y ella me acogió hasta que me recuperé.

—Una buena samaritana —observó él.

—Una buena mujer. Fue amable conmigo en un momento en que necesitaba desesperadamente una amiga, y como yo tenía una educación de la que ella carecía, cuando estuve lo suficientemente bien, me permitió devolverle su amabilidad con un trabajo honesto. Leer y escribir su correspondencia y contabilizar sus ganancias cada noche. Su hermano estaba al tanto de mi empleo allí antes de contratarme, por si alguna vez se lo pregunta.

Jasper frunció los labios, entendiendo fácilmente cómo Laura podría creer que Sophie se había ganado la vida acostándose en un lugar así. No eran muchas las mujeres que salían de un burdel con su virtud intacta. Pero si la mujer tenía una buena educación y sabía hacer cuentas y escribir, cualquier madame que no poseyera ninguna de esas habilidades aprovecharía los talentos de Sophie para su beneficio.

—Tu amiga. Escríbele y envíaselo en mi carruaje con una invitación para que visite Ravenswood y discuta el asunto en privado con nosotros. Creo que es mejor si las negociaciones se realizan cara a cara.

—De acuerdo —dijo Sophie, y luego tragó saliva—. Pero no sé si responderá con prontitud. No ha contestado a ninguna de mis cartas durante meses y meses. Pero me tomé la libertad de escribirle una carta esta mañana de nuevo y mencioné su idea en ella. Madame Clover querrá conocerlo antes de aceptar cualquier trato comercial.

—Gracias. Te necesitaré allí conmigo cuando hablemos —dijo, estirando el brazo por encima de su hombro para tomar su mano—. Esta es tu idea también, y eres mi socia.

Sophie deslizó su mano en la de él después de un momento.

—Mientras los niños no me necesiten, soy tuya.

—Tienes que dejarlos ir a veces —dijo, jugueteando con las puntas de sus dedos y sonriendo. Nunca antes había tenido a nadie que afirmara ser suyo. Le provocó una calidez inesperada en el pecho. Y entonces, como era un libertino, le acarició la palma con las yemas de los dedos, tal como lo había hecho Threadwell la noche anterior—. Sabes, algún día se irán a estudiar.

—Sí, el próximo año Thomas irá a Cambridge —dijo ella, con la voz un poco entrecortada mientras él continuaba seduciendo su palma.

Jasper le soltó la mano y se volvió para mirarla. Ahora lucía un atractivo rubor. Un rubor que

le gustaría ver más a menudo.

—¿Tan pronto?

—Sí. Lord Nash lo tenía todo planeado para su educación y para los próximos diez años —susurró, lanzando una mirada ansiosa hacia los niños—. Nada se ha dejado al azar. Liam irá a vivir con un tutor cerca de Cambridge. Un viejo amigo de Lord Nash, por lo que tengo entendido.

—E Isabelle se quedará sola.

—Sí, supongo que sí, a menos que su madre vuelva por ella.

—Esperemos que así sea —dijo Jasper y se dio la vuelta de nuevo. Isabelle se quedaría con él y quizás con Sophie para cuidarla. Podía imaginar muchas tardes como esta aquí arriba en la guardería. La idea de ser un padre para Isabelle le resultaba muy atractiva en ese momento. Gracias a la niña, conocía a Sophie mucho mejor de lo que podría haberla conocido de otra manera.

Sophie le apretó el hombro.

—Ella volverá.

—¿Y si no lo hace? —preguntó Jasper, agarrando su mano de nuevo.

—Entonces depende de usted hacer lo mejor que pueda. Es todo lo que ella tiene. Créame, podría irle peor.

Jasper le acercó la mano y le besó el dorso.

—Es muy amable de tu parte decir eso, pero ambos sabemos lo poco adecuado que soy para tales asuntos.

A la mujer se le cortó la respiración cuando él le dejó caer un beso en la muñeca.

—Tonterías, todo lo que necesita es práctica.

Jasper se volvió para mirar a Sophie de nuevo, y cuando ella le rodeó la cabeza con la mano, él la atrajo hacia sí en la silla. Sophie no se resistió, y Jasper la atrajo hacia abajo para besarla en los labios.

Su beso fue prolongado y silencioso, para que los niños no oyeran lo que hacían juntos. Sin embargo, Sophie lo hizo jadear por más. Jasper deseaba a esta mujer. Pero tendría que tener cuidado en su seducción. No quería cometer el error de enamorarse de ella, ni que ella se enamorara de él tampoco.

Todo lo que alguna vez le había importado siempre terminaba en manos de otro cuando ponía su corazón en juego.

CAPÍTULO DOCE

Sophie corrió hacia la entrada principal cuando un viejo carruaje familiar se detuvo frente al Palacio Ravenswood. Bailoteó sobre las puntas de sus pies mientras los lacayos, moviéndose lentamente, bajaban del carruaje quejándose. Finalmente bajaron los escalones del carruaje, y la mujer más elegante que Sophie había conocido descendió al camino de grava. Regia. Orgullosa. Y claramente exasperada con el comportamiento de Sophie. La mujer movió un dedo y se rio.

—Sophie Regina Radcliffe. ¿De verdad has salido corriendo para recibir mi carruaje?

—Sí, Madam Clover —confesó Sophie, riendo también. Solo había una mujer por la que ignoraría las reglas del decoro apropiado, y esa era Madam Clover. La mujer que le había salvado la vida simplemente mostrándole un poco de amabilidad y compasión—. ¿Qué hace aquí tan pronto?

—¿Pronto? —La mujer frunció el ceño y miró alrededor—. Estoy aquí para ver qué te ha sucedido.

—¿Sucedido?

—Ahora veo que mis temores eran infundados. Ven aquí, niña. —Madam abrió sus brazos y Sophie corrió a recibir su cálido abrazo—. Te he extrañado mucho, querida —dijo.

—Y yo a usted también —prometió Sophie—. Nunca respondió mis cartas.

La madam acunó la cabeza de Sophie como lo haría una madre con su propia hija y la abrazó mientras susurraba:

—No recibimos ninguna carta tuya. No desde hace meses.

Sophie se apartó, sorprendida.

—¿Pero le escribí cada primero de mes?

—No te preocupes por eso ahora. —Madam Clover colocó un mechón de cabello suelto detrás de la oreja de Sophie y suspiró—. Me alivia saber que no fuimos olvidadas. —Hizo un gesto hacia atrás—. Traje a algunas amigas tuyas conmigo. Espero que no te importe. Estaban tan preocupadas como yo por tu silencio.

Tres damas igualmente elegantes descendieron del carruaje. Eleanor, Persephone y Ruby. Las cortesanas más solicitadas de la Casa de Placer Jardines Violeta chillaron al verla y corrieron hacia ella.

Sophie abrazó a cada una y se encontró al borde de las lágrimas.

—Nunca pensé que vendrían hasta aquí por mí. ¿Qué harán los caballeros en Londres sin ustedes?

—Probablemente se consumirán hasta quedar en nada y nos halagan con joyas a nuestro regreso —murmuró Eleanor—. O al menos eso deberían hacer.

—Dios mío, Soph, mírate —exclamó Ruby—. ¿De verdad te obligan a vestir de forma tan aburrida solo para ser considerada una institutriz apropiada? Si lo hubiéramos sabido, nunca te habríamos permitido dejarnos.

—No, en efecto. Debería haberse quedado con nosotras para siempre —dijo Persephone, mirando hacia la fachada del Palacio Ravenswood y sonriendo de repente—. Ahora, ¿qué delicia tenemos aquí?

Sophie miró por encima de su hombro para ver a Lord Jasper observándolas desde lo alto de la escalera. Les susurró su nombre. Pero el calor le subió a las mejillas cuando él bajó las escaleras —pavoneándose, realmente— y extendió su mano con una sonrisa encantadora hacia Madam Clover.

—Mi querida dama. Bienvenida a Ravenswood.

—Ah, usted debe ser el Lord Jasper del que nuestra Sophie nos ha hablado tanto en sus cartas.

Su sonrisa vaciló mientras miraba hacia Sophie, pero finalmente inclinó la cabeza.

—Culpable. Es un placer conocerla, Madam Clover. Sophie habla muy bien de usted. Señoras, deben estar cansadas después de su viaje. ¿Les gustaría seguirme adentro para tomar un refrigerio?

—Eso sería muy agradable después de nuestro largo viaje, milord —dijo Madam Clover mientras le sonreía—. Ha sido un sueño largo tiempo anhelado reunirme con nuestra querida Sophie. Ella es todo un tesoro, ¿no es así?

Lord Jasper miró a Sophie y sonrió más ampliamente.

—De acuerdo.

Sophie podía sentir que sus mejillas se ponían rojas. Nunca se había sentido cómoda recibiendo cumplidos frente a otras damas.

—Son muy amables.

—No. No. Me conoces. No suelo dar falsos elogios a nadie. —Extendió su brazo hacia la mujer mayor—. ¿Me permite, madam?

—Ciertamente lo haré, milord. He soñado con un buen descanso y una larga charla durante horas —dijo Madam Clover—. Viajar en carruaje rara vez me sienta bien.

—Lo entiendo completamente y por esa razón, debe quedarse con nosotros unos días para recuperarse de la experiencia —sugirió Jasper mientras la pareja desaparecía por la puerta delante de Sophie. Cualquier respuesta que pudiera haber recibido de Madam Clover no pudo escucharse porque Persephone agarró el brazo de Sophie y la retuvo.

—Todas podríamos estar de acuerdo en acostarnos con un soltero tan apuesto como ese —le susurró a Sophie—. Cielos, Sophie, pensé que habías dicho que era horrible.

Ella no había descrito el aspecto de Jasper en sus cartas, sino la forma en que se había comportado con ella. Desde el principio había sido horrible.

Ruby soltó una risita.

—Creo que es perfecto para cualquiera de nuestras camas.

Sophie se estremeció interiormente, pero logró sonreír mientras se apresuraban a entrar, pasando junto al mayordomo y dirigiéndose directamente hacia Jasper. Inmediatamente quedó claro que él estaba halagado por su atención y notable belleza. Sophie había olvidado lo directas que podían ser sus amigas a veces cuando había un hombre soltero en las cercanías. Sintió la punzada de la exclusión cuando el coqueteo comenzó en serio entre todos ellos. Lord Jasper lo absorbía todo como si fuera su derecho, y por supuesto que podía. Pero ¿estaría Sophie cuidando sola a los niños esta noche mientras Jasper era *entretenido* por sus amigas más atrevidas?

Se sentó cerca de la madam y tomó su mano, todavía sin poder creer que la madam hubiera venido hasta aquí para ver cómo estaba.

—Estoy tan feliz de verla, madam.

Madam Clover le acarició suavemente la mejilla.

—Eres una mujer demasiado buena para ser simplemente olvidada, y como le estaba diciendo a Lord Jasper hace un momento, estaba preocupada por no haber recibido ninguna correspondencia de esta parte del mundo.

Era extraño que sus cartas más recientes no hubieran sido entregadas, y miró a Jasper, quien también frunció el ceño.

—Lord Jasper me ha asegurado que todo está bien aquí, pero que Lord Nash está ausente durante el verano —continuó la madam.

—Sí, es cierto. Está viajando con el duque —dijo ella.

Madam Clover frunció los labios.

—Una lástima, porque esperaba tener una larga conversación con él.

Sophie juntó las manos en su regazo. Madam Clover y Lord Nash se habían conocido mucho antes de que Sophie lo conociera. Él había, ocasionalmente, atendido a los enfermos y heridos en la casa de placer, antes, durante y después de su tiempo allí.

—¿Está todo bien en el jardín?

—Sí, sí, por supuesto. Las damas estamos en perfecto estado de salud.

—Es tan extraño que estés aquí cuando acabo de enviarte una carta sobre un asunto de negocios —Contarle a Madam Clover ahora, en persona, agilizaría la discusión. Sophie miró a Jasper, y él le ofreció un sutil asentimiento.

—¿Negocios? —Madam miró a Jasper, quien simplemente sonrió—. Bueno, me alegro doblemente de estar aquí ahora. Tienes cabeza para los negocios, querida, y siempre ha sido beneficioso para mí escucharte.

—Gracias —murmuró Sophie.

—¿Me disculpan un momento? —preguntó Jasper. Sophie observó a Lord Jasper alejarse para consultar con el mayordomo en la puerta. Ella había esperado que él estuviera involucrado en todas las discusiones, pero quizás su ausencia era lo mejor.

Sophie le contó a Madam Clover su idea y las intenciones de Lord Jasper para el futuro, y al final pudo notar que Madam estaba claramente intrigada.

—El té será servido en breve —dijo Jasper al regresar para sentarse cerca—. Ahora, señora Radcliffe, quizás ahora que el placer inicial de la llegada de su amiga ha disminuido, me haría el honor de realizar las presentaciones adecuadas de estas encantadoras conocidas suyas.

Sophie hizo las presentaciones, pero se estremeció por dentro mientras los halagos entre Lord Jasper y las damas se intensificaban. Se ajustó el cuello de su sencillo vestido con un poco de inseguridad y se volvió hacia Madam Clover:

—¿Cómo has estado realmente?

—Estoy bastante bien, y el negocio prospera. El señor Peters envía sus más cálidos saludos —dijo ella—. Ha preguntado más de una vez si eres feliz enterrada en el campo y anhela tu regreso a nuestra sociedad.

Lord Jasper, habiendo terminado con sus coqueteos por el momento, tomó asiento cerca de Sophie y la madam.

—¿Quién es ese tal Peters?

—Un vecino de Londres. Bastante apuesto a su manera, rico y aún terriblemente solo, especialmente sin nuestra Sophie para sonreírle cada noche —Madam sonrió ante la

incomodidad de Sophie—. Creo que podría haberte visitado aquí si le hubiera dicho dónde te habías ido.

Lord Jasper se inclinó un poco más hacia adelante.

—¿Por qué no se lo dirías? No hay vergüenza en que Sophie sea institutriz de los hijos de mi hermano.

Sophie alisó su falda mientras observaba a Lord Jasper por debajo de sus pestañas mientras la madam respondía.

—No le dije más porque Sophie no lo favorecía —murmuró Madam Clover, dándole unas palmaditas en la mano.

—Sophie es demasiado exigente —exclamó Ruby—. ¡Él se habría casado con ella!

Madam Clover hizo callar a Ruby.

—Basta. Sophie decidió en su contra, y eso es todo.

Ruby se levantó de un salto de su silla, murmurando para sí misma mientras iba a mirar por la ventana más cercana.

—Podría haberme pedido a *mí* que fuera su esposa. Yo le habría dicho que sí.

Sophie hizo una mueca. Ruby deseaba desesperadamente casarse y había estado celosa de que Sophie hubiera atraído el interés de uno de sus amigos caballeros.

Persephone le rogó a Lord Jasper que abriera el pianoforte para ella, y él se levantó para acompañarla al instrumento, lanzando a Sophie una mirada interrogante mientras se alejaba.

Sophie captó la mirada de la mujer mayor.

—No deberías hablar de pretendientes delante de Lord Jasper. Difícilmente podría importarle.

—¿Por qué no? Todo joven necesita un pequeño empujón para ver lo que tiene delante —bromeó Madam—. Me aliviaría saber que eres admirada.

—No por él.

—¿Y por qué no él? ¿Es el libertino despiadado que describiste en tus cartas o el hombre por el que estás empezando a sentir algo? El tono de tu última carta que me llegó era mucho más frío hacia él de lo que sugieren las miradas acaloradas que intercambiáis hoy. Estás nerviosa a su alrededor.

Sophie tragó saliva ante la idea muy angustiante de que la madam pudiera tener razón. Pero no debería sentir nada por un libertino o por el hermano de su empleador. Lord Jasper la había despreciado hasta hace poco. Pero si algo más sucediera entre ellos, solo llevaría a la decepción y la vergüenza. Ya estaba cortejando suficiente escándalo simplemente por ofrecer su ayuda.

Cuando llegó el té, hablaron de los caminos que las damas habían recorrido, los lugares que habían visto, y luego la madam pidió que la llevaran a su habitación para poder descansar antes de la cena. Lord Jasper le ofreció su brazo y la condujo hacia las escaleras. Las otras damas eligieron quedarse con Sophie y cuando quedó claro que él no regresaría, las damas se apiñaron a su alrededor.

—Se cansa fácilmente últimamente —susurró Ruby—. Lord Nash advirtió que los viajes prolongados no eran aconsejables. No podíamos soportar dejarla viajar todo este camino sola.

—No me mencionó ninguna enfermedad —dijo Sophie, mordiéndose el labio preocupada—. Lord Nash tampoco lo ha mencionado.

—Probablemente le dijo que no te lo contara —refunfuñó Persephone—. Hay algunas peticiones que deberían haberse ignorado. Madam lo oculta bien, pero está un poco peor cada día.

Sophie se llevó la mano a la garganta, conmocionada. Madam Clover era lo más parecido a

una madre que había conocido. Le dolía darse cuenta de que podría perderla. Y debido a que sus cartas no habían sido entregadas, había venido a ver si Sophie estaba bien, y eso podría haber sido lo peor para su salud.

—Aprecio que todas hayan venido con ella —dijo Sophie—. Si lo hubiera sabido, tal vez ya habría regresado a Londres.

—Tu silencio la ha preocupado sin fin, pero nos alegramos de que estés bien —prometió Eleanor—. Simplemente decidió venir y nada pudo detenerla.

—Verte tan bien y la perspectiva de ganar dinero la animaron mucho hoy. No hemos disfrutado de una orgía desde que nos dejaste. Si madam está de acuerdo, las demás estarán tan celosas de que no las hayan llamado.

Sophie se rio.

—Estoy segura de que habrá otras.

Ruby tiró de Sophie para ponerla de pie y enganchó su brazo con el de ella.

—¿Te unirás a la diversión esta vez?

Eleanor tomó el otro brazo de Sophie.

—Primero necesitará el préstamo de un vestido mejor.

—A nadie le importará lo que lleve puesta una institutriz —les explicó a ambas mientras la sacaban del salón y subían por la escalera principal.

—A nosotras sí. ¡Y tu cabello! Hay que hacer algo con esa monstruosidad en la parte de atrás de tu cabeza —regañó Eleanor—. ¿Ni siquiera tienes la ayuda de una doncella?

—No.

—Bueno, te vestirás adecuadamente para la cena de esta noche —insistió Perséfone—. Debemos mostrarle a Lord Jasper la joya que tiene justo delante de sus narices. Podemos ver que te gusta más de lo que quieres que él se dé cuenta. Tus sonrojos lo dijeron todo.

—Perséfone, no digas esas cosas. Solo soy la institutriz —les recordó, deteniéndose en el rellano—. Tengo niños que cuidar.

—¿Y quién te cuida a ti? —Todas las damas sonrieron—. Ese apuesto caballero apenas nos notó. No podía quitarte los ojos de encima, sin embargo.

Sophie se sonrojó intensamente y negó con la cabeza.

—No finjas que no lo ves y que probablemente no lo hayas visto desde el principio —dijo Eleanor, tomándole la mano—. Eres una joven encantadora con necesidades que no están siendo satisfechas. Sabía que fue un error permitir que ese médico estirado te alejara de nosotras por un puesto respetable.

—Y ahora que hemos conocido a su hermano, sabemos exactamente por qué ya no te quejas lo suficiente. Fuiste hecha para algo más que esto. Nos aseguraremos de que Lord Jasper entienda el tesoro que realmente eres antes de que termine el día.

Ruby dejó de hablar abruptamente y su sonrisa se ensanchó.

—Mi querido Lord Jasper. Justo el hombre del que estábamos hablando.

—¿Oh? —respondió él, acercándose a las mujeres.

—Sophie debe venir a cenar con nosotros. Dile que puede ser excusada de sus aburridas tareas como institutriz por la noche para disfrutar de una velada de diversión y frivolidad.

Él inclinó la cabeza.

—Una excelente idea. La señora Radcliffe es bienvenida a unirse a nosotros, pero díganme con sinceridad, ¿alguna vez han logrado hacerla cambiar de opinión una vez que se ha decidido por algo?

—Estoy segura de que podrías ser muy persuasivo si quisieras —bromeó Ruby, batiendo sus

pestañas hacia él.

Sophie discretamente le dio un codazo a su amiga, y Ruby hizo un puchero.

Lord Jasper solo se rio.

—Señoras, hay sirvientes esperando para mostrarles su habitación de invitados. Hasta la hora de la cena.

Ruby, Perséfone y Eleanor se apresuraron, riendo, susurrando y sonriendo por encima del hombro mientras miraban hacia atrás a Sophie.

Sophie esperó hasta que se fueron antes de encontrarse con la mirada de Lord Jasper.

—Espero que no le moleste que mis amigas hayan llegado sin avisar.

—En absoluto. Un trío notablemente amigable, y Madame Clover es un encanto. También es agradable verte tan feliz. De hecho, te estaba buscando.

—¿Me buscabas?

—En efecto, *socia*. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro—. No puedes dejarme solo con esas mujeres. Sé que son tus buenas amigas, pero honestamente temo por mi virtud cuando estoy con ellas —advirtió, y luego una tímida sonrisa se dibujó en su rostro—. Me caen bien... pero no de la manera que ellas podrían esperar.

Un extraño alivio la inundó al escucharlo.

—Son buenas mujeres.

—Juntas, son más de lo que podría soportar —bromeó.

Ella se rio de su declaración.

—¿Quizás solo una, entonces?

—No. Dejaré ese privilegio para los que asistan a nuestra orgía. —Sonrió—. Por cierto, Madame ya ha decidido a nuestro favor. Parece que está ansiosa por hacer cualquier cosa que tú sugieras.

—Si tan solo tuviera la misma influencia sobre el joven Thomas —murmuró Sophie sombríamente.

—Si te causa problemas, yo me encargaré de él. Estamos juntos en esto ahora —prometió.

Sophie se mordió el labio preocupada.

—Si me uno a todos ustedes para la cena, ¿quién cuidará de los niños esta noche?

—El asunto ha sido completamente sacado de mis manos y Seymour no cederá en su decisión de vigilar a los niños él mismo. Creo que se ha encaprichado con Isabelle.

—¿Y qué hay de su reticente padre?

—Si soy su padre, es seguro decir que podría sentir un apego aún mayor por ella un día de estos.

—¿Se le permitiría a Madame Clover saber de la existencia de Isabelle? —preguntó con cuidado—. No le guardo secretos, y siempre ha sentido cuando le oculto algo.

Él sonrió.

—Entonces cuéntale todo, incluyendo cómo te hiciste cargo de una situación delicada lanzándome a la niña.

—No te la lancé —le reprendió.

—Por supuesto que sí —protestó. Se acercó y bajó la voz para continuar—. Eres muy mandona, y parece que ya no me molesta eso de ti. Ahora, necesito saber qué piensas... ha pasado una eternidad, y me pregunto si has pensado en ser besada de nuevo.

El corazón de Sophie latía con fuerza en su pecho mientras lo miraba.

—Solo han pasado unos días.

Él miró su reloj de bolsillo.

—Tantas horas. No quería asumir que te gustó, pero cuando escuché a tu amiga mencionar que tenías necesidades insatisfechas, decidí que he descuidado discutir el asunto por demasiado tiempo. Estoy aquí y dispuesto, señora.

Ella apartó la mirada de él. Confundida por su propia emoción ante la perspectiva de ser deseada. Las cortesanas al servicio de Madame Clover seguramente eran más de su gusto. Pero los dedos de Jasper se curvaron bajo su barbilla y suavemente la hicieron volver a mirarlo.

—Sophie —murmuró—. Sí o no.

Oh, podría asesinar a sus amigas por poner ideas sobre sus necesidades en su cabeza, y en la de él también. Esto iba a terminar mal. Lo sabía. Él era un libertino y seguramente no tenía intención de hacer de nadie una mujer honesta. Pero no podía negar que disfrutaba la emoción de ser perseguida por él. De ser tentada por un caballero mundano y apuesto. No le estaba ofreciendo para siempre, y ella tampoco lo esperaba. Y él estaba esperando una respuesta tan pacientemente.

—Sí, mi lord. Por favor.

Sus manos se posaron en sus caderas. Cálidas, firmes, y su respiración se entrecortó al ser invadida por recuerdos y sensaciones que pensó que nunca volvería a sentir.

—Nunca supliques por mi atención, Sophie —susurró Jasper—. La mereces y más.

La condujo fuera del pasillo y hacia su dormitorio, su mirada fija en la de ella. No podía apartar la vista de él y de lo que había comenzado.

Estaba a punto de ser amada. De nuevo. Esta vez, sin embargo, no tenía ilusiones de que el amor tuviera algo que ver con la intimidad.

Pero debía asegurarse de que no hubiera consecuencias de lo que hicieran juntos. Había formas de evitar la concepción, y se lo mencionó.

Asintió lentamente. —Un hijo es más que suficiente para pensar por ahora. Confía en que te cuidaré. No llevaré las cosas tan lejos —susurró mientras cerraba la puerta de una patada tras ellos. Sus labios descendieron luego sobre su cuello, y Sophie entrelazó sus brazos alrededor de sus hombros, manteniéndolo cerca de su piel mientras comenzaban su aventura.

Lord Jasper era más fuerte de lo que parecía. Su aroma también era delicioso. Sándalo y algún tipo de baya picante en la mezcla. Lo abrazó mientras sus labios hacían magia en sus sentidos, dispersándolos al viento. Sus besos la excitaban, y probablemente él lo sabía.

Se sintió empujada suavemente contra una pared y abrió los ojos.

Jasper levantó la cabeza de su cuello mientras enmarcaba su rostro con sus manos. —Eres encantadora. ¿Cómo no lo vi desde el principio?

—Estabas ocupado mirando a las otras mujeres invitadas a cenar esa noche —señaló ella—. Probablemente preguntándote a cuál se le saldría el pecho del vestido antes de que retiraran el postre. Yo tampoco tenía interés en ti entonces.

—Debimos haber estado locos —dijo mientras le daba suaves y fugaces besos en los labios con una sonrisa tirando de las comisuras de los suyos.

—Tú *siempre* estabas enfadado conmigo —susurró Sophie—. No importaba cuán pequeña o inofensiva intentara hacerme, siempre me fruncías el ceño.

—Me disculpo. —Se apartó, frunciendo el ceño—. Sabes, no es lo correcto prestar demasiada atención a los sirvientes. Solo puedo disculparme por mi comportamiento y pedirte perdón ahora. No debería perseguirte.

Sophie lo miró sorprendida.

El hombre que la había arruinado no se había disculpado y había hecho cosas mucho peores. Sophie podría haber esperado que Lord Jasper hubiera evitado hacer lo mismo. Era bastante

obvio que estaba en un estado de excitación, pero tenía más control sobre sus deseos, y ella reconocía que también tenía más honor.

Sophie extendió una mano temblorosa y tocó su rostro para levantar su mirada hacia la de ella. Él parecía sonrojado y nervioso. Inseguro de su bienvenida. Sophie le había dicho lo que quería, y ahora él vacilaba.

Ella acarició con sus dedos audazmente a lo largo de su mandíbula, sintiéndola flexionarse bajo su ligero toque. Se acercó más a él y sonrió. —No trabajo para ti ni para Ravenswood. Te elijo por mi propia voluntad. Sin esperar nada más que la amabilidad, la calidez de tu apasionado abrazo.

Él tragó saliva. —Sophie. ¿Siquiera sabes lo que estás diciendo?

—Sí, Jasper. —Era hora de contarle todo—. Una vez fui arruinada por un hombre que creí que me amaba por encima de todas las cosas. Por un libertino como asumí que eras tú hasta ahora. No le importaron mis objeciones. Se aprovechó de mi vulnerabilidad para asegurar su propia satisfacción. No te he expresado ninguna duda, ¿verdad? No imagines que no te diría que no. Lo haría si no me sintiera como me siento.

—¿Cómo te sientes?

No estaba segura de cómo responder a esa pregunta sin sonar tan vulgar como Ruby podía ser. Pero sentía *algo*. Una emoción hormigueante por estar más cerca de él. —Bésame, mi lord, y descúbrelo.

Él la atrajo hacia sí y susurró su nombre de pila. —Sophie.

En un instante estaba de nuevo contra la pared, los besos de Jasper urgentes y duros. Sophie los devolvió, hambrienta de la pasión que sus besos despertaban en ella. Él llevó sus brazos por encima de su cabeza y los mantuvo allí con una mano. Su otra mano se deslizó por su cuerpo para descansar sobre su trasero. Jasper lentamente los moldeó juntos. La evidencia de su excitación presionaba contra su sexo. Esos suaves movimientos encendieron las pasiones de Sophie, haciéndola anhelar el momento en que pudiera deslizarse dentro de ella y hacerla olvidar incluso su propio nombre.

A pesar de lo que había sucedido después de su ruina, los momentos que la precedieron habían sido emocionantes una vez. Las pasiones se agitaron por primera vez en años mientras enterraba su rostro en su corbatín y se atrevía a mordisquear su oreja. Jasper gimió, y sus embestidas contra su sexo se volvieron más rápidas y duras, y luego la levantó en el aire.

Sophie esperaba que se movieran a la cama, que sus faldas fueran levantadas y su cuerpo tomado en posesión. En cambio, Jasper simplemente abrió más sus piernas donde estaban y renovó sus embestidas contra su sexo. Solo que ahora se sentía mucho más intenso con sus piernas envueltas alrededor de sus caderas. Seguía golpeando esa perla oculta entre sus muslos. El lugar que ella misma había tocado y desde el que había explotado. Jasper la hacía sentir de la misma manera. No podía tener suficiente de esa sensación, o de este hombre.

Estaba perdida en la pasión de nuevo. Desesperada por más.

Jasper volvió su rostro hacia el de ella y selló sus labios juntos. Se besaron y se frotaron el uno contra el otro, atrapados en su hambre inesperada. Sophie apretó sus piernas alrededor de sus caderas y la siguiente embestida contra su sexo hizo explotar su mundo y gritó, una y otra vez, abrumada y frenética por aferrarse a Jasper mientras podía.

Cuando sus espasmos se calmaron, Jasper los movió finalmente a su cama y la recostó.

CAPÍTULO TRECE

Jasper deslizó lentamente los dedos sobre el vestido de Sophie, desde la rodilla hasta la cadera y subiendo hacia sus pechos, consciente de que nunca había tenido a una mujer más embriagadora en su cama. Aún no estaba satisfecho, pero se sentía inmensamente complacido. También se sentía profundamente humilde de que una mujer arruinada por otro libertino pudiera confiarle su placer. Aunque ella dijera que eran diferentes, él seguía siendo un libertino y no le estaba ofreciendo a la mujer un para siempre.

Pero por ahora, Sophie Radcliffe se había vuelto suya.

Se inclinó para acariciar su oreja mientras jugueteaba con sus pezones. —¿Estás bien?

—Sí —susurró ella, atrapando sus dedos donde circulaban y manteniéndolos quietos.

—Fue todo un momento, ¿verdad? —susurró él, y luego rió suavemente.

—Lo fue, pero solo un momento y para mí ya ha terminado. —Se incorporó abruptamente, bajándose la falda sobre las pantorrillas—. ¿Qué hay de ti?

—¿De mí?

—¿Tú...? —Hizo un gesto con la mano sobre su anatomía inferior, donde estaba un poco menos rígido que cuando ella había llegado al clímax contra sus embestidas.

—No.

—Oh. —Su ceño se frunció y su expresión cambió a una de confusión.

—No te preocupes por mí —susurró él.

Pero esa declaración pareció preocuparla aún más. —¿Pero no quieres llegar al clímax también?

Jasper se sentó a su lado. —Los hombres no necesitan alcanzar el clímax cada vez que se excitan. De hecho, una repetición de excitación y relajación a lo largo de las horas del día puede hacer que una liberación posterior sea más intensa. Al menos esa es mi experiencia, y si dudas de mí, pregúntales a tus amigas del pasillo lo que dicen otros hombres.

—Oh —dijo lentamente y miró hacia su regazo.

Jasper sonrió y se acercó para dejar un beso en la comisura de su boca. —Aún tienes mucho que aprender sobre las múltiples formas de la pasión, querida.

—Ya lo veo. —Su mirada voló hacia la de él—. ¿Puedes enseñarme pronto?

Jasper se quedó boquiabierto. ¿Quién era esta criatura extraordinaria? Tan segura un momento y tan desinformada al siguiente. —Podría —dijo lentamente—. Pero ¿por qué la urgencia?

Ella se encogió de hombros. —Es probable que nunca me case. Me gustaría saber lo que otras mujeres, como mis amigas, venden sus cuerpos para disfrutar.

—No toda la intimidad es placentera, especialmente no para las prostitutas —advirtió severamente.

—Oh, lo sé. Por eso me gustaría disfrutar de este tiempo contigo mientras pueda —le dijo, asintiendo para sí misma.

Él se alejó de ella. —¿Te vas a algún lado?

—No. Pero tú te irás, y yo también pasaré a otra situación algún día.

Jasper se puso de pie. La forma pragmática en que hablaba de irse y de una próxima situación lejos de Ravenswood disminuyó un poco su disfrute de lo que habían hecho juntos. Había perseguido y seducido a una institutriz, y ella ya estaba pensando en el final de su romance, pero él no. No quería que los placeres entre ellos terminaran tan pronto. —Siempre habrá más niños en esta familia para mantenerte ocupada y empleada.

—Sí, tu hermano menor se ha casado, y tu prima, la señora Crawford, parece complacida con mi trabajo para Lord Nash. Pero no puedo asumir que me querrían para sus hijos.

—¿Por qué no?

—Tú, más que nadie, deberías ver por qué. —Saltó de la cama y comenzó a alisar su vestido, y la cama también—. Mis faldas están un poco arrugadas —dijo, y luego rió suavemente—, pero por suerte casi siempre estoy así después de jugar con los niños, así que ninguno de los otros sirvientes se preguntará por ello. A Liam le gusta subirse a mi regazo para abrazarme muchas veces al día.

Hablaba con naturalidad, como si estuviera acostumbrada a confiar en él. Le gustaba mucho ese cambio entre ellos. —¿Qué hay de Thomas?

—Él está casi demasiado crecido para necesitar mi consuelo.

Jasper se deslizó detrás de ella y la rodeó con sus brazos por la cintura, atrayéndola hacia sí y presionando un largo beso contra su mejilla. —Es un tonto.

Sophie volvió a reír suavemente. —Es joven y piensa diferente a un caballero de tamaño completo con inclinaciones amorosas.

La llevó frente al espejo, sosteniéndola desde atrás para poder ver claramente su rostro. Todavía había un bonito rubor en sus mejillas por su encuentro amoroso. —Amoroso, en efecto, pero no indiferente a tus necesidades. ¿Ves? Ni un pelo fuera de lugar.

Sophie giró la cabeza de un lado a otro. —Creo que podrías tener razón. Bien hecho, milord. Dudo que mis amigas adivinen lo que hemos estado haciendo, siempre que pueda evitar que me suba el rubor a la cara.

—Jasper —susurró, corrigiéndola. No le gustaba que las mujeres lo llamaran "milord" una vez que habían compartido su cama—. El rubor te sienta bien.

Sophie encontró su mirada en el espejo y sonrió tímidamente. —Jasper, nunca supe que podías ser tan dulce.

La suavidad con que su nombre salió de sus labios hizo que su corazón se derritiera un poco. —La sonrisa también te sienta bien.

Normalmente, Jasper habría reprimido despiadadamente cualquier sentimiento relacionado con el amor. Sophie había acudido a él en busca de placer. Y ahora que había terminado, seguiría su camino, como todas las demás. Reanudando los deberes de una institutriz y mujer adecuada, al menos en la superficie.

Pero Jasper ahora la tenía calada. Quizás por eso se había sentido obligado a discutir con ella todos estos meses. Había estado buscando formas, tal vez torpemente, de sacarla de su caparazón. Ella nunca había sido ella misma a su alrededor y él lo había percibido de alguna manera. Las únicas personas con las que alguna vez había sido auténtica eran sus amigas del

burdel y aquellos que medían menos de un metro veinte.

También era excepcionalmente buena para los hijos de Nash. Se preocupaba lo suficiente por ellos como para ser ella misma en todo momento. Sin embargo, recordó su promesa a sus sobrinos y suspiró profundamente. —A la luz de la llegada inesperada de nuestros invitados, tendré que posponer el paseo que les prometí a Thomas y Liam.

—Se lo diré.

—No, se lo diré yo mismo y ahora. No haré que des excusas por mí como lo haces por mi hermano. Eso no es justo.

—Gracias —le susurró, asintiendo.

Jasper puso sus dedos ligeramente en la base de su garganta. Sophie tenía una piel tan suave, y le gustaría ver más de ella también. —¿Vendrás a mí esta noche?

Sus ojos se ensancharon, no de sorpresa, sino con un renovado atisbo de deseo. Las necesidades de Sophie nunca más serían descuidadas mientras fuera suya. Tragó saliva. —¿Los niños?

—Sí, hay que entretener a los niños y a nuestros invitados. —Isabelle aún estaba al cuidado de Seymour y debería comprobar su bienestar pronto—. Quizás otra noche.

Soltó a Sophie, decidido a no revelar su decepción de que así debía ser.

Sin embargo, Sophie se volvió para mirarlo. Su mirada bajó hacia su entrepierna, y una sonrisa se dibujó en sus labios. —En otra ocasión, sin duda. Pronto.

Jasper le pasó un brazo por los hombros, listo pero reacio a separarse de ella ahora. —Realmente me gustas más ahora, Sophie Regina Radcliffe.

La acompañó hasta la puerta y se asomó primero. No había nadie en el pasillo, así que la sacó suavemente de su alcoba. Esperó unos momentos y luego la siguió, dirigiéndose directamente a la guardería en el piso superior. Sophie ya estaba allí, rodeada por los niños. Jasper explicó que no podía llevarlos a montar. Estaban decepcionados, pero Sophie les prometió golosinas de la cocina. Se conformaron con el compromiso. Los niños siempre pensaban con el estómago.

Jasper despidió al mayordomo y tomó su posición junto a Isabelle.

Cuando Sophie pasó a su lado, le dio una palmadita en el trasero, riendo mientras salía tras los niños.

Jasper sacudió la cabeza y sonrió. Sí, después de todo, le gustaba bastante Sophie Radcliffe. Sabía cómo divertirse y esperaría con ansias el día, la hora, en que la tuviera a solas de nuevo.

Levantó a Isabelle en brazos, a pesar de que aún dormía. Ella refunfuñó, pero inmediatamente volvió a dormirse en sus brazos. La niña era adorable, sin duda, y su corazón se hinchó de felicidad al tenerla en su vida. Pensar que había intentado negar cualquier responsabilidad por la niña. No podía imaginar no tenerla cerca después de solo unos días.

Se acercó a la ventana y miró hacia afuera justo a tiempo para ver a los niños correr hacia el huerto. Sophie los seguía a un paso más tranquilo.

—Ah, veo que llego tarde —dijo Madam Clover, entrando en la habitación y tomándolo por sorpresa.

Señaló la ventana abierta con un dedo. —Por poco.

La mujer mayor se acercó. —Quizás sea lo mejor, ya que en realidad era con usted con quien deseaba hablar.

—Oh, ¿hay algún problema?

—En efecto, podría haberlo. —Inhaló—. Cuando su hermano, Lord Nash, le ofreció empleo a Sophie por primera vez, asumí... todos asumimos... que no estaría escondida aquí como lo ha estado.

—¿Qué quiere decir con escondida?

—Esperaba verla de nuevo en la ciudad, y sin embargo, no menciona planes de regresar del campo. Y ahora descubro que Lord Nash se ha marchado por todo el verano, abandonándola aquí sola con sus hijos. Esas no eran las condiciones bajo las que imaginé que viviría.

—Es la vida de una institutriz, señora —le recordó Jasper.

—Su hermano insinuó que Sophie se convertiría en algo más que una institutriz para él.

Jasper se quedó boquiabierto. —¿Qué más asumió usted que podría ser? Estoy seguro de que sabe perfectamente que mi hermano está casado.

La mujer mayor resopló y luego sonrió. —Lord Nash podría divorciarse y hacer de Sophie su esposa en su lugar.

Jasper se quedó inmóvil al darse cuenta de la posibilidad de un divorcio. Laura no quería tener nada que ver con su marido. Y Ravenswood había temido que algo estuviera pasando entre Nash y Sophie antes de que se fueran para el verano. Si la madame sospechaba que un divorcio estaba en el aire, Nash debía haberlo estado considerando durante bastante tiempo y se le habría escapado algo.

Pero Sophie estaba con Jasper ahora. —Nash nunca haría eso. Divorciarse.

—¿Por qué no? ¿Acaso nuestra Sophie no es digna de su adoración? Ella respeta a su hermano y adora a sus hijos lo suficiente como para ser una compañera cómoda en un matrimonio de conveniencia, así que el problema no está en ella —se quejó Madam Clover.

Jasper abrazó a Isabelle un poco más cerca de su corazón. —¿Es eso lo que ella le dijo que quiere?

—No con tantas palabras, pero está claro que aprecia mucho a su familia y su vida aquí.

Jasper apretó los dientes. Ese sentimiento de posesividad surgió y se desató en una furia impotente. —¿Qué es lo que quiere que *yo* haga al respecto?

—Apoyar la unión. Su hermano está demorándose innecesariamente. Si cree que ayudará, póngalo celoso colmándola de atenciones para que vea lo que se está perdiendo. Nuestra Sophie está destinada a más que la vida de una institutriz y cualquier cosa más cercana a mi profesión es un insulto a su inteligencia. Tiene el ingenio y el encanto para hacer cualquier cosa, pero siempre está plagada de dudas sobre sí misma y su humilde crianza. Cuando la acogí, fue con la intención de verla hacer un gran matrimonio algún día.

—Ya veo —murmuró. Entumecido. La idea de Sophie casada, y con Nash, le revolvía el estómago. Ella era *su* amante... ¿o había sido solo un error nacido de la soledad y la decepción por su parte? No sería la primera vez que una amante lo elegía cuando en realidad quería el favor de su hermano mayor. Y descubrir que los amigos de Sophie esperaban que se casara con Nash algún día le hacía sentir enfermo—. Si mi hermano tuviera algún plan de divorciarse y casarse con alguien, no estoy al tanto. Mi hermano es ambicioso, ¿por qué elegiría a Sophie? Una huérfana sin un centavo.

—Porque ella es mi heredera, joven. Cuando una mujer llega a mi edad, comienza a pensar y planear para el futuro. Nunca fui bendecida con hijos, pero cuando conocí a Sophie, encontré a la hija que siempre había anhelado. Se puede contar con Sophie para cuidar de mis damas y mis intereses comerciales cuando yo ya no esté. Después de todo, ella fue responsable de la mayor parte de nuestro éxito reciente. Su hermano sabe esto.

Jasper se apartó, preocupado. La prioridad de Nash siempre sería el duque y Ravenswood. Si se divorciara de Laura y se volviera a casar con alguien, cualquier dinero nuevo de la unión iría directamente a las arcas de la familia. —¿Así que él sabe que Sophie heredará una fortuna?

—No con tantas palabras, pero estoy segura de que se asegurará de que mis deseos se

cumplan.

Jasper se volvió hacia la mujer, con temor en su corazón. Ella esperaba que Nash se casara con Sophie. Pero Jasper estaba casi seguro de que su fe había sido mal depositada en su hermano. A Nash no le importarían las empleadas de Madam Clover una vez que ella ya no estuviera, y ya no escuchaba las opiniones de Sophie, o eso le había dicho ella recientemente. El matrimonio solo quitaría la herencia de Sophie y el control de la misma de sus manos por completo. No le gustaba lo que había oído hoy.

—Abordaré este asunto a su regreso a Ravenswood.

—Bien. —Le sonrió—. Sabe, es una lástima. Creo que usted habría sido una pareja mucho mejor para mi Sophie si alguna vez hubiera estado en el mercado para una esposa.

—No lo estoy, señora —soltó.

—Todo libertino dice lo mismo hasta que es demasiado tarde —dijo la mujer mayor, y luego se acercó a él, con los ojos puestos en la niña dormida—. Se parece tanto a su padre.

Jasper no pudo evitar sonreír ante el cumplido.

—Y su madre también —dijo la mujer, apartando la mirada—. Es una lástima que no pudiera soportar vivir con el hombre.

—Espere —la llamó Jasper—. ¿Quién es su madre?

La mujer frunció el ceño y lo miró a los ojos. —¿Por qué, Laura Sweet, por supuesto?

—¡¿Qué?! —Retrocedió—. No. Jamás me acostaría con mi cuñada.

—Oh, querido... así que es como Sophie afirma. —Se acercó—. Realmente cree que la niña es suya, entonces.

—¿No lo es?

La madame negó con la cabeza lentamente y había compasión en sus ojos.

Jasper sintió la noticia como un puñetazo en el estómago. Desde el principio, había creído que la niña no era suya, pero Sophie había insistido y él había concedido a regañadientes que podría ser padre. También había caído bajo el hechizo de la pequeña y había comenzado a pensar en qué tipo de futuro podría tener. Lo que tendría que hacer para criarla y protegerla cuando fuera mayor. Pero si era hija de Laura, nacida dentro de un matrimonio legal, Isabelle era responsabilidad de Nash le gustara o no.

Miró a la bebé y apretó la mandíbula con fuerza mientras el arrepentimiento le golpeaba directamente en el corazón. Y sin embargo, solo tenía la palabra de Madame Clover. Chismes. Miró a la señora mayor y se preguntó qué más diría sobre su hermano. —Madame, ¿cómo obtuvo la información sobre esta niña?

—He hecho que sea mi asunto mantener un ojo vigilante sobre Lord Nash por el bien de Sophie. Cualquier arreglo que hiciera con otras mujeres me interesaba mucho.

Él alzó una ceja. —¿Otras mujeres?

La anciana sonrió. —Afortunadamente, solo estaba su esposa.

—¿Cómo conoce a Laura?

—No la conozco, pero su hermano asistió a una mascarada bastante escandalosa y tuvo un encuentro con una mujer que luego encajaba con la descripción que me habían dado de su esposa distanciada. Imagine mi sorpresa ante ese descubrimiento cuando toda la sociedad sabe que no se soportan. Él se escabulló al amanecer de la mascarada y ella se fue por su lado. La hice seguir. —La mujer mayor arqueó una ceja—. ¿Le gustaría saber también la fecha de concepción y el parto?

Jasper palideció pero asintió y guardó la información para considerarla más tarde. Nash había dicho no hace mucho que no había visto a su esposa desde que lo había dejado. Pero, ¿se daba

cuenta Nash de que se había acostado con su propia esposa en esa mascarada?

¿Y qué hay de esa carta que había sido dejada en su cama? Había estado dirigida a él.

Si Laura había tenido un encuentro con Nash y le había ocultado su embarazo después, eso sería otro escándalo más para sacudir el matrimonio y la familia.

Jasper se humedeció los labios y luego miró a los ojos de la madame. —Si Sophie no sabe sobre los eventos que llevaron a la paternidad de esta niña, no quiero que se lo diga todavía —dijo Jasper lentamente—. Obtendré la verdad de Laura yo mismo y luego me ocuparé de Nash inmediatamente cuando regrese.

—Pero Sophie cree que usted es el padre de esta niña ahora —murmuró la mujer—. Usted es inocente de cualquier maldad. Ella debería saber lo bueno sobre usted antes de que sea demasiado tarde.

—Lo sabrá todo, cuando tenga todos los hechos.

La sonrisa de la mujer mayor se ensanchó. —Ahora puedo ver claramente quién es el mejor hermano. Sea gentil con el corazón de nuestra Sophie, Lord Jasper. Se rompe fácilmente por hombres insinceros.

—Haré lo mejor que pueda —prometió Jasper y salió de la habitación de la niña, llevando a Isabelle, su sobrina, pero deseando que no fuera así. Durante unos días, había sido un hombre con responsabilidades y se habían asentado fácilmente sobre sus hombros. Un hombre al que Sophie había comenzado a admirar, a pesar de su mal comienzo. Un amante, un amigo y un compañero. ¿Podría ser que Isabelle realmente no fuera su hija?

Jasper apretó los dientes. Si no lo era, Laura debería habérselo dicho en lugar de enturbiar las aguas con una maldita nota sin firmar dejada en su cama con Isabelle.

Y cuando Nash regresara, Jasper lo *obligaría* a reconocer a la niña como suya también e intentaría que se reconciliara con su esposa. Incluso si ella era difícil. Incluso si Laura huía de nuevo. Había habido momentos durante el matrimonio en que Nash y Laura se habían llevado bien. Claramente no tenían problemas en la alcoba.

Mientras tanto, Jasper continuaría desempeñando el papel de papá de Isabelle y ocultaría su pesar de que podría no ser por mucho tiempo.

CAPÍTULO CATORCE

Sophie se dio la vuelta cuando una rama se quebró detrás de ella y vio a Jasper emergiendo de la oscuridad alrededor del bosquecillo. —¿Hay algún problema?

—No —prometió él, deteniéndose a su lado—. ¿Esperabas que lo hubiera?

—No de mi parte del acuerdo. Las damas saben lo que están haciendo.

La orgía de Jasper había tardado solo un día y una noche en ponerse en marcha, y hasta ahora todo parecía ir bien. Esta noche era la culminación de su fiesta. Sus amigos no habían podido creer su buena fortuna cuando Madame Clover y sus damas aparecieron de repente entre ellos. Habían estado tan entusiasmados con la perspectiva de una noche de pasión desenfrenada bajo las estrellas que Jasper había sido aclamado casi como un héroe a sus ojos.

Todos se habrían ido por la mañana, incluso Madame Clover.

Sophie se mantenía alejada de las festividades, pero Madame Clover estaba reclinada en una chaise longue entre las sombras, vigilando atentamente el evento y a sus damas. Madame había conocido e inmediatamente incorporado a las prostitutas locales a su grupo, tratándolas como si fueran suyas también. Sophie ahora tenía poco que ver con el evento que se estaba llevando a cabo.

Pero no estaba olvidada. Jasper había seguido de cerca a Sophie toda la noche para que ninguno de sus amigos pudiera acercarse a ella, confundiéndola con el entretenimiento que se ofrecía. Ella estaba sorprendida por su protectora vigilancia, pero agradecida por su compañía. —¿Estás satisfecho?

—¿Cómo podría no estarlo? He ganado más dinero en esta noche que en todo el año pasado. Y se lo debo todo a ti y a Madame Clover.

—Ella es una maravilla —le dijo Sophie.

—Tú también lo eres. Aún tengo curiosidad por saber cómo te hiciste tan buena amiga de las prostitutas. No habría pensado ver un vínculo tan cercano entre todas ustedes después de tanto tiempo separadas.

Ella giró la cabeza hacia un lado, considerando cómo responder a esa pregunta. Les debía la vida a las damas, una deuda que nunca podría pagar, pero ese no era un tema abierto a discusión esta noche. Sin embargo, era una pregunta que merecía ser reconocida. —Las conocí en Londres antes de que tu hermano me contratara.

—Sí, me lo dijiste.

Sonrió ligeramente, recordando vagamente haber sido llevada a la casa de placer por esas amables mujeres, con dolor y sin esperanza en su corazón. Si no fuera por ellas, temía pensar qué podría haberle sucedido. —Nos hicimos amigas casi de inmediato.

—Bueno, eso no me dice nada en absoluto. —Lord Jasper frunció los labios—. Muy bien, Sophie. No te molestaré más por la verdad. Guarda tus secretos.

—Lo haré —prometió, y aunque él dejó escapar un suspiro frustrado, no dijo nada más para arrancar detalles de sus labios. Ella se sintió aliviada de que dejara el asunto tan fácilmente. Valoraba a las mujeres del burdel, pero su pasado, y lo que la había llevado a su puerta, era profundamente personal—. No dejes que te retenga.

—¿De qué?

Señaló hacia el bosquecillo iluminado a cierta distancia. —De disfrutar con ellas.

—¿Quién dice que no estoy disfrutando ahora? —murmuró.

Ella arqueó una ceja ante su comentario, pero mantuvo sus ojos en el distante resplandor de luz, donde una docena de libertinos estaban siendo entretenidos por mujeres igualmente entusiastas bajo las estrellas. Sophie deseaba no entender lo que impulsaba a sus amigas a buscar placer con hombres inadecuados, además del dinero, por supuesto. Los conocidos de Lord Jasper eran muy parecidos a él. Buscando pasión a corto plazo sin pensar en las consecuencias. —Mencionaron la esperanza de que te unieras a la diversión.

—¿Cuál de ellas?

—Todas ellas en algún momento u otro —respondió, aunque no había forma de saber si aún tendrían energía para otro hombre a esta hora tardía. Después de todo, era una orgía lo que estaba ocurriendo allí.

—No es de mi gusto —anunció Jasper.

—Oh —dijo ella, frunciendo el ceño. Lord Jasper había estado tan entusiasmado con la idea de una orgía, al menos una vez que se había recuperado de la sorpresa de que Sophie lo sugiriera. Ella había esperado, asumido, que cambiaría de opinión y se convertiría en un participante durante la noche—. Había otras que se quedaron en Londres que podrían interesarte más la próxima vez.

—Tampoco me interesan esas —dijo él.

Sophie se volvió para mirarlo, completamente confundida. —Pero pensé que un libertino...

En la oscuridad, apareció el blanco de sus dientes mientras le sonreía. —Sé lo que pensaste, y estabas equivocada sobre mí.

—Pero te has tomado tantas molestias para...

—Por el dinero —le aseguró—. No en busca de placer para mí mismo, señora.

—Ya veo.

—No estoy seguro de que lo veas. —Se acercó más y su mano se posó en la parte baja de su espalda—. Me alegro de haberte sorprendido. No quisiera ser como todos los otros libertinos que has conocido. Tú y yo no hemos terminado. Ni por asomo.

Aunque eso no debería complacerla, Sophie tuvo problemas para mantener la sonrisa fuera de su rostro. —Me... alegro.

—¿Solo te alegras? —bromeó—. Esperaba más entusiasmo por mi compañía a estas alturas. Pero lo cierto es que realmente no sabes nada sobre mí o lo que quiero tampoco.

Pero ahora empezaba a hacerse una idea de él. Lord Jasper no era exactamente el libertino desalmado que ella había asumido al principio. Era malicioso y ambicioso, sí, pero había una razón para ello. Quería aumentar su fortuna, y esta era la única manera en que pensaba que estaba calificado. Organizando fiestas por una tarifa. Cortejando el escándalo.

Sin embargo, conocía la tierra, las exigencias de la propiedad, lo había notado. No era exactamente el hermano menor inútil que todos habían hecho creer que era.

Pero era impaciente, de ahí su entusiasmo por ganar dinero a través de veladas escandalosas

como esta. También había detectado su aprecio por las damas de Londres. Eran hermosas y elegantes, hábiles en proporcionar placer a un hombre. Expertas en formas en las que Sophie nunca tendría la oportunidad de serlo. —¿Qué quieres en una mujer, Jasper?

Él negó con la cabeza. —Aún no lo sé. Pero por ahora, tú servirás.

Ella balbuceó ante su despreocupado cumplido. —Vaya, muchas gracias.

—¿Ves? Sabía que esa última parte te haría reaccionar. —Se rio y su brazo se curvó alrededor de su espalda para acercarla más. Sophie se vio obligada a reír con él. Disfrutaba bastante de sus bromas. Él estaba más relajado a su alrededor ahora y mucho, mucho más amigable fuera de la alcoba también.

El hombre que al principio la había descartado como una sirvienta insignificante más, luego con creciente sospecha y franco desdén, la había estado mirando los últimos días como si le resultara interesante. Tal consideración se le había subido a la cabeza, haciéndola desear que las cosas pudieran permanecer así entre ellos para siempre.

Pero no era buena idea pensar demasiado en el futuro. No para ella. No de nuevo. No confundiría la emoción de un nuevo amante con el comienzo de una verdadera amistad o incluso algo más profundo. Duradero. Ya había cometido ese error antes. Y cuando regresara Lord Nash, tendría que volver a ser formal para mantener su puesto.

Si es que aún lo quería ahora. Estaba lo suficientemente preocupada por la salud de Madam Clover como para considerar regresar a Londres también. Pero eso significaría dejar a los niños, y a Jasper. Un hombre del que quizás ya se había encariñado demasiado.

Sophie cambió el peso a un pie, preparándose sutilmente para alejarse de él. No le impondría su anhelo imposible, ni confundiría sus amables palabras por más de lo que realmente eran. Sophie no era como las mujeres que había traído a la finca para el placer de sus amigos, que podían pasar de un hombre a otro con facilidad.

Jasper la soltó y se frotó las manos enérgicamente.

—Sí, en efecto. Los fondos de esta noche han superado con creces mis expectativas para nuestra asociación. Pensé que estabas loca al sugerir un evento tan escandaloso. La asistencia de tus amigas, su belleza y la cálida bienvenida a mis amigos han asegurado una noche que esos hombres nunca olvidarán. Estarán clamando por la próxima velada escandalosa que organicemos.

Sophie se humedeció los labios.

—¿Cuándo podría ser eso?

—Madam Clover y yo aún tenemos que discutir sobre el tema, pero claramente estaba interesada en un segundo evento. Tendría que ser en otro lugar, sin embargo. En algún sitio donde pueda garantizar que Su Gracia esté lejos durante la planificación, pero lo suficientemente cerca para que tú puedas participar.

—No tengo que participar en absoluto —se encogió de hombros—. De todos modos, sería prudente mover el evento de un lugar a otro. La intriga y el secreto aumentan la emoción. Incluso podrían pagar más.

El brazo de Jasper volvió a rodear su cintura y la atrajo hacia sí.

—Tú y yo pensamos igual, entonces. La exclusividad marca la diferencia. Debes participar en toda la planificación y ejecución. Insisto.

Ella se sonrojó en su abrazo, preguntándose si tales muestras de afecto entre ellos eran prudentes. Él los llamaba socios, pero si ella fuera un hombre y esto realmente un acuerdo comercial, nunca se comportaría de esa manera.

Permanecieron allí en un silencio amistoso durante unos momentos más, escuchando los

sonidos indistintos de los juerguistas distantes. A juzgar por los ocasionales estallidos de risa escandalosa, la velada iba muy bien.

—¿Tienes intención de quedarte aquí toda la noche?

—Sí, para asegurarme de que todos se vayan antes del amanecer sin incidentes —respondió él, soltándola de nuevo.

Jasper dio un paso atrás e hizo tanto ruido que Sophie finalmente se volvió para ver qué estaba haciendo a sus espaldas. Ahora estaba apoyado contra un árbol, con un pie sobre el tronco. La pose era la más despreocupada que le había visto en todo el tiempo que se conocían.

Él la miró de reojo.

—¿Qué harás ahora?

—No lo sé. Había pensado en volver por si los niños me necesitan.

Él le lanzó una mirada.

—Están ampliamente supervisados.

—Sí, pero Kate es nueva e Isabelle tiene al mayordomo, pero...

—Los sirvientes del palacio pueden arreglárselas sin ti por una noche, y quizás por la mañana también.

Sophie se volvió de nuevo hacia la fuente lejana de luz y se mordió el labio preocupada. Esta era la vez que había estado más tiempo alejada de los niños. Ellos eran la única razón por la que estaba en Ravenswood.

Sin embargo, le gustaría quedarse cerca de la orgía, exactamente por la misma razón que Jasper, pero para saber que las damas eran bien tratadas. Los hombres podían ser bestiales. A veces no había advertencia cuando se producía un cambio en su temperamento. Aunque las damas sin duda estaban más acostumbradas a lidiar con tales situaciones, no estaban en Londres, donde se podía llamar fácilmente a una docena de lacayos para protegerlas.

Cuadró los hombros, preparada para quedarse allí toda la noche simplemente por su propia tranquilidad.

—Me quedaré también.

—Pensé que lo harías. Ven aquí y siéntate. Falta una hora o más para el amanecer.

Sophie se giró, buscando un lugar adecuado, y divisó un tronco, y frente a él en el suelo, una gran manta de lana extendida y almohadas. Otra manta estaba pulcramente doblada encima. Se sorprendió al ver tales comodidades allí al aire libre. Ella no las había traído. Jasper debía haberlo hecho.

—¿Esperabas que me quedara?

—Esperaba una noche fría e incómoda. Ve a sentarte y mantente caliente —dijo él, metiendo las manos bajo sus brazos.

—Gracias —dijo ella y se movió hacia el tronco, manteniendo un ojo en Jasper mientras se sentaba sola. Él parecía contento apoyado contra el árbol y no hizo ningún movimiento para unirse a ella, pero él también sentiría el frío pronto. Ella se estremeció cuando una repentina brisa agitó el aire alrededor de su rostro, enviando un mechón caído a hacerle cosquillas en la nariz, y pensó en invitarlo a sentarse con ella.

Jasper se movió entonces y recogió la otra manta. La desdobló, la sacudió y se acercó a ella lentamente. Con suavidad, envolvió la pesada manta firmemente hasta sus hombros y sobre sus piernas, haciéndola sonrojar.

—Ahí tienes.

Cuando se retiró, pareció un poco avergonzado por su acto de bondad y volvió a su árbol y a su pose anterior. Sophie lo observó, sus hermosos rasgos suavizados por la luz parpadeante de

las antorchas distantes, y soñó una imposibilidad.

Si fuera cualquier otra mujer, podría desear que este hombre la mirara solo a ella para siempre. Pero era Sophie, una mujer muy, muy por debajo incluso de él. Una huérfana y una institutriz. ¿Qué familia querría jamás que se uniera a sus filas? Ciertamente no una familia necesitada de fondos. Jasper solo se casaría con una mujer con dinero, si es que alguna vez lo hacía.

Sin embargo, Jasper podía tener y hacer lo que quisiera. Era buscado por otras mujeres, no solo por aquellas que buscaban conocer también a su hermano mayor. También era un hombre decidido a distinguirse de cualquier manera que pudiera. Ella entendía lo que lo impulsaba. Quería demostrar que era lo suficientemente bueno tal como era.

Sophie quería lo mismo.

Pero Sophie a veces soñaba con vivir otro tipo de vida. Una donde tuviera un hogar, un marido e hijos; donde pudiera estar con sus amigos también y ser amada sin importar lo que hiciera. Nada de eso parecía probable aquí, donde era solo una sirvienta. Quizás era hora de volver a Londres y reunirse con sus amigos. Al menos allí podría ser ella misma, así, siempre y nunca tener que cambiar para encajar.

Jasper se volvió hacia ella de repente.

—Sabes, eres muy interesante, Sophie.

Se quedó desconcertada por el repentino comentario.

—¿Interesante?

—Si hubiera dicho guapa, que lo eres, quizás me habrías odiado por decirlo —bromeó.

—Lo habría hecho —Sophie apoyó la barbilla sobre sus rodillas y las rodeó con los brazos, riendo suavemente—. Hay mujeres mucho más guapas que yo. Están allí, entreteniendo a tus amigos.

—No para mí en este momento, y eso me sorprende más de lo que jamás pensé que podría —confesó. Se alejó unos pasos, con las manos bajo los brazos—. Voy a dar un paseo por los alrededores, para asegurarme de que todo está en orden.

—¿Pero está muy oscuro?

—Conozco este lugar muy bien. Volveré pronto —prometió, y se alejó sin esperar una respuesta más de ella, sus largas piernas lo llevaron hacia la oscuridad hasta que ella ya no pudo oírlo.

Sophie esperaba que no tardara mucho y se sonrojó, recordando cómo la había abrazado esta noche. Solo era humana. Los cumplidos y la amabilidad siempre se le habían subido a la cabeza por su rareza. Especialmente las atenciones de apuestos libertinos. Ese había sido su error antes. Había creído que los cumplidos eran señal de un verdadero romance y no lo que realmente eran: un remedio para el aburrimiento de un caballero adinerado y con derecho que había decidido que ella estaría agradecida por sus efímeras atenciones.

Al final había aprendido de sus errores. Los hombres no la miraban y pensaban en honor o matrimonio. Jasper no era diferente, pero era honesto al respecto. Era amable con ella porque lo había ayudado, y no estaba con ninguna otra compañía femenina que le atrajera. Estaba solo.

Sophie conocía ese sentimiento demasiado bien también. Se acurrucó en su manta para observar las luces distantes en soledad y esperó impacientemente el regreso de Jasper.

CAPÍTULO QUINCE

—Eso es todo. Listo. El último hombre ya va camino a casa —proclamó Jasper mientras el carruaje de Threadwell desaparecía por el sendero poco transitado de la finca. Se volvió hacia sus compañeras y sonrió. Madam Clover le ofreció una sonrisa cansada y sardónica. Él se acercó a ella y le tomó la mano para besarle el dorso—. No puedo agradecerle lo suficiente por venir a nuestro rescate.

—Deberíamos agradecerle a Sophie por sus ideas inspiradas —respondió la mujer con modestia, dirigiendo la mirada hacia la sonrojada institutriz. Sophie se había quedado callada desde que el primer carruaje con sus invitados se había marchado.

—Debería estar bailando de alegría —bromeó Jasper, esperando arrancarle una sonrisa.

—Estoy demasiado cansada para eso —advirtió Sophie, sonando como si necesitara irse a la cama. Él deseaba que fuera la suya propia.

—Quizás mañana celebremos nuestro éxito —murmuró y se volvió hacia la madam londinense—. Esta es su parte, menos la cantidad que acordamos.

Madam Clover contó el dinero delante de él y luego lo guardó en los bolsillos ocultos bajo su capa.

—Gracias, Lord Jasper, por una estancia de lo más emocionante. Espero con ansias la próxima vez que nos encontremos. Quizás entonces también sea un día de celebración, y nuestra Sophie *sí* baile.

Él inclinó la cabeza. Pero esperaba que ella no estuviera pensando que podría ser el día de la boda de Sophie con Nash. Eso sería sobre su cadáver. Nash no podría divorciarse de Laura si habían concebido otro hijo juntos.

Ofreció su brazo a la cansada mujer mayor y la guió por el terreno desigual hasta donde esperaban sus acompañantes. Madam Clover y las damas habían estado entusiasmadas con la noche pasada, y la próxima orgía también era muy esperada. Cuando encontrara el lugar adecuado, estaba seguro del éxito con su ansiosa participación.

Pero le debía su éxito enteramente a Sophie. Una mujer con una mente extraordinaria y una audacia inesperada. Pensar que se había burlado de la idea misma de que una simple institutriz pudiera serle útil. Excepto que ya no parecía simple. Había una sutileza en su belleza que había llegado a apreciar.

Como las mujeres ya se habían despedido, Jasper ayudó a la madam a subir a su carruaje y ayudó a entrar a sus acompañantes una por una. Era un ajuste apretado con las chicas locales incluidas, pero Madam insistió en llevarlas de vuelta al pueblo ella misma. Algunas de ellas habían decidido hacer el viaje a Londres y tenían pertenencias que recoger.

Cuando miró alrededor, Sophie se había quedado atrás y tenía lágrimas en los ojos. Cerró la puerta del carruaje y retrocedió un poco. Las mujeres se amontonaron en las ventanas, lanzando besos a Sophie, quien parecía estar cada vez más alterada.

Cuando las damas finalmente estuvieron listas y gritaron para partir, el coche se alejó y desapareció lentamente de la vista. Él se acercó paseando hacia Sophie.

—Gracias —dijo, extendiendo su mano con el dinero que Madam Clover insistió en pagarle. Un adelanto de su herencia, en caso de que alguna vez necesitara los fondos para regresar a Londres, donde sería bienvenida de nuevo.

—¿Para qué es eso?

—Por ser la mujer que eres.

Ella tomó el dinero, lo contó y lo miró fijamente.

—No puedo aceptar tanto de usted.

—Bueno, si no lo aceptas, tendré que correr a los establos, ensillar un caballo y perseguir ese carruaje. No es de mi parte, sino de la propia Madam Clover.

—Nunca esperé realmente nada —Sophie se mordió el labio con preocupación—. Usted podría quedárselo. Usarlo para este lugar en su lugar.

—Eso sería robar —dijo, y luego se señaló el pecho con el pulgar—. Libertino, no ladrón.

—Tampoco tan malvado, o se habría unido a la orgía —lo acusó.

—Nunca he sido aficionado a la desnudez pública —le dijo. Al menos no desde que tenía doce u once años y nadaba de noche con sus hermanos. Se acercó más a ella y notó que parecía menos inclinada a llorar ahora, gracias a su intercambio de bromas. Se alegró de poder sacarla de su melancolía tan fácilmente—. Prefiero una pasión privada y pausada. Además, hacía un frío del demonio anoche. Eso puede disminuir las proporciones de un hombre, te lo aseguro.

Sophie soltó una carcajada y miró alrededor del claro. Él se preguntó si podría estar arrepintiéndose de no haber participado en el evento. Había estado vestida para ello bajo su capa. Llevando el pequeño vestido rojo que había encontrado olvidado en algún lugar del palacio. La seda y el satén habían transformado su cuerpo en el de una sirena.

Una sirena que no había dado señales de que acogería con agrado una renovación de sus seducciones hasta ahora.

No deseando que se volvieran incómodos el uno con el otro ahora, miró alrededor. La única evidencia de la noche recién pasada era la hierba pisoteada. El hoyo para el fuego estaba rellenado, las antorchas apagadas, y las chaises longues usadas como camas llevadas de vuelta al palacio para una buena sacudida y luego un retorno a sus lugares correspondientes. La única evidencia que quedaba de la noche recién pasada eran él mismo y Sophie, en los terrenos de la finca cuando normalmente nunca se les encontraría juntos a esta hora temprana.

Sin embargo, sonrió. Quedarse despierto toda la noche con Sophie no era una mala manera de pasar cualquier velada. Había disfrutado de su compañía y sus pequeñas charlas.

—No sé tú, pero mi cama me está llamando.

—La mía también.

Él le ofreció su brazo.

—¿Vamos?

El brazo de ella se entrelazó con el suyo, y sus mejillas se marcaron con hoyuelos al sonreír.

—Sí, por supuesto. Los niños se despertarán pronto.

—No demasiado pronto, espero —murmuró él—. Necesitas descansar.

Tan pronto como los niños estuvieran levantados y corriendo por ahí, también perdería cualquier oportunidad de hablar con Sophie de nuevo ese día. Siempre había sabido que su

tiempo juntos sería corto debido a los niños, pero eso lo irritaba de vez en cuando.

Como la hierba estaba un poco alta y húmeda por el rocío en el camino de regreso, Sophie tuvo que soltarlo para levantar sus faldas y mantener el dobladillo seco durante unos metros. Jasper no pudo evitar echar un vistazo a sus piernas mientras caminaban de vuelta a la mansión a un paso tranquilo.

Quería conocer mejor a Sophie, ver más de ella que cualquier otra persona. Sin sus hermanos alrededor, o los niños teniendo prioridad. No podía ser él mismo, bromeando o tentando a Sophie frente a testigos. Pero no quería que ella se sintiera avergonzada por su aventura, tal como era, o fingiera que nunca había sucedido. Su propia conciencia estaba bendecidamente en silencio sobre el tema de acercarse demasiado y volverse personal con la empleada de su hermano. Ella había dejado claro que entendía sus intenciones.

—¿De dónde vienes? —le preguntó de nuevo, buscando su mano cuando pudo—. Sé que Nash te contrató mientras estaba en Mayfair, ¿pero es de ahí de donde eres?

—No —dijo ella y miró hacia otro lado—. Nací lejos de allí.

Él sonrió ante su respuesta.

—De nuevo, sin detalles, Sophie Regina Radcliffe, ¿eh?

Sus labios se curvaron en una sonrisa traviesa cuando se volvió hacia él y entrelazó su brazo con el suyo. —Sabía que la falta de detalles te molestaría.

Él sonrió y le dio unas palmaditas en la mano que descansaba sobre su brazo. —¿No hemos superado ya la etapa de molestarnos mutuamente, querida Sophie?

Ella le dirigió una mirada de ojos entrecerrados, pero estaba luchando contra una sonrisa. —No lo sé. ¿Lo hemos hecho?

—Te juro que no te deseo ningún mal. De hecho, mi mente está llena de ideas para asegurar que mi hermano te mantenga aquí mucho después de que los niños ya no necesiten una madre.

—¿Por qué harías eso? Siempre supe que tendría que buscar una nueva posición cuando ellos se fueran.

—Pero yo aún te necesito. Somos socios, ¿no es así?

—No realmente. A Madame le agradas y disfrutó hacer dinero contigo. No detendrá el acuerdo simplemente porque yo me vaya a otro puesto o regrese a Londres.

—¿Londres?

Ella se encogió de hombros. —Realmente extraño a mis amigos. Si me quedo aquí, podría no volver a verlos nunca. Madame Clover está envejeciendo. No quiero quedar atrapada aquí cuando ella más me necesite.

¿Atrapada? Frunció el ceño y caminó en silencio junto a Sophie, reflexionando sobre sus palabras. No quería que Sophie se fuera y que *él* nunca la volviera a ver. La orgía y su presentación a Madame Clover nunca habrían sucedido sin ella. Su éxito y el dinero en sus bolsillos esta noche se debían enteramente a sus perspicaces ideas y valiosas conexiones. Y quería seguir teniendo tanto éxito como este en todos sus emprendimientos. —Yo también te quiero aquí. Quédate y te mantendré ocupada y te haré rica. Me aseguraré de que veas a tus amigos también. Nunca te mantendría atrapada aquí.

—Lord Nash también prometió eso. —Su mano se deslizó de su brazo y se detuvo frente a él —. Ayudarte nunca fue por ganar dinero para mí misma.

Él se volvió para mirarla, completamente sorprendido. —Pero dijiste...

—Sé lo que dije. Parecía la única forma en que me dejarías participar.

—¿Por qué te tomarías tantas molestias sin beneficio alguno?

—Sentimiento. Tu familia ha sido amable conmigo, y tú necesitabas el dinero —le dijo—.

Más importante aún, quería que tuvieras éxito, para demostrar que no estaba en tu contra. Tu orgullo podría no haber aceptado mi ayuda si parecía no haber razón para ello.

Jasper sintió que lo invadía una oleada de gratitud. No supo qué decir por un momento, pero luego atrajo a Sophie a sus brazos y apretó su cabeza contra su pecho. —Gracias.

Sophie permitió su abrazo por un momento, luego lo apartó. —De nada, Jasper.

Jasper tomó su rostro entre sus manos y lo inclinó hacia el suyo. Sophie Radcliffe era, sin duda, una mujer extraordinaria, y se había vuelto querida para él. —Inteligente y generosa con alguien que seguramente no merecía tu ayuda. ¿Qué puedo hacer para pagarte? Pide lo que sea y es tuyo.

—No necesito ni quiero nada de ti, Jasper. Nunca lo he hecho.

Él acarició su mejilla con el pulgar, redescubriendo la suave e intrigante calidez de su piel. Aquellas pequeñas irritaciones que los habían mantenido discutiendo durante meses habían desaparecido hacía tiempo, y en su lugar había surgido una cálida amistad que nunca quería que terminara.

Podría ser más si lo permitiera.

Sin embargo, esa decisión no sería suya. Él no era del tipo que se casaba, y ella lo sabía. —Creo que hay mucho más por descubrir sobre alguien tan encantadora como tú —susurró, continuando acariciando su mejilla con el pulgar.

Sus ojos se habían agrandado mientras lo miraba y se acercó un poco más. —Soy aburrida y poco interesante.

—Eso es mentira.

—Estoy atada a las reglas.

—Solo cuando te conviene —respondió suavemente—. Sabes qué reglas puedes arriesgarte a romper. Eres sabia más allá de tus años.

—Una vieja bruja —murmuró, con las pestañas revoloteando—. Mayor que tú.

—Lo suficientemente mayor como para no ser tonta sobre ciertas cosas. Lo suficientemente sabia como para enfrentarte a mí y sobrevivir. Una mujer sin igual. Una incomparable por derecho propio.

Su respiración se entrecortó cuando Jasper movió su mano detrás de su cabeza, deslizándola sobre su cabello extravagantemente recogido. Sophie había sido toda frialdad por fuera, pero un deshielo había ido llegando lentamente a medida que avanzaba el verano. Le alegraba el corazón saber que él podría haber sido responsable de hacerla sentir cómoda con él al fin.

Ella se inclinó un poco hacia él, su pecho subiendo y bajando rápidamente. Sus ojos eran luminiscentes en la luz de la mañana temprana. Estaba tocada por el deseo, y él también. La única pregunta era si actuaría sobre ello o dejaría que el fuego se extinguiera por sí solo.

Esperaba que no. Quería tener la oportunidad de mostrarle toda la pasión sobre la que ella había preguntado el día que Madame Clover había llegado.

Jasper deslizó su mano desde su cabello hasta su espalda alta, luego acarició suavemente hacia abajo por su columna y de vuelta hacia arriba. Solo ese contacto casi lo hizo caer de rodillas. No había participado de los placeres de la orgía porque ninguna de esas mujeres caídas le había hecho sentir ni siquiera una pizca de tanto anhelo. Jasper quería hacer cosas indecibles con Sophie, con su cuerpo, y ser azotado por su lengua mordaz también durante el día. La deseaba de la peor manera, y ella probablemente lo había visto en sus ojos todo el tiempo. Incluso antes de que él lo supiera.

Por eso nunca se había atrevido a alentarlo. Él era un peligro para una mujer que intentaba ser apropiada.

Sophie era el placer prohibido. Una tentación que también había tratado tanto de ignorar. Estar con una mujer apropiada que lo conociera, sus ambiciones y restricciones, y aceptara cómo serían las cosas con él había parecido imposible una vez.

Sophie se acercó un poco más y se mordió el labio inferior. Cuando encontró su mirada, había tristeza en sus ojos. Ella sabía lo que podría suceder entre ellos y cómo terminaría. No quería desearlo por eso.

Jasper dejó que su mano se alejara de su cuerpo, decepcionado. Era deseado... pero desearlo era lo último que ella podía hacer.

No harían el amor hoy, ni quizás nunca. Pero estaba decidido a mantener su amistad y su confianza sin importar qué. Dio un paso atrás. —Deberíamos volver.

Sophie tragó saliva y asintió. —Sí.

Jasper hizo un gesto hacia el palacio. —¿Vamos, señora Radcliff?

Una pequeña sonrisa triste cruzó su rostro. —Sí, Lord Jasper.

Regresaron al palacio en silencio, lado a lado, Jasper dolorosamente consciente de que había perdido una oportunidad de estar con ella. La observaba discretamente, lamentando su contención, pero sabiendo que era lo mejor. Y ya era demasiado tarde, de todos modos. Tenía una propiedad que dirigir, la verdad que descubrir sobre Isabelle, y Sophie tenía que cuidar a los hijos de su hermano. Tampoco se acercarían más cuando todos los demás regresaran, y lamentaba mucho eso.

Y entonces un día ella se iría a otro lugar de empleo, o regresaría con Madam Clover en Londres, y él podría no volver a verla jamás.

Hizo una mueca ante la mera idea de que ella dejara Ravenswood. En otro tiempo, habría disfrutado la idea de verla partir. Pero ahora, Ravenswood no sería lo mismo sin ella. Extrañaría hacer todo lo posible solo para molestarla.

Se despidieron con un educado asentimiento frente a la casa y él la observó alejarse, desapareciendo por una puerta diferente.

Jasper maldijo entre dientes y se dirigió a zancadas hacia su estudio privado donde le aguardaba el trabajo. Guardó su dinero y realizó los movimientos de sentarse en su escritorio, sacar la extensa lista que Nash le había dejado para atender, y tachó las últimas tareas. Sacó otro conjunto de papeles de un cajón del escritorio; uno que él mismo había hecho. Su propia lista de mejoras para la finca Ravenswood para mostrar al duque a su regreso.

Sin embargo, todo en lo que podía pensar era en Sophie: la suavidad de su piel, el aroma de su cuerpo y el rápido subir y bajar de su pecho cuando sus miradas se encontraban. Su risa. Su conversación.

Sus labios presionados contra los suyos.

Se deseaban mutuamente.

Vendería su alma por probarla una vez más. Pero ¿podría un libertino cambiar lo suficiente para que una mujer como Sophie confiara completamente? Ella había esperado que él se uniera a la orgía. No lo habría hecho sin tenerla a su lado. Pero tampoco habría permitido que nadie más la tuviera. La habría mantenido protegida y solo para él.

Jasper se levantó bruscamente de su silla con frustración. No podía adaptarse. Jasper no se doblegaría solo para que una mujer lo besara con tanta necesidad corriendo por sus venas como por las de él. Tampoco se volvería correcto y se casaría con Sophie ni siquiera por todo el dinero que ella heredaría algún día. Casarse por riqueza no había hecho más feliz la vida de su hermano Nash, pero claramente, tenía la oportunidad de hacerlo de nuevo, sin que Sophie fuera consciente de sus motivos.

Sophie merecía casarse solo porque su futuro esposo la amara.

Jasper recorrió la habitación de un lado a otro, luchando por deshacerse de su agitación ante la mera idea de Sophie como la novia de alguien. Nunca había querido proteger a una mujer tanto como a Sophie Regina Radcliffe.

Pensó que casi había logrado dominarse cuando un paso ligero fuera de su puerta llamó su atención. Se giró hacia el sonido, abrió la puerta de un tirón para ladrar a quienquiera que fuese por la molestia.

Pero era Sophie.

Jadeó cuando el cuerpo de ella rozó el suyo al deslizarse dentro de la habitación.

Cerró la puerta. —¿Qué haces aquí?

—Tenía que venir.

—¿Por qué?

Ella lo enfrentó. —Tenía que venir... y tú también.

Él parpadeó. Confundido. Seguramente, ella no podía querer decir eso de la manera en que había salido de su boca. Se acercó a ella como un depredador. Ella había elegido no alentar su seducción hace apenas diez minutos. —¿Qué has dicho?

—Todo —susurró ella—. Quiero todo lo que ofreces y al diablo con las consecuencias. Quiero a mi libertino.

Lo estaban proponiendo. *Su* Sophie lo deseaba. Para...

Tomó su cabeza con su mano y la atrajo lo suficientemente cerca para besarla. Miró fijamente sus ojos y vio pasión allí de nuevo. —Te prometo que obtendrás toda la educación que pediste conmigo.

—Demuéstralo.

Tomó su boca en un beso brutal. Duro e implacable, mientras Sophie se enredaba en su abrazo, sus piernas entrelazándose con las de él. La empujó hacia atrás hasta su escritorio, la depositó en el borde y echó hacia atrás su capa, luego levantó sus faldas de seda roja por encima de sus rodillas. Ella no se había cambiado desde que regresaron al palacio y él se alegró de que hubiera tan poco entre ellos. La piel de sus muslos era tan suave y distractora, pero su boca... oh, había otro mundo esperándolo en sus besos. Se deleitó con sus labios y hundió su lengua en su boca para enredarse con la de ella.

Se dio cuenta de que ella tiraba de su ropa y abrió los ojos para ver qué estaba haciendo.

Sophie tenía su labio inferior entre los dientes mientras desabotonaba su chaleco para deslizar sus dedos por su pecho, y maldita sea si eso no lo excitó insoportablemente. Él empujó sus faldas más arriba mientras ella aflojaba sus pantalones y comenzaba a empujarlos hacia abajo por sus piernas con manos impacientes.

Jasper la recostó hacia atrás, simplemente para ver mejor su sexo. Un parche de rizos oscuros protegía un lugar que él deseaba devorar con su boca. La separó con sus dedos, captando el aroma de su excitación en el aire. Estaba reluciente de humedad, y encontró su mirada con una sonrisa conocedora. —¿Qué tenemos aquí, querida?

—Lo que necesitas, espero.

—Sí —prometió—. Quiero esto y más. —Jasper dejó que sus dedos exploraran, acariciaran y penetraran su cuerpo. Sophie gimió de excitación al ser tocada, y él la acarició con toda la habilidad que pudo reunir, aunque apenas podía contener su emoción. Giró un poco su mano, para que su pulgar descansara sobre su clítoris. Mientras la acariciaba con sus dedos, presionó suavemente hacia abajo, trabajando para aumentar su placer.

Sophie cayó completamente sobre su escritorio, arqueando la espalda, con las piernas

abiertas mientras se apoyaba en su mano. Era gloriosa en su pasión, y Jasper no podía tener suficiente.

Se inclinó para besar su sexo para aumentar su placer.

Sophie se tensó ante el primer roce de sus labios y lengua, pero sus gemidos pronto se convirtieron en urgentes «sí» y «oh, Dios» y «por favor, por favor, entra en mí».

Jasper obedeció y estuvo en su entrada en un momento. Lentamente se introdujo en su cuerpo, dejando sus dedos bailando sobre su clítoris. Ella lo recibió fácilmente, se sacudió, instándolo a tomar su placer en ella. Él estaba más que feliz de complacer su petición, pero el placer de una mujer siempre debe venir antes que el suyo propio.

La agarró por los muslos, la reposicionó y levantó sus pies en el aire sobre sus hombros. Luego embistió dentro de ella una y otra vez, rozando su clítoris de vez en cuando. Se mordió la lengua para silenciarse cuando se dio cuenta de que estaba gruñendo con cada embestida. Igualando a Sophie gemido por gemido de una manera que nunca había notado que había hecho con otras amantes.

Y entonces ella se arqueó y gritó cuando encontró su liberación inesperadamente pronto.

Él apretó los dientes mientras su sexo se apretaba insoportablemente a su alrededor y se mantuvo quieto hasta que ella se suavizó y él pudo moverse libremente de nuevo.

Finalmente, ella levantó la cabeza, su mirada fijándose en la de él. Había una mirada aturdida en sus ojos, gratitud y alivio cuando sus miradas se encontraron y mantuvieron. Jasper bajó sus pies al borde del escritorio y tocó su clítoris nuevamente, esperando que estuviera sensible, pero otro temblor la recorrió mientras ella gritaba por segunda vez, sorprendiéndolo completamente.

Aún no había llegado al clímax, y lo deseaba, así que hizo que el escritorio debajo de ellos se balanceara y rebotara con cada embestida mientras buscaba su propio placer. Se liberó de su abrazo para derramar su semilla en su mano. Sophie yacía allí sobre su escritorio, jadeando, con las piernas abiertas, deshecha y sonriéndole.

Ella extendió la mano para tocarle el rostro con una ternura que le cortó la respiración. Hacer el amor era diferente con Sophie. Significaba algo para ella.

Sophie era especial. Sophie era *suya*.

Jamás permitiría que nada, ni nadie, se interpusiera entre ellos. Especialmente no su propio hermano.

Jasper se limpió la mano con su pañuelo, volteó a Sophie boca abajo y se deslizó de nuevo dentro de ella, listo para la segunda ronda. Su asociación tenía que continuar.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Sophie miró debajo de las camas de los niños y luego en un armario, sosteniendo a Isabelle en la cadera mientras se movía por la habitación. —¿Thomas? ¿Liam? ¿Dónde están?

No hubo respuesta. Ninguna reacción a sus llamadas. A esta hora del día, casi mediodía, los niños deberían estar trabajando duro en las lecciones que ella había dejado y esperando la entrega de su almuerzo. Los chicos no estaban en el cuarto de los niños, pero debían estar escondidos en algún lugar cercano.

Los chicos nunca habían desaparecido del cuarto de los niños de esta manera antes. Pero entonces, Sophie siempre había estado aquí con ellos a esta hora del día. Debían haber ido a buscarla... y eso la hizo enfadarse consigo misma.

Había olvidado momentáneamente su única razón para estar en Ravenswood. Sophie no era una invitada que pudiera ir y venir a su antojo o ignorar sus responsabilidades. Era una institutriz ante todo.

Ceder a sus deseos con un libertino siempre era un error.

Sophie entregó a la niña a la confundida doncella, que había estado profundamente dormida cuando ella entró después de cambiarse de nuevo a su ropa normal. —Lleva a Isabelle a Lord Jasper.

—Sí, señora. De nuevo, lo siento mucho —susurró Kate—. No me di cuenta de que me había quedado dormida.

—Los niños deben haberse escabullido de puntillas —respondió, y la doncella se apresuró a marcharse con Isabelle.

Sophie la vio irse con el corazón apesadumbrado. Había sido un error confiar a alguien aquí los hijos de Lord Nash. Estaba segura de que no les podía pasar nada malo en su recorrido sin acompañantes por la gran casa. Pero le gustaba saber dónde estaban en todo momento.

Volvió sobre sus pasos hasta su propia habitación, luego revisó todas las habitaciones hasta llegar a la escalera principal. Si Thomas y Liam habían ido juntos en busca de Sophie, esperando verla en su propia habitación y no la habían encontrado allí, debían haber ido más lejos después de eso. Tal vez abajo.

Los chicos no estaban en el tercer piso. No había razón para que subieran a los áticos. Quizás habían ido a visitar a su tío para preguntar dónde podría estar ella.

Bajó corriendo las escaleras hacia el ala familiar. Kate acababa de salir de la habitación de Lord Jasper, con los brazos vacíos sin la niña. Sophie se dirigió a su habitación y llamó a la puerta, esperando encontrar a los chicos con él.

—Adelante —llamó Jasper.

Abrió la puerta y asomó la cabeza. Jasper estaba en medio de la habitación, sosteniendo a Isabelle en alto sobre su cabeza y riéndose de su padre. Era una escena encantadora, ver al padre y a la hija jugando juntos, y en cualquier otro momento podría haberse quedado a observarlos. Pero al examinar el resto de la habitación, sus esperanzas de encontrar a sus pupilos se desvanecieron. —¿Has visto a Thomas y Liam esta mañana?

—No. ¿Debería haberlos visto?

—Supongo que no. Discúlpame. Tendré que revisar todas las habitaciones del ala familiar. Tal vez hayan ido a las habitaciones de Lord Nash.

—¡Sophie! —la llamó, pero ella ya se estaba alejando apresuradamente y no podía detenerse a explicar.

Sophie nunca había tenido ninguna razón ni deseo de entrar en las demás habitaciones del ala familiar antes. Esta área era privada, solo para el duque, sus hermanos y sus sirvientes inmediatos.

Abrió la puerta de Lord Nash, asomó solo la cabeza y llamó a los chicos por sus nombres.

No respondieron, pero de todos modos entró corriendo para revisar debajo de la gigantesca cama en caso de que estuvieran escondidos allí. Pero no estaban, y se levantó frustrada. No era propio de ellos esconderse de ella o ir a donde no se les permitía. La habitación de su padre estaba fuera de los límites para ellos, al igual que todas las demás cercanas.

Se llevó las manos a la cabeza y luego corrió hacia la puerta. Thomas había tomado la decisión de imponerse e ignorar las reglas porque su institutriz había abandonado sus deberes por una noche y una mañana. Retrocedió y revisó todas las habitaciones del ala familiar, incluso las grandes habitaciones del duque, donde no podía imaginar que tuvieran motivo para entrar. Estarían en un gran problema si hubieran tocado algo allí.

Se encontró con Lord Jasper sosteniendo a Isabelle al regresar a la escalera. —¿Estás jugando a algo con los niños? Podríamos unirnos si quieres.

Ella negó con la cabeza. —No estoy segura de si es un juego.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó, abriendo los ojos mientras ella pasaba corriendo junto a él—. ¡Sophie, espera!

—No puedo encontrarlos. —Un pozo de preocupación crecía en su vientre. Esto no era un juego, sino un peligro que no había esperado. En Londres, los niños desaparecían todo el tiempo y nunca se les volvía a ver.

Bajó volando las escaleras, ignorando las repetidas llamadas de Jasper para que hablara con él, revisando la biblioteca, el salón, el salón de baile, la sala de fumar, el estudio de Jasper e incluso el del duque también. Ningún rastro de los niños en ningún lugar de la casa. De cada sirviente que pasaba, recibía una negativa de que alguna vez hubieran estado allí. Los chicos no estaban en la sala de los sirvientes, donde no debían ir solos de todos modos. Ciertamente no pidiendo golosinas al personal de la cocina.

A su regreso al vestíbulo principal, sintió una brisa rozar su mejilla y se dio la vuelta, buscando la fuente. Una corriente de aire parecía venir del salón de la mañana. La única habitación que había olvidado revisar.

Sophie se apresuró a entrar, llamando de nuevo a los chicos por sus nombres, y encontró una puerta que daba al césped trasero abierta.

Liam estaba fuera del palacio, y estaba solo.

Corrió hacia él y lo hizo volverse para mirarla. —¡Liam! ¿Qué estás haciendo? ¿Dónde está tu hermano?

—Se fue afuera.

—¿Afuera?

Liam asintió solemnemente y señaló los terrenos de la finca. —Le dije que esperara tu permiso. ¿Dónde estabas?

—Estaba en mi habitación, querido —mintió, alisando su cabello más que nada para calmarse porque estaba realmente asustada ahora.

—No pude encontrarte y Thomas no quiso esperar. —Liam sollozó de repente y se volvió hacia sus faldas. Aunque era un niño grande, Sophie lo levantó y lo sostuvo fuertemente en sus brazos, pero su estómago se hundió de temor. Había estado con Jasper cuando los chicos debieron haber venido a buscarla. Pero ¿cuánto tiempo hacía de eso?

—Estoy aquí ahora. Agárrate fuerte a mí.

Sophie miró desesperadamente alrededor de los jardines, buscando señales de Thomas, y luego se puso en marcha, cargando a Liam. Pero después de unos metros, se dio cuenta de que no había forma de saber por dónde se había ido el otro niño. El rocío hacía mucho que había desaparecido de la hierba, sin dejar rastro del paso de nadie. Tampoco parecía haber jardineros por allí que pudieran haber visto pasar a un niño solitario. Miró por encima del hombro al oír que alguien se acercaba por detrás.

Jasper la había seguido y llevaba a Isabelle. —Estoy haciendo que registren el palacio de nuevo, pero veo que has encontrado a uno de ellos.

—Sí. Liam quería esperarme, pero Thomas se ha ido por ahí en alguna parte. No quiso esperar. ¡Oh, Jasper, estoy tan preocupada!

El brazo de Jasper se deslizó alrededor de su espalda. —Lo sé. No debería estar ahí fuera solo.

Sophie se apartó de su abrazo. —Todo es culpa mía.

Jasper se acercó de nuevo.

—Tengo que encontrarlo. —Puso a Liam de nuevo en el suelo—. ¿Puedes llevar a Liam de vuelta con la niñera, milord?

Liam se aferró con fuerza a sus faldas y se mantuvo firme, incluso cuando Lord Jasper la agarró del brazo para evitar que se fuera sola. —No, Sophie. Lleva tú a Liam e Isabelle de vuelta a la guardería, y yo encontraré a Thomas y te lo traeré de vuelta. Aunque antes tendré unas palabras con él sobre su comportamiento.

Sophie se mordió el labio, preocupada, pero podía ver que Jasper estaba molesto por el comportamiento de su sobrino. —¿Estás seguro de que no debería ir contigo? Es mi responsabilidad.

—Estamos juntos en esto, somos socios, ¿recuerdas? Esta mañana es tanto culpa mía como tuya —susurró Jasper con gravedad, y luego acarició su mejilla con los dedos. Un gesto dulce y afectuoso que la conmovió profundamente. Asintió—. Creo que tengo una idea de adónde ha ido.

—¿Dónde? Nunca me había hecho esto antes y no conozco ningún lugar especial en la finca.

Jasper le guiñó un ojo. —Es un secreto entre los hombres de la familia. No temas, te lo traeré de vuelta en breve.

Y con eso, puso a Isabelle en sus brazos, besó su frente, dio una palmadita en la cabeza a Liam y salió corriendo, con el abrigo ondeando mientras atravesaba el jardín a toda prisa y desaparecía de la vista.

Sophie consideró desmayarse y luego se reprendió severamente por dar demasiada importancia a su beso de despedida. Si no hubiera cedido y no hubiera ido con Jasper esta mañana, los niños nunca habrían salido de la guardería sin ella.

Se sentiría aliviada cuando Thomas fuera recuperado y todo pudiera volver a ser como antes. Mientras estuviera en Ravenswood, su lugar estaba en la guardería. Con los niños en cada momento. Eso significaba no compartir besos ni placeres con el libertino residente. Ayudarlo con sus planes, aunque satisfactorio, también tenía que terminar. Tendría que rechazar a Jasper, aunque ese pensamiento no le proporcionaba ninguna felicidad.

Se había vuelto complaciente. Había confiado en otros de una manera que no había experimentado desde su tiempo con Madam Clover.

Sophie permaneció allí un momento más. Dividida. Quería encontrar a Thomas ella misma, pero Jasper era mucho más rápido. Y él dijo que tenía una idea de dónde encontrar al niño, mientras que ella no tenía ninguna.

Calmó a Isabelle cuando la niña pareció darse cuenta de que su papá se había marchado sin ella. Sophie tomó la mano de Liam y lo llevó de vuelta al palacio. Antes de entrar, se volvió para mirar los jardines una última vez. Si algo le pasaba a Thomas, nunca se lo perdonaría.

A regañadientes, entró y cerró la puerta de la terraza para mantener fuera la brisa fría. Miró hacia abajo a Liam, que seguía frunciendo el ceño. —Será mejor que volvamos arriba.

—¿Thomas está en problemas?

—Un poco —admitió—. Estaba tan asustada cuando no pude encontraros. Busqué por todas partes.

—Yo quería llevarte con nosotros —se quejó Liam, mirándola.

—Te lo agradezco.

Se encogió de hombros. —No quiero hacer otro amigo como Thomas. Solo te quiero a ti.

Sophie se inclinó para abrazar al niño, conmovida por su comentario, pero un poco triste por lo que dijo sobre Thomas. Había intentado tanto ganárselo, pero aparentemente no era suficiente. Condujo a Liam de vuelta a la guardería.

Una vez que lo acomodó e Isabelle estaba jugando con algunos juguetes, se volvió hacia la ventana para mirar afuera de nuevo. La vista no había cambiado, y eso la preocupaba. ¿Qué tan lejos podría haber ido el niño? No tenía idea real de cuándo los niños habían dejado la guardería, pero él podría estar en cualquier parte. Liam no parecía saberlo cuando le preguntó al respecto. Vigiló a Liam, pero era evidente que la desaparición de su hermano mayor ya parecía olvidada. Sophie respiró hondo, esforzándose por mantener la calma, y luego se instaló en las ventanas para observar el regreso de su protegido.

Afortunadamente, avistó a Jasper y Thomas regresando a los pocos minutos. Puso su mano en el cristal, mirando hacia abajo a la pareja, completamente aliviada de ver al niño obviamente entero y sano todavía.

Lord Jasper se detuvo, inclinándose para hablar con Thomas, y luego el niño miró hacia la ventana de la guardería. Incluso desde esa distancia, podía detectar un estado de ánimo hosco sobre el niño. Probablemente estaba enojado con ella por contarle a su tío sobre su desaparición.

Lord Jasper podría haberle gritado o posiblemente incluso castigado.

De cualquier manera, dependía de ella allanar su camino de regreso a su rutina normal lo antes posible. Se apresuró a la puerta, esperando allí el regreso de Thomas. Pareció tomar mucho más tiempo del que debería, y su alivio y bienvenida fueron proporcionales al susto que había sufrido esa mañana.

Sin embargo, Thomas no estaba tan contento de verla. Pasó groseramente junto a ella, fue directamente a su cama y se tiró boca abajo sobre ella. Le dolió un poco que no pareciera importarle sus sentimientos o que hubiera estado ansiosa por su paradero.

Lord Jasper apareció y sonrió con pesar. —Déjalo que se enfurruñe si quiere.

—¿Qué le hiciste?

Jasper se encogió de hombros. —Nada, pero dije lo suficiente para que nunca más te haga eso.

Sophie se mordió el labio y luego asintió. —¿Estaba donde pensabas que estaría?

—En efecto, lo estaba, para mi pesar. —Se acercó y bajó la voz—. No pretendo decirte qué hacer con él. Sé que no soy tu empleador ni el padre del niño, pero creo que he dicho suficiente por los dos esta mañana. Deja que el asunto de su escapada quede olvidado. Él sabe lo que pasará si lo hace de nuevo.

—¿Qué pasará?

—Será enviado a la escuela antes de tiempo, separado de todos. Ese era el castigo que mi padre usaba con nosotros. A Thomas no le gustó nada cómo sonaba eso.

Sophie puso impulsivamente su mano en el brazo de Jasper. —Eso es algo cruel para hacerle a un niño.

—También lo fue lo que te hizo pasar esta mañana —susurró Jasper, colocando un mechón de cabello detrás de su oreja—. No necesita saber que podría no ocurrir. Pero la amenaza es buena. Siempre funcionó conmigo. También lo vigilaré más de cerca a partir de ahora.

Se dio la vuelta, pero Sophie corrió tras él. —Jasper.

Él se detuvo y se volvió. —¿Sí?

—Sería mejor si me ocupara solo de los niños a partir de ahora. —Esperaba que eso fuera suficiente para explicar por qué nunca más estaría a solas con él.

Jasper frunció el ceño y se acercó. —Nunca has dejado de ponerlos en primer lugar.

—Les fallé esta mañana. Eso no puede volver a ocurrir, milord. Espero que lo entienda. Solo estoy aquí por ellos. No por mí misma ni siquiera por usted.

Jasper pareció tambalearse ante sus palabras.

—Lo siento —susurró ella—. No tengo el lujo de romper todas las reglas como usted puede hacerlo.

—Rompí las mías por ti... pero que así sea —dijo en un tono tan seco que ella se dio cuenta de que estaba molesto por su decisión de terminar su aventura. Decepcionado y tal vez incluso un poco herido.

—Solo soy una institutriz.

—No, Sophie, eres mucho más que eso para mí —prometió él—. Pero haz lo que quieras. No volveré a molestarte.

Giró sobre sus talones y comenzó a bajar por el pasillo, con los hombros encogidos.

—¡Jasper! —lo llamó ella, pero él no volvió.

CAPÍTULO DIECISIETE

—¡Seymour! —gritó Jasper mientras irrumpía en la planta baja de la casa camino a su estudio y soltó todas las maldiciones que conocía. Estaba furioso—. Maldita mujer. ¡Qué descaro el suyo! No tiene derecho a venir a hurtadillas a la propiedad cuando podría presentarse tranquilamente en la puerta principal y ser bienvenida —murmuró, sin importarle que alguien pudiera oírlo.

Seymour entró corriendo.

—¿Hay algún problema?

—Sí —Jasper se enfrentó al mayordomo y se esforzó por controlar su temperamento—. Lady Laura Sweet acaba de intentar secuestrar a su hijo.

Y por eso, Sophie también había puesto fin a su aventura.

Los ojos del mayordomo se abrieron desmesuradamente.

—¿Lady Laura? ¿Está aquí?

—No. *Estaba* ahí fuera, pero creo que la he ahuyentado. Al menos por ahora. Solo la vi alejarse al galope.

Seymour se adentró más en la habitación.

—No lo entiendo.

—Somos dos —espetó, y luego explicó lo que sabía sobre la mañana y la conversación previa que había tenido con su cuñada.

También compartió la noticia de que Thomas le había contado que una mujer extraña le había hecho señas para que saliera esa mañana. Al no encontrar a Sophie para preguntarle quién podría ser, había bajado a ver por sí mismo, llevándose a Liam. Liam no había querido ir sin la institutriz, pero lo había hecho y la mujer había atraído a Thomas más lejos hasta que este entró en razón y dejó de seguirla.

Thomas estaba confundido y enojado, y con razón. Su propia madre lo había llevado en un alegre baile, aunque no la había reconocido desde la distancia.

Seymour se dejó caer en una silla.

—¿Por qué intentaría llevárselos?

—¿Cómo voy a saberlo? No estoy al tanto de cada faceta de su distanciamiento con mi hermano. Sabía que no se llevaban bien, pero nunca pensé que hubiera tanta hostilidad por su parte —recorrió la habitación, incapaz de calmarse.

El chico había sabido que estaba equivocado tan pronto como sus ojos se encontraron. Jasper había gritado, había amenazado y había exigido que nunca volviera a hacerle eso a Sophie.

Thomas había preguntado quién lo estaba alejando del palacio. Jasper no había sabido qué decir sobre ella, pero esperaba que eso pusiera fin a cualquier otra excursión de Thomas por

ahora. Pero estaba seriamente preocupado. ¿Estaba Laura siquiera en su sano juicio? ¿Qué pensaba lograr robando a sus hijos? —Necesitaré hombres apostados en cada camino que conduzca al palacio.

—Hay más entradas que sirvientes —advirtió Seymour.

—Maldita sea. ¿Por qué ahora cuando estamos tan escasos de personal?

—Tal vez esto ha ocurrido *porque* hay tan pocos disponibles.

Jasper gruñó, reconociendo la verdad de eso.

—Me pregunto cuánto tiempo ha estado espiando a mi hermano y la propiedad, esperando una oportunidad.

—Y la reunión detrás del palacio, con las partidas poco después, la hizo lo suficientemente valiente como para atacar esta mañana. Es una suerte que yo personalmente me asegure de que cada puerta y ventana esté cerrada todas las noches.

—Al menos no pudo entrar anoche —pero el estómago de Jasper se revolvió al darse cuenta de que tampoco había cerrado la puerta tras él cuando regresó. Tendría que ser más cuidadoso.

Laura podría haberse llevado a Isabelle también, si hubiera descubierto ese descuido. Había estado preocupado haciendo el amor con Sophie. Sobre su escritorio, porque no podía esperar a llegar a su propia habitación. Se pasó una mano por el pelo con disgusto hacia sí mismo. Debería haber sido más cuidadoso. Cualquiera podría haber entrado y encontrarlos así también—. Desafortunadamente, las puertas cerradas no le impidieron llamar a los chicos.

—¿Sabe la institutriz sobre el regreso de Lady Laura? —preguntó Seymour.

—No, y no planeo decírselo todavía. No hasta que haya decidido qué hacer al respecto —Sophie le había dicho que se mantendría más cerca de los niños y pondría fin a su aventura. Eso aún le dolía un poco, y sin embargo, dadas las circunstancias, le convenía mucho que ella renovara su dedicación a sus sobrinos y sobrina. Bajo la atenta mirada de Sophie, nunca tendrían la oportunidad de ir a ninguna parte sin que lo supieran—. No hemos tenido casi ningún problema con Thomas antes de esto.

—Una vez que Lord Nash se entere...

—En efecto. Thomas podría no sentarse en una semana, si se lo dijéramos, y también sobre el regreso de su esposa. Ya sabes cómo es.

El mayordomo palideció.

—Ciertamente. ¿Qué castigo impondrá la institutriz?

—Ninguno, espero —murmuró Jasper—. Le dije que yo me había encargado de reprender al niño y creo que me creyó.

—Eso espero —Seymour se mordió el labio inferior con preocupación—. No está bien castigar al niño si fue con su propia madre.

—Mis sentimientos exactamente —dijo Jasper, y se enderezó—. Alerta a los jardineros y al personal de la casa. No puedo arriesgarme a perder a los niños antes de que mi hermano regrese.

—De acuerdo —el mayordomo se puso de pie—. Tal vez sería prudente escribir a Lord Nash y rogarle que regrese prematuramente de la fiesta.

—Ya lo había planeado una vez que mi temperamento se calmara un poco. Le escribiré y él podrá encargarse de su familia.

Jasper también escribiría al duque. Ravenswood se alarmaría por cualquier intento de secuestro. Se sentó en su escritorio y garabateó una nota para su hermano, y otra para el duque, y se las entregó al mayordomo que esperaba. Sin embargo, dado el tiempo que tardaría la nota en llegar a ellos, no podía esperar ninguna respuesta durante semanas.

Y las notas podían extraviarse.

La correspondencia perdida entre Sophie y Madame Clover estaba muy presente en su mente. Meses de cartas perdidas eran inusuales y olían a interferencia. Haría un poco más de investigación cuando tuviera tiempo de sobra.

Ahora, sin embargo, tendría que vigilar de cerca a los niños. Pasar más tiempo con Isabelle y asegurarse de que la institutriz nunca los dejara solos. Eso significaba que no podría atraerla de vuelta a su cama. No hasta que su hermano regresara para hacerse cargo de su familia. Jasper tenía que mantener la situación contenida por ahora. Pero odiaba la idea de eso, y de mantener a Sophie a distancia también.

Se puso de pie y se alisó el chaleco. A partir de hoy, se convertiría en el tío más constante que jamás hubiera existido.

Jasper oyó pasos mientras miraba el reloj de la repisa y sonrió tenso. Ahora conocía el horario de los niños de memoria. Sabía exactamente dónde estarían cada día y cuándo.

Siempre podría encontrar a Sophie. No se privaría de su compañía.

Jasper salió a su encuentro en la galería larga. Sophie pareció sobresaltarse al verlo e hizo una reverencia. —Mi lord.

Él se inclinó en respuesta. —Radcliffe. ¿Cómo está usted?

Ella se incorporó con una expresión de confusión en el rostro. —Muy bien, gracias.

Él se volvió y asintió a sus sobrinos. Estaban en el suelo alrededor de Isabelle y, incluso desde allí, podía notar que existía un vínculo entre ellos. Le sorprendió que Sophie no hubiera considerado la posibilidad de que la niña pudiera ser de Nash en lugar de suya. Pero la nota había sugerido que él era el padre, y aún no tenía forma de demostrar lo contrario. Jasper continuaría así hasta que Laura o Nash confirmaran la paternidad de Isabelle.

Miró por la ventana.

Para tener esa conversación con su cuñada, se requeriría que ella regresara. No estaba seguro de dónde se alojaba, pero no podía estar muy lejos. Lo más probable es que estuviera en la antigua finca de su familia o con viejos amigos. Sin embargo, su familia se había mudado poco después del matrimonio. Debería haber ido a ver si ella estaba allí, pero había tenido invitados que requerían su atención.

E Isabelle también los había tenido.

Bajó la mirada hacia la bebé. En cuanto a los niños, no le molestaría saber que Isabelle seguía siendo suya. Pero la cuestión de su futuro tendría que esperar hasta el regreso de sus hermanos a la finca. La repentina aparición de una hija sorpresa despertaría chismes que a Ravenswood podría no gustarle. Tal vez tendrían que llevársela a ella y a Laura lejos de la finca por un tiempo, lejos de Sophie, a menos que se la llevaran con ellos.

Se volvió hacia Sophie. —¿Qué juegos están en marcha hoy?

—Aún no hemos decidido. —Cruzó los brazos sobre el pecho, alejándose un poco de él. Pero susurró—: Thomas está muy enfadado conmigo.

Él se encogió de hombros. —Eso es de esperar de cualquiera cuando se ha contrariado su voluntad.

Ella se humedeció los labios. —¿Qué hace usted aquí?

—Busco a Isabelle. Pensé en llevarla conmigo al jardín.

La institutriz frunció el ceño. —No puedo impedírselo.

—Podría si lo intentara —bromeó él. Caminó por el pasillo y fue al armario. Conocía pocos juegos que pudieran atraer a una niña tan pequeña. Pero encontró una pelota... un cuenco que ella podría hacer rodar con sus manos. Algo sencillo sería lo mejor. Tomó a Isabelle en brazos, le dedicó una sonrisa a Sophie y susurró—: Únase a nosotros si lo desea.

Desde el jardín, podría vigilar los terrenos en busca de señales de Laura merodeando por allí. Aún podría estar cerca. Los niños podrían atraerla de vuelta.

Sophie tardó apenas diez minutos en salir de la galería larga, seguida por dos niños, uno de los cuales parecía muy inseguro sobre su bienvenida. Sophie también parecía preocupada por unirse a él, así que les hizo un gesto para que se acercaran. —¿Qué los detuvo?

El trío se detuvo cerca, y los niños se dejaron caer al suelo cerca de Isabelle de nuevo, intentando enseñarle a compartir la pelota con ellos.

Thomas miró en su dirección. —Queríamos unirnos a usted.

—Pedir permiso es la forma correcta de hacerlo —dijo Jasper, asintiendo con aprobación—. Pero, ¿por qué no vuelven adentro y traen los cuencos? Tendremos un juego apropiado, y si no conocen las reglas, estaré encantado de enseñárselas.

Sophie siguió a los niños unos pasos, pero se volvió. —No tiene que jugar con ellos.

—Es un placer para mí prepararlos para el futuro —dijo él—. Los bolos son un pasatiempo favorito en mi familia. Cuando sean lo suficientemente mayores, es posible que su padre les permita jugar con él.

—Eso espero —respondió Sophie—. Podría unirlos más, como familia, si Lord Nash pudiera interactuar más con ellos.

—Eso requeriría un milagro —murmuró Jasper entre dientes—. Mi hermano es muy competitivo. Los sentimientos de los niños podrían herirse fácilmente por eso. Es mejor que empiecen conmigo. Yo instruí a su madre.

—Si puedo preguntar, ¿cómo era ella? —preguntó Sophie—. La señora Crawford me dijo que ustedes crecieron como vecinos.

—Ja, estoy seguro de que no es todo lo que dijo sobre mí —respondió Jasper, y luego se encogió de hombros—. Éramos buenos amigos, pero acabó casándose con mi hermano.

—¿Qué le gustaba de ella?

—Era inteligente, divertida y de carácter fuerte. Un poco mandona conmigo, ahora que lo pienso. Tocaba el arpa maravillosamente.

—Ojalá la hubiera conocido. Siempre he esperado que algún día regrese por el bien de los niños —susurró Sophie cuando los niños reaparecieron—. ¿Por qué se fue realmente?

—Mi padre no la hizo sentir bienvenida y Nash no podía ser diferente de como se muestra ahora. La familia fue demasiado fría con ella, y se sintió ahogada en reglas y dejada en la ignorancia sobre muchos asuntos que la concernían a ella y a los niños. No sabía lo desesperada que estaba por alejarse de nosotros. La habría ayudado si lo hubiera sabido y creo que se los habría llevado con ella si hubiera podido.

—Ya veo —dijo Sophie, y se mordió el labio—. No puedo imaginar que Lord Nash hubiera estado feliz con eso.

—Estoy seguro de que tampoco lo estaría ahora —murmuró Jasper sombríamente. Y luego forzó una sonrisa en su rostro—. Responderé cualquier pregunta que me haga sobre Laura, Sophie, porque estoy seguro de que tiene muchas, pero no hablemos de ella frente a los niños —sugirió Jasper, poniéndose de pie para ayudar a los niños a prepararse para el juego.

Sophie se quedó atrás con Isabelle mientras él instruía a los niños y cuando regresó, la ayudó a levantarse y recogió a Isabelle. —Unámonos al juego.

—No soy muy buena, mi lord —le recordó ella.

—Tiene fuerza, pero quizás no la concentración que necesita para ganar. Tal vez esta vez, intente no pensar en mí cuando suelte la bola —bromeó él.

Ella volvió los ojos hacia él. —No estaba pensando en usted aquella noche.

Él frunció el ceño. —¿Así que era en el otro libertino al que desprecia?

—Sí —admitió ella, y luego caminó alrededor de él.

Jasper la siguió. —Eso es un alivio y una preocupación.

—No quiero hablar de él —susurró ella.

Jasper quería saber más sobre el hombre que había estado antes que él, pero podía entender su reticencia. Era quien le había arrebatado la inocencia y quizás había roto ese tierno corazón por el que Madame Clover estaba tan preocupada.

A pesar de haber sido rechazado, Jasper aún quería ser un buen amigo de Sophie Regina Radcliffe. La extraordinaria mujer que se había metido bajo su piel por completo. Una mujer que podría soportar tener en su brazo y en su cama durante muchos años.

Ante ese pensamiento, Jasper tropezó con un montículo de césped y maldijo en voz baja por su falta de atención.

¿*Años*? ¿Podría Sophie ser suya durante tanto tiempo y seguir siendo institutriz? Probablemente no, pero quería a Sophie de cualquier forma o manera.

Recogió una bola, con las mejillas ardiendo.

Estaba *prendado* de Sophie. Poniéndose directamente en su camino para que ella lo notara una y otra vez.

Nunca había sabido lo que quería en una mujer, pero le gustaría que Sophie fuera suya. Su amiga, su compañera, quizás su... *esposa*.

Se metió el dedo bajo el cuello de la camisa cuando se dio cuenta de que sabía exactamente lo que más anhelaba en el mundo. Quería que Sophie fuera suya en todos los sentidos posibles. Era demasiado buena para ser una institutriz o una amante.

Jasper se había enamorado de ella.

De repente, se quedó sin aliento. *Enamorado*. Estabilizó su respiración y sus manos, que habían empezado a temblar. Él era el tercer hijo. Pasado por alto como marido por muchas, y las mujeres habían pasado sobre él para llamar la atención de Nash o Ravenswood. Sabía que nunca debía codiciar nada ni a nadie para sí mismo porque, en la mayoría de los casos, acabaría decepcionado.

Pero mientras veía a Sophie colocarse frente a él para lanzar y luego reírse cuando su tiro se desvió terriblemente, supo que no podía negar sus sentimientos.

El amor y otros desastres le habían mostrado lo que faltaba en su vida.

Su primer y último pensamiento de cada día durante bastante tiempo había sido sobre Sophie y lo que ella pensaba de él. Había una buena razón para su creciente apego hacia ella. Jasper podía ser él mismo con ella, y ella no parecía esperar nada mejor. Podía portarse mal con ella, y también disfrutar sin hacer nada de importancia, y aun así estar contento. No era constantemente consciente de sus defectos ni despreciado por sus ambiciones. Sophie tenía las suyas también. Ser buena, estar con aquellos a quienes amaba, ser su amiga.

Se habían enfrentado simplemente porque quizás habían percibido las necesidades del otro y las temían. Pero esa irritación anterior, la forma en que ahora se habían unido, le hizo darse cuenta del tipo de vida que podrían tener juntos. Abierta, honesta, divertida y también traviesa.

Jasper había pasado su vida cediendo a regañadientes a la voluntad y las necesidades de los demás. Se doblegaría voluntariamente si Sophie alguna vez se lo pidiera.

Se preparó para lanzar y colocó su bola justo al lado de la de Sophie en lugar de intentar ganar siempre. Lejos del objetivo, pero por fin seguro de su blanco.

Jasper sabía lo que quería, si tenía el valor de pedir la mano de Sophie. Pero ¿qué diría Sophie cuando lo hiciera? ¿Podría creer que un libertino la amaba y que quizás nunca cambiaría

de opinión al respecto?

CAPÍTULO DIECIOCHO

Sophie apresuró a los niños afuera para que tomaran sus posiciones en un frenesí de emoción para dar la bienvenida al carruaje del duque de regreso a Ravenswood al día siguiente. Lord Jasper pasó junto a ella, bajando rápidamente las escaleras hacia la puerta del carruaje para saludar a sus hermanos que aún estaban sentados. No había señal de Isabelle con él, por supuesto. Debía haberla dejado en algún lugar del palacio.

—Su excelencia, bienvenido de vuelta.

—Es bueno estar en casa, hermano —respondió Ravenswood, sonando cansado a sus oídos.

—No te esperaba hasta dentro de semanas —replicó Jasper, inclinándose dentro del carruaje.

Lo que el duque respondió, no pudo captarlo del todo.

—Como puedes ver —dijo Jasper, retrocediendo y haciendo un gesto con el brazo—, la finca está tan segura y en buen estado como el día que partiste.

—Entremos —dijo el duque mientras salía, espléndido de negro y frunciendo el ceño—. Tenemos que hablar.

Cuando Jasper le lanzó una mirada, Sophie se preocupó de que el duque se hubiera enterado de sus visitantes y la orgía.

Lord Nash emergió un momento después, con el ceño profundamente fruncido mientras miraba hacia arriba en las escaleras a todos. Sophie flexionó los dedos sobre los hombros de sus protegidos, deseando que Nash mirara a sus hijos y mostrara alguna señal de que los había extrañado. Habían pasado muchas semanas desde que había estado en casa.

Hizo una profunda reverencia al duque cuando pasó junto a ella con apenas una mirada.

—Su Excelencia, bienvenido a casa —murmuró.

Ravenswood se detuvo entonces, la miró fijamente y luego a sus sobrinos.

—Thomas, Liam. Confío en que se han comportado mientras su padre estuvo ausente.

—Sí, lo han hecho, Su Excelencia —soltó ella. El duque no necesitaba saber aún sobre Thomas escapándose solo.

El duque gruñó y siguió su camino. Su padre fue el siguiente y se detuvo para preguntarle cómo estaba.

—Estamos muy bien, mi señor —respondió ella—. Es bueno tenerle de vuelta en casa.

Por un momento, pensó que podría ofrecer a los niños un gesto de afecto, o al menos reconocerlos de alguna manera significativa. Desafortunadamente, no iba a ser ese día. Lord Nash les hizo un gesto con la cabeza. Ella flexionó los dedos sobre los hombros de sus protegidos de nuevo, deseando que no movieran un músculo.

Él asintió.

—Me gustaría verla en el salón, señora Radcliffe. Sea puntual si puede.

—Estaremos allí enseguida.

—No, señora Radcliffe. Solo usted.

—Por supuesto —respondió, pero le dolía que Lord Nash excluyera a los niños después de estar ausente tanto tiempo. Nunca conocerían a su padre si seguía así.

Se alejó, y Jasper tomó su lugar, frunciéndole el ceño también. Miró la espalda de Lord Nash y luego a ella. Podía decir que quería preguntarle sobre la reunión, y qué podría decir sobre lo que había sucedido mientras sus hermanos estaban fuera.

Nada era su plan. Lord Nash no necesitaba saber sobre la fiesta en la casa, su aventura, o sobre la visita sorpresa de Madame Clover. Y nadie oiría sobre la orgía de sus labios. Si Lord Nash alguna vez sospechara que algo había sucedido, ella fingiría ignorancia y dejaría que Jasper explicara todo.

También estaba Isabelle de quien preocuparse ahora. Se preguntaba cómo reaccionaría el duque ante la presencia de la hija bastarda de Lord Jasper traída a la finca. ¿Notarían siquiera a la niña de inmediato? El duque seguramente podría y tendría algo que decir al respecto. Sophie se había encariñado mucho con la niña y esperaba poder seguir cuidando de ella, también, junto con los hijos de Lord Nash. Podía cuidar fácilmente de tres.

Sin embargo, eso era algo que Jasper y Lord Nash debían acordar. La forma de criar a Isabelle estaba completamente fuera de su control. Por el momento, suponía, la niña estaba a salvo en algún lugar con un sirviente cuidándola.

Esperó su turno para volver adentro y luego acompañó a los niños arriba y los dejó, lamentablemente, al cuidado de Kate.

—Volveré pronto. Mantenlos aquí.

—Por supuesto, señora Radcliffe. Jugaremos un juego hasta que regrese.

—Gracias. —Sophie salió al pasillo y cerró la puerta.

—¿Sophie? —Jasper estaba no muy lejos, con una expresión preocupada en su rostro—. ¿Qué quiere Nash contigo?

—No tengo idea, pero ya que pidió verme solo a mí, y no a los niños, supongo que es sobre ellos. —Iba a pasar junto a Jasper, pero él pronunció su nombre suavemente.

Ella se detuvo.

—¿Sí, mi señor?

—Extrañaré cómo han sido las cosas durante el verano —susurró—, y el tiempo que pasamos solos juntos, también.

Sophie también lo extrañaría, pero no dijo nada sobre sus sentimientos, porque él había tenido mucho tiempo para llevar lo que tenían a una situación más permanente. Sabía que al final no le pediría matrimonio.

Sophie bajó las escaleras con el corazón pesado pero resignada a retomar su papel de observadora silenciosa de la familia para la que trabajaba. Lo que tenía con Jasper debía terminar, y nunca podría haber sido suficiente para él, de todos modos. No quería imaginar las miradas, el escándalo, si la familia descubriera que había sido íntima con él.

Se dirigió al salón y encontró la habitación vacía. Lord Nash todavía estaba ocupado, sin duda con el duque, y acomodándose después de una ausencia tan larga. Siempre era atento con sus deberes. Serio y preocupado por la finca, también. ¿Era de extrañar que su esposa se hubiera sentido menospreciada, hecha sentir en segundo lugar cuando sus prioridades estaban en otra parte? Quedaba poco espacio en el corazón o la cabeza de Lord Nash además de las preocupaciones de su hermano. No tenía nada para sus hijos. Al menos Jasper era mejor. Era

evidente que adoraba a la niña.

—Señora Radcliffe —exclamó Lord Nash, su voz retumbando en la habitación vacía mientras entraba, sin cambios desde su llegada—. Es bueno que sea tan puntual.

Sophie se volvió y sonrió a su empleador.

—Quería hablar conmigo.

—En efecto —dijo mientras cerraba las puertas detrás de él.

Sophie se movió hacia él, y él la encontró a mitad de camino a través de la habitación.

—¿Sobre qué?

Sus labios se fruncieron momentáneamente, y miró alrededor.

—Por favor, tome asiento.

Ella lo hizo y juntó las manos en su regazo mientras esperaba que él continuara.

—Sin duda está al tanto del estado de mi matrimonio —murmuró, sentándose cerca.

Aunque sorprendida de que lo mencionara ahora, asintió rápidamente. —Sí, mi lord —. Era inexistente. Un tema que rara vez mencionaba, pero del que todos los miembros del personal murmuraban sobre el escándalo de su matrimonio. Sin embargo, después de su conversación con Jasper, sus simpatías podrían estar ahora del lado de Laura.

—Estoy seguro de que te habrás enterado por otros que el estado se encuentra en algo parecido al desorden. El duque se casará pronto con una mujer adinerada, pero yo ya lo he hecho una vez por el bien de la familia —admitió.

Ella asintió de nuevo. —También estoy al tanto de eso.

—Algunos dicen que no estoy hecho para el matrimonio, pero se me ocurre que mis hijos necesitan una madre y siempre la necesitarán.

El corazón de Sophie dio un vuelco. —¿Ha regresado su esposa?

—No. Es posible que nunca lo haga —. Se puso de pie de repente. —Hace un tiempo se me ocurrió que, dado el tiempo que mi esposa ha estado ausente de nuestras vidas, podría ser el momento de cortar el nudo que nos une.

Sophie parpadeó rápidamente, completamente conmocionada. —¿No estará considerando el divorcio?

—Tengo buena información de que vive y respira. Pensé que quizás regresaría cuando se enterara del fallecimiento de mi padre, pero hasta donde sé, no ha sido así.

—Oh —Sophie tragó saliva. No debería estar hablándole de su esposa de esta manera. Nunca había conocido a la mujer y no podía ofrecerle ningún consejo.

Él asintió. —Así que he tomado la difícil decisión de buscar el divorcio en el nuevo año y casarme de nuevo para que mis hijos puedan tener una madre.

Aunque Sophie sabía que terminar un matrimonio no podía ser tan simple, ni tan rápido como él lo planteaba, asintió y forzó una sonrisa en su rostro. —¿Tiene a alguien en mente para casarse?

—En efecto, sí —. La miró fijamente. —A usted.

Sophie parpadeó y negó con la cabeza. —Disculpe. ¿Podría repetir eso?

—Su vacilación la honra. Estoy seguro de que es consciente de que nunca he sido un hombre dado a las declaraciones apasionadas. Pero nosotros dos nos llevamos bastante bien, y mis hijos le tienen un gran afecto. Puedo ofrecerle una vida de respeto mutuo y dignidad aquí conmigo.

Sophie no pudo ocultar su asombro. —¿Quiere casarse *conmigo*?

—Sí, quiero. Espero que la boda pueda celebrarse la próxima temporada. Puede anotarlo en el horario de los niños. No tendrá que temer que la obliguen a entrar en sociedad después de que nos casemos. La señora Crawford actuará como anfitriona del duque en la ciudad hasta que él se

case, como ya estaba planeado. Usted puede quedarse aquí todo el año y administrar la casa hasta que mi hermano mayor finalmente traiga a casa a una novia.

Sophie se quedó sentada en un silencio atónito. Nunca había escuchado una propuesta tan poco romántica como la que Lord Nash le estaba ofreciendo. Y parecía completamente serio acerca de casarse con ella, a pesar de su inadecuación para unirse a su familia. Él era el heredero del duque. Si algo le sucediera a Ravenswood, Lord Nash se convertiría en el duque. ¡Y ella podría convertirse en duquesa!

Se requería una respuesta, pero las palabras apropiadas de agradecimiento y rechazo se le atascaron en la garganta. Por supuesto, tenía que rechazarlo. No podía casarse con el hermano del hombre que ella... El hermano del libertino del que se había enamorado tan tontamente.

Ella *amaba* a Jasper, no a Lord Nash.

Se humedeció los labios, conmocionada e incómoda. —Mi lord, me hace un gran honor, pero debe saber cuál será mi respuesta y por qué soy completamente inadecuada.

Él se sentó a su lado. —Nunca hemos hablado de la noche en que nos conocimos, ¿verdad?

—No.

—Entiendo su vacilación al pensar en el matrimonio de nuevo. La dejaron en una mala situación. Pero en los años de nuestro conocimiento, he llegado a admirar su fuerza interior y resiliencia a pesar del mal trato que sufrió. Esperaba que ya lo hubiera olvidado.

Sophie se sonrojó. No había pensado mucho en su despiadado libertino últimamente. Jasper de alguna manera lo había expulsado de su corazón y su mente durante el verano. —Era joven y tonta al creer que era amor entonces.

—Nunca volverá a ser tonta conmigo —prometió Lord Nash—. Será un matrimonio solo de nombre entre nosotros. Tendrá a los niños para amar, un hogar y la protección de mi familia. No la molestaré en absoluto. De hecho, podría quedarse en su habitación actual cerca del cuarto de los niños si lo desea.

—No estaba preocupada por ser molestada por un marido —susurró Sophie, palideciendo un poco ante el tipo de vida y matrimonio que él proponía que podrían compartir. Casados solo de nombre. Nunca volver a experimentar la pasión. Nunca salir de la finca. *Atrapada*—. Mi respuesta debe ser no.

Él se echó hacia atrás, aparentemente sorprendido por su reticencia a casarse y su rechazo de su propuesta. —Considere los beneficios. Tómese su tiempo antes de darme su palabra final esta noche —Lord Nash le sonrió—. Ahora, el duque me necesita durante toda la tarde hasta la cena, pero hablaremos de esto de nuevo más tarde, y haré todo lo posible por aliviar sus temores sobre el matrimonio. Pronto verá que casarse conmigo es lo mejor —La mano seca de Lord Nash cubrió repentinamente la suya y le apretó los dedos—. Hasta la cena.

Al momento siguiente, ya estaba de pie y se había ido.

Sophie se quedó mirando la puerta mientras se cerraba. Lord Nash nunca la escuchaba. O quizás esperaba desgastar su resistencia hasta que ella cediera.

¿Por qué la querría a ella? No tenía ningún sentido.

Pensó en lo diferente que era de Jasper, y palideció.

Quería casarse con Jasper, no con su frío hermano.

Sophie permaneció sentada unos minutos más, sin saber qué hacer o qué debería haber dicho para ser más clara. Lord Nash era tan frío, tan absolutamente ajeno a su idea del hombre con el que alguna vez había imaginado estar unida. Tan completamente diferente de Jasper, el único hombre al que se apresuraría a decir que sí.

Siempre había deseado y esperado tener hijos propios si alguna vez se casaba, incluso

después de la terrible pérdida que había sufrido a manos de un sinvergüenza. Una pérdida que Nash conocía, pero Jasper aún desconocía. ¿Cómo podía creer Nash que ella nunca querría tener un hijo propio si tuviera la oportunidad?

Él había visto su angustia. Su dolor.

Aparentemente, nunca había intentado entender su pérdida.

Pero Jasper sí lo había hecho, aunque no sabía lo que ella había hecho.

Cuando rechazara a Nash de nuevo esta noche, dudaba que pudiera permanecer en Ravenswood por mucho más tiempo. Tendría que regresar a Londres y a Madame Clover. Dejar atrás a Jasper y esperar que tuviera éxito en sus planes sin su pequeña ayuda.

Se levantó y caminó hacia la puerta con piernas de arcilla y la abrió de nuevo.

Lo primero que vio fue a Jasper, de pie en la biblioteca al otro lado del pasillo, hablando con el duque. Sus miradas se cruzaron momentáneamente por encima de la cabeza oscura de Ravenswood, pero ella se apartó, avergonzada. Esperaba que él nunca se enterara de lo que había implicado su conversación con Nash, pero no con la esperanza de que pudiera ponerse celoso.

Que Lord Nash tuviera la intención de divorciarse de su esposa para ofrecerle un matrimonio de conveniencia era una vergüenza para ella. La arrastraría a su lío, al escándalo del fin de su primer matrimonio, sin importarle cómo ella o los niños pudieran resultar heridos.

A Lord Nash no le importaban sus sentimientos ni los de Laura. No se había molestado en conocer sus esperanzas y sueños durante toda su relación. Solo parecía hacer lo que él quería. No era de extrañar que Laura lo hubiera dejado.

Sophie quería Londres, y el ruido y el caos que se encontraban allí. Quería visitar a Madame Clover y sus amigas en la casa de placer tan a menudo como pudiera. Nash la había mantenido en el campo durante tanto tiempo y claramente tenía la intención de mantenerla aquí para siempre.

No, Nash no era aquel con quien su corazón quería estar o amar.

Sophie se apresuró a subir las escaleras y fue directamente a ver a los niños, reuniendo a Isabelle y Liam en su regazo y abrazándolos con fuerza. Estos niños podrían haber sido su familia para siempre, si tuviera un corazón para negociar por el honor de hacer un matrimonio apropiado. Convertirse en esposa en cualquier término excepto tener su amor correspondido era un precio demasiado alto para una mujer como Sophie Regina Radcliffe. Sophie ahora tenía reglas sobre cómo vivir su vida. También ya no tenía un corazón roto. Estaba completamente reparado, pero había sido reclamado por un hombre no disponible de nuevo.

CAPÍTULO DIECINUEVE

—Así que habéis vuelto temprano —dijo Jasper al duque cuando le instaron a sentarse en la silla frente a él en la biblioteca. Aunque se alegraba de ver a sus hermanos, Jasper quería terminar esta conversación lo más rápido posible hoy.

Quería seguir a Sophie para saber qué le acababa de decir Nash. Nunca la había visto tan pálida. Apenas podía mirarlo tampoco. Le hizo temer que Ravenswood se hubiera enterado de alguna manera de su escandalosa fiesta secreta y hubiera convencido a Nash de deshacerse de ella porque había participado.

Sin embargo, el duque no había revelado nada mientras Nash y Sophie hablaban a puerta cerrada al otro lado del pasillo. Ravenswood dio vuelta al papel, con una imagen de calma despreocupada, mientras estudiaba el siguiente sin levantar la vista para responder.

—Sí.

Jasper se movió en su silla. Ver a otros leer su letra era incómodo, aún peor cuando eran sus propios hermanos. Jasper había escrito sus pensamientos sobre la administración de la finca en lugar de simplemente regalar al duque con un recital imposiblemente largo de cambios que pensaba que deberían hacerse, solo para que fueran olvidados. En total, había siete páginas detallando mejoras que podrían ahorrarle al duque, si no una fortuna, suficiente dinero para marcar la diferencia a lo largo de los años.

Aún no había encontrado un momento para mencionar la llegada de Isabelle. Preferiría que Nash estuviera allí para ese anuncio para ver la expresión en su rostro. Coquetear con la propia esposa no era un escándalo, pero no saber que lo había hecho podría sorprender un poco a Nash.

—¿Y la fiesta en la casa? ¿Cómo estuvo?

—Bastante agradable en su mayor parte, aunque nuestro hermano podría discrepar con mi opinión —dijo Ravenswood, con una sonrisa tensa en los labios—. Encontró la compañía aburrida y se fue irritando más a medida que pasaban los días.

Eso sonaba típico de Nash en cualquier entorno.

—¿Y Lady Stephanie?

Ravenswood bajó ligeramente el papel.

—Sigue disponible para el matrimonio.

—¿Se lo pediste?

—No. —Los papeles bajaron aún más para revelar una expresión preocupada en el rostro del duque—. No se presentó el momento adecuado.

Jasper asintió. Podía entender cómo se sentiría Ravenswood sobre el matrimonio. ¿Cuán pronto era demasiado pronto para saber que un cambio en la vida de uno estaba destinado a ser?

El duque se aclaró la garganta.

—Bueno, adelante. Regáñame tú también por mi inacción.

Frunció el ceño a su hermano.

—¿Por qué haría eso?

—Nash no ha parado en días. Pero quizás ya ha dicho suficiente sobre el asunto por los dos —murmuró Ravenswood.

—Lo más probable es que lo haya hecho. No me importa cuándo te propongas. Has dicho que te casarás, y te creo —respondió.

—Gracias, Jasper —dijo el duque, exhalando como si se sintiera reconfortado por su fe en él —. Siempre has sido el más fácil de los hermanos.

Y luego volvió a leer las notas de Jasper sin otra palabra sobre el matrimonio o Nash.

Mientras Jasper esperaba la respuesta del duque a esas notas, tocó la campana y pidió que sirvieran café. No podía irse hasta escuchar lo que el duque pensaba de sus ideas. Pero seguía mirando hacia las ventanas y la puerta, esperando ver a Sophie bajar de nuevo.

Su horario con los niños se habría visto alterado con el repentino regreso de su hermano, y se preguntaba qué estaría haciendo ahora. Sin duda algo que Nash le había ordenado hacer, y desagradable, a juzgar por la expresión en su rostro hace un momento.

Jasper necesitaba verla, y tenía que ser antes de la hora de la cena.

—Nash, ¿podrías venir aquí y amablemente sentarte con nosotros? —llamó Ravenswood en voz alta.

Nash salió del estudio ducal de al lado y tomó asiento cerca. Pero movía la rodilla nerviosamente, pareciendo por todo el mundo como si hubiera otro lugar donde preferiría estar. Cuando llegó el café, rechazó una taza también. No era propio de Nash parecer tan impaciente o tan distraído, pero claro, nunca había mostrado interés en las ideas de Jasper antes.

El duque le lanzó una mirada agria a Nash.

—Echa un vistazo a esto.

—¿Por qué? —espetó Nash mientras miraba hacia la puerta de nuevo.

Ravenswood le entregó las hojas de sugerencias con un profundo suspiro y se recostó.

—Nuestro hermano ha estado ocupado, y creo que sus sugerencias merecen consideración.

—Veámoslas —dijo Nash, arrebatando los papeles.

Ravenswood miró hacia Jasper con una sonrisa orgullosa.

—Bien hecho, hermanito. Estoy impresionado.

Jasper sintió que su rostro se calentaba ante el elogio. Realmente no había imaginado que el duque estaría impresionado. Después de todo, ¿qué podría saber un tercer hijo sobre administrar una finca de este tamaño? Nadie en su familia.

—Estoy seguro de que ya habías considerado muchas.

—Solo un puñado —admitió el duque—. Sabía que dejarte a cargo resultaría beneficioso.

Jasper se removió un poco mientras esperaba que el duque lo despidiera. El duque y Nash discutirían sus ideas a fondo cuando él se fuera. No necesitaba quedarse para eso. La mayoría de las decisiones generalmente se tomaban mientras él estaba en otro lugar de todos modos.

Dejó su taza de café, decidiendo que era hora de salir de la habitación y buscar a Sophie.

—¡Oh, ya déjalo! —ladró el duque.

Jasper levantó la vista, sobresaltado por el calor de la exigencia de su hermano.

Pero el duque se dirigía a Nash, en lugar de a él.

Nash murmuró algo entre dientes que Jasper no alcanzó a oír. El duque debió haberlo hecho, sin embargo, porque frunció el ceño oscuramente y luego miró a Jasper.

—Nuestro hermano ha estado de mal humor desde que dejamos la fiesta en la casa, y me he cansado de ello. No se lo pedí. No hay nada que hacer al respecto ahora. Entonces, ¿de qué más hay que preocuparse?

Nash miró furioso al duque.

—Estoy procediendo con el divorcio.

Jasper parpadeó, conmocionado hasta la médula.

—¿Qué?

—Nuestro hermano tiene una idea tonta metida en la cabeza desde hace semanas, una que no resolverá nada al final —advirtió Ravenswood, reclinándose en su silla—. El divorcio es casi inaudito en nuestro círculo y causaría un escándalo del que no escaparíamos en años.

Jasper se inclinó hacia Nash.

—¿Por qué ahora?

Pero de repente Jasper supo por qué: Sophie. ¿Por qué otra razón estaría ella tan pálida? ¿Habría oído hablar de sus planes también? ¿Habría Nash llegado a casa y lo primero que hizo fue presionar a Sophie con su propuesta? ¿Qué habría respondido ella?

Nash se aclaró la garganta repetidamente.

—Me resulta evidente que mi esposa ha perdido cualquier derecho a un lugar en la familia. Nuestro matrimonio fue arreglado y nunca hubo amor entre nosotros. Preferiría vivir como soltero otra vez que como un marido abandonado para siempre.

—Ella no es la única que abandonó el lecho matrimonial —soltó Jasper, horrorizado por el plan de Nash—. Apenas notaste su ausencia esa primera semana.

—Jasper —le advirtió el duque—. No sabes nada del asunto.

Hasta ahora, Jasper había mantenido sus pensamientos sobre Nash y Laura estrictamente para sí mismo, pero ya no más. No cuando había que preocuparse por Isabelle.

—Sé lo suficiente para ver que mi hermano está tratando de absolver cualquier responsabilidad por los fracasos de su matrimonio. Estuvo ausente cuando ella más lo necesitaba —se quejó Jasper, poniéndose de pie—. Dejó a Laura sola con Padre para ser víctima de sus caprichos.

Nash aspiró bruscamente.

—Tú también estabas aquí. Eras su amigo —gruñó—. Su mejor amigo.

—Sí, lo era entonces, pero no era su marido. No tenía influencia sobre las decisiones de Padre con respecto a ella, ¿y por qué debería haber tenido voz en absoluto? Pero vi lo que estaba pasando, y te escribí, sugiriendo que volvieras más de una vez. Elegiste no escucharme. Obedeciste a Padre e hiciste su voluntad en su lugar. Padre te separó de Laura, y luego separó a Laura de los niños. Si te divorcias de ella, les quitas a esos niños cualquier oportunidad de volver a verla.

—Ella podría haber vuelto conmigo en cualquier momento que quisiera —respondió Nash con tanta frialdad que Jasper casi se estremeció.

Se enfureció por la calma con la que Nash seguía hablando de terminar su matrimonio. No había pasión en él, salvo por sus propias ambiciones para la familia. Jasper no podía comprender que fueran siquiera parientes de sangre.

—¿Se lo dijiste? ¿Le pediste disculpas por cómo se portó padre con ella?

La mandíbula de Nash se crispó.

—No hace falta decir que la madre de mis hijos es bienvenida aquí.

—No mientras padre vivía, no lo era —le recordó Jasper—. Padre hizo todo lo posible para hacerla sentir una extraña. ¡Tuvo que pedir cita para visitar a sus propios hijos en sus últimos

cumpleaños!

—Jasper, ya basta —advirtió de nuevo el duque, poniéndose de pie también. Puso una mano restrictiva sobre el hombro de Jasper—. Déjalo que cometa sus propios errores.

—No, ¡no lo haré! Esta vez no. —Se volvió hacia el duque también—. No he dicho nada durante años y lo he dejado hacer lo que le place. Pero ¿por qué divorciarse de ella ahora? No es como si quisiera estar con alguien más a estas alturas. Está demasiado aferrado a sus costumbres como para molestarse con el romance.

Nash se aclaró la garganta.

—Me casaré de nuevo. Ya se ha seleccionado una novia.

Jasper negó con la cabeza, pero el duque parecía sorprendido.

—Estás bromeando.

—No —prometió Nash—. Se ha discutido, y espero casarme tan pronto como el divorcio sea definitivo.

—Eso podría llevar años. ¿Qué mujer aceptaría esperar tanto tiempo?

Nash se encogió de hombros.

—La señora Radcliffe entiende la situación.

—¿Radcliffe? ¡No! —jadeó el duque—. No consentiré esto.

Jasper negó con la cabeza de nuevo.

—Ella no puede casarse contigo.

Si Sophie se casaba con alguien, esperaba que fuera con él mismo.

—No veo ningún impedimento real —continuó Nash—. Después de haber obtenido el divorcio, ascenderé a una doncella para que ocupe su lugar como institutriz hasta que los niños vayan al internado.

—¿Qué hay de Laura?

Nash se encogió de hombros otra vez.

—¿Qué pasa con ella?

—La humillarás.

—¿Acaso no ha hecho ella lo mismo conmigo? Avergonzándome frente a mi familia porque no desafié a Padre mientras vivía.

—Sí, pero ahora que Padre ya no está, no hay razón para no reunirse y hacer las paces con ella —argumentó Ravenswood.

—Ha tenido tiempo suficiente para entrar en razón —anunció Nash y se puso lentamente de pie—. No. Un nuevo comienzo es lo que necesito.

—Un nuevo comienzo —dijo Jasper lentamente—. Entonces, ¿estás cortejando a la señora Radcliffe ahora?

—No, no. Nada de esas tonterías es necesario con ella. Ya sé todo lo que hay que saber sobre la señora Radcliffe para ver que es la elección perfecta para mí. Ella no requerirá el romance que tú crees necesario para que funcione un segundo matrimonio.

Jasper se quedó boquiabierto.

—¿Por qué demonios pensarías eso?

—Porque será un matrimonio solo de nombre. Se lo dije. Ella tendrá a los niños para cuidar y nuestra protección. Se quedará aquí en el campo donde puede estar cómoda.

Jasper entrecerró los ojos mirando a su hermano.

—¿Te dijo ella que eso es lo que quiere para su vida?

—No con tantas palabras, pero difícilmente querría volver a Londres y los recuerdos infelices que se encuentran allí.

Los amigos de Sophie estaban en Londres. Madam Clover, Ruby y todos los demás. Los sentidos de Jasper se pusieron en alerta. ¿Qué sabía Nash que él aún no?

—¿Qué recuerdos infelices hay en Londres para ella?

El labio de Nash se curvó brevemente, pero suavizó sus facciones.

—Estuvo enamorada una vez y fue muy decepcionada.

Jasper lo sabía, pero la forma en que Nash hablaba lo hacía parecer de alguna manera sórdido.

—¿Decepcionada cómo?

—Se requería una propuesta y nunca llegó.

El duque parpadeó.

—¿Requerida?

Nash asintió secamente.

—La indiscreción fue silenciada por todos los involucrados.

—Nash —dijo el duque lentamente—. Si esperas mi apoyo para esta unión ridícula, tendrás que proporcionarnos todos los detalles de esta indiscreción suya. Jasper y yo necesitamos saberlo ahora. No dijiste nada sobre ninguna mancha en su reputación cuando contrataste a la mujer sin referencias y la trajiste a nuestras vidas. No deseo más sorpresas de mis hermanos.

—No hay nada de qué preocuparse —Nash frunció los labios por un momento—. Conoció a un libertino y fue seducida hasta su cama, y esperaba una propuesta que nunca llegó. El tipo la abandonó y la echaron del orfanato donde aún vivía. La conocí una noche, muchos meses después. Estoy bastante seguro de que la indecencia está muy atrás en su pasado ahora.

El duque se cruzó de brazos. —Continúa.

Pero Jasper miró furioso a Nash y deseó que cerrara la boca. Tenía la sensación de que sabía lo que vendría a continuación. Las cosas que Nash podría decir sobre Sophie eran privadas y no eran asunto del duque. Ni suyo tampoco.

Sophie tenía una opinión extremadamente baja de los libertinos por una razón. Había conocido a la madame cuando estaba enferma... pero esa enfermedad nunca se le explicó completamente. Rara vez hablaba con detalle sobre su vida antes de convertirse en institutriz, y él siempre había sentido curiosidad por saber por qué guardaba silencio.

Nash asintió. —Tuvo la suerte de que una mujer de buen corazón me llamara cuando surgieron dificultades —dijo.

El corazón de Jasper dejó de latir. —¿Dificultades?

—Podría haber muerto si yo no hubiera estado allí —murmuró Nash—. Perdió un hijo.

Jasper estaba horrorizado al oír eso. ¿Era de extrañar que Sophie no pudiera hablar de semejante pasado? Nash debería haber mantenido la boca cerrada. No tenía ningún respeto por Sophie ni por su privacidad.

Jasper era diferente de Nash en un aspecto esencial. Cuando se trataba de Sophie, no había *nada* que no hiciera para protegerla a ella y a su reputación, incluso de sus propios hermanos.

Eran compañeros, o lo habían sido hasta que la culpa se interpuso en el camino de su amistad, romance, o como debiera llamarse. Lamentaba profundamente lo que le había sucedido y cambiaría las cosas si pudiera. Si Nash le había pedido que se casara con él hoy, ella no parecía nada feliz al respecto. A pesar de toda la seguridad de Nash, Jasper no podía creer que Sophie alguna vez aceptaría un matrimonio tan frío. La pareja no tenía nada en común.

Miró fijamente a su hermano... y se dio cuenta del pequeño detalle que Nash había olvidado mencionar sobre su elección. Sophie heredaría todo el dinero de Madame Clover y una próspera casa de placer algún día, cuando ella falleciera.

Fingiría no saber nada de eso por ahora. —¿Por qué elegirías casarte con una huérfana sin un centavo?

—Confío en ella —murmuró Nash, luciendo ligeramente poco convincente.

Sí, se podía confiar en Sophie, pero esa no era la única razón por la que Nash la había elegido. Nash se casaría con Sophie también por su eventual herencia, y no le diría nada a nadie.

Jasper se apartó, asqueado con su hermano. No había aprendido nada desde que se casó con Laura por la misma razón. Jasper no podía permitir que tal unión tuviera lugar. No dejaría que Sophie comprometiera su futuro al frío cuidado de su hermano.

Sophie no debería vivir sus días en casta miseria cuando no tenía que hacerlo. Era demasiado apasionada por naturaleza para ese destino.

Nash suspiró. —Es la mujer que quiero, hermano. La traje para ser la institutriz de mis hijos y me agrada. Con su educación y naturaleza afectuosa, es perfectamente cariñosa con los niños.

—También lo es Seymour —espetó Jasper—, y él no requeriría un anillo si le pidieras que cuidara de los niños.

El duque ahogó una risa.

Jasper se puso las manos en las caderas. —Entonces, ¿por qué Sophie Radcliffe cuando cualquier mujer serviría?

—No has ocultado tu desagrado por ella, Jasper —observó el duque—. Imagino que por eso no puedes entender su decisión. Admito que yo también estoy luchando por comprenderlo.

—Cualquiera puede cuidar de los niños —soltó Jasper. Quería darle a su hermano una última oportunidad—. Pero Nash, ¿casarte con una mujer a tu servicio cuando los niños se irán a escuelas adecuadas tan pronto? ¿Por qué ella, hermano? ¿Por qué ahora?

—La oferta ha sido hecha —dijo Nash como si eso fuera definitivo.

Y en su mente, probablemente lo era. Nash era terco, inflexible en sus opiniones, y su decisión hoy era cruel para Sophie. No cambiaría de opinión sobre ella, ahora que les había dicho a todos lo que había decidido. Tenía que darle a su hermano una razón para dudar de sí mismo. —Hermano, dime, ¿cuándo fue la última vez que asististe a un baile de máscaras en Londres?

—En serio, Jasper —interrumpió el duque—. ¿Qué importa eso ahora?

—Oh, importa —miró a Nash a los ojos—. ¿Y bien?

Aunque desconcertado, Nash respondió. —El año pasado, al final de la temporada.

—¿Estuviste con una mujer esa noche?

Nash se removió inquieto. —¿Por qué preguntas eso?

—Responde la pregunta. ¿Alguna vez fuiste infiel a Laura durante tu matrimonio?

—¿Jasper? —dijo el duque en voz baja—, eso no es asunto nuestro...

—Oh, pero lo será, sospecho —mantuvo su mirada en Nash—. ¿Estuviste con alguien esa noche?

—Puede que lo estuviera —murmuró, luciendo decididamente incómodo—. Estaba bebiendo mucho el año pasado y mi recuerdo de esa noche es borroso. Me avergüenzo de ello.

—Y deberías —exclamó Ravenswood—. Me juraste que no había habido otra mujer en tu vida además de tu esposa. Tanto para tus supuestos altos valores morales. Regañándome por mantener una amante cuando no tengo ninguna posibilidad de casarme con ella.

Jasper asintió, pero su corazón estaba apesadumbrado. Isabelle no era su hija después de todo. Pertenecía a alguien más. Un hombre, su hermano, que tal vez nunca la amaría como Jasper ya lo hacía. —Alégrate hermano. Estoy seguro de que no fuiste infiel a tus votos esa noche.

Los ojos de Nash se clavaron en los suyos. —¿Qué quieres decir?

—No fuiste infiel porque la mujer *era* Laura —aspiró profundamente y exhaló despacio en el

profundo silencio que siguió a su declaración. El duque parecía completamente conmocionado y Nash palideció. Obviamente no tenía idea sobre Laura o el embarazo—. Laura tuvo una hija llamada Isabelle. La niña fue entregada en el palacio durante tu ausencia.

Nash se desplomó en el suelo, sin llegar siquiera a rozar el asiento de una silla, y el duque se apresuró en vano a levantarlo, llamándolo por su nombre.

Pero Nash solo podía negar con la cabeza.

—No puede ser cierto.

Jasper se detuvo junto a Nash y, por primera vez en su vida, sintió lástima por él.

—Reconsiderarás tus planes de divorcio, hermano. Laura *volverá* pronto a casa y recuperarás a tu familia, aunque no hayas hecho nada para merecer semejante bendición —siseó Jasper—. Si me disculpa, su gracia, hay algo que necesito buscar.

CAPÍTULO VEINTE

—Aquí estás —dijo Jasper, sonriendo ampliamente mientras entraba a paso largo en la sala de juegos.

Sophie enderezó la espalda y se apartó de él. Hoy no era el día para lidiar con su libertino favorito. Su mente estaba demasiado confusa para dar sentido a sus emociones. Apenas podía concentrarse en lo que los niños le decían la mitad del tiempo desde su reunión con el padre de estos.

Había recibido una propuesta de un hombre al que no amaba, y aquel por quien *sí* sentía algo nunca se la ofrecería. Era ridículo sentirse feliz solo por tener a Jasper cerca en un día tan problemático.

Él se movió para ponerse a su lado, observando a los niños jugar juntos al otro lado de la habitación con Isabelle. Su presencia la hacía sentir menos sola. Pero apretó los labios, luchando contra el anhelo de volverse hacia él, de tener sus brazos rodeándola nuevamente. Él la hacía sentir bien consigo misma sin siquiera intentarlo.

Y no era fácil lidiar con sus emociones cuando él estaba parado a solo centímetros de distancia y, sin embargo, tan fuera de su alcance.

Él la giró para que lo mirara. —Mis hermanos estarán ocupados por un tiempo, y me temo que tengo algunas noticias que podrían angustiarte.

Sophie asintió, contenta de que Lord Nash estuviera ocupado en otra parte. Tendría un poco más de tiempo a solas con los niños antes de tener que despedirse de todos.

Había decidido marcharse. Volver a Londres y a sus amigos, a quienes extrañaba desesperadamente. No tenía que ser institutriz, ni una dama respetable si no quería. Madame Clover había apreciado su compañía y su trabajo. Podría no ser respetable, pero era un trabajo honesto y también la necesitaban en la casa de placer.

—Mi hermano nos habló sobre su intención de divorciarse de Laura y casarse contigo —le dijo Jasper sin rodeos.

Su rostro se enrojeció de vergüenza y miró a Jasper de reojo, paralizada e insegura de qué decir. Lord Nash le había *contado* a Jasper, e incluso al duque, ¿aunque ella ya lo había rechazado una vez? Por supuesto que lo había hecho. Nunca escuchaba. —Oh.

Jasper se movió para pararse frente a ella, bloqueándola de la vista de los niños. —Amo a mi hermano. Pero es completamente opuesto a mí. Una vez que se le mete algo en la cabeza, es imposible hacerlo cambiar de opinión.

Sophie se abrazó a sí misma. —En eso se parecen.

—Me gustaría creer que aprendo de mis errores —le dijo Jasper—. He cambiado gracias a ti.

Conocer a Sophie Regina Radcliffe no fue un error. Somos parecidos. Esperaba que pudiéramos seguir siendo cercanos en los años venideros, y lo seremos, sin importar lo que decidas sobre mi hermano.

Sophie apartó la mirada. Estaba enamorada de Jasper, y él ni siquiera lo sabía. —¿Amigos?

—Compañeros —corrigió él—. Compañeros que confían el uno en el otro. Que velan por los intereses del otro. Ahora voy a confiar en ti con una verdad que mi hermano solo conoce a medias.

Ella se volvió para mirarlo, incapaz de ocultar su temor. —¿Cuál es esa gran verdad que compartes?

Él se acercó para susurrar: —Laura ha visitado Ravenswood Palace. Justo después de que Nash se fuera, me encontró cabalgando y exigió ver a sus hijos. Intenté llevarla a Ravenswood, pero se negó a venir, y luego, más tarde, intentó secuestrar a sus hijos.

Sophie lo miró, conmocionada. —¿Fue por eso que Thomas se escapó solo?

—Sí. No tuvo éxito entonces, ni desde entonces —susurró Jasper, tomando la mano de Sophie y sosteniéndola firmemente contra su pecho—. Thomas casi la había alcanzado cuando lo encontré el otro día, y luego ella desapareció en el bosque. Él solo la vio a distancia. No creo que Thomas la haya reconocido, pero su curiosidad sigue siendo fuerte.

En ese preciso momento, Thomas dejó a su hermano e Isabelle y se acercó a las ventanas.

—Mira por las ventanas más a menudo, ¿verdad? Yo hago lo mismo.

—Sí, pero nunca imaginé... —Sophie fue hacia Thomas y le sugirió que le mostrara a Isabelle sus soldados de juguete. Ahora ella misma miró por las ventanas. Había querido conocer a Lady Laura Sweet durante tanto tiempo, pero nunca imaginó que ya hubiera regresado a casa. Volvió junto a Jasper—. ¿Crees que volverá pronto?

—Creo que sí —advirtió Jasper—. Tenemos algo que ella quiere. Sus hijos. Pero es como el viento. Rápida y fugaz, sin mencionar que es tan obstinada como Nash. Desconfiada y amargada. Creo que teme este lugar y a mi familia.

Sophie cerró los ojos. Pobre mujer. —¿Por qué no me dijiste que la habías visto antes?

—No estaba seguro de cómo te sentirías respecto a ella. Había abandonado a sus hijos. Tampoco quería que te preocuparas por la posibilidad de que intentara llevarse a los niños. Juntos, los hemos mantenido a salvo, pero necesitas saber que ella desconfía de ti sin siquiera conocerte. Se ha enterado de dónde te conoció Nash, y Nash despidió a la última institutriz, la elegida por ella para cuidar de sus hijos, en contra de sus deseos. Ella sospecha de ti. Sospecha que tú y Nash se han vuelto demasiado cercanos como para ser respetables.

Sophie hizo una mueca. Tendría que aclarar las cosas con la mujer ella misma. Sophie habría alentado a la mujer a reunirse con sus hijos si hubiera sabido que estaba cerca. Pero Sophie también podía entender los temores de Jasper sobre un segundo intento de secuestro y no lo culpaba por mantenerlo en secreto.

Por mucho que deseara una reunión, Sophie no habría permitido que los niños fueran arrebatados de su padre mientras él estaba fuera de la propiedad. Habría intentado detener a Laura. Nash estaba de vuelta ahora, y tenía responsabilidades con su familia, para mantenerlos unidos. Sin embargo, estaba abajo, sin tener idea, imaginando que algún día se casarían.

Jasper le apretó la mano, pero estaba tan triste que ella supo que tenía algo doloroso que decirle. —Hay algo más que tengo que decirte sobre Isabelle.

Sophie tragó saliva, pero de alguna manera ya sabía lo que estaba a punto de decir. —Ella es hija de Nash, ¿verdad?

—Sí. Es hija de él y de Laura.

Sophie cerró los ojos ante la noticia. Adiós al supuesto distanciamiento de su empleador con su esposa. —Si eso es cierto, no se le puede permitir divorciarse de Laura.

Él exhaló sonoramente. —Me alegro de que estés de acuerdo conmigo en esto.

Sophie puso su mano en el pecho de Jasper, agarrando su corbatín. —¿Qué podemos hacer para reunirlos de nuevo?

—No lo sé —admitió Jasper negando con la cabeza—. No hay dos personas más tercas que jamás deberían haberse casado en este mundo. Me gustaría encerrarlos en un calabozo hasta que hicieran las paces. Desafortunadamente, no tenemos uno en Ravenswood.

—Sí, es una verdadera lástima —asintió ella—. Aunque su matrimonio no es realmente asunto nuestro.

—De acuerdo, pero los niños sí lo son.

Sophie se mordió el labio. Sí, los niños eran la razón por la que estaba en Ravenswood. ¿Deberían intentar algún tipo de reconciliación o tregua por el bien de ellos? Miró a Jasper a los ojos. —No sería fácil lograr que se queden juntos bajo este techo.

—No —respondió Jasper, con expresión preocupada—. Probablemente se necesitaría algún tipo de calamidad o acuerdo para evitar que se separaran de inmediato.

—Aparte de grilletes o una puerta de dormitorio cerrada con llave, no se me ocurre nada —reflexionó Sophie—. Pero ¿Su Gracia podría tener una mejor idea? Conoce bien a su hermano.

—Sí, podría ayudarnos con esto. Siempre ha estado interesado en una reconciliación. No quiere el escándalo de un divorcio.

—Ni que yo sea la segunda esposa de Nash tampoco, me imagino —dijo ella.

—No se trata de ti, Sophie.

—Lo sé. —Se aferró a Jasper y se maravilló de lo fácil que aún era hablar con él. Habían cambiado tanto durante el verano. Había considerado a Jasper como el peor tipo de libertino y mujeriego desde casi el primer día que se conocieron. Pero con el tiempo, había visto otro lado de él. Un buen hombre se escondía bajo toda su arrogancia y sus apuestos rasgos. Sí, tenía sus defectos, pero ella también los tenía.

Lo había acusado de descuidar sus responsabilidades. Sin embargo, se preocupaba por su familia, sus hermanos, su cuñada y la felicidad de sus sobrinos. Había llegado a amar a Isabelle. Y ahora la estaba ayudando a ella a resolver las cosas mientras avanzaban juntos. Le encantaba que Jasper confiara en ella, que recurriera a ella cuando no sabía qué hacer.

Sentía que podía hacer lo mismo con él también.

—Lograr que esos dos admitan que aún se preocupan el uno por el otro sería una tarea hercúlea —dijo él—. Nash nunca habla de sus sentimientos. También se enojará si me entrometo demasiado.

—Si *nos* entrometemos. *Compañero*. —No podía irse ahora mismo. No hasta saber que Laura y sus hijos se habían reunido. Sophie se alejó de Jasper, volviendo hacia la ventana y miró hacia afuera. Si se iba, los niños no tendrían institutriz.

Los niños no tendrían institutriz, pero podrían tener una madre en su lugar.

Sophie sonrió lentamente. Laura estaba ahí fuera, en algún lugar. Esperando su oportunidad. Aguardando una invitación adecuada. Sophie vio movimiento y sonrió cuando una figura emergió de la línea de árboles a cierta distancia. Era una mujer a caballo.

Laura *estaba* ahí fuera ahora, esperando ver a sus hijos todavía.

Podrían tener una madre si Sophie pudiera convencer a Laura de que volviera a ocupar su lugar legítimo. Si eso sucediera, Sophie podría regresar con Madam Clover con el corazón tranquilo.

Para empezar, sin embargo, necesitaba llevar a los niños a ver a su madre ahora mismo, antes de que desapareciera una vez más. No sabía cómo era la mujer, así que necesitaría que Jasper los acompañara también.

Se dio la vuelta y encontró a Jasper justo detrás de ella. —¿Qué respuesta le darás a Nash?

—La misma que ya le di. No.

Jasper bajó la cabeza hasta tocar la de ella, y Sophie se encontró por fin en sus brazos. —¿La idea de que podrías ser madre de mis sobrinos no te tentó en absoluto?

—No. —Lo miró con agudeza—. ¿Pensaste que lo haría?

Él sonrió. —Esperaba que no. Había esperado que pudieras preferirme a *mí*, pero los libertinos son universalmente considerados inferiores a los hombres supuestamente correctos como mi hermano mayor.

—Eres mejor que él en tantas formas que no puedo contarlas todas. —Rió suavemente y le besó la mejilla—. Te tomaste el tiempo de conocerme. Él nunca lo hizo.

Jasper sostuvo su mano con fuerza entre las suyas, y luego le besó todas las yemas de los dedos. —Espero que algún día se me dé la oportunidad de conocerte aún mejor. Para demostrar que siempre escucharé y consideraré tus sentimientos.

—Me gustaría eso, pero me temo que hoy debe hacerse algo respecto a Nash y Laura. No podemos vivir bajo la amenaza de que ella se lleve a sus hijos cuando no hay razón para que lo haga. —Volvió su mirada hacia él—. Necesitamos encontrarla y aclarar las cosas sobre mí.

—¿Cómo diablos propones que hagamos eso?

Ella le sonrió y se apresuró a coger su chal. —Necesitaré tu ayuda y una presentación adecuada. Niños, vamos a salir.

—¿Pero no es casi la hora del cuento? —se quejó Thomas.

Ella se acercó a Thomas y le revolvió el pelo. —Mi querido niño, a veces es necesario dejar de lado el horario de tu padre.

Jasper la siguió a través de la habitación y le cogió la mano. —Estaré encantado de acompañarte, pero no en este preciso momento si no te importa. Hay algo más que tengo que decirte.

—¿Sí?

—¿Sabes que Madam Clover planea dejarte la totalidad de su fortuna?

Sophie frunció el ceño. —Mencionó algo sobre dejarme algo de dinero una vez, antes de que viniera aquí para ser institutriz, pero no lo ha mencionado desde entonces. ¿Por qué? ¿Cómo sabes tú eso, de todos modos?

—Nash sabía sobre la herencia —susurró Jasper—. Y le hizo creer a Madam Clover que se casaría contigo para cumplir sus deseos.

—¿Qué deseos?

—La continuación de su negocio —dijo él—. El cuidado de sus damas. Te lo está dejando todo a ti.

Sophie negó con la cabeza. —Dudo mucho que tu hermano tuviera algún interés en dirigir una casa de placer.

—Yo también —asintió Jasper—. Y sospecho que nunca lo habría hecho. Pero ella creía que tú te asegurarías de que sus damas fueran atendidas cuando ella ya no estuviera, y creo que es una buena idea.

—Me sentiría honrada de continuar su trabajo —prometió, y de repente entrecerró los ojos —. ¿Dices que Nash sabía sobre mi herencia?

—Sí.

—Vaya granuja.

—Bueno, eso es mucho más amable que lo que yo quería llamarlo hoy —dijo Jasper—. Acabo de sustraer estas de la habitación de mi hermano. Las encontré metidas en el fondo de un cajón. Son tuyas y están abiertas. No fui yo quien hizo eso.

Sophie las tomó de sus manos, reconociendo los objetos de inmediato. —¡Mis cartas! ¡*Sus* cartas! Las de Madam Clover.

Jasper frunció el ceño. —Sí, parece que a mi hermano no le agradó que mantuvieras contacto con una madame después de todo y omitió mencionar ese hecho a todos los involucrados.

Sophie las llevó a la ventana y las revisó. Había media docena de cartas que ella había escrito a Madam Clover. Y además, más cartas de Madam Clover, incluyendo una muy gruesa que parecía importante. Desdobló todas las cartas y las examinó rápidamente.

Casi lloró al leer el contenido de la más gruesa. —Esta es sobre su última voluntad y testamento, nombrándome como única heredera.

—Felicidades —murmuró él.

Sophie pisoteó, tratando de no llorar por el asunto. —¡Podría haber dicho algo mientras estuvo aquí! No merezco esto.

—Madam Clover cree en ti, al igual que yo, Sophie. Me pidió que te cuidara. Ella sabía, sospechaba, que mi hermano te estaba tratando mal y me encargó arreglar las cosas. La vida es corta, Sophie. Deberías estar con personas que se preocupen por ti, no con alguien que ignore tus necesidades.

Sophie tragó saliva, mirándolo y aún tratando de no llorar. —Esto lo cambia todo.

—Sí, estoy seguro de que así es. Tienes mejores opciones que quedarte aquí como institutriz. Puedes hacer cualquier cosa que tu corazón desee. Aunque siempre pudiste.

Sophie se apresuró hacia Jasper, tomó su rostro entre sus manos y lo atrajo hasta que sus labios estuvieron a centímetros de los suyos. Él pareció sorprendido. —Gracias, compañero —susurró.

Ahora podía ser la amante de Jasper y continuar su aventura.

Él le sonrió y luego besó la punta de su nariz. —De nada, Sophie Regina Radcliffe —prometió, posando sus manos en las caderas de ella—. Ahora, me encuentro nuevamente necesitando tu sabio consejo. Hay otro asunto espinoso para el que necesito desesperadamente una solución. Estoy seguro de que sabrás qué debo hacer.

Ella le sonrió. Cuánto habían avanzado desde aquellos meses en los que se desagradaban tanto que no podían mantener una conversación civilizada. Realmente se estaban convirtiendo en los mejores amigos. Era una lástima que eso cambiaría, con su regreso a Londres aún más urgente ahora. Pero podía volver a Londres y esperar verlo de vez en cuando, y aun así ayudar a Jasper a construir su fortuna, y la de la madame también. —¿Lo que sea? ¿Qué puedo hacer para ayudarte ahora?

Jasper tomó su mano nuevamente. —No estoy seguro de cómo proceder en un asunto de gran delicadeza. —Había un atisbo de sonrisa tímida en su rostro ahora, y entrelazó sus dedos con los de ella, apretando sus manos con fuerza—. Dime qué debe hacer un libertino para descubrir si la mujer que más admira y ama en el mundo podría considerar casarse con él algún día.

CAPÍTULO VEINTIUNO

Por un momento, Jasper temió que Sophie pudiera desmayarse. Ella no debía de haber imaginado lo que había estado creciendo en su corazón durante algún tiempo debido a su influencia y amistad. Él tampoco se había creído capaz de tal amor, hasta que casi había sido demasiado tarde para declararse su hombre. Pero no quería que Sophie se casara con nadie más que con él. Jasper quería que Sophie fuera suya para siempre, y no como su amante secreta o su querida mientras cuidaba de los hijos de otras personas o de los asuntos del burdel. Quería que ella tuviera sus propios hijos y carrera. Y quería estar allí para apoyarla en cada esfuerzo.

—Yo... yo... —balbuceó ella.

—¿Demasiada sorpresa?

—Bueno, sí —dijo, y luego se apresuró a recoger a Isabelle, que había empezado a quejarse de que nadie le prestaba atención.

Jasper quería que Sophie le perteneciera aquí en el palacio o en cualquier otro lugar donde ella quisiera vivir. Mientras pudiera estar en algún lugar cercano, pensaba que podría ser feliz incluso con las migajas de su atención. No tenía nada que ver con el dinero que heredaría de Madame Clover. Eso no llegaría en años y años, si él tenía algo que decir. El dinero no había influido en su decisión ni un ápice. Pero enamorarse sí.

Incluso si ella decía que no hoy, él respetaría su decisión y se aseguraría de que viera a sus amigos de Londres y cumpliera con los últimos deseos de la vieja madame al final. No dejaría que le robaran sus responsabilidades, como Nash seguramente había pretendido hacer todo el tiempo. ¿Por qué otra razón ocultar la correspondencia que discutía una herencia? ¿Era de extrañar que Madame Clover se hubiera preocupado lo suficiente como para venir a buscar a Sophie también?

Le quitó a Isabelle. —¿Qué *quieres* en un hombre, Sophie?

—Lo tengo —prometió ella, haciéndole cosquillas a la niña bajo la barbilla y apoyándose en él—. ¿Qué más quieres, Jasper?

Tanto, tanto, pero algo notablemente simple también. La miró a los ojos. —Todo, pero lo que más quiero se reduce a dos cosas: tú y nosotros.

—¿Nosotros?

—Tal como somos, quizás con un poco más de *nosotros*. —Asintió y decidió que no tenía sentido dudar sobre las palabras correctas o esperar un mejor momento—. Cásate conmigo, Sophie. Conviértete en una tía cariñosa, pero sé mi compañera en todo para siempre. Viaja a Londres conmigo o sin mí para visitar a tus amigos. Ellos son tu familia. Te respeto a *ti* y a ellos. Ravenswood nunca más será tu prisión.

Sophie se quedó quieta, y luego soltó el aire de golpe. —Pensé que estabas en contra del matrimonio.

—Simplemente no había pasado suficiente tiempo con la mujer adecuada. No hay nadie mejor que tú para darme todo esto —dijo, extendiendo la mano para abarcarla a ella y a los niños cercanos.

Esto era todo. Familia, responsabilidades y la pasión de un amor sorprendente que había surgido de la nada. Lo había tomado tan por sorpresa que no había sabido qué hacer al respecto lo suficientemente pronto.

—Nunca supe que necesitaba esto antes de que me mostraras lo que faltaba en mi vida. Por supuesto, mantendré algunas tendencias libertinas, pero te advierto, planeo desviarlas enteramente a tu seducción. Sospecho que te robaré a menudo de tus responsabilidades para divertirnos solos. Seguiremos tus reglas o ninguna en absoluto. Dejo la elección enteramente en tus manos.

Un par de pequeñas manos aterrizaron en su muslo, y encontró a su sobrino Liam pidiendo que lo levantara. Jasper lo alzó y lo colocó en su cadera, de modo que el niño quedara cara a cara con todos ellos. Thomas llegó después, parado cerca pero un poco apartado. Aún no se había recuperado del todo de la severa charla que Jasper le había dado. Le hizo un gesto al niño para que se acercara y se sintió gratificado cuando el pequeño lo abrazó. —¿Qué dices, Sophie? ¿Te apetece dar un largo paseo conmigo y ver adónde llegamos juntos?

—Vamos al bosque —le recordó Liam—. A Thomas también le gustaría mucho ir con nosotros.

Laura podría estar allí a esta hora del día también. La había visto en el borde del bosque otra vez ayer, pero se había marchado a caballo antes de que él pudiera tener la esperanza de alcanzarla. Si los niños estaban con él y iban a pie, tal vez ella finalmente saldría.

Miró a Sophie. —No lo sé. Tendrás que preguntarle a Sophie si podría soportar el largo paseo hoy.

Arqueó una ceja, esperando su respuesta tanto para hacer un viaje al bosque como para la perspectiva de casarse con él algún día. Ella aún parecía un poco sorprendida de que se lo hubiera propuesto, para ser honesto. Le daría todo el tiempo que necesitara para decidir. Había recibido dos propuestas en un día. Solo una de ellas había venido de un lugar de amor. Ella había sido decepcionada en el amor antes, y él podía entender su vacilación para comprometerse con otro libertino. El matrimonio nunca había sido su prioridad, pero Sophie lo era ahora. Dejaría que llegara a su decisión a su propio tiempo.

Dejó a Liam en el suelo y ajustó a Isabelle en sus brazos. La niña era un divertido manojo de alegría, pero se volvía pesada después de un rato. Le gustaría sostenerla todo lo que pudiera hasta tener la suya propia. Un hijo que representara lo mejor de él y todo de Sophie, porque para él, no había mejor mujer que se pudiera encontrar en ninguna parte.

Jasper le ofreció el brazo a Sophie, y después de un momento, ella entrelazó el suyo. Su agarre se hizo más fuerte mientras bajaban las escaleras juntos y salían a la luz del sol sin encontrarse con sus hermanos. Cuando comenzaron a alejarse del palacio, ella no lo soltó, sino que se mantuvo firme y cerca.

Mirando su rostro, vio lágrimas en sus ojos ahora. Apartó la mirada para que no se avergonzara y esperó pacientemente mientras ella se recomponía. Se le ocurrió que Sophie se parecía mucho a Nash en esa pequeña manera. Nunca se había sentido cómoda revelándole sus emociones o sus deseos. Sería su mayor deleite hacerla abrirse en el futuro.

Hoy, sin embargo, solo esperaba escuchar una respuesta de cualquier tipo. No era un hombre

verdaderamente paciente cuando veía algo que quería, y eso era Sophie y solo Sophie le serviría ahora. —Jasper, hay algo que tengo que contarte sobre mi pasado primero.

—No, no lo hay —dijo rápidamente, deseando ahorrarle la dolorosa confesión.

Ella lo miró, y su sonrisa se desvaneció lentamente de su rostro. —Lo sabes. Nash te lo dijo.

—Estabas enferma —dijo, y la apretó un poco más contra él—. ¿Cómo llamaste al bebé?

—Mi niño —susurró—. Alexander.

—Me gusta —susurró. Jasper le dio un beso en la frente—. Me gustaría escuchar todo sobre él algún día si tú misma me lo cuentas.

Un sollozo brotó de su garganta, y él se detuvo para dejarla enterrar el rostro en su hombro. Sus lágrimas fueron breves y luego hizo un esfuerzo por recomponerse por el bien de los niños. —Lo haré. Algún día. Te lo prometo.

Jasper asintió y le ofreció su pañuelo. —A tu tiempo, como siempre, querida.

Sophie sorbió. —¿Crees que al duque le importaría mucho si regresáramos a Londres tan pronto como Laura se haya instalado en el palacio? Me encantaría vivir allí de nuevo. Echo de menos la ciudad.

Jasper rio y la rodeó con el brazo, estrechándola. —A mí también. Ravenswood no puede retenernos aquí si queremos irnos.

—¿No los echarás de menos? ¿A tu familia? —preguntó Sophie.

—Mi familia eres tú. Nunca quiero estar sin ti —prometió—. Siempre tendré a mis hermanos.

Sophie de repente se estiró y presionó sus labios contra los de él. —Esa ha sido la propuesta más perfecta que he oído jamás. Te amo, Jasper.

—Y yo te amo más —contrarrestó él.

La besó apropiadamente, sin importarle que los niños los estuvieran mirando y empezaran a reírse disimuladamente. Ya no tenía necesidad de ocultar sus sentimientos por Sophie. Todo el mundo iba a saber que la institutriz le había robado el corazón al final del día. Sospechaba que este era solo el comienzo de su nueva y escandalosa vida juntos. Había encontrado a la novia perfecta y ella correspondía sus sentimientos en igual medida. —Más tarde, nos escabulliremos juntos y planearemos nuestra gran fuga. Por cierto, no voy a esperar hasta que estemos casados para estar a solas contigo. Nash puede cuidar de sus propios hijos por una vez durante la noche.

—O Laura lo hará. —Sophie frunció el ceño—. Mira. ¿Es ella?

—Sí.

Sophie se adelantó a su pequeño grupo sin esperar mientras Laura emergía de entre los árboles a pie. Sophie fue directamente hacia ella e hizo una profunda y respetuosa reverencia. —Mi señora, bienvenida a casa.

—Usted debe ser la institutriz de la que tanto he oído hablar —murmuró Laura, aunque le lanzaba una mirada de desaprobación por encima de la cabeza de Sophie. Pero entonces su mirada bajó para contemplar a sus hijos y él vio cómo sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Sí, mi señora —dijo Sophie mientras se levantaba y daba un paso atrás—. Es un honor finalmente conocerla. Niños, vengan a saludar a su madre.

Jasper se detuvo al lado de Sophie. Los ojos de Thomas se habían agrandado, pero mantuvo la distancia de Laura por el momento. Liam no la recordaba en absoluto y abrazó las piernas de Sophie, pero miraba a Laura tímidamente.

Sophie le dio una palmadita en el hombro al niño e hizo una mueca. —Me temo que es demasiado pequeño para recordar su rostro. Pero Isabelle seguramente no es una extraña para usted.

Sophie tomó repentinamente a la niña de sus brazos y se la entregó a Laura.

Los brazos de Laura rodearon a la pequeña, y tanto la madre como la hija emitieron un sollozo de alivio.

Jasper sonrió. —Sophie hizo lo mismo cuando creyó por error que yo era el padre de la niña. Pero ese no fue el sonido que yo hice.

—¿Creo que fue más bien un chillido de "ayuda"? —bromeó Sophie. Sin embargo, una lágrima solitaria rodó por su mejilla. Él la rodeó con sus brazos por la cintura y la estrechó mientras la madre, los hijos y la hija se miraban entre sí. —Me encantan las familias reunidas —le susurró.

—Espera a que su padre se entere de esto —le advirtió.

—Olvídate de él por ahora. Esto es todo lo que me importa. —Sophie se limpió las lágrimas del rostro y volvió a sonreír a Laura—. Son niños maravillosos, mi señora. Me siento muy orgullosa de haber tenido el privilegio de cuidarlos mientras usted estaba ausente. Pero necesitan más de lo que yo podría darles jamás. Necesitan a su madre de nuevo. Debe volver a casa, porque yo me voy de Ravenswood y no quiero que se sientan solos.

Jasper estaba muy orgulloso de la forma en que le hablaba a Laura con tanta amabilidad, compasión y respeto. Sophie había conocido la pérdida y los problemas en su vida y podía entender y simpatizar con la situación de Laura de una manera que él no podía.

Harían unas hermanas maravillosas, unidas contra las reglas y la frialdad de Nash, si Laura se atrevía a confiar en sus palabras y volver a casa con ellos.

Laura sorbió. —Debe estar cansada de su larga caminata cargándola. —Retrocedió hacia un tronco caído, sosteniendo a Isabelle apretada contra su pecho, y se sentó.

—No es tan lejos caminar de vuelta a casa —le explicó Liam a Laura, soltando a Sophie para seguir a su madre—. ¿De verdad eres nuestra madre?

—Sí, lo soy —admitió Laura, y era evidente que estaba preocupada por su reacción—. Los he echado de menos.

—Sophie siempre dijo que volverías pronto. ¿Esa es mi hermana?

—Sí, lo es —admitió Laura.

—Eso es bueno. Ella también necesita más que una institutriz. Necesitamos a nuestra mamá —dijo Thomas, y luego se sentó cerca de Laura, permitiéndole atraerlo hacia su abrazo.

Jasper acercó sus labios al oído de Sophie. —¿Crees que notarían si nos escabulléramos ahora?

—Posiblemente no, pero no podemos dejarlos aquí solos. Laura vuelve a casa hoy o podría no hacerlo nunca. Estaremos a su lado ofreciéndole nuestro apoyo cuando Nash la vea de nuevo —dijo Sophie, su expresión adquiriendo líneas determinadas—. La ayudaremos a encontrar su lugar en sus vidas de nuevo, y luego nos casaremos.

—Si crees que eso sería lo mejor —susurró Jasper, sonriendo ante la forma en que su vida se estaba poniendo en orden adecuadamente.

—Así lo creo —le dijo Sophie y sonrió—. Ella necesita a sus hijos tanto como yo necesito a mi libertino favorito.

—Ahora deberías llamarme tu prometido, querida —respondió él, sonriendo y ofreciéndole su brazo—. Ya no soy un libertino —juró—. Soy completamente tuyo.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Sophie fue la primera en divisar al duque de pie al final del jardín, con las manos en las caderas, observándolos a todos con una expresión inescrutable en el rostro. Pasó junto a Jasper y se dirigió directamente hacia él, haciendo una reverencia. —Su gracia, ¿no es maravilloso? Lady Laura ha regresado.

—En efecto, lo es, señora Radcliffe. En efecto, lo es.

—Es un día de celebración para la familia, pero lamento informarle que Lord Nash ya no tiene una institutriz para cuidar de sus hijos. Renuncio a mi puesto de inmediato y me iré de la propiedad pronto.

Pareció sorprendido por su anuncio. —¿Es así?

—Sí. Los niños tienen a su madre de vuelta, así que no estarán desatendidos.

—Ah, pensé que quizás Jasper la había ahuyentado con su pequeña fiesta con sus amigos.

—No. —Un atisbo de sonrisa rozó sus labios.

—¿Pensó que no sabía lo que estaba tramando y lo desaprobaba?

Ella frunció el ceño. —Bueno, supongo que sí.

—Estos son tiempos difíciles, señora Radcliffe, y todos debemos aprovechar nuestras fortalezas —murmuró el duque—. Jasper sobresale en ayudar a que la gente le dé su dinero y disfrute haciéndolo. Discúlpeme por ahora. Hablaremos de nuevo antes de que se vaya.

Y luego pasó junto a ella para acercarse a Laura, quien lo miraba con profunda sospecha. La pareja se saludó con cautela, y el duque bajó la cabeza para susurrarle algo a la mujer.

Jasper los dejó, viniendo a pararse al lado de Sophie. —Está complacido.

—Estoy segura de que lo está. Ha perdido una institutriz y recuperado una hermana —dijo ella con sequedad.

—No se trata de ti —prometió Jasper en un susurro—. Tú también pertenecerás a la familia, te lo prometo.

Sophie volvió su atención al duque, quien ahora mostraba un gran interés en Isabelle, inclinándose al nivel de la niña. Le hacía cosquillas en la mejilla y se reía cuando ella intentaba atrapar su dedo con la boca. —Qué niña tan encantadora —dijo, lo suficientemente alto para que todos lo oyeran—. Se parece mucho a nuestra madre a esa edad. Debo mostrarte el retrato de ella esta noche, hermana, para que podamos compararlas. Será una belleza cuando crezca.

—Nunca podría compararse con su propia madre —anunció Nash, sorprendiendo a Sophie casi hasta sacarla de su piel porque estaba parado justo detrás de ella y colmando de elogios a su esposa. Sophie nunca lo había oído hablar tan cálidamente de Laura antes. Pero también había un tono impaciente, una ronquera, en su voz.

Pasó bruscamente junto a ellos, y Jasper apartó a Sophie a un lado. Ella contuvo la respiración mientras Nash avanzaba hacia su esposa, preguntándose qué haría o diría a la mujer que había huido de él y de su matrimonio. Debió haber algo aterrador en su expresión porque los niños huyeron de la escena, corriendo hacia Sophie en busca de consuelo.

Laura levantó la barbilla. Sus ojos destellaban desafiantes hacia su esposo mientras él la miraba sin sonreír ni decir una sola palabra de bienvenida.

Esa batalla de voluntades podría haber continuado para siempre si el duque no hubiera comenzado a toser. Eso desvió la atención de Nash inmediatamente de su esposa. Sophie vio a Laura tragar saliva y respirar profundamente para calmarse. ¿Tenía miedo del temperamento de su marido? Sin embargo, si era así, no se alejó. Mantuvo su atención en él, no en el duque.

Sophie miró a Jasper. —¿Qué hacemos ahora?

Él se encogió de hombros. —¿Ofrecer té?

Ella asintió y llamó. —Mi lady, ¿le gustaría entrar y tomar el té con los niños?

Laura la miró y, después de un momento de consideración, inclinó la cabeza con majestuosidad. —Me encantaría. Puedes contarme cuánto tiempo llevan comprometidos tú y Jasper.

El duque dejó de toser, lo que quizás no había sido genuino después de todo, y miró en su dirección. Sus ojos se estrecharon y su expresión cambió a una de total perplejidad. —¿Comprometidos?

Jasper llevó la mano de Sophie a sus labios para besarla. —¿No son maravillosas noticias, hermano? No había tenido la oportunidad de contarte sobre nosotros con todo lo demás que estaba pasando.

El duque miró de reojo a Nash para ver cómo estaba tomando la noticia, y luego volvió a mirarla a ella. Una lenta sonrisa se extendió por su rostro, y parecía genuina. —En realidad, son noticias maravillosas —dijo finalmente, enderezándose al fin—. Y también explica mejor tu repentina renuncia.

Se rio, pero Lord Nash simplemente se quedó allí, inmovilizado por la conmoción, al parecer, hasta que Laura pasó junto a él para colocar un beso en la mejilla de Jasper y ofrecer sus felicitaciones. Entonces Nash se estremeció. Su mano se cerró a su costado. Su rostro se puso lentamente rojo.

Sophie se alarmó pensando que estaba a punto de decir algo indelicado sobre la inesperada unión que habían hecho. Sin embargo, permaneció en silencio y finalmente apartó la mirada.

Laura dirigió su mirada a Jasper. —Sé bueno con ella, querido hermano.

—Oh, seré muy, muy bueno —prometió con un guiño juguetón a Sophie que la hizo reír. Ella sabía lo bueno que podía ser. Él ofreció su otro brazo a Laura—. Ahora, sobre ese té, hermana.

Laura asintió y se cogió de su brazo. —Sí, té y algo de comer para los niños también.

—Por supuesto —prometió Jasper, y luego miró a Ravenswood—. Su gracia, estaremos en la sala de la mañana.

—El salón, si me permiten —sugirió en su lugar—. Todos entraremos juntos ahora.

—Me uniré a todos en breve —susurró Sophie, desenganchándose de Jasper.

Primero tenía algunas palabras que decirle a Lord Nash en privado.

Lord Nash hizo un sonido cuando Laura se alejó hacia el palacio, llevando a su hija. Los niños corrieron tras ellos, ofreciéndose a mostrarle el camino que, por supuesto, ella ya debía conocer. El duque no se movió inmediatamente para seguirlos, sino que habló con Lord Nash en una ráfaga de susurros que ella no quería entender en absoluto.

Sophie miró por encima del hombro para ver a Jasper y Laura desaparecer en el palacio, y cuando se volvió, el duque estaba de pie frente a ella.

—Dale un minuto —susurró Ravensworth—. Nash no sabía lo de Isabelle.

Pero Sophie ya estaba harta de recibir órdenes y se dirigió a su antiguo empleador con paso firme. —No tenía derecho a ocultarme mi correspondencia. Esas cartas eran preciosas para mí y el único vínculo que me quedaba con mi hija.

Nash bajó la cabeza. —Lo siento. Pensé que la protegía.

—Oh, puedo imaginar fácilmente lo que pensaba. Cásese conmigo y sus preocupaciones económicas también podrían desaparecer algún día.

Entonces él levantó la cabeza bruscamente. —No. Me gustaba usted. Realmente me gustaba. Laura y yo éramos casi desconocidos hasta el día en que nos casamos.

No estaba segura de creerle, pero ya no importaba. —Nunca volveremos a hablar de su propuesta ni del extravío de mis cartas, Nash. Voy a casarme con su hermano y ser feliz. Él me conviene mucho más de lo que usted jamás podría.

Lord Nash hizo una mueca de dolor. —La creo.

—Bien. Ahora, entre con su esposa y sus hijos en este mismo instante, milord. Haga las paces con Laura y sea también un mejor padre para sus hijos.

Pareció desconcertado por un momento al ver que ella le daba órdenes, y luego sus hombros se hundieron. —¿Cómo puedo volver a mirarla a la cara?

Sophie sintió un momento de compasión por el hombre, pero también exasperación. Tenía un largo camino por recorrer si quería ser un mejor hombre o esposo. —Vaya. Con. Ella. Nunca es demasiado tarde para enmendar un error.

Él tragó saliva y se secó los ojos antes de caminar hacia el palacio, con los hombros aún hundidos en señal de derrota. Sophie lo siguió más despacio y se encontró con Jasper en las puertas.

—Mi hermano estaba llorando —Jasper parecía asombrado por ello—. ¿Qué le has dicho?

—Solo lo que había que decir —sonrió ella—. Ha ido mejor de lo esperado.

—Sí, pero esa era la parte fácil. Conseguir que estén bajo el mismo techo. Mantenerlos allí será más difícil.

—Puede que discutan y peleen, pero Nash, Laura y los niños están juntos de nuevo, como esperábamos. Ahora tienen que solucionar los problemas de su propio matrimonio. Mantenerlos unidos es un problema que debe resolver el duque, ¿no?

—En efecto, sí —convino Jasper—. Ravenswood es el mejor para manejar a mi hermano. Nos quedaremos esta noche, dos como mucho, y luego iremos a Londres para compartir la buena noticia de nuestra boda con Madame Clover y tus amigos de allí.

—Tal vez Londres pueda esperar unos días más —sugirió ella—. Laura podría necesitar un poco de ayuda al principio para manejar a los tres niños a la vez.

—Mientras tenga tu amor, me contentaré con quedarme donde tú quieras.

—Gracias por amarme —Sophie se reclinó en los brazos de Jasper y sus dedos le acariciaron la nuca, enviando un escalofrío por su columna. Levantó la mirada hacia él y vio picardía en sus ojos—. ¿Sabes? No tuve ninguna oportunidad una vez que te sentaste en mi regazo.

—Nos llevaremos esa silla para que puedas sentarte en el mío todas las noches —rio y la besó apasionadamente, despertando esos sentimientos inquietos que solo él podía satisfacer. Ella esperaba que nunca dejara de seducirla.

ACERCA DEL AUTOR

La autora de best sellers de USA Today, Heather Boyd, cree que cada personaje que crea merece su propio final feliz, sin importar los problemas que les haga pasar. Con ese objetivo en mente, escribe romances apasionantes que bordean los límites del decoro para mantener cautivados a los lectores hasta altas horas de la madrugada. Heather ha publicado más de cincuenta novelas románticas de regencia y obras más breves llenas de atrevidas seducciones y distinguidos pícaros. Vive al norte de Sydney, Australia, con su marido, sus hijos y un señor supremo de cuatro patas.

Obtenga más información sobre Heather en:

www.Heather-Boyd.com

